JUAN MANUEL ABAL MEDINA

CONOCER A PERÓN

Destierro y regreso

Espejo de la Argentina Planeta

Conocer a Perón

Conocer a Perón
Destierro y regreso

Juan Manuel Abal Medina

Colaboró en la investigación JUAN PABLO KRYSKOWSKI

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Un peronismo marechaliano, por Hernán Brienza
Una parte de la historia, por Elena Castiñeira de Dios
Dar testimonio
1. El principio
2. El acercamiento
3. El levantamiento montonero
4. El General
5. Sigan adelante
6. Ideas peronistas
7. Primeros días en Madrid
8. Una carta de Norma
9. La agenda del regreso
10. Trelew
11. Diez puntos
12. Desde que se fue
13. Volvió
14. ¿Detenido? ¿Secuestrado?
15. Una Argentina posible
16. Una vuelta por Buenos Aires
17. Completar el proceso
18. Contener a todos
19. El candidato
20. En campaña
21. El sinuoso camino al triunfo
22. Se complican las cosas

23. Frente abierto
24. La Argentina es un caos
25. General y presidente
26. El golpe mortal
27. Un sacrificio patriótico
28. Días amargos
29. Mi pueblo, mi pueblo…
Anexo 1. Mensaje al pueblo argentino
Anexo 2. La tarde del 15 de abril de 1953
Anexo 3. Extracto de *Seis décadas, seis generaciones*
Anexo 4. Fragmento de «El poeta depuesto»
Anexo 5. Carta al general Aramburu
Anexo 6. Carta de Norma Arrostito
Anexo 7. Acerca de Zulema Gioia de Fernández

Abal Medina, Juan Manuel
Conocer a Perón / Juan Manuel Abal Medina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022. Libro
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7933-3
1. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

© 2022, Juan Manuel Abal Medina

Investigación y edición fotográfica: María Flores.
Material fotográfico: Familia Abal Medina, Ana Jaramillo, Antonio Pérez, César Cichero, Silvio Zuccheri,
Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Todo es Historia e Instituto Nacional Juan Domingo Perón.

Fotografías de cubierta: AGN (Archivo General de la Nación,
Departamento de Documentos Fotográficos)

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7933-3

Un peronismo marechaliano

Por HERNÁN BRIENZA

Hace muchos años, más de una década, Juan Manuel Abal Medina me describió a Juan Domingo Perón de una manera que me ayudó a comprender la historia no solo del peronismo, sino también la de cientos de hombres que protagonizaron el pasado de los argentinos.

No es ningún secreto que provengo de familia peronista y que el peronismo es la filosofía de vida que practico casi desde que nací. Por esa razón, en las mesas dominicales, el apellido Abal Medina estaba en boca de mis padres, mis tíos y mis abuelos como si se tratara de un pariente lejano. Además, una fecha feliz nos une: el 17 de noviembre de 1972. Ese día, Juan Manuel estaba al lado de Perón y yo, en los hombros de mi padre, frente a la casa de Gaspar Campos, cuando el viejo líder salió al balcón a saludar a la muchachada y pidió que lo dejaran descansar, porque «no había tenido tiempo ni de sacarse los botines» después del viaje que había quebrado diecisiete años de proscripción y destierro.

Años después, tuve la oportunidad de conocer a Juan Manuel personalmente y de escribir un breve libro sobre aquella jornada, *El otro 17*, que narra el regreso de Perón. Para mí, Juan Manuel era un mito viviente. Hoy puedo decir que es un amigo, un compañero intergeneracional. Pero aquella tarde en una oficina de la calle Córdoba él se rio de un comentario que realicé sobre Perón y me miró con una mezcla de ternura y clemencia. Generoso, me dijo: «Con Perón, se equivocan todos los que escriben sobre él. Perón no era un Maquiavelo, no era un titiritero. Era un hombre común, un tipo sencillo, casi un buen tipo, te diría. El Perón que yo conocí, al menos, era un hombre simple, con algunas picardías, pero era un hombre común que hacía política».

No era la imagen que tenía del Perón que me había construido a partir de los libros y de las investigaciones periodísticas, pero no podía descreer de Juan Manuel. Después de todo, había conocido al General mucho más y mejor que muchos de los que escribían sobre él. Pero sus

palabras actuaron en mí como un virus: poco a poco, comencé a ver la historia y la política, e incluso a Perón, como hombres y mujeres comunes actuando en circunstancias extraordinarias, a veces, pero siempre vitales, cotidianas, humanas, humanísimas, incluso en sus aspectos más oscuros e inconfesables.

Esa humanización es resultado de una concepción profundamente política. Porque no hay nada más antipolítico que la mitificación de un líder o una persona que protagonizó un periodo histórico. Y también, cuando se cosifica positivamente a una generación, como puede haber sido la de 1810 o la de los años setenta, se niegan sus valores —sus corajes, sus miedos— de hombre y mujeres comunes atravesados por una circunstancia.

En este libro que ahora usted tiene en sus manos, Juan Manuel narra su historia, la de un hombre común, rodeado de hombres y mujeres comunes que protagonizaron uno de los momentos más excepcionales del siglo xx argentino. Por los intereses en pugna, por las pasiones en disputa, por el cruce entre mezquindades y heroísmos, por la imposibilidad del juego político entre los diferentes actores, por los sueños astillados, por las vidas segadas, por las multitudes comprometidas. Y vaya si no es un texto imprescindible para comprender esa época y a sus protagonistas. Ya con solo leer los nombres de los hombres y las mujeres con quienes el autor compartió esos años, uno se queda admirado. Porque no son solo Perón, Isabel, López Rega. En estas páginas, aparecen su hermano Fernando —párrafos emotivos y profundos—, Norma Arrostito, el padre Leonardo Castellani, Alicia Eguren, José María Rosa, Leopoldo Marechal, Juan García Elorrio, John William Cooke, Héctor J. Cámpora, Susana Valle, Norma Kennedy, Rodolfo Galimberti, Alberto Brito Lima, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Antonio Cafiero, José Ignacio Rucci, entre tantos protagonistas de nuestro pasado reciente.

Sin embargo, no se trata de un libro de testimonios. Juan Manuel no es un simple testigo, sino un hacedor de esa historia. Y, además, hoy, a cincuenta años de esos hechos, su mirada nos arroja una interpretación que nos permite comprender, en gran medida, los sucesos que marcaron a varias generaciones de argentinos.

Al leer estas memorias, tengo la íntima convicción de que el Perón de 1972 fue el mejor Perón de todos —por su comprensión democrática, su visión de estadista internacional y su densidad nacional—, y que la dinámica política de las fuerzas en pugna hacia el

interior del movimiento nacional y popular y el enfrentamiento fundamental con el liberalismo conservador argentino volvieron imposible el proyecto que Perón tenía pensado para Argentina. También creo que la experiencia fallida del gobierno peronista, después de dieciocho años de brutal persecución e inmersa en una puja distributiva creciente hacia el ocaso del Estado de Bienestar, caló tan profundo en la memoria popular que generó un desánimo que tardó décadas en cicatrizar las heridas autoinfligidas. Por eso, sumergirse en aquellos acontecimientos nos sirve, además, para comprender el presente.

Pero en el libro de Juan Manuel hay una idea, una definición, que me parece alumbradora para comprender los fenómenos políticos de los años setenta. Se trata del concepto de «peronismo marechaliano», que no proviene de las ciencias sociales ni tampoco del orden de la política, sino de la metafísica literaria. Hace algunos años, intenté explicar, en *El Golem de Marechal*, la encrucijada existencial de la generación de los años setenta a través del libro *Megafón, o la guerra*, escrito por Leopoldo Marechal, a partir de la construcción de ese arquetipo nacional que encarnaba el personaje central de la novela.

La tesis literaria de Marechal, escrita a fines de 1969 —el libro fue publicado en julio de 1970, un mes después de la muerte de su autor —, es la siguiente: en Argentina, deben producirse dos batallas, una terrenal y otra celeste, una política y otra metafísica. Y el autor del *Adán Buenosayres* profetiza: 1) el enfrentamiento político militar de dos sectores de la sociedad argentina; 2) el secuestro y juicio político al general Pedro Eugenio Aramburu; 3) la desaparición física del Golem; 4) el fin de los absolutos políticos.

A la hora de describir su creación, el demiurgo adivina, entre las características de su personaje, un antidogmatismo producto del autodidactismo, un vanguardismo revolucionario, una necesidad de dinamizar culturalmente a la Argentina, un antioligarquismo profundo, una concepción radicalizada del cristianismo y un antimaterialismo riguroso.

Al leer las páginas en las que Juan Manuel retrata a su hermano Fernando, es imposible evitar la relación entre el Fernando personaje de Marechal y el Megafón encarnado en ese joven fundador de Montoneros. A ambos los une ese «peronismo marechaliano» doctrinario, romántico, nacionalista, espiritualista. A ambas entidades las une una condición metafísica: un angelismo angustiado y

trascendental.

Vuelvo a Perón, que es el personaje central de esta historia. Con el correr de las páginas, encontramos a un hombre en su circunstancia. La sentencia que exigía una humanización de Perón por parte de Abal Medina en aquel encuentro se hace patente cuando el autor lo retrata en su acción política.

En el texto, destaca la lucidez de Perón en 1972, su visión estratégica para lograr su regreso en un ajedrez permanente con Lanusse, pero también con los propios sectores del movimiento que estaban resignados o apostaban a que el General no volviera. Y en el relato de los días del regreso feliz de noviembre de ese año nos deslumbra la política de unidad que Perón despliega para todos los argentinos y que intenta tramitar ante un Ricardo Balbín que, por excesiva timidez o por los obstáculos interpuestos por un joven y muy antiperonista Ricardo Alfonsín, imposibilita un pacto nacional que, sin dudas, habría evitado muchísimas lágrimas a nuestro país. Esas jornadas de noviembre y diciembre de 1972 no son solo parte de la historia, sino también un testimonio para pensar nuestro presente y nuestro futuro como sociedad.

Una de las principales virtudes del libro es que demuestra la «naturalidad», entendida como procesos y acciones sin fantasmas ni elucubraciones «esperpénticas». Los hechos, las decisiones tomadas por los personajes de la historia están fundadas en distintos encadenamientos racionales. Excepto, quizá, López Rega, los dirigentes políticos de cada uno de los sectores parten de una premisa, que se puede compartir o no, pero que determinan, de alguna manera, los pasos que van a seguir. Aunque parezcan insensatos, poseen una lógica interna: desde el propio Perón y su premisa de pacificación y equilibramiento del sistema político argentino hasta Balbín con la especulación de su propia clientela partidaria, hasta el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que ya advierte la noche del 25 de mayo en Devoto que el copamiento de Azul está en el horizonte, o los mismos montoneros tironeados entre la radicalización y la lealtad a Perón, están todos encerrados en una lógica de tragedia griega. Se sabe cuál es el final, pero ninguno de los protagonistas puede —por sus premisas y la dinámica de los hechos— impedir que la catástrofe se produzca. Ezeiza, en ese sentido, es solo el primer capítulo de esa imposibilidad.

Un párrafo aparte merecen las conversaciones entre Abal Medina y

el propio Perón. Más allá de las cuestiones estrictamente políticas, esos intercambios nos permiten conocer a un líder en sus opciones, en sus decisiones ante encrucijadas, en sus formas de razonar, en el camino estratégico elegido: la necesidad de normalizar la institucionalización de la Argentina; había en Perón un profundo anhelo democrático entendido en el sentido más progresista del término. Perón pensaba en la necesidad de la democratización del sistema político diez años antes de que la pensaran el resto de la dirigencia política y la mayoría del pueblo argentino.

Y también hay una dimensión humana insoslayable: hay un Perón que se emociona, que se enoja, que desconfía, que asimismo engaña y maniobra, pero que por momentos deja aflorar un sentimiento de trascendencia. Destella cierto «peronismo marechaliano» en el reconocimiento de la lealtad del pueblo argentino hacia él y en su decisión estoica —me animaría a decir prometeica— de entregar su vida para pagar esa deuda de lealtad que siente hacia las mayorías.

La prosa o el decir de Juan Manuel —porque es imposible no imaginar las formas de su hablar en esta escritura— enriquecen el relato, pues sus opiniones, su mirada, sus sensaciones sobre lo que iba viviendo quedan plasmadas en pinceladas que realiza mientras narra los sucesos. Están dichas como al pasar, casi como dejadas sin intencionalidad, pero constituyen lo más importante del fresco de época. Su voz no está en el trazo, sino en la terminación de la pincelada. Notable es esto en la narración sobre las jornadas de Ezeiza o en el dilema político y moral en que se encuentra ante el crimen de Rucci; quedan aquí absolutamente develadas en el contexto y las interpretaciones de los participantes, de los distintos sectores del arco político, de Perón y del propio Abal Medina.

Este libro no es un relato anecdótico, no es una sucesión de momentos vividos. Es mucho más: es una clave de lectura de una época, pero también es una llave para comprender y repensar el peronismo y hacerlo desde sus años más ubérrimos y abismales. Vuelvo a la cuestión de la racionalidad: Abal Medina explica una época, pero esa explicación está tan distante de la mitología peronista como de la superstición antiperonista. Se trata de una interpretación racional, posible, verídica, verosímil, creíble. No es objetiva, no es neutral, pero es honesta en términos intelectuales y espirituales. Y, por sobre todas las cosas, esa explicación es coherente, definitiva y absolutamente coherente. Estas memorias no son un manojo de

recuerdos emotivos para quienes vivieron los años setenta. Son un legado, un legado reflexivo y reparador para las generaciones que no vivimos aquella época.

Una parte de la historia

POR ELENA CASTIÑEIRA DE DIOS

Como Manuel Urriza, quien era el prologuista original de esta obra, ya no está entre nosotros, me encuentro con la tremenda responsabilidad de presentarla. Me siento muy honrada por colaborar en esta tarea de poner en manos de todos un texto que nos habla de Juan Domingo Perón, tres veces presidente de la nación; específicamente, de ese Perón que vino un glorioso 17 de noviembre de 1972, uno de los más felices días para el pueblo peronista, que tanto había luchado por su regreso a la patria.

Diecisiete años de exilio forzoso, sostenido por el amor de su pueblo, que no se resignaba, que recordaba esa década de 1945 a 1955 como la del reconocimiento efectivo de lo que en esos momentos parecía una utopía inalcanzable. Trabajo para todos, voto femenino, sueldo anual complementario, vacaciones pagas, salud y educación para quien las necesitara, universidad gratuita, una industria pujante, una constitución basada en el respeto de los derechos humanos por excelencia, protección y sueños cumplidos; todo eso había calado hondo en el alma del pueblo peronista. No habían sido promesas, sino realidades.

Cuando el General volvió al país, sabía a qué se enfrentaba y estaba dispuesto a ser el presidente de todos los argentinos. La opción que se planteaba era «unidos o dominados», y estaba dispuesto, a su edad avanzada y ya enfermo, a dar la batalla final. No sé si habrá tenido la dimensión exacta de qué tanto el país estaba en llamas. Hombres y mujeres de distintos sectores habían puesto sangre, sudor y lágrimas; muchos presos, muchos torturados, muchos fusilados, persecuciones, hambre y entrega. Se lo esperaba como la salvación, como al único que podía devolvernos la paz.

El valor de esta obra radica, fundamentalmente, en que está escrita por un protagonista, un testigo que tenía la obligación de plasmar su memoria en blanco y negro, no guardarla, sino contarla, compartirla. No siempre el testigo da testimonio; en este caso, el autor da cuenta

de la veracidad de los hechos por su presencia en el momento en que sucedieron. Es un documento que da fe. Es la prueba de una verdad, de su verdad y de la suma de las verdades sale la luz que ilumina, en este caso, uno de los momentos más trascendentes que vivió nuestro país.

Después de la muerte del General, nos cubrió la oscuridad. No era tan fácil seguir adelante con un enemigo siempre al acecho, dispuesto a entregar todo lo nuestro, a perseguir, a desaparecer…

Hoy, Juan Manuel Abal Medina pone en sus manos una parte de la historia de la Patria, esa Patria que, según don Leopoldo Marechal le dijo una vez a mi padre, José María Castiñeira de Dios, «es un dolor que nuestros ojos no aprenden a llorar».

Dar testimonio

Este libro nace de una cariñosa demanda de mis hijos Juan, Santiago, Fernando, María y Paula, todos peronistas y egresados de la Universidad de Buenos Aires. Desde hace años venían diciéndome que no tenía derecho a conservar solo para mí el conocimiento privilegiado de los últimos años, quizá los más ricos, de la vida de nuestro jefe, el teniente general Juan Domingo Perón. También me reclamaban, y con razón, que debía dejar un testimonio del papel que jugó el tío de ellos, mi hermano Fernando, y del que yo mismo tuve en aquellos años.

La inminencia del cincuenta aniversario del regreso de Perón, de ese 17 de noviembre que él definió como el punto crucial de su destino, (1) movilizó a mis hijos. Juan Manuel, uno de los políticos más completos de su generación, con sus inteligentes sugerencias y su trabajo incansable; Santiago, siempre presente, apoyando a todos, y con agudas observaciones; Fernando, un auténtico militante, con su capacidad para encontrar los documentos y las imágenes más difíciles; María, brillante correctora y siempre a mi lado, y Paula, socióloga de excepción, y sus ideas y sugerencias siempre atinadas y oportunas, hicieron posible que yo, superando el aislamiento al que estoy sometido por razones de salud, pudiera escribir en estos meses el texto político que sigue.

Hace ya unos ocho años, Juan Pablo Kryskowski me propuso hacer una serie de entrevistas para contar la vida de mi hermano Fernando y la mía. Trabajamos en ello, pero el agravamiento de mi dolencia y luego la pandemia interrumpieron esa labor que Juan Pablo culminará en breve con otros productos, de tipo más académico.

Su investigación histórica ha sido de utilidad para este texto, enfocado a presentar al verdadero Perón que conocí, es decir, al último Perón, al del balance final de su vida, bajo cuyo liderazgo milité.

De la misma manera, tuve valiosos aportes de Manuel Urriza, Elena Castiñeira de Dios, Ana Jaramillo, Hernán Brienza, Héctor Mauriño, Paula Pérez Alonso y Juan Becerra.

Por ello, el tema central de estas páginas es aquel 17 de noviembre de 1972, del que en pocas semanas se cumplirán cincuenta años: el regreso del general Perón a la Argentina, tras su largo destierro. Se trata de un hecho que hizo invencible al peronismo, como identidad política de las grandes mayorías trabajadoras, y que fue la culminación de su vida.

El General sabía que su regreso a la Argentina haría inevitable su tercera presidencia y que esto acortaría dramáticamente su vida. Sin embargo, con una lealtad sin medida por su pueblo no dudó en cumplir su misión y, ese 17 de noviembre de 1972, cerró con gloria la epopeya iniciada el 17 de octubre de 1945; epopeya que hoy nosotros y nuestros hijos continuamos y que mañana continuarán nuestros nietos y sus hijos, y así mientras la Argentina siga siendo la Argentina.

JUAN MANUEL ABAL MEDINA
Buenos Aires, 7 de septiembre de 2022

1- Ver el anexo 1, Juan Perón, «Mensaje al pueblo argentino», 14 de diciembre de 1972.

1
El principio

Mi primer recuerdo sobre el peronismo es la desconfianza que despertaba en mi familia y que, en el caso de mi madre y mis tías, llegaba al rechazo abierto.

El tema político siempre estaba presente en las conversaciones de sobremesa, pero en mis padres y mis tíos esa desconfianza hacia el Gobierno del general Perón cobró intensidad a medida que las distancias del peronismo con la jerarquía de la Iglesia se fueron ampliando.

Los Abal Medina en reunión familiar.

De nuestros alrededores, solo algunos amigos de mi padre, como los hermanos Julio y Miguel Chaij, líderes de la comunidad sirio-libanesa, tenían simpatías por el peronismo. De la vida familiar, participaban distintos sacerdotes, que comían muchos domingos en nuestra casa de la calle Moreno 1130. Uno de los más asiduos era el padre Fernando Armengol, de familia española, lo que lo hizo cercano a mi abuela materna, María, y a su hermana y madrina mía, Margarita, tía Taíta, que eran de ese origen.

El otro era José Miguel Medina. Siempre me quedó la imagen de que entre ellos existían diferencias y ciertas rivalidades. El paso del tiempo lo mostraría con claridad: por el padre Armengol conocimos al padre Leonardo Castellani, que tendría luego una influencia decisiva en mi formación, mientras que José Miguel Medina, nuestro pariente lejano, terminaría siendo un gorila notorio y vicario general de las Fuerzas Armadas, aunque con la familia conservó una solidaria relación.

También existían matices en las opiniones de mis padres. Mamá —seguidora lineal de la jerarquía católica— era muy antiperonista, y papá era más moderado. Tengo recuerdos claros de opiniones muy definidas en ese sentido.

Cuando en la tarde del 15 de abril de 1953 explotaron varias bombas en un acto de la Confederación General del Trabajo (CGT) en apoyo al gobierno peronista en Plaza de Mayo y hubo muertos y heridos, un señor de nombre Osvaldo, que ayudaba en algunas cosas a papá, resultó herido y perdió una pierna. Antes de saber esto, papá llegó a casa con la noticia de las bombas. Estaba de visita el padre Medina, y tuvieron una discusión fuerte. Es mi primer recuerdo borroso, pero muy duro, de mi infancia.

En 1966 conocí a Antonio Cafiero en la redacción de *Azul y Blanco*. Le comenté este recuerdo, y él me contó que había estado ese día en el balcón de la Casa de Gobierno, ya que desde el año anterior era ministro de Comercio Exterior. Me dijo que las bombas colocadas en la Plaza de Mayo produjeron siete muertos y cerca de un centenar de heridos, y que los terroristas también habían colocado bombas sobre la azotea del edificio del Banco de la Nación, con la intención de que la mampostería se desplomara sobre la multitud apiñada en sus cercanías. Afortunadamente, estas bombas no estallaron. De lo contrario, el número de víctimas habría sido mucho mayor. (2)

Luego de 1953, el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado fue creciendo, y en casa se vivió con mucha angustia la posibilidad de que se atentara contra la catedral el día de Corpus Christi, el sábado 11 de junio de 1955, luego de una insólita procesión que encabezaron políticos conservadores y de todos los partidos de izquierda.

Papá, junto con un grupo de amigos de la Acción Católica y otros del nacionalismo, estuvo entre los laicos que fueron a pararse al frente de la catedral para evitar que fuera atacada. Esa noche fueron detenidos varios amigos, pero no papá ni mis tíos, que se habían

retirado poco antes.

Sin embargo, el recuerdo más fuerte que nos quedó grabado a todos los hermanos fue el del 16 de junio de 1955. Estábamos en la terraza de casa y veíamos pasar los aviones que ametrallaban el Departamento de Policía, se elevaban y pasaban sobre nosotros tirando contra la antena del Ministerio de Obras Públicas, y seguían para bombardear Plaza de Mayo.

En determinado momento de la tarde, papá recibió información de que había muchos muertos en la plaza. Al mismo tiempo, por una llamada de una amiga de la Acción Católica, mamá recibió la falsa noticia de que Perón había muerto y salió a la calle a festejar. Papá la paró de inmediato y la llevó adentro, diciéndole: «Carmen, Carmen, no festejes. Son unos criminales».

Automóviles y troley después del bombardeo del 16 de junio de 1955 en Plaza de Mayo.

Cuando tres meses después se produjo el golpe del 16 de septiembre, amplios sectores de la población celebraron; entre ellos, todos o casi todos los vinculados a la Iglesia católica, que habían dado una versión del 16 de junio en la que el papel central lo ocupaban los incendios en algunas iglesias céntricas, en lugar de los criminales hechos de la Plaza de Mayo.

Mamá y su hermana, mi tía Toy (madrina de Fernando), fueron a festejar a la plaza. Tengo el recuerdo claro de que papá, a pesar de que estaba contento con el derrocamiento y sentía simpatía por el general Lonardi, no concurrió.

Esos primeros recuerdos de cuando tenía 8, 9 y 10 años de alguna manera se me organizaron en la cabeza. Los comentamos con mis hermanos (Antonio, dos años mayor, y Fernando, dos años menor; Mario tenía dos menos que Fernando, o sea que tendría entonces 6 o 7

años) en junio de 1956, cuando a partir del levantamiento del general Juan José Valle se produjeron los fusilamientos y asesinatos ordenados por Aramburu. De ese día quedé con el recuerdo de un bando del gobierno gorila, que repetía sus amenazas en la radio: «Todo militar que se haya sublevado será fusilado».

Lo que sobre nosotros le dio todavía más trascendencia fue que pocos días después llegó papá con un ejemplar del número 2 de la revista *Azul y Blanco*, que conservé muchos años. Traía un editorial durísimo sobre los gorilas, y me quedó grabada la referencia al fusilamiento (aunque debería decirse asesinato) del coronel Manuel Dorrego. Decía:

> Es demasiado serio esto de que nuestra política se colme con el veneno del odio y la abominación de la sangre. Desde que fue consolidada nuestra organización, jamás hasta el presente en nuestras luchas internas se castigó con pena de la vida al adversario vencido. Nuestros abuelos aprendieron la lección de Dorrego, que se grabó en nuestras mentes y en la historia.

Y luego agregaba:

> Hoy contemplamos con asombro a los doctores liberales y a los viejos rábulas de la política partidista predicar, en nombre del estado de derecho y de las libertades, el exterminio de una parte del país.

No exageraba *Azul y Blanco.* Como nos relató entonces papá, la única voz que se alzó frente a los crímenes fue esa: la del nacionalismo. En el otro bando, se codeaban, para ponerse en primera fila de la adhesión a los criminales, los conservadores, todas las vertientes de la izquierda, todos los pelajes de universitarios reformistas y hasta el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical (UCR). Al colmo de la vesania llegaron los socialistas, que en *La Vanguardia*, y con la firma de Américo Ghioldi, proclamaron: «Se acabó la leche de la clemencia».

Estas salvajadas y la cobarde complicidad de todas las vertientes «democráticas» nos golpearon muy fuerte, y hasta mamá comenzó a matizar sus puntos de vista. Sin embargo, el padre Medina seguía cada vez más gorila. Ni qué decir de cuando poco después papá trajo la

revista *Mayoría*, que editaban los hermanos tucumanos Tulio y Bruno Jacobella, a los que conocería más adelante, y que empezaron a publicar en «entregas» lo que luego sería *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh, cuya primera edición completa hizo *Azul y Blanco*. También leímos el texto que Marcelo Sánchez Sorondo publicó en *Azul y Blanco*:

> A las ejecuciones de jefes y oficiales vino a añadirse otro acto despiadado que puso al descubierto la barbarie que yace oculta tras los visajes de la civilización y cuyas exteriorizaciones afloran explosivamente a la superficie. Me refiero al vandálico episodio protagonizado […] en José León Suárez, donde se reveló la impiedad atroz y la desalmada cobardía de los victimarios.

En cuanto a las relaciones que tuve con mis hermanos en la adolescencia, quiero señalar que eran cercanas y constantes. Antonio fue un gran hermano mayor en todos los sentidos y, durante los primeros años, hizo punta en lo que sería la vida de los demás. Fue el primero en ingresar al Colegio Nacional de Buenos Aires, donde cursaríamos los cuatro. Hacia mi hermano Mario siento el mayor de los cariños y le debo todo el agradecimiento por el valiente y fraterno acompañamiento que hizo en los momentos más difíciles de la familia.

Si en lo que sigue me refiero a Fernando y a mí —que, dicho al paso, compartíamos dormitorio— de manera casi exclusiva, es porque el propósito de estas páginas es el relato de los hechos políticos en los que participamos nosotros. No haré referencia a Antonio y Mario, que se mantuvieron siempre en la militancia católica, ni a los dos menores, Pablo y María, que eran niños entonces, y que luego también tuvieron un acompañamiento fraterno y, en el caso de Pablo, de solidaria militancia peronista y gran coraje personal.

Para la época en que tenía 12 o 13 años, yo ya había leído bastante historia revisionista, empezando por las biografías de Rosas y de Aparicio Saravia, escritas por Manuel Gálvez, que fueron mis preferidas. También leía muchos otros textos de historia que traían papá y un tío de la rama entrerriana de los Abal, de nombre Florindo Díaz Abal.

El interés por la política desde niños era algo especialmente marcado en Fernando y en mí, pero no se puede pensar eso desde una

perspectiva actual. Ahora sería una precocidad absoluta, pero en aquel entonces no era tal.

Fernando Abal Medina.

Muchos compañeros se interesaron por la política desde chicos. Para mencionar uno de los casos más conocidos, el germen de Tacuara venía de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES). Eran estudiantes secundarios, chicos de primer año o de segundo, de 12 y 13 años. Era algo común en la militancia. Tengo el recuerdo de muchos compañeros que comenzaron su actividad en el enfrentamiento entre enseñanza laica y libre, y entre los partidarios no digo que haya habido chicos del primario, pero sí de los primeros cursos de la secundaria.

En esos años, el padre Armengol me llevó a conocer al padre Leonardo Castellani a su departamento de la avenida Caseros esquina Piedras, en el que vivió hasta su muerte. Mi recuerdo de aquel encuentro con el querido padre Castellani, al que siempre consideré mi primer maestro, es hasta el día de hoy muy intenso. Se trataba de alguien de una inteligencia superior, de una cultura fuera de lo común y de una gran ternura detrás de una apariencia hosca.

Padre Leonardo Castellani.

Castellani estaba suspendido para dar los sacramentos y oficiar misa. Lo habían sancionado por sus posiciones políticas y su actuación partidaria, aunque no llegó a acompañar el final del Gobierno de Perón, debido a que se vio obligado a alejarse luego del conflicto entre el peronismo y la Iglesia. Años más tarde, cuando Leopoldo Marechal se hace llamar «el poeta depuesto», a Castellani le gustaba decir que él era «el cura depuesto».

En esa primera ocasión, yo era todavía un niño, y él me hablaba de igual a igual. Preguntó mucho sobre mis estudios, me contó lo que había disfrutado como profesor y, luego, quiso saber qué había leído. Entonces, me regaló un libro de alguno de sus cuentos, no recuerdo cuál, y me prestó un pequeño libro de poesía, de tono autobiográfico, que se llamaba *La muerte de Martín Fierro*. De su lectura y de posteriores conversaciones, supe de su paso por la Alianza Libertadora Nacionalista, de su apoyo original a Perón y de las sanciones eclesiásticas que arrastraba.

Visité varias veces más al padre Castellani y, años después, incorporé a esos encuentros a mi hermano Fernando, que acababa de cumplir 12 años. En esa ocasión, nos habló de su amigo José María Rosa, del que nos regaló el texto de una conferencia publicada por la Fundación Scalabrini Ortiz, con un prólogo del oriental Alberto Methol Ferré, uno de los exponentes más lúcidos del pensamiento nacional, al que trataría años después. Ese texto sobre Artigas y el revisionismo histórico (3) nos impresionó mucho y consolidó en nosotros el artiguismo que ya profesábamos por influencia de nuestro tío Florindo Díaz Abal y que me acompaña hasta el presente.

Luego del encuentro en que participó Fernando, cuando ya nos

retirábamos, llegó Alicia Eguren, pareja de John William Cooke. El padre Castellani nos presentó, y conversamos con ella brevemente. Nos impresionó su tono decidido y que nos pidiera nuestro número de teléfono. Unos días después, por indicación de Castellani, Alicia nos llamó y nos llevó a conocer a Ernesto Palacio, cuya *Historia de la Argentina* ya habíamos leído. Era un personaje fascinante.

En su departamento (en el que, según se contó esa tarde, Alicia había conocido a Cooke), estaba su hijo Juan Manuel, con el que me uniría luego una entrañable amistad. Con Alicia también fuimos a conocer a José María Rosa; nos contaron que en esa casa había estado escondido Cooke después del golpe de 1955 y allí lo habían detenido, llevándose también a Pepe Rosa.

En estas primeras aproximaciones a la política fuera del ámbito familiar, es notable recordar que tanto Castellani como Alicia Eguren, Ernesto Palacio y Pepe Rosa eran nacionalistas con una actuación definida en el peronismo, algo que me fue señalado por Fernando con cierta sorpresa. Es que el ambiente general en el que vivíamos —la familia, la Acción Católica y, en especial, el Colegio Nacional— nada tenía que ver con el peronismo.

Las disputas por la educación laica o libre es lo que, de alguna manera, vuelve a poner en segundo plano, en las familias católicas, el tema del peronismo y el antiperonismo. Este último, que había sido muy fuerte, queda rápidamente oscurecido por el tema «laica o libre». El peronismo había dejado de mencionarse en la vida. Entre la gente que estudiaba, había obviamente peronistas, pero lo asumían con cuidado.

En las clases medias y medias-bajas, la adhesión al peronismo era una actividad secreta. La vigencia del decreto ley 4161, que penaba con prisión y multa la manifestación de ideas, actos y hasta palabras del peronismo en todas sus formas, tenía una consecuencia social marcada en todos estos sectores.

Tanto fue así que hay una sola excepción, que muchos recuerdan: la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que se creó el Movimiento Sindicalista Universitario, que era peronista.

Lo encabezaba Antonio Stegemann Luque y lo integraban unos pocos más; entre ellos, hijos de peronistas conocidos, que habían hecho amistad en el Liceo Militar, como el de Héctor J. Cámpora, Héctor Pedro; otros eran el hijo del coronel Mercante, Tito Mercante, y el hijo de Hugo Anzorreguy, del mismo nombre. Los apoyaban

algunos integrantes del MNA (Movimiento Nueva Argentina), como Carlos Caride, y de Tacuara, como Ricardo Polidoro.

¿Cómo hicieron para poder actuar? Aliándose con los sectores nacionalistas, nucleados en el Sindicato Universitario de Derecho, que tenía en sus filas algunos peronistas, como Enrique Graci Susini y Guillermo Malm Green. Ese fue el único atisbo de peronismo que conocí en la universidad. No había peronismo ni comentarios sobre el peronismo.

Pero los partidarios de la enseñanza laica eran fervientemente antiperonistas. A la distancia, suena gracioso, porque los que no teníamos impulsos antiperonistas, como era mi caso y el de muchos compañeros, militábamos por la enseñanza libre cuando, visto desde hoy, habría sido más lógico lo contrario.

Para esa época, yo estaba en tercer año del Nacional Buenos Aires, mi hermano Antonio estaba en quinto y Fernando, en primero. Nuestro origen familiar católico y los comienzos de la formación nacionalista nos alinearon en las filas de la «libre», y habíamos iniciado con varios compañeros la publicación en un simple mimeógrafo de una revista de nombre *Tradición*.

Nuestra posición era de claro enfrentamiento a las autoridades del colegio, partidarios de la «laica». Pero todo esto requiere una explicación. La precaria unidad entre católicos y fuerzas de la izquierda que se dio para el golpe de 1955 se expresó con la entrega del Ministerio de Educación al sector católico y de las universidades nacionales a diversos sectores de izquierda.

En el caso de la Universidad de Buenos Aires, fue designado rector José Luis Romero y resultaron expulsados de malas maneras todos los profesores «totalitarios», es decir, peronistas o con cercanía al peronismo, como era el caso de los nacionalistas. Fue una purga bastante más fuerte que la de 1966, que después se conocería como la Noche de los Bastones Largos.

En el Colegio Nacional de Buenos Aires, fue designado interventor Risieri Frondizi, que también asumió la tarea de expulsar a los «totalitarios». Luego, cuando Risieri fue nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA), designaron en el colegio a Antonio Valeiras y, más tarde, a Florentino Sanguinetti. Todos ellos eran liberales de izquierda.

Mis hermanos y yo estuvimos siempre enfrentados a los «reformistas» que dirigían el colegio. Eso nos llevó, por ejemplo, a actitudes que hoy resultan absurdas, casi graciosas, como oponernos a la entrada de mujeres, la entonces llamada «coeducación».

Para dar una idea del tenor de los enfrentamientos, solo mencionaré que mi hermano Antonio, al recibir su diploma, no saludó al rector universitario Risieri Frondizi, que presidía el acto. En mi caso, llegué a arrojar una bomba de estruendo al balcón del despacho del vicerrector, Felipe Mantero, que era un liberal de izquierda, desde el techo de la vecina iglesia de San Ignacio. Eso me valió una suspensión larga y tener que dejar por un año el colegio (cursé quinto en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza) para volver recién al año siguiente.

Estos pleitos políticos no enturbiaban las relaciones entre los compañeros, con quienes teníamos una gran camaradería y cierto espíritu de casta, ya que el Buenos Aires era considerado un colegio de élite intelectual. Al margen de algunas exageraciones, la educación del colegio (así, a secas, se mencionaba al Nacional Buenos Aires) era de un nivel superior, y no solo preparaba a los alumnos de la mejor manera para las carreras universitarias, sino que también estimulaba su desarrollo integral.

No quiero ser injusto con la omisión de otros profesores, pero deseo recordar en especial a Ángel José Battistessa, quizás el principal hispanista contemporáneo, y un experto traductor de poetas alemanes, franceses, ingleses e italianos. Sus versiones de textos de Paul Claudel y Paul Valéry merecieron elogios de estos grandes autores franceses.

Además, fue traductor de Goethe, Shakespeare y Dante Alighieri, cuya *Divina comedia* fue la coronación de su obra de traductor.

Battistessa fue mi profesor de primero a cuarto año. Me condujo en el conocimiento de la rica literatura en nuestra lengua. También tuve un gran aprecio por Juan Valmaggia, mi profesor de Literatura Francesa, la que enseñaba con un nivel superior de conocimientos y una amenidad notable.

Por él conocimos en detalle la apasionante polémica entre Sartre y Camus, en *Les Temps Modernes*, relato que Valmaggia concluía tomando partido por Camus y repitiendo, por supuesto que en francés, su famosa frase: «En estos momentos, están poniendo bombas en los tranvías de Argel. Mi madre puede estar en uno de esos tranvías. Si la justicia es eso, elijo a mi madre».

Pocos años después, Juan Valmaggia, que tenía pleno conocimiento de mi tendencia política, me llevó a colaborar en el diario *La Nación*, del que era subdirector. Fue mi primer trabajo. Escribía una crónica semanal de rugby, en una redacción de deportes, de lujo, a cargo de Alberto Laya. Eduardo Maschwitz, que era tataranieto de Bartolomé Mitre y había sido un gran segunda línea del San Isidro Club (SIC), era mi jefe directo, a cargo de «deportes raros», entre los que estaba el rugby.

Además, Valmaggia me encargaba de manera directa algunas notas que le interesaban. Cuando en 1965 publicamos la revista *El Federal*, me pareció ético dejar ese trabajo, pero ante la insistencia de Valmaggia, Laya y Maschwitz lo continué, aunque solo en la sección de deportes. Ya en junio de 1966, a punto de la reaparición de *Azul y Blanco*, de la que sería secretario de redacción, me pareció incompatible y dejé *La Nación*, aunque continué una muy grata amistad con Valmaggia.

Sería largo extenderme en los temas del colegio y recordar a profesores y compañeros que fueron muy importantes en mi formación, pero es útil insistir en mencionar que el peronismo estaba ausente de una manera total, tanto a nivel de profesores como de alumnos. (4)

2- Ver el anexo 2, Antonio Cafiero, «La tarde del 15 de abril de 1953», en *La Nación*, 3 de junio de 2003.

3- José María Rosa, *Artigas y el revisionismo histórico*, prólogo de Alberto Methol Ferré, Fundación Scalabrini Ortiz, cuaderno nº 2, noviembre de 1960, disponible en

línea: <http://www.lagazeta.com.ar/artigas2.htm>.

4- Ver el anexo 3, «Extracto de *Seis décadas, seis generaciones*», editado por la Asociación Cooperadora Amadeo Jacques, Colegio Nacional de Buenos Aires.

2
El acercamiento

Una tarde de mucho calor de enero de 1959, estábamos en casa cuando nos llamó Alicia Eguren y nos pidió que la acompañáramos al frigorífico Lisandro de la Torre, que estaba tomado por sus trabajadores. Allí fuimos, con Fernando todavía de pantalones cortos. Fue una experiencia que también tuvo mucho que ver en nuestra vida posterior.

En 1958, el Gobierno de Frondizi había comenzado sus privatizaciones, y cuando se anunció la puesta en venta de ese frigorífico, ubicado en el barrio de Mataderos de Buenos Aires, la respuesta de los trabajadores fue la toma del establecimiento.

Esta medida contó con el decidido apoyo popular en los barrios cercanos, como Villa Luro y Liniers, donde las calles se convirtieron en barricadas defensivas de la toma. A esa movilización, se sumó lo que pudiera aportarse desde los diversos grupos de la llamada resistencia peronista. El delegado de Perón, nombrado en noviembre de 1956, era Cooke, quien intentó, desde la dirigencia política, apoyar la toma liderada por el sindicalista Sebastián Borro.

Este fue nuestro primer acercamiento a acciones vinculadas al peronismo. Yo tenía 14 años. Recuerdo que poco después fui a un acto del 17 de octubre en Plaza Once, al que llegué en tranvía luego de la salida del colegio, llevado por un compañero. Por supuesto, la policía reprimió y hubo gases y corridas.

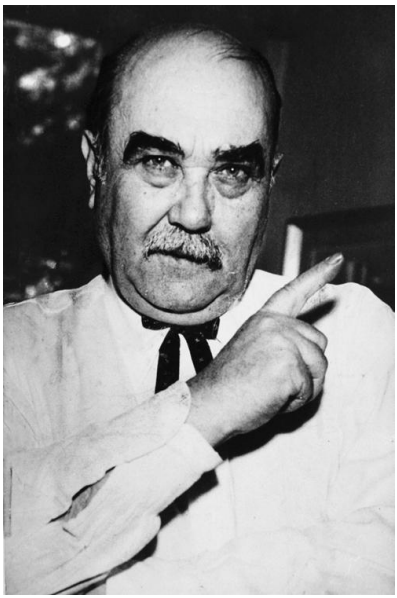
Frigorífico Lisandro de la Torre, tomado en enero de 1959.

Es muy difícil comprender hoy lo que era aquella época. Es absurdo imaginar ahora una situación en la que pudiera haber un enorme sector proscripto. Resulta por demás complejo pensar cómo era ese escenario y cómo todo el mundo tenía que funcionar sobre la base de negaciones impulsadas por gente que se decía republicana. Había mucho odio. ¿Cómo era posible que el país funcionara así durante tanto tiempo? De hecho, no funcionaba tan así. El General se ocupó de que no fuera de ese modo, de todas las maneras posibles: principalmente, estimulaba la acción sindical como límite de todas las políticas económicas liberales.

Una de las paradojas que sucedió en esos días de enero de 1959, los de la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, fue que ni el peronismo ni el nacionalismo celebraron la Revolución Cubana, que acababa de suceder. En ese primer momento, los que la festejaron fueron los gorilas en todas sus expresiones, desde la izquierda hasta la ultraderecha. Veían similitudes entre Perón y Batista y lo más importante que tenían que decir sobre el Che Guevara era que había sido antiperonista. Luego, las cosas serían muy distintas.

Todavía muy jóvenes, fuimos llevados por José María Rosa al bar Castelar, de avenida Córdoba y Esmeralda, donde con Fernando conocimos a Arturo Jauretche, que se sentaba todas las tardes en la misma mesa, sobre Esmeralda, y hablaba y contaba anécdotas a los que quisieran escucharlo.

En una ocasión, Jauretche nos preguntó a Fernando y a mí si conocíamos a Leopoldo Marechal. Justamente yo estaba terminando de leer *Adán Buenosayres*, que me había capturado totalmente, a pesar de que por entonces se la considerada una «novela difícil». Me la había regalado mi profesor Battistessa, que si bien era muy antiperonista había conservado la estima por el que se llamaba a sí mismo el «poeta depuesto».



Arturo Jauretche.

Apenas supo que no conocíamos personalmente a Marechal, Jauretche se paró y lo llamó desde el teléfono público del Castelar para concertar una cita que se llevó a cabo unos pocos días después en su casa.

Cometí la imprudencia de contarle al padre Julio Meinvielle, con quien me había mandado el padre Castellani a conversar, que íbamos a visitar a Marechal. Meinvielle tuvo uno de sus famosos ataques de ira. Si bien dijo que era una buena persona y un gran poeta, no debíamos ir a verlo, porque había sido «captado por el diablo».

Cuando el padre Meinvielle se calmó, pude entender que el diablo

al que se refería era el peronismo, y entonces me relató su vieja relación con Marechal y con el que fue su inseparable amigo, Francisco Luis Bernárdez, distanciados por la confusión que «la plebe» le había creado a Marechal.

Meinvielle nos dijo que, si no le hacíamos caso e íbamos a verlo, lo saludáramos en su nombre y lo instáramos a volver sobre sus pasos políticos, que desde su punto de vista consistía en reintegrarse a un «nacionalismo sano», alejado del «gran farsante», obviamente refiriéndose a Perón.

Antes del encuentro con Marechal, me crucé con José María Rosa, que fue muy entusiasta en propiciarlo. Me contó que en 1956, en el departamento de avenida Rivadavia al 2300 al que íbamos a ir, se habían reunido con Andrés Framini y el sindicalista portuario Eustaquio Tolosa, y que el general Juan José Valle lo había utilizado para algunas reuniones, en los preparativos del 9 de junio.

Rosa consideraba esas reuniones como decisivas para el alzamiento que fracasaría en junio de ese año, dando paso a los asesinatos, con máscara de fusilamientos, en los basurales de José León Suárez, que perpetraría Pedro Eugenio Aramburu. Dijo que ese día Marechal había quedado encargado de escribir la proclama revolucionaria que esperaba ser difundida el 9 de junio, de la cual Rosa prometió darme una copia.

Este hecho no es muy conocido, aunque Horacio González, en varias ocasiones, escribió que seguramente Marechal había tenido que ver con la proclama, y Guillermo Saccomanno, en un interesante ensayo publicado en el suplemento *Radar* de *Página/12* del 21 de junio de 2015, también lo menciona. Del conjunto de referencias que fui teniendo a lo largo de la vida sobre el tema, tengo la impresión de que la redacción no fue de Marechal, sino de su entrañable amigo y discípulo: José María Castiñeira de Dios.

José María Castiñeira de Dios.

El general Perón no estuvo al tanto del intento de levantamiento de Valle, porque él no recomendaba alzamientos militares de este tipo. Siempre decía: «Nosotros tenemos el número; lo que necesitamos es generar las condiciones que permitan que el número decida, y no enfrentarlos donde ellos son fuertes». Había que utilizar todos los instrumentos, aun los armados, pero jugando a lograr circunstancias favorables para ir a elecciones, exigiendo que se garantizara la transparencia del resultado.

Con las lecturas hechas, y con todos estos antecedentes, esperamos con ansiedad la cita con Marechal. Por fin llegamos con Fernando esa tarde de fines de 1964 a su departamento. Nos encontramos con un personaje sumamente especial, con una gran cabeza y una voz grave que parecía salir de otro lado. Cuando Marechal hablaba, no parecía escucharse, sino recoger en su voz una inspiración distante. Mi profesor Battistessa tenía algo de eso. Años después, cuando se lo comenté a Marcelo Sánchez Sorondo, me dijo que era la misma sensación que siempre le daba a él, que tenía con Marechal una larga amistad.

Marechal se interesó por nuestros estudios y por nuestra actividad política —por entonces, yo buscaba financiamiento para la publicación de un periódico nacionalista— y se mostró sorprendido de que «todavía» no fuéramos peronistas. Esta reunión nos quedó muy

grabada y nos llevó a leer el resto de su extraordinaria obra. Nos regaló una copia al carbónico de lo que estaba escribiendo, a propósito de una nota publicada días antes en *La Nación*.

Ese texto sería luego la primera parte de su ensayo «El poeta depuesto», escrito en forma de carta dirigida a José María Castiñeira de Dios. Allí decía:

> No hace mucho, hablando con Marcelo Sánchez, le sugerí que nos escribiese una Historia de las Ideas Políticas en nuestro país, donde, merced a la rica documentación existente, se demostrase cómo y en qué medida el acervo teórico del nacionalismo había preparado los acontecimientos subsiguientes. A mi entender, si el nacionalismo no salió de su órbita especulativa, fue porque le faltó el conocimiento de «lo popular». El conocimiento precede al amor, dice la vieja fórmula: nadie ama lo que no conoce previamente. Y el amor al pueblo se logra cuando se lo conoce. Un pueblo, al saberse conocido y amado, se rinde a las empresas que lo solicitan. Por el contrario, la ignorancia engendra el temor, y el que no conoce al pueblo lo teme como a una entidad peligrosa en su misterio substancial. Llegamos así al Justicialismo, esbozado como doctrina revolucionaria desde 1943 a 1945 por un Líder cuyo nombre también fue silenciado por decreto. La revolución justicialista se nos presentaba como una «síntesis en acto» de las viejas aspiraciones nacionales tantas veces frustradas y lo hacía enarbolando tres banderas igualmente caras a los argentinos: la soberanía de la Nación, su independencia económica y su justicia social. No es extraño, pues, que el 17 de octubre de 1945 se diera la única revolución verdaderamente «popular» que registra nuestra historia, y que se diera en una expresión de masas reunidas, no por el sentimentalismo ni por el resentimiento, sino por una conciencia doctrinaria que les dio unidad y fuerza creativa. (5)

Di con esas páginas revisando papeles de aquellos años. A pesar de la intención de Marechal de integrar el texto completo a su *Cuaderno de navegación*, no pudo hacerlo. Permaneció inédito muchos años, hasta ser incluido recién en una edición ampliada de *Cuaderno de navegación*, preparada por sus hijas a principios de 2002.

Para mi hermano Fernando, esa reunión y la lectura reiterada de ese texto fueron determinantes en su adhesión, ya manifestada abiertamente, al peronismo. Este comienzo y varios hechos posteriores me llevaron a declarar en una entrevista a un diario de Córdoba, poco después de la muerte de mi hermano en 1970, que él no había sido fascista ni, mucho menos, marxista, sino que fue simplemente un «peronista marechaliano».

A mí, esa reunión inicial con Marechal me aproximó a una visión más empática del peronismo, aunque no venció todas mis reticencias. No lo manifesté, pero Marechal debe haber intuido algunas de ellas, porque en alguna de las reuniones posteriores —lo invitamos a comer alguna vez, y él lo retribuyó— me dio una copia de una carta de Perón a Aramburu, con la que le contestaba a este una declaración en la que lo acusaba de cobarde. (6)

Por esas fechas, creo que en 1963, emprendimos con Fernando una vuelta por el país largamente planeada, utilizando un pasaje llamado Argenpass, que daba derecho a viajar por un mes o dos en tren todas las veces que se quisiera.

Todavía la red ferroviaria no había sido desmantelada. Recorrimos buena parte del litoral, el noreste y el noroeste del país. Teníamos algunos contactos en cada lugar, que nos habían dado Castellani, Alicia Eguren y Jauretche, entre otros, por lo que en muchos casos fuimos alojados por amigos de ellos, personas muy diversas, aunque en general, a poco de avanzar en las conversaciones, muchos resultaban ser peronistas o cercanos al peronismo.

Leopoldo Marechal y su esposa, Elvia.

El viaje tenía el objetivo de conocer la Argentina interior, con cuyo pasado nos identificábamos mucho más que con nuestra realidad porteña. El artiguismo inicial que compartíamos con Fernando había evolucionado de diferente manera en cada uno. Simplificando, puedo decir que él hacía más eje en los aspectos sociales, y yo, en los nacionales. Durante el viaje, se fue dando una cierta distancia, en parte por esas ópticas distintas y en parte porque yo llevaba también contactos de mi afición por el rugby, y Fernando no compartía mis encuentros con jugadores de las distintas provincias con los que me relacioné.

Al regresar a Buenos Aires, y a pesar de seguir siendo muy cercanos y compartir no solo el dormitorio, sino también muchas lecturas, esa distancia se fue haciendo mayor. Fernando siempre tuvo una marcada veta mística, de una religiosidad profunda, que ocupaba una parte importante de sus días. Por mi parte, el escaso tiempo libre entre el estudio, el trabajo y la militancia lo ocupaba en el deporte, que siempre me gustó. Además del rugby, montaba en el Club Libres del Sur, llevado por mi padrino Francisco Llovera. Esa era la única actividad con algo de deporte que atraía a Fernando.

Yo ya había egresado del Colegio Nacional y me había inscripto en la Facultad de Derecho, donde comencé a dar materias como alumno libre. Por entonces, avanzamos con mi amigo Roberto Ortiz, al que había conocido también por el padre Castellani, en la relación con una familia correntina, de apellido Pérez, que eran nacionalistas; algunos

habían sido cercanos al peronismo. Tenían el proyecto de hacer un periódico nacionalista de circulación federal y ya contaban con parte de los recursos para sostenerlo.

Fue en ese momento cuando, con muchas dificultades, comenzamos a editar *El Federal*. En esas estaba cuando fui convocado por el padre Julio Meinvielle, quien me contó que el grupo que él había promovido como escisión de Tacuara, la Guardia Restauradora Nacionalista, había quedado prácticamente descabezado por el retiro de los que habían sido sus jefes y que había llegado un integrante de Mendoza, Augusto Moscoso, a hacerse cargo. Me pedía que lo ayudara sobre todo en sus primeros pasos en Buenos Aires.

Era difícil decirle que no al padre Meinvielle, pero quedé en contestarle y llamé a un compañero de la facultad, Horacio Maldonado, relacionado con la Guardia Restauradora Nacionalista, con el que habíamos iniciado una amistad, para que me acompañara. Así, acepté el pedido de Meinvielle. Conocí a Moscoso y colaboré con él junto a Horacio por unos meses, en los cuales, con los pases de tren Argenpass, dimos otra larga vuelta por casi todas las provincias, enhebrando grupos y reuniéndonos con otros.

De esta vuelta, me quedaron relaciones que en algunos casos duran hasta hoy y un mejor conocimiento de la Argentina, ya que fue mucho más extensa que la que habíamos hecho con Fernando. Yo no imaginaba la situación real de la Argentina, tal como la vi en ese momento con 19 años. Estuvimos en zonas muy pobres del país; no volví igual de ese viaje. Lo hablé mucho con mi hermano Fernando, y estoy seguro de que estas conversaciones tuvieron que ver con lo que pasó después con él y su grupo.

Al poco tiempo, Moscoso inició una relación con un grupo llamado Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas (FAEDA), al que, con unas pocas averiguaciones, le descubrimos una vinculación con la Embajada de Estados Unidos y con la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE). Me separé de la Guardia Restauradora Nacionalista, y al poco tiempo me siguieron Horacio Maldonado y otros compañeros. Corresponde aclarar que los anteriores jefes de la Guardia, así como la mayoría de los integrantes, nada tenían que ver con estos contactos, por lo que no es cierto que fuera un apéndice de los servicios de inteligencia, como suele decirse.

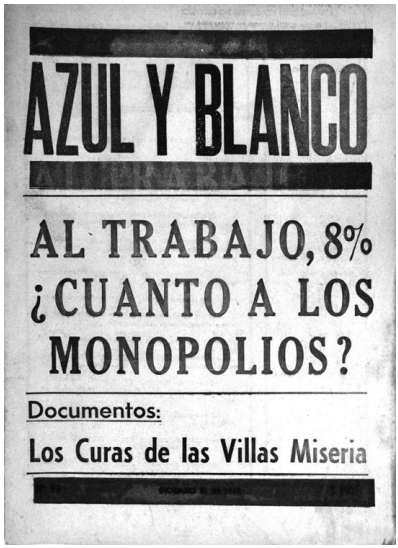
En 1965, no estaba muy avanzado en la facultad, por lo que —además del trabajo— ocupé el tiempo en preparar y rendir algunas

materias. Por otro lado, seguíamos intentando con Roberto Ortiz y los hermanos Jorge y Antonio Pérez reeditar *El Federal.* Estábamos en eso cuando el padre Castellani me comenta que su discípulo y amigo, Marcelo Sánchez Sorondo, estaba por volver a sacar *Azul y Blanco*, que había sido el principal semanario nacionalista.

Fui con Roberto Ortiz a una reunión con Marcelo, en su estudio del décimo piso de la calle Charcas 684, frente a Plaza San Martín. Ahí se inició una amistad que con sus más y sus menos duró hasta su muerte. Así quedé integrado en la preparación de la nueva etapa de *Azul y Blanco*. Entonces, Marcelo decide que el director sea Ricardo Curutchet y yo, el secretario de redacción.

Ricardo se alejó poco tiempo después, en desacuerdo con la política que iniciaba el grupo de ampliar la acción política fuera de los límites del nacionalismo, lo que llevaría a la creación del Movimiento de la Revolución Nacional. Marcelo volvió a la dirección y me conservó como secretario de redacción. Para mí, fue una experiencia sumamente interesante. Salimos en junio de 1966, el momento del golpe de Onganía. Yo tenía 21 años.

Mucha gente que se había escindido del grupo Azul y Blanco y había creado el Ateneo de la República, como Mario Amadeo, Mario Díaz Colodrero, Santiago de Estrada y Guillermo Borda, tenía cercanía con el industrial Jorge Salimei, dueño de Sasetru, la principal empresa de alimentos de aquella época. Este había conocido a Onganía en los llamados Cursillos de Cristiandad y fue nombrado ministro de Economía, cargo que ejerció con un perfil de tono nacionalista social-cristiano.



Portada de Azul y Blanco.

Azul y Blanco apoyó de algún modo esa línea. Pero el apoyo duró lo que duró Salimei, unos pocos meses, antes de caer a instancias del sector más gorila del Ejército, que en lo económico se referenciaba en Álvaro Alsogaray. Lo sucedió en el cargo Adalbert Krieger Vasena, quien revocó las medidas de control de capitales, congeló los salarios y devaluó la moneda un 40%. Estas medidas nos impulsaron a pasar a la oposición frontal.

La experiencia de *Azul y Blanco* fue para mí de una gran riqueza en muchos aspectos. El trato cotidiano y de una creciente amistad con Sánchez Sorondo, un hombre de una inmensa calidad humana, un agudo analista y una gran pluma, fue toda una escuela. Además, todas las tardes, en ese décimo piso de Charcas 684, se improvisaban reuniones con el elenco del periódico y con los amigos que espontáneamente se iban agregando. Participar de esos encuentros fue todo un aprendizaje que, incluso, hizo mucho más cercanos algunos vínculos que ya tenía, como los de Ernesto Palacio, Arturo Jauretche, José María Rosa y Leopoldo Marechal, cuyo poema «Patria» se publicó por primera vez en *Azul y Blanco*.

José María Rosa, Marcelo Sánchez Sorondo, Eduardo Paz y Vicente Solano Lima.

A pedido de Marcelo, retuve el original manuscrito de «Patria» para reintegrárselo a Marechal a su regreso de Cuba. Había viajado a fines de 1966, para integrar el jurado del Concurso Literario de Casa de las Américas. La revista *Primera Plana* le encargó un reportaje sobre la vida en la isla. El texto de Marechal, una prueba más de su espíritu de viejo cristiano revolucionario y de su honda solidaridad con las luchas por la liberación de América Latina, sobrepasó primero los límites de la censura impuesta por la dictadura militar, pero fue levantado de la revista cuando ya estaba impreso.

En marzo o abril de 1967 fuimos con Fernando a llevarle el original de «Patria» y nos quedamos conversando de su estadía en Cuba. Fernando regresó a verlo apenas unos días después, y tuvieron una larga charla, que sin dudas tuvo influencia en el viaje de mi hermano a La Habana a fines de 1967, invitado, creo, por Cooke, Alicia Eguren y Juan García Elorrio. Se trató de un viaje que Fernando realizó junto a Norma Arrostito y Emilio Maza. Fernando y Maza participaron de algún entrenamiento, pero eran claramente «sapos de otro pozo», como quedó claro a poco andar.

La versión de que Cuba armó la guerrilla montonera original no tiene asidero; apenas Fernando y Emilio Maza recibieron cierto «entrenamiento», que no tomaron muy en serio, junto a argentinos que iban a sumarse a la guerrilla del Che en Bolivia y que, cuando muere Guevara, quedan sueltos y creo que se van integrando en diferentes organizaciones. No entrenó, que yo sepa, a montoneros ni —según creo— al ERP. Fue Fidel Castro el que le dijo a Roberto Santucho, personalmente, un año después de Trelew, cuando este visitó Cuba: «Con el peronismo en el gobierno, no se le vaya a ocurrir seguir con la jodedera». Esto me lo contó Gelbard al regreso de su viaje a Cuba.

En cuanto a Fernando, no escondió en lo más mínimo su viaje a Cuba, al que se refería, parafraseando a Marechal, diciendo que había ido y había vuelto como un cristiano y peronista. Incluso recuerdo una tarde del invierno de 1969 en que, en el Círculo del Plata, con Sánchez Sorondo, Luis Rivet, Juan Manuel Palacio y otros compañeros, contó con detalles no exentos de humor su viaje lleno de escalas para pasar por Praga y tomar, de regreso a Buenos Aires, un barco en Génova.

Marcelo Sánchez Sorondo relata en sus *Memorias* que, por entonces —se refiere al invierno de 1969—, Fernando «estaba ya de vuelta de sus afanes castristas al persuadirse de que la inmersión en el peronismo era la única manera de llegar a nuestro pueblo y procurar acercarse a quienes buscaban un cambio revolucionario por todos los medios que ofrecía el descampado jurídico producido por el vacío de legitimidad. Es más, Fernando —en aquel preciso momento que marcó un hito a partir del cual se precipitó su trágica biografía— creyó en la posibilidad de que, derrocado Onganía, los elementos nacionales del Ejército y sus líneas conspirativas lograrían imponerse. El caso es que con la voz del futuro montonero se grabaron los textos —algo así como una antología de *Azul y Blanco*—, los cuales serían difundidos por todo el país a la hora de la conspiración de aquellos días encabezada por el general Labanca. Claro está, nada ocurrió…». (7) Lo que relata Marcelo es exacto, así sucedió. Puedo agregar que luego de probar varias voces en la grabación se había optado por la de Juan Manuel Palacio, aunque era poco marcial. La mía había sido desechada porque, como dijo Fernando, que yo grabara era como ponerle mi impresión digital, refiriéndose a mi nula pronunciación de las erres. De chicos, Fernando hablaba igual que yo, pero pronto, a los 8 o 9 años, nuestros padres advirtieron que era por imitación y lograron corregir su dicción.

Otro comentario divertido de Fernando en el Círculo del Plata se refería al supuesto entrenamiento que habían hecho en Cuba. Contaba, con mucha gracia, que todo había consistido en una larga marcha a través de una selva montañosa, durmiendo mal y comiendo peor, y que tuvieron que aguantar a tres acompañantes argentinos, que habían quedado «colgados» en Cuba por la muerte del Che y que se la pasaban en discusiones teóricas interminables, «más aburridas que las de los bolches del Colegio». Uno de esos «colgados» era el padre de Laura Alcoba, la novelista que refirió esta historia desde el

punto de vista de ellos. (8)

Mis padres veían con cierto asombro nuestro progresivo acercamiento al peronismo, pero nunca se opusieron y nos daban libertad de acción. De hecho, mi hermano y yo ya estábamos casados o en pareja y teníamos cierta autonomía. Esto fue motivo de discusiones familiares, de diálogos, pero no de distanciamiento entre mis padres y nosotros, ni de nosotros con nuestros otros hermanos.

Desde su egreso del Colegio Nacional, Fernando había tomado un rumbo cercano a las novedades que se habían producido en la Iglesia con el Concilio Vaticano Segundo y, en un determinado momento, se aleja un poco de la familia. Fue algo que nos sorprendió a todos. Intenté conversar con él en varias ocasiones, pero a pesar de todo lo abierto que era para hablar de muchas cosas, era muy cerrado cuando intentábamos saber por qué dejaba de ir por semanas a casa.

5- Ver el anexo 4, Leopoldo Marechal, fragmento de «El poeta depuesto».

6- Ver el anexo 5, Juan Perón, carta al general Aramburu, Panamá, 8 de marzo de 1956.

7- Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 194.

8- Laura Alcoba, *Los pasajeros del Anna C.*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

3
El levantamiento montonero

En febrero de 1970, Fernando y yo volvimos a ver a Marechal. Yo estaba saliendo de la casa de mis padres cuando llegó Fernando. Le pregunté adónde estaba yendo; me pidió acompañarme y me dijo que lo esperara unos minutos: «Quiero despedirme de mamá y papá, porque voy a estar afuera un tiempo».

Nos fuimos con Fernando a lo de Marechal, y en el camino me contó que iba a desertar del servicio militar que acababa de iniciar, porque tenía compromisos de otro tipo que cumplir. Intenté disuadirlo, pero no quiso hablar más del tema.

Hablamos un rato con Marechal. Le comenté el motivo de mi visita, que era contarle de la creación del Círculo del Plata y pedirle que participara de alguna actividad, y él nos contó que había terminado de entregar los originales de *Megafón.* Ese día, Fernando se quedó un rato más con él y yo tuve que irme a otra reunión. Después supe que Fernando le preguntó mucho a Marechal por su nueva novela, que nos había comentado en general en una comida que habíamos tenido con Pepe Rosa, Luis Alberto Murray y algún otro compañero en el restaurante Tropezón, de la avenida Callao, en noviembre o diciembre de 1969.

Poco más de tres meses después, ocurrió el secuestro de Pedro Eugenio Aramburu. La primera información la tuvo un periodista de *La Nación*, amigo de Ricardo Rojo, porque a las once de esa mañana este último llegó a la casa de Aramburu, con quien tenía una cita, y se convirtió en testigo involuntario de lo que estaba pasando. La noticia llega a *La Nación.* A partir de allí, la difundieron dos radios, y luego, todas.

Escuché la noticia recién a la tarde. Estaba yendo a buscar unos libros. Iba a dos o tres bibliotecas para estudiar. Tenía hijos chicos; tenía todo el día ocupado. La información que circulaba por radio era

que se habían presentado dos oficiales, al parecer de parte de la comandancia, y se habían llevado a Aramburu.

Juan Manuel con su hijo mayor Juan, al cumplir un año. Foto tomada por Fernando en mayo de 1969.

Busqué a Sánchez Sorondo para saber algo más y no lo encontré. Tengamos en cuenta cómo eran las cosas entonces. Si alguien estaba fuera de su casa, de su estudio o de su lugar de trabajo, no había cómo encontrarlo.

Entonces se me ocurrió llamar a Pepe Rosa y me enteré de que él me había llamado a la redacción de *Azul y Blanco* y a mi casa. Lo fui a ver a su casa de Esmeralda y Paraguay, y me dijo que Leopoldo Marechal le había pedido que yo fuera a verlo apenas pudiera. Pepe Rosa me comentó: «Parece que es por todo lo que está pasando». Nos fuimos para la casa en la que Marechal vivió casi toda su vida, la de Rivadavia al 2300. Era un octavo piso. Llegamos y lo vimos muy nervioso. Pensaba que mi hermano Fernando estaba por lanzar una guerrilla urbana. Me contó que sabía que Fernando había desertado del servicio militar y que la última conversación entre ellos había sido muy intensa y girando siempre sobre su última novela, que estaba en prensa, y en especial sobre la «Rapsodia VI», donde relata el secuestro del general Bruno González Cabezón. Marechal nos dijo que era una referencia obvia a Aramburu. Se ofreció para hablar con Fernando y tratar de «ayudar», pero a mí no me quedó muy claro qué podía

significar esa ayuda.

Al salir, le dije a Pepe Rosa que el parecido entre la escena del secuestro de Megafón y el secuestro de Aramburu podía ser una simple coincidencia, y dejé de pensar en eso. Acompañé a Pepe hasta su casa y fui a *Azul y Blanco*, al décimo piso de Charcas 684. Allí me encontré con Marcelo Sánchez Sorondo.

Él me contó que había estado con la esposa de Aramburu. Sabía que Aramburu estaba recién levantado y que había sido ella la que había atendido a quienes fueron a buscarlo. Los había dejado conversando. Venían de parte del Comando en Jefe, para que el general los acompañara a realizar una diligencia. «Yo intenté tranquilizarla», me dijo Marcelo. Pero ya habían pasado muchas horas sin noticias.

Ese día terminó y yo me fui a dormir sin sospechas, pensando que se trataba de un episodio de la interna militar. Después, especulé con que podía haber sido algo planificado entre Aramburu y Lanusse para terminar de voltear a Onganía.

A la tarde siguiente, *La Razón 5ta* publicó el primer comunicado de los secuestradores. Ahí estaba la palabra «montoneros». Era clave la forma en que estaba escrito ese comunicado. Fernando usaba ese lenguaje.

La obra Montoneros*, de Héctor Beas Marengo, habría inspirado a Fernando el nombre de su organización.*

Yo tenía un cuadro en tinta china que había hecho, para una

contratapa de *Azul y Blanco*, Héctor Marengo, un pintor de temas gauchos. A Fernando le gustaba mucho. Se llamaba *Montoneros*. La imagen era la de un grupo de gauchos estilizados con las tacuaras, y por detrás las nubes formaban como una cruz.

En el número en que publicamos esa imagen, había también un texto que a Fernando le había interesado, a tal punto que me pidió que le consiguiera varios ejemplares de ese número. El texto terminaba con la frase: «Eso fueron los montoneros, los campeadores del ideal federalista, la carne de cañón de la patria grande».

Entonces llamé a Pepe Rosa, y él me dijo: «¿Viste?». Busqué a Antonia Canizo, una amiga muy cercana de Fernando. No la encontré. Yo ya estaba sospechando de que las insinuaciones de Marechal tenían sentido. Esa noche, mi papá me preguntó: «¿Fernando no tendrá algo que ver con esto?». Entonces, apareció el comunicado más largo, sobre el juicio, y ya no tuve ninguna duda de que era él. Sobre las increíbles premoniciones de Marechal en este tema han escrito diversos críticos.

Por ejemplo, en su ensayo «Las cronologías de *Megafón, o la guerra*» dice María Rosa Lojo:

> Uno de los elementos más notables y perturbadores de *Megafón o la guerra* es su estremecedora lectura anticipatoria ya señalada por la crítica, tanto en los hechos inmediatos (el secuestro y asesinato de Aramburu) como en los mediatos: la sangrienta inmolación (implícita en Megafón, el héroe) de millares de militantes (algunos adherentes a la acción armada, y muchos otros no) en la «batalla terrestre» que se libraría a lo largo de la década del setenta.
> La novela de Marechal estaba en prensa cuando ocurrió el secuestro de Aramburu (el 29 de mayo de 1970), y el autor murió poco después (el 26 de junio). No obstante, el texto de *Megafón* parece predecirlo hasta en detalles menores. Algunos elementos (de la novela y la realidad) se aproximan en un grado asombroso. (9)

El «tema Aramburu», los crímenes de Aramburu, era algo sobre lo que Fernando había hablado en varias ocasiones en el Círculo del Plata. También había comentado que sobre ese asunto fueron sus primeras lecturas de *Azul y Blanco*. Esos artículos los había llevado papá a casa. Nosotros, muy jóvenes, los habíamos leído. Cuando

sucedieron los hechos de 1956, yo tenía 11 años y Fernando, 9.

Unos días más tarde me llama una mujer a casa de mis padres. Todavía vivíamos ahí, en una casa grande que nos volaron por el aire poco después. Dejó dicho que por favor yo fuera al teléfono tres. Con Fernando habíamos quedado en tener unos teléfonos donde nos llamábamos. Lo habíamos organizado cuando era casi seguro que a mí me iban a largar la captura. Lo habían hecho con Marcelo Sánchez Sorondo y Luis Rivet, que era el que lo había sustituido como director de *Azul y Blanco*, y era insólito que a mí no me pasara lo mismo.

Entonces, fui al teléfono tres, que era el de la casa de una tía, y me llamó esta mujer. Tenía una voz joven. Me dijo que, por favor, fuera dos horas después a donde nos habíamos visto por última vez con Fernando y que me pusiera a caminar por ahí sin detenerme.

La última vez que me había visto con Fernando había sido cuando estuvimos con Marechal, en febrero. De modo que me puse a caminar por Rivadavia, y al llegar a la esquina del 2300 me chistaron desde un auto. Era un muchacho joven, del que luego supe que era Carlos Capuano Martínez. Me dijo: «Juan Manuel, subí, por favor». Subí al auto, un Dodge de los chicos, dimos unas vueltas, y en un momento el auto se detuvo y subió Fernando al asiento de atrás.

«Fernando, ¿qué están haciendo?», lo exhorté. Me dijo que estaba todo bastante seguro y que él creía que en unos días se iba a «normalizar». Me pidió que les dijera a mamá y papá que él está bien. Entonces, le pregunté si habían sido ellos, y Fernando me contestó: «Sí, sí, claro…».

Fue entonces que intenté decirle que saliera del país por un tiempo, que yo lo sacaba. Por las conspiraciones nacionalistas que habíamos hecho en el Ejército, yo había sacado al coronel Ramón Eduardo Molina, jefe de la unidad de Junín. Se había ido al Uruguay, en una ocasión, con César Adrogué, un gran amigo que tenía una lancha rápida, y en otra, con Enrique Graci Susini.

Pero Fernando se negó. Lo vi inquieto. Aparentemente, estaba tranquilo, pero algo traía. Entonces me dijo: «Matar es terrible… es tremendo», o al revés: «Es tremendo, es terrible». Estaba claro que el haber matado no le había hecho bien. Me apretó los hombros desde atrás, yo le apreté las manos, y se bajó del auto. Esa fue la última vez que nos vimos.

Desde entonces, empecé a tener ideas fatalistas sobre la suerte de Fernando. Pensaba que podía pasar algo grave en cualquier momento.

Y cuando sucedió la toma de La Calera, cayó Emilio Maza, y salieron las órdenes de capturas del grupo de Buenos Aires, se acentuaron mis temores.

El 26 de agosto nació nuestro tercer hijo, un varón, que fue bautizado con el nombre de Fernando Luis, y mis padres fueron los padrinos. Mi hermano no llegó a conocerlo y no sé si llegó a enterarse de su nacimiento. Él había conocido a los dos mayores, Juan y Santiago, pero no a Fernando, ni a María ni a Paula, que llegarían después.

Era cuestión de tiempo, y ocurrió el 7 de septiembre. Me llamó gente de Coordinación Federal, un tal inspector Robles, que era una especie de segundo del comisario Sandoval, y pidió verme personalmente. Yo estaba en la casa de la calle Moreno con mi papá y mis hijos. Vinieron a verme y me dijeron que tenían que darme una mala noticia, pero no querían que se enteraran mis padres.

Siendo secretario de redacción de *Azul y Blanco*, yo era de algún modo una figura del nacionalismo joven, y con la policía, que tenía la obsesión con los grupos de izquierda, había consideraciones como estas que estoy contando.

Me dieron la noticia de que habían matado a Fernando en una pizzería de William Morris y que su cuerpo estaba en la morgue de Haedo. Tuve que decírselo a papá y a mamá, pero le mentí a papá sobre la hora en la que había que ir a la morgue, para que no fuera. Fuimos con Eduardo Luis Duhalde en un auto con un chofer que nos prestó el empresario César Cao Saravia, que fue muy solidario con nosotros. Era gente nacionalista peronista muy particular.

Pasamos a buscar a la madre de Carlos Gustavo Ramus y fuimos a reconocer los cuerpos y después a tramitar su entrega. Fernando se había dejado una especie de bigotito. La calle estaba llena de carteles con su foto, y me contaron que se paraba adelante de los carteles y decía: «¿No soy mucho más pintón?».

Era gracioso, pero también podía ser muy reconcentrado y muy místico. Se ha dicho que el modo de exponerse en el lugar en el que lo mataron había sido suicida, pero estoy seguro que Fernando nunca consideró el suicidio. Él solo iba a la cabeza. Supe que jamás mandó a otro ni siquiera a conseguir una pistola sacándosela a un vigilante. Para eso también iba él primero.

El velorio fue en la casa de mis padres, donde fue incesante el paso de gran cantidad de amigos de las agrupaciones católicas y

nacionalistas, así como muchos compañeros que se identificaban con diversos grupos peronistas. Entre ellos, quiero mencionar especialmente a Susana Valle, la hija del general Juan José Valle, a Luis María Bandieri, Gustavo Costa y Horacio Maldonado, que me acompañaron todo el tiempo, y a Enrique Graci Susini, que me hizo llegar una cálida carta desde Mendoza, donde estaba viviendo. La prensa destacó que el féretro estaba colocado frente a un cuadro de grandes dimensiones que representa el fusilamiento de Dorrego y tenía la leyenda: «Han de estar contentos los salvajes unitarios, Lavalle ha mandado matar al más valiente». Arturo Jauretche, mirando el cuadro, le dijo a mi hermano Mario: «Premonitorio, premonitorio…».

Al rato, en un grupo que completaban Marcelo Sánchez Sorondo, Jorge Ramos Mejía, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, Jauretche reiteró su comentario. Hernán Brienza, en su libro *El otro 17*, lo comenta así:

> Ortega Peña y Duhalde, con el fervor de la época, habían escrito cinco años antes en su libro *El asesinato de Dorrego*: «Rosas comprendía, fundándose en la experiencia de Dorrego, que si no destruía el sistema de sus enemigos mediante la violencia, no conseguiría llevar adelante aquella política nacional. […] Esta línea nacional, como la llamara Raúl Scalabrini Ortiz, era la línea de las clases populares, caracterizada por la resistencia triunfal de la penetración extranjera. Tendrá más tarde sus nuevos mártires: Juan Facundo Quiroga, Martiniano Chilavert, Jerónimo Costa, el Chacho Peñaloza, Aurelio Salazar serían las gloriosas víctimas del sistema del siglo pasado. Tras la derrota momentánea del movimiento de masas peronista a raíz de la contrarrevolución de septiembre de 1955 —que bombardeara al pueblo en sus plazas—, nuevamente los doctores de casaca negra condenarían sanguinariamente a los militantes del pueblo. El general Juan José Valle, que como Dorrego sabría aceptar con honor la injusta sentencia de la oligarquía, y Felipe Vallese, obrero peronista, serían los símbolos más notables de la larga lista de perseguidos y asesinados en nombre de una «revolución libertadora» que, como la de Lavalle, tenía por único objetivo entregar nuestra Patria al vasallaje internacional. Tras el asesinato de Dorrego, crimen que la historia hecha por el

pueblo no justifica ni justificará jamás, se descubre una experiencia aleccionadora en la guerra total que el pueblo ha decretado contra sus enemigos».

Esa fascinante prosa será la mejor justificación ideológica para cerrar con el secuestro y fusilamiento de Aramburu el círculo histórico iniciado en Navarro con el fusilamiento de Dorrego. En este marco conceptual era la primera vez que la violencia de «los de abajo» se ejercía hacia «los de arriba». (10)

A las 20:25 llegó una gran corona enviada por el general Perón. Los empleados que la llevaron tenían la indicación de que señalaran que había sido comprada desde Madrid con pago en Buenos Aires y que ya lo habían hecho en otras ocasiones. Debía ser entregada a las 20:25, recordando que era «la hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad». Un año y medio después, yo sabría que el envío se había hecho desde la oficina de Jorge Antonio, por pedido del General.

Al salir el cuerpo, en la mañana del 9 de septiembre, se cantó el himno nacional en la puerta de Moreno 1130, y hubo vivas a Perón y a mi hermano Fernando. El cortejo se detuvo a la vuelta, en la iglesia de Montserrat, que era la nuestra, donde se dio un responso, y siguió hacia la iglesia de San Francisco Solano, en Mataderos, donde ya esperaba el cortejo de Carlos Gustavo Ramus.

Saliendo de la iglesia de San Francisco Solano, el féretro de Fernando cubierto por la bandera nacional. De los hermanos se ve a Antonio, Juan y Mario y a otros familiares.

De la ceremonia religiosa participaron el padre Jorge Vernazza, cura párroco que desobedeció la orden de la Arquidiócesis de Buenos Aires —que quiso evitar la ceremonia—, su teniente el padre Rodolfo Ricciardelli, el padre Fernando Armengol, cercano a mi familia, el padre Hernán Benítez, el más cercano a la señora Eva Perón, y el padre Carlos Mugica. La oración del padre Benítez la recuerdo hasta hoy. Fue la que, a mi juicio, marcó el contexto de lo que significó la aproximación al peronismo de la gente que venía del catolicismo en esos años. Este viejo cura peronista asumía en ese momento la muerte de mi hermano. Le daba patente de legalidad en el peronismo a toda una generación de católicos que asumían este compromiso político hasta con su vida.

Dijo el padre Benítez:

> La imagen de Cristo vuelve a repetirse en nuestro mundo. Es por eso, hermanos, que quien ama su vida la perderá por los demás. Bendigo a Dios, que pueda repetirse nuevamente en el mundo el signo de Cristo, dar la vida por los otros. Santa Teresa de Jesús decía: «Si fuese a la puerta del Cielo y no encontrara a los demás, renunciaría a mi propia salvación, y quizá la juventud hoy nos muestra que Cristo no nos ha querido salvar, sino precisamente como pueblo, como comunidad, donde la fraternidad universal sea la gran ley del amor».

Luego habló el padre Carlos Mugica. En una oración muy sentida, dijo, entre otros conceptos:

> Señor, quiero pedir perdón porque me siento en buena parte responsable. Por mi cobardía, por mi indiferencia, por mi falta de compromiso. Te pido Señor, al mismo tiempo, que los lleves contigo a la vida eterna, que ellos no hayan muerto en vano, sino que nosotros impulsados por el amor a ti, no con las palabras, con los hechos, todos en nuestra Patria luchemos contra la explotación, sin marginación de nuestros hermanos, los pequeños, los pobres, los humildes… Que podamos construir esta Patria real, esa Patria en la cual seamos hermanos, en la cual mostremos con los hechos que somos realmente tus discípulos y podamos nosotros también ser dignos de estar un día en tu gloria, donde gozaremos para

siempre de tu amor y de tu dicha.

Luego seguimos con los cortejos hacia el cementerio de la Chacarita, con una fuerte presencia policial, con carros de asalto y armas largas. Al llegar a la esquina de Juan B. Justo y Terrada, la policía impidió la marcha y exigió que fueran retiradas y entregadas las banderas argentinas que cubrían los dos féretros. Luego de una negociación nerviosa, en la que me comunicaron por radio con el jefe de Policía, y a instancias de mis padres, accedimos a retirar las banderas, pero las conservamos en nuestro poder.

Cementerio de la Chacarita. Antonio, hermano mayor, y Juan Manuel acompañan el féretro de su hermano Fernando, ya sin la bandera.

Al llegar a la Chacarita y luego de los responsos, los dos cortejos se separaron. Frente a la tumba todavía abierta de mi hermano Fernando, leí un breve texto:

> No vengo con una oratoria de circunstancias, de aquellas que pretenden escamotear la muerte, o eludirla con un florón literario. No hablo, por eso, ni como amigo ni como hermano; antes bien como camarada. En vez de acogerme al derecho del consuelo, vengo a recordar el deber que nace de lo irrevocable.
> Han caído dos adelantados de una Patria en marcha, de esa Patria que alguna vez pudimos imaginar naciendo con banderas alegres y cánticos marciales, y que ahora sabemos que solo se gana en una ardua milicia de entrega total y sacrificio absoluto, aun al precio del escarnio o de la difamación.

Por eso no exigiré obligaciones a otros, a los enterrados en esta maquinaria de doblegamiento y humillación que nos abruma. Hablaré, tan solo, del único deber que nos convoca: una guerra justa por la tierra carnal.

Y recordemos que una muerte no se agota sino cuando las causas que llevaron a enfrentarla son para siempre barridas.

Frente a la Argentina melancólica de ahora, estos cuerpos —montoneros de la ciudad terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celeste— representan la Argentina prometida que Dios quiso que naciera al amor de su coraje y su silencio.

Nada más.

Más tarde, nuestro amigo, el poeta, escritor y periodista nacionalista Luis Alberto Murray, nos entregó un poema que había escrito dedicado a Fernando. El 7 de septiembre de 1973, al cumplirse tres años de la muerte de mi hermano, el padre Carlos Mugica ofició una misa en su capilla de Cristo Obrero y dijo: «Yo, que los conocí de adentro, puedo asegurarles que fue su fe cristiana, su amor al pueblo, su militancia peronista, las que los impulsaron». Pidió el padre Mugica que las armas fueran dejadas de lado: «Este es el tiempo de dejar las armas y tomar los arados, como dice la Biblia» En el oficio, Mugica leyó el poema de Luis Alberto Murray, «Fernando Abal Medina», y desde entonces ha circulado en medios peronistas y católicos. Al escribir estas líneas, me siento obligado a reproducirlo una vez más, con total felicidad:

No ha muerto. No quería morir. Muere solo quien lo consiente. Le llenaron de plomo el corazón y la cabeza, pero él vive; más vive que nosotros.

Era un furioso amante de la vida; por eso fue que hizo lo que hizo. Su insobornable caridad quemaba, pero él vive; más vive que nosotros.

¿Quién dice que descansa? No hay descanso, no hay paz ni para él ni para nadie.

Su derramada juventud no fluye, pero él vive; más vive que nosotros.

Miente la tumba. Hasta la tierra miente un presunto lugar en el espacio.

Su peso y su perfil ya no hacen sombra, pero él vive; más vive que nosotros.

También las flores que de él se nutren están equivocadas. No lo aquietan.

Su clamor asordinan y perfuman. Pero él vive; más vive que nosotros.

Ni siquiera es verdad que fue en septiembre casi primaveral. Meras versiones.

Su sonrisa de niño es ya recuerdo pero él vive; más vive que nosotros.

¿Dónde estará su corazón tamaño
—hijo mío, mi hermano, mi maestro—sino en nosotros, los que lo supimos? Pero él vive; más vive que nosotros.
Más vive que nosotros, los prudentes a la derecha de Jesús; más vive
que sus delitos y sus infracciones: para siempre tendrá veintitrés años.

Por galán de la vida suculenta,
por arcángel de un cielo prematuro; por todo lo demás, Dios lo bendiga, y nos perdone por sobrevivirlo.

Los meses finales de 1970 fueron de una gran tristeza, fundamentalmente por la muerte de Fernando y de innumerables problemas cotidianos, motivados por la pérdida de mi empleo y por la gran reducción de los ingresos de mi padre.

A esto, grave de por sí, vino a agregarse el brutal atentado con explosivos en nuestra casa de la calle Moreno, que la transformó en inhabitable, al menos para un grupo tan numeroso como el que formábamos. Mis hijos Juan, Santiago y Fernando estaban con mi padre ahí, dentro de la casa. Cristina, mi mujer y yo, estábamos afuera. Era la primera vez que salíamos de noche después de meses. Mi amigo Mario Hernández y su mujer habían insistido en llevarnos a cenar. Cuando regresamos, nos encontramos con eso.

Era un primer piso. Abajo había un local. La bomba la habían puesto en el hueco del ascensor. Pero toda esa parte del acceso fue destrozada. Pudo haber sido la policía. O probablemente el Ejército coordinado con la policía. Fue extraño. La casa estaba en Moreno 1130, y la Coordinación Federal de la Policía se encontraba en Moreno al 1300.

En ese tiempo, tuve el apoyo providencial de un amigo, Pedro Dacharri, que contribuía en la publicación de *Azul y Blanco* y que profesaba, con cuidado, dada su actividad empresarial, un definido peronismo. Decidió fijarme un salario mensual en su empresa

petrolera con la única contraprestación de completar en unos meses mis estudios de derecho, recibirme y seguir atendiendo los constantes pedidos de compañeros que se me acercaban desde la muerte de Fernando instándome a participar.

En más de una ocasión, el querido Pedro Dacharri me llevaba en su automóvil a lugares difíciles del gran Buenos Aires, donde nos reuníamos con todo tipo de compañeros. En varias ocasiones, fuimos acompañados por Susana Valle y Norma Kennedy; en otras, por Rodolfo Galimberti y alguno de sus amigos, como Héctor «el Vasquito» Mauriño, el Beto Ahumada y Mario Herrera.

Sería muy extenso mencionar toda la colaboración que Dacharri me brindó; sé que también lo hizo con algunos de los amigos mencionados. Pasó el tiempo, y al programar el regreso del General le ofrecí, con el acuerdo del doctor Cámpora, ser parte de la comitiva, lo que agradeció mucho. Sin embargo, dijo que había muchos compañeros con más méritos y no aceptó.

Con Cristina y nuestros tres hijos, nos mudamos a un departamento de la planta baja de la calle Piedras 325, desde donde continué las mismas actividades, con horas de estudio diario y lecturas de diversos escritos del general Perón, siguiendo los consejos de Leopoldo Marechal y de Antonio Cafiero, con quien la amistad se hizo más cercana y me permitió conocer a otros compañeros.

A mediados de junio de 1971, por intervención de Antonia Canizo, se produjo mi primer encuentro con Norma Arrostito, lo que significó mi primer contacto con la organización que había creado mi hermano. Norma y Fernando se habían conocido cuando ella todavía estaba casada con su primer marido, Rubén Ricardo Roitvan, que en ese momento estaba entrenándose en Cuba con los grupos de apoyo al Che.

Ella era siete años mayor que Fernando, con quien quedó fascinada. En ese momento, ella estaba muy enamorada del marido, con el que eran además muy compinches. A Norma le parecía incorrecto tener una relación con Fernando, pero fue algo más fuerte que ella. En casa sabíamos de la existencia de Norma desde antes de que Fernando muriera, porque él un día me había dicho que se iba a ir a vivir con ella y con «compañeros».

Norma Arrostito. El primer encuentro, en junio de 1971.

Luego de variadas maniobras que era prudente hacer para evitar seguimientos —aunque no creo que estos existieran—, me vi en una habitación de una casa cuya ubicación ignoraba. Apenas Antonia salió, apareció Norma, con la que nos estrechamos en un largo abrazo. Toda la primera parte fue muy personal. Norma quería saber de mis hijos y de mis padres, de cómo estaban, cómo manejaban la muerte de Fernando y todo lo que habían hecho. Ahí supe que había conocido a mi hijo Juan cuando Fernando lo llevaba a pasear.

Norma tenía mucho interés en que le contara acerca de la relación de Fernando con Leopoldo Marechal, de la cual le había hablado largamente. Fui lo más preciso posible y le referí el interés de Fernando por conversar largo sobre Cuba, de donde había regresado Marechal poco antes. A Fernando le había impresionado mucho el borrador que Marechal le pasó del texto que había enviado a *Primera Plana* y que tardó en publicarse, debido a la censura de la dictadura. A su regreso de Cuba y en la primera ocasión que tuvo de volver a verlo, le dijo que hacía suya una frase que le había dicho: «Yo vi Cuba con mis ojos de un cristiano peronista».

Le comenté cómo había sido mi último encuentro con Fernando. Ella me dijo que lo supo, luego de producido, ya que tenían absolutamente prohibido realizar ese tipo de contactos. Pasamos luego a hablar de la situación política, y me interrogó con avidez respecto de la cuestión militar, de qué sabía yo del golpe en preparación (se refería al frustrado levantamiento de Azul y Olavarría), de las

reuniones en el Círculo del Plata y muchos otros aspectos.

De un tema en otro, fuimos volviendo a la acción de ellos, y entonces le manifesté con absoluta franqueza mis puntos de vista. Si bien en aquel entonces eran ampliamente conocidos, no está de más señalar ahora que yo no compartía algunos aspectos ideológicos de la posición asumida por ellos, aunque sí la definición por el peronismo. En cuanto a lo metodológico, fui también claro: les veía sentido como acción de desgaste del régimen, pero descreía de las posibilidades de una «guerra prolongada».

Ella no quiso continuar mucho en ese tema. Dijo algo así como que ya conocía mis puntos de vista y entró de nuevo en lo personal. Afirmó que sabía que «ustedes», por Fernando y yo, hablábamos mucho y de todo. Le dije que sí, y me preguntó qué había sido lo último que habíamos hablado en el coche. Le conté la verdad y le repetí la frase textual de Fernando: «Matar es terrible…».

Luego de un silencio muy tenso, y con un hilo de voz, me contó que dos o tres días después de ese encuentro se despertó a la madrugada al notar que Fernando no estaba a su lado y que lo vio de rodillas, sobre el otro lado de la cama. «Estaba rezando», me dijo. Fernando rezaba por Aramburu, por la familia de Aramburu y también rezaba por él, y entonces le dijo: «No sabés lo que deseo que eso no hubiera sucedido». No era una frase política; por Norma y por Ignacio Vélez, sé que Fernando no tuvo dudas en la justicia de su acción. Pero esa reflexión posterior definía su posición humana como católico y su profundo respeto a la vida humana.

Norma me dijo que quiso salir de ese momento haciéndole alguna una broma tonta sobre el arrepentimiento cristiano y sobre sus oraciones con Emilio Maza cuando estuvieron en Cuba, pero Fernando, muy serio, le pidió que no lo tomara en broma, que era precisamente el arrepentimiento de un cristiano lo que sentía.

Terminó ese relato llorando y me abrazó. La abracé fuerte y, recomponiéndose, dijo que ya le parecía peligroso continuar la charla. Quedamos en vernos pronto, llamó a Antonia, y comenzamos el operativo de salida. Por supuesto, al día siguiente lo comenté en detalle con papá y le pedí que él lo hablara con mamá.

9- María Rosa Lojo, «La cronología de *Megafón, o la guerra*», en María Rosa Lojo (ed.) y Enzo Cárcano (coed.), *Leopoldo Marechal y el canon del siglo XXI*, Pamplona, Eunasa, 2017, p. 372.

10- Hernán Brienza, *El otro 17*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012, p. 40.

4
El General

No volví a tocar el tema hasta que me encontré por primera vez en Madrid con el general Perón. En Barajas, me esperaba Héctor «el Vasquito» Mauriño, al que llamaban «la Sombra», por andar siempre con Galimberti. Ahora vivía en Madrid y era el secretario de Jorge Antonio. Me condujo a las oficinas de este último. Como la señora Isabel y López Rega estaban en Buenos Aires, Jorge Antonio se manejaba con el General con mayor comodidad. Desde sus oficinas, me comuniqué con la quinta 17 de Octubre. Eran las once o doce de la mañana, y la voz femenina que me atendió después de una consulta me dijo que el General me esperaba a las cuatro de la tarde. Era el jueves 20 de enero de 1972.

Jorge Antonio estuvo muy deferente, me invitó a almorzar y me envió con el Vasquito a registrarme al hotel (en esta ocasión, fue el Mayorazgo, cercano a la Plaza España), cambiarme y llevarme a la cita. A las cuatro menos cinco, me disponía a llamar a la puerta cuando esta se abrió y vi, a cinco o seis metros, parado en el porche, al general Perón. Me saludó con una sonrisa. Era una figura imponente y, al mismo tiempo, me produjo la clara sensación de que lo conocía de toda la vida, por lo que lo más natural fue saludarnos con un fuerte abrazo.

El General era un viejo criollo, con toda la sabiduría, la agudeza y la calma de un paisano; algo de su sangre indígena siempre estaba presente. Me hizo pasar a su escritorio y abrió la conversación agradeciendo los informes que yo le había hecho llegar a lo largo de todo el año anterior.

Me quedó la impresión de que mencionó todos los informes, sin olvidar ni uno. Además de este aspecto, me resultó muy grato saber que los canales elegidos se habían comportado con esa total corrección, no atribuyéndose nada que no les correspondiera.

El general Perón, un viejo criollo.

Enseguida pasó a preguntarme por cuestiones personales: por mis hijos, por mis estudios y mi profesión. Preguntó por mi relación con el padre Castellani, con Leopoldo Marechal, con Ernesto Palacio, con José María Rosa, con Arturo Jauretche, como recorriendo mi formación.

Sobre todos tuvo opiniones positivas e informadas; era notorio que había leído buena parte de la obra de todos ellos, y destacó de manera especial *La autopsia de Creso*, de Marechal, a la que consideraba un texto clave, cosa con la que yo coincidía. Entonces, aproveché para decirle que por sugerencia de Marechal yo había leído *La comunidad organizada* y que lo mismo había hecho mi hermano Fernando.

En esas estábamos cuando me dijo: «Si no le resulta difícil, me gustaría que me contara cómo era Fernando». Hice un relato que intenté que fuera sucinto, pero se fue prolongando por sus constantes preguntas. Me pidió que definiera políticamente a Fernando, y yo le dije cómo se definía él, sobre todo las últimas veces que habíamos hablado luego del regreso de su viaje a Cuba: «Le gustaba decir que él era un peronista marechaliano».

«¿Y usted, estimado doctor?», me dijo. Le contesté: «Yo era un nacionalista, cada vez más marechaliano… y desde la muerte de mi hermano y si usted me lo permite, mi General, podría decir que soy un peronista marechaliano». De inmediato, y haciéndose el solemne, dijo:

«Entonces, queda integrado».

El General llevó la conversación hacia el tema de Montoneros y la ejecución de Aramburu como primera acción de lo que él llamó «levantamiento montonero». No necesitaba aclararlo, pero reiteré mi nula vinculación con Montoneros, que yo no hacía pública porque hacerlo en ese momento me parecía una cobardía, pero que correspondía hacerlo frente a él, porque no me atribuía ningún mérito ni ninguna representación.

Él insistía en seguir conversando sobre Fernando y sobre el último encuentro que habíamos tenido. La conversación con el General se hacía difícil y derivó en detalles que solo fueron conocidos por mis padres. De esa escena, tengo el recuerdo emocionado de cada palabra y cada gesto. En un momento, el General reiteraba su juicio sobre la muerte de Aramburu como «una acción deseada por todos los peronistas». Se había hecho tarde, y me invitó a acompañarlo en la cena.

El estudio había quedado en penumbras, y me sentí obligado a ser totalmente sincero con él: «General, comparto su juicio político sobre el tema, pero debo decirle que yo hubiera deseado que mi hermano no hubiera apretado el gatillo». Me interrumpió y me dijo de manera terminante: «Fue un acto de profunda justicia». Le contesté: «Sí, General, eso creo. Pero no deja de ser una muerte», y le conté que mi hermano me había dicho que matar era terrible. El General se estiró sobre el escritorio, me tomó el brazo y lo apretó fuerte: «Matar es terrible… No lo voy a olvidar nunca».

Juan Domingo Perón y Jorge Antonio, con sus respectivas esposas, asisten al teatro en Madrid.

Hubo un largo silencio, y casi sin querer me encontré contándole acerca de mi primer encuentro con Norma Arrostito, cuando ella me habló del «arrepentimiento cristiano» de Fernando. Le dije: «Solo se lo conté a mis padres, y ahora a usted». La emoción embargó al General, y yo no podía más. Se paró, rodeó el escritorio, me abrazó muy fuerte y me dijo: «Todo esto que me está contando es lo que nos hace tan diferentes a ellos. Nunca escuché a ninguno que se arrepintiera de las bombas de 1953 o de las del 16 de junio».

Luego dijo algo que me impresionó mucho: «En la historia nuestra, desde siempre, es como si fuéramos de dos razas. En realidad, de dos especies distintas». Luego se recompuso y me dijo con tono liviano: «¿Qué le parece si dejamos la cena para otro día? Necesitamos descansar, porque mañana vamos a tener mucho trabajo». Me acompañó hasta el porche, llamó al auto, me abrazó fuerte y se quedó esperando que saliera.

5
Sigan adelante

El entierro de Fernando, además de amigos del nacionalismo, había congregado una gran cantidad de cuadros peronistas, de distintos signos, por lo general jóvenes, que trasmitían una adhesión profunda. Vino también mucha gente sencilla del peronismo, que quería acompañarnos y que me pedía que la ayudara, que no aflojáramos, que siguiéramos adelante, que yo ocupara un lugar en esa lucha. Eso me fue condicionando, llevando a asumir cada vez más responsabilidades en el esquema peronista. Yo diría que me hice peronista de manera definitiva allí, a partir de la muerte de Fernando. En ese momento, me comprometí.

El afecto de la gente peronista que vi esos días en su velatorio, en su entierro y en los días posteriores iba mezclado con una exigencia de que alguien pudiera continuar la tarea que mi hermano y su grupo habían comenzado. En esas circunstancias, me sentí realmente obligado a tener que ver, abruptamente, con una historia a la que me había ido acercando. Pero es probable que, de no haberse producido la muerte de Fernando, esa confluencia de nuestro grupo nacionalista con el peronismo hubiera tardado más tiempo en darse.

Si no hubiera existido esta irrupción que encabezaron los Montoneros, con lo que en nuestro primer encuentro el General llamó «el levantamiento montonero», pero que no protagonizaron solo los Montoneros, sino también una generación de la Juventud Peronista (JP), que entonces no era toda montonera, el régimen hubiera encontrado formas de seguir mediatizando la reacción peronista para llegar a un gobierno de conciliación o de falsa unidad nacional.

Desde su proscripción, el peronismo había hecho todos los intentos que estaban a su alcance para volver a ser admitido en la vida democrática, pero eso era imposible, porque los partidos «democráticos» no querían que el peronismo, aunque fuera mayoría,

gobernara, y cada intento de apertura terminaba en un golpe, en represión. Desde el 16 de junio de 1955, hubo una continuidad de violencia sobre el pueblo, a la cual los grupos armados peronistas comenzaron a responder de la misma manera.

Para el peronismo, entonces y ahora, la muerte de Aramburu no fue un asesinato, sino un ajusticiamiento. Aramburu, más que el gran enemigo del peronismo, era considerado el asesino de los compañeros. En su figura, quizás injustamente, se personificaba al responsable de todas las violencias cometidas contra el peronismo. Quizá solo la figura de Frondizi, en determinado momento, oscureció esta imagen terrible de Aramburu. Me refiero a la etapa del Plan Conintes. Pero esto luego pasó medianamente al olvido y la figura de Aramburu volvió a focalizar los odios del pueblo peronista.

La decisión de que fuera Aramburu el blanco del primer acto de Montoneros tiene el sentido que describió Beatriz Sarlo en *La pasión y la excepción*:

> La Argentina no iba a ser la misma a partir de los hechos de mayo y junio de 1970. Muchos creyeron que se iniciaba el desenlace de una época que concluiría con una victoria revolucionaria. Sobre todo, se creyó que había sonado la hora de la justicia.
> […] Había muchas cuentas para saldar desde 1955 porque la Argentina nacional y popular era un país irredento y quienes lo habían convertido en ese desierto hostil a los intereses populares eran, sencillamente, enemigos con los que no debía conciliarse. Si alguna duda emergía no tocaba a los móviles ni a las causas, sino a los protagonistas del secuestro: ¿quiénes eran los Montoneros? Un año después, la pregunta todavía encontraba respuestas más o menos variadas en el periodismo, pero la militancia revolucionaria ya sabía de qué se trataba. (11)

Se trató de un conjunto de significados únicos. No había nadie en la historia del antiperonismo que pudiera significar tanto como Aramburu. Fue él quien derrocó al General, el que se robó el cuerpo de Evita, el que fusiló y asesinó y, para colmo, pretendió armar una salida política para domesticar al peronismo y fantasear él mismo con ser una especie de Perón. Era demasiado.

Por eso, la muerte de Aramburu es un hecho crucial en el peronismo. Es un hecho que se decide para marcar dos épocas: el fin de la resistencia y el comienzo de la ofensiva peronista. A esos efectos, lo hicieron bien. El Cordobazo había bloqueado el intento de Onganía de perpetuarse, pero también marcaba que el peronismo no era único en la movilización popular y en las posibilidades de convocar a los trabajadores a la lucha.

A partir de allí, el peronismo comenzó a tomar una actitud totalmente distinta, mucho más activa. Esto produce una dinámica nueva en la cual la Tendencia Revolucionaria, que de alguna manera encarnaría después el Consejo Provisorio de la Juventud Peronista, comienza a tener una adhesión masiva, lo que junto al trabajo de muchos años de las organizaciones sindicales genera las condiciones que van a hacer posible el regreso de Perón.

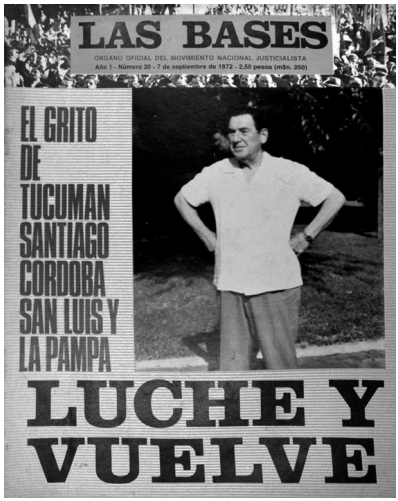
Rodolfo Galimberti, elegido por Perón para conducir a la juventud del Movimiento.

En el entierro de Fernando, me decían: «No nos dejen»; «sigan adelante». Yo aclaraba que no era montonero, pero no les importaba. Fue una época en la que iba de un local a otro. Eran locales situados en zonas muy marginales, porque no había unidades básicas. No podían existir. Algunos de esos locales se hacían llamar «ateneos», y una cantidad funcionaban en clubes de barrio. Era toda una estructura, una malla, que había tejido el peronismo para sobrevivir en la clandestinidad.

En 1971 conocí más de cien locales peronistas de todo tipo, desde casas particulares a clubs de barrio y toda una gama de altillos, fondos, subsuelos de lugares que latían con la misma pasión militante. Alberto Brito Lima, que entonces era el referente del Comando de Organización, me acompañó en muchas de mis excursiones. En la capital y la zona norte del Gran Buenos Aires, se alternaban los lugares a donde me llevaba Rodolfo Galimberti con los compañeros vinculados a sindicatos, en muchos casos de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), e incluso con varios grupos pertenecientes o conectados a Guardia de Hierro, el sector del «Gallego» Alejandro Álvarez.

La contradictoria actuación posterior de Galimberti no puede oscurecer el hecho de que él, con el grupo de jóvenes que lo acompañaban (Héctor Mauriño, Ernesto Jauretche, Beto Ahumada, Mario Herrera, Jorge Bernetti y unos cuantos más), fue central tanto en la movilización masiva de esa generación bajo las banderas peronistas como en la creación de las dos consignas centrales de aquella epopeya: «De la resistencia a la ofensiva» y «Luche y Vuelve».

JAEN. Carlos Grosso, Rodolfo Galimberti, su mujer Mónica Trimarco, Jorge Bernetti, Beto Ahumada, Ernesto Jauretche, entre otros.



«Luche y Vuelve» en la tapa de Las Bases*, 1972.*

En cuanto a Alejandro Álvarez, debe destacarse su capacidad de organización, su permanente presencia y su verbo encendido y convocante. Algunas asociaciones con sujetos que no tenían su calidad humana, así como alguna derivación posterior oscura, no pueden restarle méritos, sobre todo en las tareas partidarias, muchas veces poco señaladas y apreciadas.

Con naturalidad, yo frecuentaba todos esos lugares y me sentía igual de cómodo que en las reuniones que había tenido con mis antiguos amigos del nacionalismo cercano al peronismo, como José María Rosa, Arturo Jauretche, Luis Alberto Murray y tantos otros.

El 3 de julio de 1970, poco más de un mes más tarde de la muerte de Aramburu, José Ignacio Rucci había sido elegido secretario general de la CGT, poniendo en manos del General ese instrumento central. Antonio Cafiero tenía con él una amistad muy estrecha y fue su asesor excluyente. En noviembre de ese mismo año nos presentó. Tuvimos sintonía inmediata, la que se mantuvo hasta su muerte. Durante esta época de finales de 1970 y 1971, lo veía una o dos veces al mes y ayudé en varias ocasiones a Antonio en la redacción de algunos documentos.

Desde el 11 de noviembre de 1970 me mantuve informado y en contacto con las novedades que se producían en el mundo partidario a través de La Hora del Pueblo. A los contactos con políticos que eran una continuidad con los que habíamos tenido desde las reuniones precursoras en el Círculo del Plata (algunas de las cuales contaron con la presencia de mi hermano Fernando), se agregaban nuevos contactos

militares, que me permitían estar informado de las negociaciones y los contactos desde el otro lado del mostrador.

Los contactos militares muy pronto fueron diferenciándose. Por un lado, aquellos con los que tenía mayor afinidad fueron avanzando en lo que sería, sobre finales de año, el levantamiento de Azul y Olavarría. Por el otro, los oficiales más identificados como liberales me permitieron conocer, y en algunos casos prever, los movimientos de Lanusse tanto respecto del proceso político en general como de las actuaciones que inició en su sinuoso acercamiento al general Perón.

La información que en esta materia me resultaba creíble y valiosa la ponía en conocimiento de Madrid, ya fuera a través de Rodolfo Galimberti y Jorge Antonio o de Antonio Cafiero y Rucci. Entre otros temas, pude adelantarle al General, en casi diez días, el viaje del coronel Francisco Cornicelli para verlo en Madrid. Paladino lo supo una semana después que yo, y cuando se lo empezó a informar al General este se dio el gusto de interrumpirlo y contarle lo que él ya sabía.

También tuvimos datos, con antelación de unos pocos días, del comienzo de los movimientos para la designación del brigadier Jorge Rojas Silveyra como embajador en España. Y luego, con casi quince días de antelación, del inicio del operativo para la devolución del cuerpo de la señora Eva Perón. El General me agradeció en cada caso, aunque todo era a través de terceros.

11- Beatriz Sarlo, *La pasión y la excepción*, 2ª ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Siglo XXI, 2022, pp. 115 y 116.

6
Ideas peronistas

Entretanto, yo leía con atención los principales textos publicados por el General. Releí (por primera vez lo había hecho en 1968 a instancias de Leopoldo Marechal) y sobre todo disfruté *La comunidad organizada* (1949), donde se explicitan los fundamentos filosóficos del peronismo, y cuyas reiteradas ediciones siempre consignaron que se trataba de la conferencia pronunciada por Perón en la jornada de clausura del Primer Congreso Nacional de Filosofía realizado en Mendoza, en 1949. Hasta que en el Archivo General de la Nación fue hallado el audio original de esa conferencia inaugural y se pudo comprobar que Perón solo se había limitado a la lectura de los últimos seis subtítulos del texto (del XVII al XXII), y que el resto (los dieciséis iniciales) era una incorporación posterior a las actas del congreso.

Entonces pude verificar una vez más que las ideas del peronismo eran básicamente las que yo siempre había sostenido desde mis primeras lecturas conducidas por Leonardo Castellani. Por lo que confirmé una vez más la sencilla profundidad de los conceptos de Leopoldo Marechal en «El poeta depuesto». En definitiva, se llega del nacionalismo al peronismo por conocer al pueblo. Se trata de un texto magnífico, de una claridad que compite con su profundidad, lo que se da muy pocas veces.

También leí *Conducción política*, que es la publicación de un curso dictado por el general Perón a partir de 1951, en la Escuela Superior Peronista, destinado fundamentalmente a la formación de dirigentes del justicialismo. A pesar de esta modesta finalidad, se transformó con el tiempo en una pieza clave del pensamiento de Perón, que guarda absoluta coherencia con el resto de su obra, en especial con *La comunidad organizada* y con el póstumo *Modelo argentino*, además de convertirse en una referencia obligada para la militancia, los dirigentes y las organizaciones políticas del justicialismo.

Siempre me pareció indispensable conocer estos y otros textos clásicos del General para ubicar en su correcto sitio las diversas actualizaciones doctrinarias y referencias al llamado «socialismo nacional». Es evidente que para el general Perón el socialismo nacional es, en la Argentina por lo menos, el justicialismo. Y la tercera posición, en la Argentina, está situada en una equidistancia con los dos imperialismos. Por esto, desde aquella época siempre les insistí a los compañeros de la juventud en la necesidad de leer a Perón y no sacar conclusiones de partes aisladas o circunstanciales de su pensamiento. Galimberti fue muy disciplinado con esa tarea. A pesar de algunas influencias de otro tono, devoró los textos del General y memorizó párrafos completos.

A mediados de septiembre de 1971 recibí la invitación de Antonio Cafiero para dar charlas sobre el peronismo destinadas a dirigentes sindicales. Preparé una versión abreviada de las dos obras principales de Perón y di un breve ciclo de tres jornadas. José Ignacio Rucci me acompañó y me presentó en el auditorio de la CGT.

No considero una mera cuestión de necesidad política saber lo que realmente piensa el conductor de la fuerza a la que se adhiere, lo cual es de por sí muy importante. Se trata de una cuestión de valor superior, incluso diría que es moral. El pueblo trabajador en especial y los sectores humildes en general adherían al peronismo por lo que realmente era, y eso surge del conjunto de la obra de Perón. Si se apoyaban las acciones de una organización o se sumaban a ella, era sin duda por ser peronista. Es obvio que el General no era un iluminado; su pensamiento político era una elaboración colectiva, nacía de su interacción constante con el pueblo, cuyos intereses y deseos sintetizaba. Por lo que definirse peronista y no conocer el pensamiento del conductor era, además de un error político, una falla personal. No hablo de «infiltración», porque sé que en la gran masa de los militantes no existió esa intención, pero sí de un grave error político.

Hay dos conceptos, «infiltración» y «traición», que nunca debieron ser utilizados en el movimiento, pues sacan la cuestión de las diferencias entre sectores y personas del terreno político y lo pasan al terreno moral en el peor sentido. Al que tiene diferencias políticas, se lo trata de convencer o se le gana en las discusiones o, eventualmente, en elecciones o mediante el procedimiento político que fuera. Al traidor o al infiltrado, no se lo puede tratar así, y la lógica de esa

clasificación lleva necesariamente a pensar en su eliminación.

En realidad, yo no solo leía. También actuaba. El 8 de octubre de 1971 se produjo el levantamiento de las unidades blindadas de Azul y Olavarría. Los jefes del intento, con el que colaboré, fueron el coronel Florentino Díaz Loza, jefe del Regimiento de Olavarría, el teniente coronel Fernando Amadeo de Baldrich, segundo jefe del Regimiento de Azul, y el coronel Ramón Eduardo Molina, sin mando de tropas, pero de gran prestigio y mi respetado amigo.

El objetivo político del alzamiento era el desplazamiento de Lanusse y de los mandos liberales y el llamado a elecciones verdaderamente libres en un plazo de seis meses, que sin duda ganaría el peronismo.

El levantamiento fracasó, y mi amigo Enrique Graci Susini me ayudó para sacar del país a Ramón Eduardo, desde la casa de Ramón J. Vázquez, el destacado dirigente radical y también abogado de *Azul y Blanco*, donde estaba refugiado, al Náutico de San Isidro. Desde allí lo llevaron, con el apoyo de Antonio Millé en su velero, a la Barra de San Juan, en la costa Oriental. Fue mi última participación en un «fragote», como entonces llamábamos a estas tentativas de alzamiento.

Sobre fines de 1971 comencé a tener una idea más o menos clara del conjunto de la situación política y de las intenciones de cada protagonista, así como del clima de creciente efervescencia en las bases peronistas. Más para ordenar mis ideas que con otro objetivo, preparé un papel analizando la información disponible y arriesgando alternativas de acción.

Lo comenté con mi amigo Luis Rivet, mi compañero en *Azul y Blanco* y en la fundación del Círculo del Plata, y él me aportó varias frases en su estilo conciso y elegante a la vez. Mi impresión era que la posición del General estaba siendo cada vez más propicia y que si se daban ciertas circunstancias la clara ofensiva en que se encontraba el peronismo podía coronarse con el regreso de Perón a la Argentina.

Me gustó el texto y lo compartí con Galimberti y con Antonio Cafiero. Ambos se manifestaron entusiastas, y Galimberti insistió y logró que se lo entregara a Cámpora, que en esos días había sido designado delegado del General en sustitución de Paladino.

Luego de conversar un buen rato, me hizo algunas observaciones, me sugirió incorporar las que me parecieran oportunas y pidió que lo autorizara para hacerle llegar el texto al General. Hice unas pocas correcciones y se lo hice llegar a través de su hijo Héctor Pedro, al que

había conocido poco antes, por intermediación de Hugo Anzorreguy.

A Antonio Cafiero también le pareció muy bueno el documento que había preparado. Me dijo que a Rucci lo había entusiasmado y lo había enviado tal cual estaba, vía Jorge Antonio, para que lo leyera el General. En definitiva, el General tuvo en esos días de diciembre de 1971 dos versiones de mi texto, coincidentes en lo esencial.

Centralmente, y en esa época de inflamadas expectativas revolucionarias, yo decía que el peronismo debía definir el partido en el terreno que era más fuerte, esto es, en elecciones, donde lo que manda es el número. Que el conjunto de la estrategia convergiera para obligar al régimen a dar elecciones, con o sin pocos condicionamientos, requería una previa victoria política, que no podía ser otra que el regreso de Perón.

Con el peronismo reconocido como una más de las fuerzas políticas y con su participación preponderante en La Hora del Pueblo, donde el doctor Héctor Cámpora hacía un buen trabajo, con el sindicalismo alineado en la CGT dirigida por José Rucci, con las permanentes disidencias y conflictos al interior del Ejército y con la creciente movilización del pueblo peronista, al que se incorporaba masivamente la juventud conducida por el otro alfil del General, que era Rodolfo Galimberti, yo creía dadas las condiciones para lograr la victoria; es decir, para que el regreso de Perón se concretara.

Solo había que cuidar los aspectos que pudieran ser usados, a la desesperada, para evitarlo. Entre ellos, visualizaba como importantes la persistencia de algunos pendientes judiciales y la posibilidad de alguna provocación, que veía posible que intentaran promoviendo enfrentamientos en el interior del peronismo.

Al margen de que yo había interpretado correctamente la estrategia del General y la compartía, me daban un crédito adicional las informaciones que había hecho llegar a lo largo del año, por suerte sin errar en ningún caso, sobre los temas militares u algunos aspectos de los pasos del Gobierno de Lanusse. Al respecto, Cámpora me comentó que el General le había dicho que por mi vía tenía mucha mejor información que por la del supuesto experto, en referencia a Osinde.

Esos mismos días de diciembre, apareció en *Las Bases* un texto del general Perón haciendo precisiones sobre la realidad de la situación vinculada con su eventual regreso, el cual era objeto de todo tipo de intrigas originadas en la camarilla de Lanusse.

Decía:

1. Mi decisión de volver a la Argentina es firme e incontrovertible tan pronto se hayan creado las condiciones indispensables.
2. El presidente Lanusse ha declarado ya varias veces que el señor Perón puede regresar a su país en cualquier momento y que su permanencia en España es porque se encuentra bien allí.
3. No creo que nadie se encuentre bien en ninguna parte si su condición es de exiliado, con limitaciones de su libertad que no ignoran los agentes de la dictadura argentina, que le han negado hasta ahora la documentación que le corresponde como ciudadano argentino en la forma más arbitraria y contrariando las leyes de la Nación.
4. Como tampoco tengo confianza en las declaraciones más o menos insidiosas, he hecho que mi representante legal me ponga en claro sobre el asunto retorno. De su informe resulta que tengo un juicio abierto y captura recomendada en la Policía Argentina, de manera que si llegara a mi país podría ser detenido por una de las tantas causas inconstitucionalmente instauradas en 1955. Yo sé que tal causa no existe sino en los tribunales y que no resiste el menor análisis, pero existe.
5. En tales condiciones cuando se me insta a regresar desde la dictadura o sus agentes, yo no puedo menos que desconfiar: cáscara de banana, ¿no?

Justamente, este asunto de las causas abiertas era el que yo recomendaba cuidar en mi análisis, al tiempo que descartaba el otro tema muy agitado en esos días, acerca de que se quería usar la llegada del General para un estallido revolucionario. Era una maniobra de la inteligencia argentina, de la cual yo contaba con datos pormenorizados.

En esos días, el 7 de diciembre de 1971, en horas de la mañana, llegó a Buenos Aires la señora Isabel, quien en su primera declaración señaló que su viaje era un anticipo del regreso del General, que se produciría durante 1972. Los diarios de esas fechas reflejaron el clima festivo de esa llegada, presidida por Cámpora y José Ignacio Rucci, en la que se resaltó un grito estentóreo de López Rega dirigido a Galimberti: «¡Ganamos, Rodolfo!».

En Ezeiza esperan a Isabel Perón: Alberto Brito Lima, Norma Kennedy, Rodolfo Galimberti, Alejando «Gallego» Álvarez y Dardo Cabo. Diciembre de 1971.

El general Perón movía su dama, y la esperaban los que yo acababa de llamar, en el informe enviado, sus tres alfiles: Cámpora, Rucci y Galimberti.

Alrededor del 15 de diciembre, recibí por distintos conductos dos cartas manuscritas y breves del General. Me agradecía de manera muy cálida el envío del informe, subrayaba las coincidencias de esos contenidos con su pensamiento y me convocaba a visitarlo cuando me fuera posible. Con gran sentido de la cortesía, incluyó el teléfono de su casa de Puerta de Hierro en una de las cartas. En la otra, me felicitaba por el nacimiento de mi cuarta hija, María de los Dolores, que había acaecido el 3 de diciembre de 1971.

Los pocos días que quedaban del año se fueron entre los últimos asuntos del estudio antes de la feria y en los encuentros familiares y las reuniones con amigos. En el transcurso de las dos semanas finales, tuve varias opiniones de compañeros en el sentido de que debía comunicarme de inmediato con el General y fijar ya la fecha de mi partida. Me pareció inadecuado molestar en esas fechas y esperé a que pasaran las fiestas para volver sobre el tema.

El 30 de diciembre, con clara simultaneidad y similar dureza, el Partido Justicialista y la CGT habían dado a conocer mensajes en los que criticaban la situación creada en el país por las «políticas neoliberales» que agredían brutalmente al pueblo trabajador.

Rucci señalaba que se llegaría a una solución «con elecciones o sin ellas», y Cámpora, que «si no hay juego limpio, el pueblo no titubeará en recorrer los caminos que sean necesarios». Todo lo anterior y algunas partes de ambos textos no solo me confirmaron que el análisis

que estaba haciendo era correcto, sino también que la coincidencia en algunas frases de esos textos no podía ser casual.

Isabel permaneció en la Argentina casi tres meses cumpliendo con gran prudencia y energía los encargos del General. A pesar de la insistencia del doctor Cámpora, no me pareció prudente verla, ya que Perón no me lo había indicado.

Por un lado, Rodolfo Galimberti y, por otro, José Ignacio Rucci me insistieron en enero en que pidiera la cita con el General y se ofrecieron a ayudarme a financiar el viaje a Madrid. A mí me pareció un atrevimiento llamar por teléfono a Madrid para concertar la cita. En cambio, llamé a Héctor Pedro Cámpora, le expliqué la situación y le pedí que me concertara un encuentro con su padre. Así lo hizo, y el 11 o 12 de enero entrevisté al doctor Cámpora en su casa de la calle Melo 1848. Le solicité que me indicara lo más adecuado para tener la posibilidad de ser recibido por el General.

Dos días después, Héctor Pedro me citó y me acompañó a ver a su padre. Este me dijo que el General requería mi presencia en Madrid apenas me fuera posible y me recomendó no demorar el viaje. Además, me pidió que le avisara cuándo iba a viajar, para que él, a su vez, lo pusiera en conocimiento del General. La conversación se extendió por más de dos horas y resultó muy interesante, ya que el doctor Cámpora, si uno lograba superar su estilo algo acartonado, tenía juicios agudos sobre muchos aspectos del acontecer político.

Tuvimos una discrepancia inicial. Él insistió en que entrevistara a la señora Isabel como paso previo; yo le señalé que con mucho gusto concurriría a donde se me indicara para saludarla, pero que quien me había dicho que quería conversar de política era el General. Allí, Cámpora hizo alguna referencia a cómo manejarse «en la Corte», a lo que en ese momento no le asigné mayor importancia.

7
Primeros días en Madrid

Me dediqué a organizar la partida. Agradecí los apoyos ofrecidos, pero pude manejarme con la ayuda de mi padre y de Pedro Dacharri. En la tercera semana de enero, estaba en Madrid. En Barajas me esperaba Héctor «el Vasquito» Mauriño. Era primo de la mujer de Galimberti e inseparable de este en las Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN). Por algún problema laboral, había terminado en España y trabajaba como secretario de Jorge Antonio.

Ese viaje, pensado para permanecer tres o cuatro días en Madrid, se estiró a diez, la mayoría de ellos con charlas por la mañana y por la tarde. Al margen de la escena clave de ese primer encuentro, en la que hablamos emocionados de mi hermano Fernando, el resto de esos días inolvidables, desde el viernes 21, comenzó cuando el General me hizo pasar a su escritorio y abrió la conversación agradeciendo el documento que en dos versiones había recibido en diciembre, más las informaciones que le había hecho llegar a lo largo de todo el año anterior.

El sábado 22 de enero de 1972, a la diez menos cinco, fui llevado nuevamente por el auto de Jorge Antonio con su chofer hasta la quinta 17 de Octubre. El General me esperaba de nuevo parado en la puerta, me saludó con calidez y me hizo pasar. Le dije que creía que le estaba quitando demasiado tiempo y que todas mis aspiraciones de ese viaje estaban más que cumplidas. Me palmeó en la espalda haciéndome entrar y dijo: «Todavía tenemos mucho que trabajar, siempre que usted disponga de tiempo». Le dije que yo había pensado estar tres o cuatro días en Madrid y regresar a Buenos Aires, y me indicó que si podía prolongar un poco esa estadía me lo iba a agradecer.

Nos sentamos en el escritorio y el General tomó la palabra diciendo que quería hacerme algunas preguntas sobre lo que

habíamos hablado el día anterior para luego pasar a trabajar. Le parecía oportuno hacerlo relatando lo sucedido durante algunos hechos de los últimos meses que, en varias ocasiones, yo había logrado anticiparle. Le parecía necesario para definir en qué punto nos encontrábamos y, en consecuencia, tejer hipótesis sobre cómo seguir. Me pidió que en cuanto a lo que él dijera, si yo veía alguna inexactitud o la falta de algún elemento de juicio importante, no dudara en interrumpirlo.

Perón en su escritorio de la Quinta 17 de Octubre, en Madrid.

Sobre los temas personales que habíamos abordado el jueves, me preguntó nuevamente sobre Norma Arrostito. Le interesaba saber cómo había llegado a acercarse al peronismo, porque tenía entendido que ella conocía a Cooke. Le conté lo que sabía, y la conversación derivó hacia Cooke y su mujer, Alicia Eguren.

El General me dijo que él había estimado mucho a Cooke y que había sido un muy buen delegado. Pensaba que su creciente giro a la izquierda había vuelto imposible su continuidad y definió muy claramente lo que luego le vería aplicar en muchas situaciones:

> Vea, doctor, yo respeto y aprecio mucho a Fidel Castro y lo que hace en Cuba. Pero la Argentina no es Cuba, el Ejército argentino no es el ejército de Batista y, sobre todo, nosotros no somos marxistas. Imagínese si me hubiera ido a vivir a La Habana, como quería Cooke. ¿Cómo estaríamos ahora? Seguramente en medio de una guerra civil que, además, seguramente perderíamos. Pero también, y esto me parece lo más importante, nuestra gente, los trabajadores argentinos, no

son ni marxistas ni socialistas: son justicialistas. Para hablar en el lenguaje de ellos, no tienen el nivel de conciencia necesario para embarcarse en esa guerra revolucionaria. ¿Y qué derecho tenemos nosotros de presionarlos? ¿Qué derecho tengo yo de usar un liderazgo, obtenido con otras banderas, para llevarlos a ese callejón sin salida?

Concluyó diciendo, con mucho énfasis, que él sabía la lealtad que le profesaba el pueblo, pero que él era igual de leal hacia el pueblo: «La lealtad es valiosa cuando es igual en las dos direcciones». Este concepto, que puede parecer un poco ingenuo respecto de lo que luego fue la política argentina, era, en Perón, absolutamente central.

Yo le mencioné la gran cercanía que tenía con Alicia Eguren, relación que se había iniciado en mi primera adolescencia y se había hecho intensa luego de la muerte de Fernando, y el General dijo que era una mujer muy inteligente y que «había sido muy bella», pero que «el tiempo pasa para todos».

Le comenté que era una de las personas con quien mejor evaluábamos los acontecimientos políticos, y dijo que sin dudas era una gran consejera, a la que se le ocurrían buenos giros. El General me contó que lo que circuló en la última época de Paladino, acerca de que «había dejado de ser delegado de Perón ante Lanusse para ser delegado de Lanusse ante Perón», lo había dicho Alicia y, riéndose, me confesó que él se lo había apropiado. Le comenté que conocía la anécdota por ella, quien me había dicho que hubo una época en que «con Cooke pensábamos igual que el General y de repente, sin haber hablado antes, decíamos lo mismo».

«Fue una gran época», dijo el General, pero Cooke fue radicalizándose tanto que hizo imposible las cosas. En este momento, hizo la primera referencia a Marcelo Sánchez Sorondo: «A propósito, ¿sabe que su amigo Sánchez Sorondo me hizo llegar una carta previniéndome respecto de Fidel Castro y el Che?». Le dije que sí, que la conocía y que sabía que se la había llevado Eloy Camus. «Sí, ellos son muy amigos… Demasiado amigos», dijo y se rio. Y, ya más serio, me dijo: «¿Usted cree, doctor, que a mis años y con todo lo andado, me pueden cambiar la cabeza?».

Me resultó evidente que la carta lo había molestado, y creo que también se molestó con Eloy Camus por haber sido el portador. Releí la carta mucho después, en realidad hace pocos años, al publicarse

diversos documentos del «Archivo Hoover», y sin duda el tono de la prevención, aun expresada en la prosa elegante de Sánchez Sorondo, no pudo sino haberlo molestado.

Para satisfacer la curiosidad que lo anterior puede suscitar en algún lector, transcribo una pequeña parte de la carta de Sánchez Sorondo a Perón, fechada en Buenos Aires el 6 de junio de 1971. Dice Marcelo: «Si la mística de la liberación quedara librada al juego de los Robin Hood anarco-marxistas, cuya ideología los somete a la dependencia de otros liderazgos, la revolución se reduciría a insurrección y la insurrección, como dato crónico, favorecer la permanencia del despotismo entreguista. Si Perón fuese solo el precursor de Fidel, la Argentina habría cedido su preeminencia en la revolución latinoamericana, lo que es absurdo».

Con un gesto, sacó de la conversación esos temas y comenzó un resumen excelente de lo sucedido en la Argentina desde el golpe de 1966 en adelante. Señaló al Cordobazo como un momento crítico para el peronismo, porque por primera vez la protesta popular se daba al margen del movimiento y sin una participación masiva de dirigentes y militantes propios.

Según su información, que era coincidente con la que yo contaba, lo mismo podía decirse de las derivaciones en otras provincias. Es decir, para principios de 1970 el peronismo había quedado en una posición difícil, con el protagonismo opositor en otras manos y con las filas propias, especialmente las sindicales, divididas y desorganizadas. Lo único positivo de ese momento que señaló el General era la participación de sus delegados —primero Gerónimo Remorino y luego Jorge Paladino— en pie de igualdad en las conversaciones previas de lo que luego sería «La Hora del Pueblo» y esa agrupación una vez creada.

Esta situación fue modificada de manera abrupta, según su opinión, por los hechos de 1970 y centralmente por el ajusticiamiento de Aramburu. Al tocar el punto, volvió a reiterar la absoluta falsedad de las versiones que circularon y continuaban circulando respecto a supuestas negociaciones suyas con Aramburu. Y volvió a prevenirme en el sentido de que algunos que se decían compañeros, y «que también vienen por acá», eran quienes las propalaban.

Agregó que en un caso era clara la mala fe, porque «escondía ante sus seguidores, que apoyaban en masa la ejecución, lo que realmente pensaba». También mencionó otros casos en los que, claramente,

había cierta envidia política por la repercusión lograda con la muerte de Aramburu y por el crecimiento aluvional de los grupos de superficie que los expresaban y tenían referencia en Galimberti, de quien el General se expresó con gran afecto, pero, agregó, «no siempre es lo prudente que debería ser». Consideraba que esa imprudencia podía resultarle muy peligrosa. «Dígale que sea más prudente. A usted le hace caso», me dijo.

Se extendió luego en la importancia de la llegada de José Ignacio Rucci a la conducción de la CGT, también a mediados de 1970, y tuvo hacia él palabras de gran calidez. Dijo estar al tanto de la buena relación que habíamos hecho a través de Antonio Cafiero y me encargó mantenerla y ayudar a Rucci en todo lo que pudiera.

Pasó revista luego a los diversos acercamientos que Lanusse había intentado hacia él, comenzando por la visita del coronel Cornicelli, de la que me hizo escuchar partes de la conversación, que tenía grabada. En lo esencial, tenía claro que Lanusse quería buscar una salida con elecciones, permitiendo la participación del peronismo, pero siendo él el candidato. Ofrecía, además, la devolución del cuerpo de Eva Perón, los sueldos atrasados y el fin de todas las causas en su contra, y pedía, a cambio, una condena explícita de la subversión. Sin duda, la reunión había sido preparada con la colaboración de Paladino, tal cual le habíamos adelantado, y él recién tuvo la certeza de esto varios meses después.

El General estaba orgulloso de contar con la mejor información, pero me pareció un rasgo de muy fuerte honestidad, poco frecuente en la política, este tipo de reconocimiento. Se lo dije, y me contestó que era por «puro egoísmo decir la verdad, siempre que no fuera imposible». Luego, agregó: «Usted es muy joven, doctor, pero cuando pasen los años se dará cuenta de que uno se siente siempre mejor cuando dice la verdad. Pero hay algo todavía más importante: cuando se empieza a mentir, uno termina mintiéndose a sí mismo y un día se mira al espejo y no se reconoce».

Luego hablamos de la llegada del embajador Jorge Rojas Silveyra, de la devolución de los restos de Eva Perón y de las fallas reiteradas de Paladino, que lo llevaron a su salida. E insistió en reconocer el valor de la información que le habíamos enviado. Yo le dije que lo que le hacíamos llegar desde Buenos Aires era una parte muy pequeña del enorme conjunto de información que él mismo manejaba. Esto no es parte de ninguna leyenda. Era impresionante el nivel de información

con el que contaba el General, además de su sabiduría para administrarla.

Hablamos del reemplazo de Paladino por Cámpora. Perón fue midiendo los tiempos de esa sustitución, porque consideraba que Paladino había obtenido muchos logros, sobre todo en vida de Remorino. Además, tenía muy bien registrado en su memoria que López Rega inventaba cosas en su contra y que, de alguna manera, ambos se neutralizaban.

Lo que lo llevó a promover a Cámpora fue el cambio de época, que se había dado con la consolidación de Rucci en el comando de la CGT y con la repercusión masiva a nivel de la juventud que había generado la ejecución de Aramburu, un argumento similar al que lo había llevado a designar a Galimberti como integrante del Consejo Superior. «Dice bien Rodolfo que hemos pasado de la resistencia a la ofensiva, y en esta etapa quiero contar con una participación suya más activa», me dijo.

Ese sábado, el General me invitó a almorzar. Comía de manera frugal y atendía permanentemente al invitado. Una copa de vino y varias de agua eran la compañía. Tras el almuerzo, decidí dejarlo, ya que conocía su hábito por la siesta, pero no quiso que me fuera, y continuamos la conversación.

Cuando finalmente me fui, me propuso que volviera a la mañana siguiente para contarme de dos intentos de aproximación sobre los que tenía información. Uno era de Lanusse, utilizando a Gelbard y a Coria, quienes habrían preparado a un joven periodista, conocido como el Chango Funes, para hacerle llegar un informe en esos días. El otro acercamiento era del frondizismo, a través de Rogelio Frigerio, sobre quien el General se expresó con simpatía. Era una misión a la que ya se había adelantado Horacio Rodríguez Larreta, de quien también habló con afecto.

El tiempo que me quedó libre esa tarde lo aproveché para hablar por teléfono con mi familia y hacer algunos arreglos que me permitieran prolongar mi estadía en Madrid. Estaba haciendo eso en el hotel cuando me llamó el Vasquito Mauriño para invitarme a cenar con Jorge Antonio. Media hora después, me pasaron a buscar y fuimos a un restaurante cercano a la Plaza Mayor.

Jorge Antonio, una persona franca y directa muy querida por el General, me contó acerca del episodio que lo había llevado a distanciarse de Isabel por influencia de López Rega. La relación entre

ellos era tirante, y Perón le había pedido en una ocasión a Jorge (como más tarde me lo pediría a mí en los mismos términos) que no le complicara «el frente interno».

López Rega operaba constantemente, y hasta llegó a proponerle a Jorge Antonio que se asociara con él para «manejar» a Perón. Contó que un día llegó López Rega a su oficina y le dijo que Isabel era su discípula y que entre los dos manejaban al General. Entonces le propuso una alianza, porque «entre los tres podemos quedarnos con todo». Jorge Antonio lo mandó al diablo y lo echó de su oficina, tirándole por la cabeza el libro de *Astrología esotérica* que López Rega acababa de publicar y le había llevado de regalo. López Rega, como luego supe que era habitual, se fue totalmente asustado, pero a los pocos días mediante diversas intrigas enconó a la señora Isabel en su contra, y Jorge Antonio prefirió no volver por Puerta de Hierro.

También contó que, cuando Paladino creció y se pensó en Buenos Aires que podía ser el vicepresidente peronista de una fórmula con Lanusse, el General lo dejó avanzar, porque creyó que le convenía, pero que López Rega estaba furioso, porque pensaba que perdía juego propio. Finalmente, el General reemplazó a Paladino por Cámpora, que en ese momento no le caía del todo bien a Jorge Antonio, aunque con el tiempo fue cambiando de opinión.

La cena fue larga. Jorge Antonio creía que el General, dentro de sus temas de conducción, hacía cosas que entrañaban riesgos. A su juicio, una era el manejo de la relación con «los muchachos», a los que Jorge decía conocer bastante más que él. Otra era el vínculo entre López Rega y la señora Isabel. Me dijo que López fue tomando un control progresivo de muchas actividades e ideas de la señora, que por una parte (a él le constaba) lo despreciaba, pero por la otra le resultaba útil para muchas cosas, y la complementaba con su audacia en asuntos que a Isabel se le hacían difíciles.

El creía, y así se lo había dicho en varias ocasiones al General, que era peligroso dejarlo avanzar tanto. Sin embargo, Jorge era consciente de que López también se le había ido metiendo al General con su modalidad servil, cosa que Perón aprovechaba usándolo para gestiones que él no podía hacer de manera directa.

Jorge Antonio opinaba que esta situación le había dado a López Rega un creciente poder, y como no tenía límites y aceptaba en silencio cualquier maltrato avanzaba en varias direcciones y empezaba a tener cierto control sobre el ingreso a Puerta de Hierro. Los

visitantes habituales, por las dudas, lo trataban bien, y López lo aprovechaba para aumentar su poder y, si podía, obtener algún dinero. Diego Muñiz Barreto, todo un personaje que acompañó varias veces a Galimberti, llevaba siempre preparados billetes de 50 dólares (por qué de 50 no sé) que le pasaba con fingido disimulo a López y este aceptaba con naturalidad.

Según Jorge Antonio, López se adjudicaba haber sido el autor tanto de la caída de Paladino como de las designaciones de Cámpora y de Galimberti. Yo registré todos sus comentarios y prevenciones, pero le dije que respecto de mí estuviera tranquilo. Yo no creía que tuviera que volver muchas veces más a Madrid y, además, no tenía ningún interés en hacer méritos para lo que llamaban «la Corte».

Sin embargo, tuve que volver muchas veces convocado por el General y enviarle distintas comunicaciones, pero (a diferencia de todos los demás dirigentes, con la excepción de Rucci) nunca tuve una conversación con López Rega, ni en las cartas que le enviaba a General incluía los «saludos a López Rega» que se habían hecho habituales en casi todos los dirigentes peronistas. El crecimiento de esa figura que parecía simplemente grotesca, y terminó siendo nefasta, fue responsabilidad de muchos.

El domingo 23 de enero de 1972, llegué puntual a la casa del General. Se repitió la recepción amable y campechana por la que me daba la impresión de conocerlo desde siempre. Antes de tocar los dos temas a los que les había puesto título el día anterior (Lanusse, Frondizi), me pidió que desarrollara las ideas que le había hecho llegar en el documento de diciembre.

Le dije que en la redacción del informe había participado Luis Rivet, un tucumano nacionalista que había sido director de *Azul y Blanco* cuando Sánchez Sorondo fue preso y con el que luego —en compañía de Juan Manuel Palacio, hijo de Ernesto— habíamos fundado el Círculo del Plata. Nuestra apreciación a fines de 1971 era que todo se estaba alineando para darle a él muchos más elementos que con los que anteriormente contaba para buscar una salida de la crisis política y económica permanente que vivía la Argentina desde 1955.

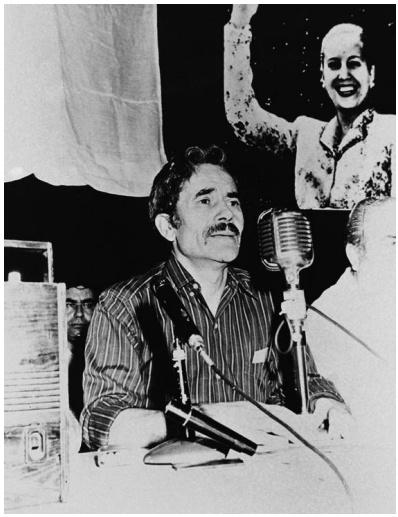
Nosotros contabilizábamos esos elementos. Uno era la adhesión popular a su figura, que no solo se mantenía, sino que además, con el paso de gobiernos incapaces, se iba acrecentando y despertaba cada vez mayores esperanzas. Por otro lado, y por diversos motivos, la

prevención que la figura del General despertaba entre los católicos más ligados a la jerarquía eclesiástica había ido cediendo, lo que abría toda una nueva cantera de adhesiones.

La radicalización juvenil que se registraba en muchas partes y que en la Argentina había sido inicialmente capitalizada por la izquierda mediante el Cordobazo y el sindicalismo clasista había tenido un giro hacia el peronismo a partir del levantamiento montonero de 1970.

Aunque el grupo inicial había sido diezmado (yo trataba de ser lo más frio y analítico posible con este tema, que me tocaba tan fuerte), una marea muy inorgánica pero masiva tomaba las consignas del grupo, empezando por el «Perón Vuelve» como eje de sus reivindicaciones. Era una ola que había encontrado una conducción en un puñado de nuevos dirigentes, encabezados por Rodolfo Galimberti, fuertemente carismáticos, decididos y que hacían de la acción (huyendo de los debates interminables tanto de la izquierda como de los grupos anteriores de la JP) el centro de la militancia. En este sentido, la decisión del General de consagrar a Galimberti como su delegado juvenil y encargado de reorganizar el sector había sido un acierto notable.

En el campo sindical, desde mediados de 1970, con la llegada de José Ignacio Rucci a la Secretaría General de la CGT, el movimiento obrero organizado se encolumnaba totalmente con su liderazgo. El proceso de consolidación de Rucci (un dirigente carismático, de una dureza personal singular y de una lealtad absoluta al General) cambiaba la relación de fuerzas de ese sector. A esas condiciones excepcionales de Rucci, se le agregaba la relación de cercanía que tenía con Antonio Cafiero, lo que les daba a todas las formulaciones de la CGT una solidez conceptual de primer orden.



José Ignacio Rucci, al frente de la CGT.

Al tocar este punto adelante del General, me extendí en la consideración de la figura de Antonio y le dije que yo lo creía el mejor dirigente peronista que hubiera conocido. Le referí también la estrecha relación de amistad que teníamos con Antonio tanto yo como Luis Rivet, quien ya había colaborado en la redacción de textos para la CGT.

El General estaba totalmente al tanto de esta relación y me pidió más referencias acerca de Rivet. Le referí sus condiciones personales y su gran calidad intelectual, y él hizo un muy informado apunte sobre la calidad de los políticos e intelectuales tucumanos, una de las grandes canteras nacionales tanto en el ámbito cultural como en el político.

Entré, luego, a referirme al frente militar. Yo creía cerrado ya el ciclo de intentos de golpes nacionalistas. Estábamos dedicados a instar a los elementos militares cercanos a nosotros a formar una «masa crítica» interna que pugnara por el regreso a la democracia. Por supuesto, con la participación del peronismo, que no podía ensayar ninguna variante «neo», sino más bien incorporarse al movimiento conducido por el General.

Eso en cuanto a los sectores «nacionales». En cuanto al conjunto de las Fuerzas Armadas, yo veía que la aparición de diversas organizaciones guerrilleras y la ola de actos de violencia sistemática iban configurando un «enemigo» que podía desplazar al peronismo del centro de las obsesiones militares.

Finalmente, llegamos a la cuestión político-partidaria. En ese

sentido, la creciente participación del peronismo en todas las formas de acciones colectivas había culminado también en 1970 con el lanzamiento de La Hora del Pueblo, algo que se iba afianzando con el transcurso de los meses.

Estaba absolutamente claro que yo compartía el juicio del General, que había ido conociendo por muy diversas fuentes, acerca de que era en este complejo terreno de múltiples fuerzas donde iba a darse la batalla decisiva, y que hacia esta definición tenían que tender todas las estrategias. Era obvio que, para el peronismo como fuerza mayoritaria, las elecciones en el sentido más abierto posible eran el terreno ideal para definir la partida. Entonces, fui totalmente franco en mi impresión de que la tarea cumplida por Remorino y luego por Paladino había sido muy positiva, al margen del desenlace que tuvo.

Repasar este cuadro de situación nos llevó varias horas de conversación. El General compartía mis impresiones y las enriquecía con observaciones notables que revelaban a cada paso no solo su talento político, sino también la calidad de la información con que contaba. Había que pasar, entonces, a pensar las futuras acciones para que todo culminara como esperábamos.

Desde hacía por lo menos un año, a mí me daba vueltas en la cabeza una cuestión. Sánchez Sorondo había referido que todos los planes militares de apertura democrática especulaban con la edad y la salud del General y todos los actores de ese sector, de manera más o menos explícita en las reuniones de los mandos, trataban de ganar tiempo, avanzando hacia un futuro que imaginaban con un Perón disminuido.

Obviamente, era un tema de difícil manejo, y procedí a exponerlo con el mayor cuidado. El General vio para dónde iba y, sonriendo, me dijo que no me preocupara, que lo que le decía era evidente y que él lo daba como un hecho por más que se lo intentaran cubrir con discursos diversos.

Superado este tema, me encontré con la posibilidad de entrar en la cuestión que me desvelaba y fui directo al tema: «General, como le manifesté desde nuestro primer contacto, yo siento que el objetivo central por el que trabajo es su regreso a la Argentina. Mi deseo es que usted no siga la suerte de San Martín ni de Artigas ni de Rosas. Para eso he militado todo este tiempo. Estoy seguro de que el día más esperado por la gran mayoría de los argentinos es el que lo tenga a usted llegando a Ezeiza». Me interrumpió: «Doctor: yo no he pensado

en otra cosa cada día de estos diecisiete años, y no voy a morirme sin regresar a la Patria». Pero había que generar las condiciones y, aunque se había avanzado mucho, faltaba considerar algunos aspectos. Hablamos de cuestiones legales; me dio una información escueta pero precisa de las tres causas que tenía abiertas y me dijo que, antes de regresar, me iba a dar unas líneas para que me reuniera con dos abogados que me iban a informar en detalle.

Quería que lo ayudara en eso. Para esta altura de las conversaciones, él conocía los dos grupos de abogados con que yo podía contar. Uno, el de los defensores de presos políticos, y el otro, más adecuado para cerrar asuntos, de abogados conocidos de Buenos Aires y no vinculados con el peronismo.

El regreso de Perón, según la caricatura de Flax.

Quedaban otros aspectos importantes, como consolidar la unidad sindical, continuar debilitando por acciones interiores el frente militar y lograr la unidad de los sectores del movimiento. Para terminar la reunión de ese día, le planteé el aspecto que completaba mi preocupación central. Le dije:

> General, yo creo que las condiciones para su regreso se van a completar en los próximos meses, durante este año. Pero creo también que, producido su regreso, prácticamente se habrá obtenido la victoria y se abrirá un proceso que va a tomar una dinámica propia y que va a llevar, necesariamente, a que usted

vuelva a la presidencia. Y si bien hoy lo veo a usted con excelentes condiciones de salud, es evidente que no es la misma la perspectiva de una vida más o menos tranquila en Madrid que otra enfrentando una situación muy compleja, como es la de la Argentina en la actualidad. Quiero ser muy crudo, General, porque lo he hablado con médicos de mi confianza. Sus años de sobrevida no serían los mismos en un caso que en el otro.

Me miró muy serio, hizo un largo silencio y me dijo: «Para usted, ponerse en mi lugar no es fácil, porque es muy joven. Pero lo que yo puedo decirle es que hay años y años, y hay algunos que deseo tanto que cambiaría uno de ellos por diez vividos en Madrid. Y voy a decirle algo más, con la sinceridad más absoluta: yo siento que tengo una deuda enorme con el pueblo argentino y su lealtad de tantos años, por todo lo que ha padecido por ser leal a nuestra causa. Lo que más deseo en la vida es poder pagar esa deuda».

Ya se había hecho tarde. La reunión, muy larga, había sido apenas interrumpida por una hora de almuerzo y otra hora en la que, con una educación esmerada, el General me pidió que lo dejara descansar. Luego, me pidió que completáramos las ideas comiendo algo. Pasamos al comedor, pidió un vino de Rioja de marca Paternina (luego supe que era uno de sus preferidos), e hicimos un brindis.

Él dijo que brindaba por el gusto de haberme conocido; yo le contesté que de mi parte eso era un honor y un gusto enorme, pero que yo brindaba por verlo a más tardar el siguiente año jurando la presidencia con su uniforme de teniente general y hablando al pueblo desde el balcón histórico. «Dios lo quiera», dijo.

Quedamos en vernos dos días más tarde. El día de descanso, lo usé para visitar Madrid, caminando por sus calles. Pero caminando me di cuenta de que mi cabeza no paraba de pensar en lo que se me venía encima. Volví el lunes a las diez menos cinco y, como ya era habitual, el General, sonriente y cordial, me hizo pasar, ofreció café y entramos en materia.

Le habían confirmado que en los siguientes días le iba a llegar, a través del cantor de tangos Carlos Acuña, un análisis preparado por Carlos «el Chango» Funes proponiendo un curso de acción para avanzar hacia un acuerdo con Lanusse. Según me dijo, esta información iba incluida en una carta que me iba a pedir que le

llevara a Cámpora. De lo que se trataba era de avanzar en un entendimiento promovido por Gelbard y Rogelio Coria, que tenía el apoyo de algunos otros sindicalistas y cierto control de la Mesa Nacional de las 62 Organizaciones.

Me pidió que tranquilizara al doctor Cámpora y también a Rucci y Cafiero sobre lo claro que él tenía el origen y las intenciones de ese plan. De todas maneras, me instó a que promoviera, en lo que pudiera, el aislamiento de ese sector «participacionista» y que tratara de que la juventud concentrara en Coria sus ataques contra la burocracia.

Sobre la segunda novedad que me había anunciado, vinculada a Frondizi, ya había recibido algunas ideas preliminares y estaba preparando un documento que, quizá, me enseñara al día siguiente con varios títulos posibles, entre ellos: «La única verdad es la realidad», que fue el que en definitiva utilizó.

Tranquilizar a Cámpora era fundamental. Por la Señora, le había llegado que se sentía amenazado por cualquier acción lateral que no pasara por su control directo. Pero el General estaba decidido a emplear su conocida estrategia de sumar todos los elementos que fuera posible para aumentar la masa crítica propia y tener desconcertado al enemigo acerca de cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Todo este tema nos ocupó la mañana. Me dijo que tenía actividades a la tarde y que nos reuniríamos a la mañana siguiente, luego de lo cual podía planear mi regreso a Buenos Aires. Para entonces, quedaban pendientes el tema de cuál era la constitución argentina que debía regir (yo había incluido en mi análisis una propuesta que habíamos preparado con el doctor Carlos María Lascano y que luego se completó con Mario Hernández, basada en la idea de que no podía concederse ninguna virtualidad jurídica al bando de los alzados en 1955 que «abolió» la Constitución Nacional) y qué pasos dar en este aspecto. Luego, me dijo que quería hacerme «algunos encargos».

Aproveché la tarde para coordinar mi regreso a Buenos Aires planeado para el miércoles y me comuniqué con Héctor Pedro Cámpora para decirle que viajaba de regreso y llevaba algunos documentos del General para su padre. También se lo comenté a Cafiero y quedé con él en encontrarnos el jueves y vernos con Rucci ese día. Por supuesto, también hablé con Galimberti. Todos estaban expectantes acerca de qué tipo de reuniones había tenido con Perón.

El miércoles volví a Puerta de Hierro. El General me hizo una serie de encargos políticos, centralmente vinculados a mantener unido al movimiento, mediar entre sindicalistas y jóvenes y, de manera muy especial, evitar que el doctor Cámpora se distanciara de Rucci. Y me reiteró lo que ya me había insinuado antes: «No solo les tengo mucho afecto a Rucci y a Galimberti, sino que además son esenciales en lo que viene. Trate de que se lleven "lo menos mal posible"». Y me dijo una cosa notable, que daba cuenta de la conciencia que tenía de su poder: «Usted ya puede cumplir un papel importante en todo esto, porque el tiempo que hemos estado reunidos ya lo saben todos en el movimiento, y si usted es prudente, que sé que lo va a ser, cuando hable todos pensarán que soy yo el que habla».

La cuestión constitucional, que estaba también en el centro de mis preocupaciones quedó para otra oportunidad, aunque el General me dijo que la continuáramos trabajando y lo mantuviera informado. Aunque las cuestiones cotidianas urgentes consumieron desde entonces el tiempo, fue muy grato para mí que, no bien llegado a la presidencia de la república, el General retomara con fuerza ese tema. Incluso, que en el futuro utilizara textualmente partes del análisis que habíamos preparado con Carlos María Lascano y Mario Hernández.

En efecto, en el discurso pronunciado con motivo del Día de la Seguridad Social, el 30 de noviembre de 1973, dijo Perón, ya siendo por tercera vez presidente de la nación:

> En 1949 sancionamos una Constitución Justicialista, donde se dio status constitucional a los deberes y a los derechos de la ciudadanía. Entre esos derechos estaba el del trabajo, el de la familia, el de la ancianidad y el de los niños. Han pasado muchos años; en 1956 esa Constitución, que estableció inalienablemente esos derechos, fue derogada por un bando. Yo no sé cómo puede hablarse de derecho constitucional en un país donde, por un bando, puede dejarse sin efecto una Constitución. Tenemos que volver a dar status constitucional a esos derechos, porque ningún sistema constitucional podrá afirmarse en derechos que no estén garantizados por una Constitución, que ha de ser inamovible, para evolucionar solo a lo largo de los tiempos, y no al antojo de algunos trasnochados que encuentren mal todo lo que ellos no han sido capaces de realizar.

El General continuó hasta su muerte dando los pasos necesarios para convocar una convención constituyente. Prueba de ello fue la formación, por un decreto del 3 de abril de 1974, de la Comisión de Consulta y Estudio para la Reforma de la Constitución Nacional, con dependencia del Poder Ejecutivo. El decreto fue preparado por el doctor Alfredo Carella, quien también había avanzado con un proyecto de nueva Constitución.

La despedida fue muy emotiva. Me resulta difícil escribirlo a mí, porque puede parecer que exagero o intento apropiarme de una relación especial con el General. Pero creo que los años transcurridos —son ya cincuenta— y mi conducta en ellos me permiten lo que en otro caso podría parecer un pecado de soberbia.

La última conversación se fue estirando, con un General con un dejo de tristeza nostálgica en la mirada, en los gestos y hasta en la voz. Me abrazó fuerte, en un apretón prolongado, y me dijo: «Sabe una cosa, mi querido doctor, me parece como si lo conociera desde siempre. No sé, será que tenemos una formación tan parecida, que usted no parece un abogado joven, sino más bien un paisano bravo… Pero ha sido realmente una alegría conocerlo. No un gusto, una gran alegría». Me quedé sin saber qué decirle y venciendo mi timidez y el pudor propio del trato entre hombres le dije algo así: «Usted se hace querer, mi General». Yo también lo abracé fuerte y salí. Saludé desde la puerta, y él me dijo: «Hasta pronto». Le respondí: «A sus órdenes, mi General».

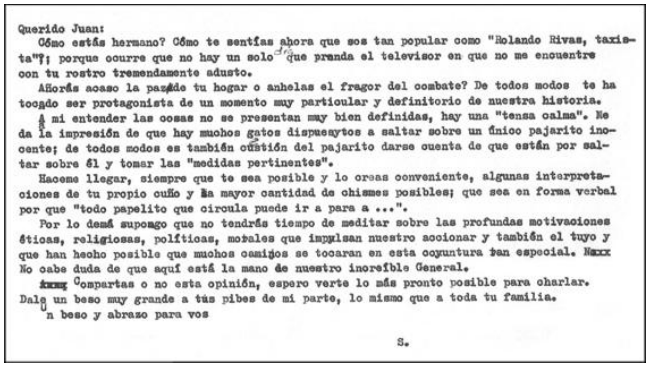
8
Una carta de Norma

El General sentía extendido a él el pedido de reserva que tanto Fernando como Norma me habían hecho —no contar el tema más que a mis padres— y, por lo que sé, no lo habló con nadie. De hecho, lo mantuve en reserva hasta hoy. Las conversaciones con el General completas solo las comenté con papá.

Los más cercanos, como Antonio Cafiero y Rodolfo Galimberti, siempre intentaban sonsacarme si había algo más en mis charlas con Perón, algo que les escondía. No entendían, y Antonio me lo dijo finalmente, la intensidad de la relación que había nacido con el General. Yo siempre lo atribuí a la coincidencia lineal de los análisis. Con Perón hubo pocas referencias posteriores a esos aspectos personales. Lo único distinto, y que también motivaba la curiosidad, por ejemplo, de Cámpora, era que en sus cartas siempre incluía un saludo para mis padres.

La primera referencia explícita que me hizo el General sobre aquella conversación sobre Fernando fue durante su primera estadía de regreso en la Argentina, en 1972, a la salida de la reunión del restaurante Nino, de Vicente López, decepcionado porque los partidos «democráticos» no habían condenado las atrocidades perpetradas contra el pueblo peronista. «Doctor, ¿recuerda lo que decíamos de las dos especies?». La segunda fue unos días después, al salir a recorrer la ciudad de Buenos Aires luego de largos años. Hizo detenerse al chofer en la puerta de la casa de la calle Moreno, donde todavía se notaban las huellas del atentado que habíamos sufrido, y me preguntó, o más bien dijo: «Acá vivían ustedes de chicos… Acá compartían dormitorio con Fernando».

Pocos días después de ese momento le mostré en Gaspar Campos una carta de Norma que había recibido esa mañana.



Querido Juan:
Cómo estás hermano? Cómo te sentías ahora que sos tan popular como "Rolando Rivas, taxista"?; porque ocurre que no hay un solo [día] que prenda el televisor en que no me encuentre con tu rostro tremendamente adusto.
Añorás acaso la paz de tu hogar o anhelas el fragor del combate? De todos modos te ha tocado ser protagonista de un momento muy particular y definitorio de nuestra historia.
A mi entender las cosas no se presentan muy bien definidas, hay una "tensa calma". Me da la impresión de que hay muchos gatos dispuestos a saltar sobre un único pajarito inocente; de todos modos es también cuestión del pajarito darse cuenta de que están por saltar sobre él y tomar las "medidas pertinentes".
Haceme llegar, siempre que te sea posible y lo creas conveniente, algunas interpretaciones de tu propio cuño y la mayor cantidad de chismes posibles; que sea en forma verbal por que "todo papelito que circula puede ir a para a ...".
Por lo demá supongo que no tendrás tiempo de meditar sobre las profundas motivaciones éticas, religiosas, políticas, morales que impulsan nuestro accionar y también el tuyo y que han hecho posible que muchos camijos se tocaran en esta coyuntura tan especial. Nxxx
No cabe duda de que aquí está la mano de nuestro inrefible General.
xxxxx Compartas o no esta opinión, espero verte lo más pronto posible para charlar.
Dale un beso muy grande a tus pibes de mi parte, lo mismo que a toda tu familia.
n beso y abrazo para vos

S.

Carta de Norma Arrostito a Juan Manuel Abal Medina.

La leyó dos veces, se emocionó y, cuando dos horas después ya me iba y él quedaba en otra reunión, salió para acompañarme y me preguntó: «¿No me dejaría la carta de Norma hasta mañana?». Se la di, y él me dijo: «Por supuesto que no va a salir de mis manos. Mañana a la tarde lo espero». Al día siguiente, lo primero que hizo fue dármela dentro de un sobre en blanco, envuelta en un papel con su membrete. En ese envoltorio la conservo hasta hoy:

Querido Juan:
Cómo estás, hermano? Cómo te sentís ahora que sos tan popular como «Rolando Rivas, taxista»?; porque ocurre que no hay un solo [día] que prenda el televisor en que no me encuentre con tu rostro tremendamente adusto.
Añorás acaso la paz de tu hogar o anhelas el fragor del combate? De todos modos te ha tocado ser protagonista de un momento muy particular y definitorio de nuestra historia.
A mi entender las cosas no se presentan muy bien definidas, hay una «tensa calma». Me da la impresión de que hay muchos gatos dispuestos a saltar sobre un único pajarito inocente; de todos modos es también cuestión del pajarito darse cuenta de que están por saltar sobre él y tomar las «medidas pertinentes».
Haceme llegar, siempre que te sea posible y lo creas conveniente, algunas interpretaciones de tu propio cuño y la mayor cantidad de chismes posibles, que sea en forma verbal por que [sic] «todo papelito que circula puede ir a parar a…».
Por lo demá[s] supongo que no tendrás tiempo de meditar sobre las profundas motivaciones éticas, religiosas, políticas, morales que impulsan nuestro accionar y también el tuyo y que

han hecho posible que muchos caminos se tocaran en esta coyuntura tan especial. No cabe duda de que aquí está la mano de nuestro increíble General.
Compartas o no esta opinión, espero verte lo más pronto posible para charlar. Dale[s] un beso muy grande a tus pibes de mi parte, lo mismo que a toda tu familia.
Un beso y abrazo para vos.

S.

[Así firmaba Norma Arrostito.] (12)

Pocos días después, la señora Isabel me hizo un comentario muy afectuoso que no logro recordar con exactitud, pero del que me quedó la impresión de que el General algo le había dicho sobre esta carta. Una vez en la residencia de Olivos, caminando por el parque, Perón, ya presidente, me dijo: «Sé que sus padres ya se mudaron de la casa de Moreno. No sabe cómo recuerdo todo el tiempo nuestra primera conversación y me parece que ha pasado mucho tiempo… y es poco más de un año y medio».

No hubo más. Si ahora, al correr de la escritura, he contado todo esto, es porque pienso que, por la memoria del General, por la memoria de Norma y por la memoria de Fernando, debía hacerlo y, también, porque creo que explica, al menos en parte, la relación con que me honró nuestro jefe.

12- Ver el original de la carta en el anexo 6, «Carta de Norma Arrostito».

9
La agenda del regreso

En el vuelo de regreso, preparé una breve agenda de las actividades que debía realizar de manera inmediata. La primera era la entrega, al doctor Héctor Cámpora, de una extensa carta del General en la que le hablaba del documento «La única verdad es la realidad» (que todavía no estaba completo) y de la próxima visita de Arturo Frondizi.

Ya en enero de 1972, el juez electoral Leopoldo Insaurralde le había otorgado al Partido Justicialista la personería jurídica que le permitía actuar libremente como agrupación política, tras casi diecisiete años de proscripción electoral y persecución del movimiento mayoritario.

En este contexto, Perón comenzó a maniobrar en todos los frentes buscando que la definición se diera donde éramos más fuertes: el terreno electoral. La herramienta de La Hora del Pueblo, con la que había sentado en un pie de igualdad a su movimiento con los partidos legales, ya quedaba chica. Estaba política y jurídicamente aceptado por el sistema y ahora iba por más.

Fue entonces cuando me encargó que le trasmitiera al doctor Cámpora la idea de proponer un frente cívico que tuviera como único objetivo la liberación nacional. Ya no se trataba de una multipartidaria; tampoco era todavía un frente político. Era una construcción a medio camino que se haría conocer, como relataré, en el célebre artículo «La única verdad es la realidad», que el General publicaría en *Las Bases*, el 15 de febrero, pero que me indicó adelantara a Cámpora.

Llegué a mi casa y, en un par de horas, ya estaba en acción. Llamé a Héctor Cámpora hijo, y acordamos que yo pasara por la casa de Melo a las cinco de la tarde. Llamé a Antonio Cafiero, y quedamos en vernos a las siete y, en principio, en visitar a Rucci la mañana siguiente. No alcancé a llamar a Rodolfo Galimberti, que ya había

pasado por casa acompañado por Mario Herrera, a quienes se sumó Luis Rivet y, poco después, Mario Hernández, que me traía un análisis de lo resuelto por el juez Insaurralde.

A todos les conté acerca de las reuniones con el General y lo que podía repetir de las tareas que me había encargado. Con Rodolfo, tuvimos un rato a solas. Le trasmití la preocupación de Perón respecto de sus enfrentamientos con los sindicalistas y le propuse (cosa que finalmente aceptó) mantener un lugar de encuentro mensual con Antonio Cafiero para lograr acercamientos.

La reunión con Cámpora fue extensa, ya que, además de entregarle la carta del General, le conté los encargos que me había pedido que le trasmitiera. Hablamos largo del propósito de Perón de sumar a todo lo que se pudiera sumar, y que esa situación no debía preocuparlo. Hablamos bastante en detalle del tema Frondizi, y quedé en informarle más del tema «Chango Funes» (un joven rosarino con muchas inquietudes políticas y siempre cercano a los sindicatos y a Gelbard), porque seguramente tendría más información luego de reunirme con Cafiero y Rucci.

Antonio Cafiero ya estaba al tanto de que José Ber Gelbard, al que llamaba «el Kissinger criollo», creía en una salida política sobre la base del acuerdo Lanusse-Perón y que él, por su relación con ambos, sentía que era la persona indicada para lograrlo.

Habían fracasado los intentos directos de Lanusse, tanto a través del coronel Cornicelli como del embajador Rojas Silveyra, y finalmente el de Felipe Sapag, que en definitiva le había ofrecido a Perón 4.000.000 de dólares para que se quedara en Madrid, ofrecimiento que llevó escrito y que el General le hizo firmar hoja por hoja.

Ahora, «el Kissinger criollo» había imaginado una maniobra que tenía la apariencia de haber surgido de Perón, pero que en lo sustancial contenía los puntos que Lanusse deseaba imponer. Era algo de lo que venía hablando con los sindicalistas «participacionistas», encabezados por Rogelio Coria, de Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA), y con el mismo Lanusse.

Gelbard era una persona de múltiples recursos, y no sabemos exactamente cómo fue a dar con el Chango Funes. Yo creo que la buena fe, tanto de uno como de otro, está fuera de toda duda. Lo prueban sus trayectorias posteriores. Pero en este caso creían que lo máximo que el General podía obtener era ese «empate» que permitiera

la legalización del peronismo y su regreso acordado.

El acuerdo permitiría llevar adelante el proceso electoral con un candidato también acordado; Lanusse como ideal o, de no ser posible, algún dirigente no peronista, acompañado por un peronista en la fórmula. La base del acuerdo sería un documento de coincidencias del que participarían la Confederación General Económica (CGE) de Gelbard y la CGT.

Sobre esta idea, Funes había preparado un documento que hizo llegar por vías no políticas al General, ya que el cantor de tangos Carlos Acuña, visitante frecuente de Puerta de Hierro, fue el portador.

El General invitó a Funes a Madrid para conversar. Lo recibió, tuvieron dos reuniones de trabajo, y le dijo que consultara los contenidos del documento con Cafiero para manejar la adhesión de la CGT. Ese texto sería finalmente el documento llamado de los «Diez puntos».

En Buenos Aires, lo presentamos al brigadier Ezequiel Martínez, como secretario de la Junta de Comandantes, junto con Cámpora, Alejandro Díaz Bialet, Lorenzo Miguel, Casildo Herrera y Esther Fadul de Sobrino, el 4 de octubre de 1972. Simultáneamente, el general Perón lo hizo conocer en una conferencia de prensa en Madrid en la que sentó a su lado a Antonio Cafiero, quitando del lugar a López Rega; un hecho que fue leído como el anuncio de que Cafiero podría ser el candidato a presidente designado por Perón.

En «La única verdad es la realidad», el General ironizaba contra el Gran Acuerdo Nacional (GAN) y convocaba a un acuerdo programático con otras fuerzas para obtener el 50% en las elecciones de 1973 y dejar de esa manera sin efecto la estrategia de Lanusse, que consistía en armar un gran frente antiperonista.

Con su pluma, el General explicó:

> Cada vez parece más evidente que la alternativa de esta acción del Movimiento Nacional Justicialista y su consecuencia política (el Frente) será el caos, los enfrentamientos y la dictadura. Si no se le ofrece al país una salida objetiva hacia su liberación y el desarrollo complementados con una genuina democracia y una auténtica justicia social basada en el aumento de la riqueza nacional, el proceso de desintegración seguirá irremisiblemente y en su curso se liberarán crecientemente fuerzas que irán oponiéndose en forma violenta. No hay duda

que la acción directa, como sustituta de la acción política, es una tentación que ya tiene comienzo profuso en nuestro país.

Con ese objetivo político, el 13 de marzo Perón recibió a Arturo Frondizi en Puerta de Hierro. El antiguo radical intransigente con el cual había establecido un pacto fallido en 1958 era ahora el titular del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) y un potencial aliado electoral. Como resultado de esas conversaciones, se creó el Frente Cívico de Liberación Nacional (Frecilina), al que se sumaron rápidamente la CGT y la CGE, liderada por José Ber Gelbard, que en su central reunía a centenares de pequeñas y medianas empresas a lo largo y ancho del país.

El Frecilina significaba claramente una vocación acuerdista amplia de Perón y, también, demostraba que apostaba a la salida política. En su texto «El gran acuerdo», lo planteó taxativamente:

> La perspectiva de los próximos meses será probablemente de trampas y provocaciones para dividir las corrientes populares, afirmar contraposiciones en sus sectores sociales y debilitar sus fuerzas. Todas estas parecen ser las condiciones indispensables para asegurar el continuismo a través de un proceso electoral, que se pretende presentar como solución democrática, cuando en realidad de verdad se busca solo la formalidad de un consentimiento popular para mantener la situación tal como está, es decir, el país bajo el dominio de los monopolios.

Dirigentes de las 62 Organizaciones junto a Perón en Puerta de Hierro.

Mientras tanto, en Buenos Aires recrudeció la violencia armada. El

21 de marzo, el ERP secuestró al director de la Fiat, Oberdan Sallustro, quien fue encontrado muerto un mes después, el mismo día en que asesinaron al general Juan Carlos Sánchez, comandante del Segundo Cuerpo del Ejército en Rosario. Las acciones guerrilleras, sumadas a las huelgas, tomas de fábricas, enfrentamientos con la policía y las fuerzas militares por todas las provincias, ofrecían la imagen de un país que se tornaba ingobernable si no se producía rápidamente una salida política.

Lanusse, quien confiaba en que Perón no regresaría al país, especulaba con la posibilidad de arrancarle un compromiso que consistiera en una declaración en contra de la violencia política. Con ese plan marcado, envió de nuevo al embajador Rojas Silveyra a negociar ese gesto del conductor del movimiento. Obviamente, Perón no le dio el gusto al presidente de la nación, quien a esa altura ya comenzaba a sufrir el desprestigio puertas adentro de sus propias filas. Ese fue el último contacto directo y abierto entre Lanusse y Perón.

Días después, el General diría una frase dura: «No he hecho ninguna declaración porque pienso que la violencia del pueblo responde a la violencia del Gobierno». Y ese fue el tiro de gracia para la estrategia del compromiso que buscaba el presidente. Lanusse intentó una última jugada, que consistió en echar a rodar una versión de que él mismo se excluía de la candidatura a presidente como líder del GAN si Perón aseguraba que no competiría en política. Desde Madrid, Perón contestó con ironía: «Que Lanusse se proscriba como candidato a la presidencia es como si yo me proscribiera al trono de Inglaterra».

A lo largo de todo este 1972 se dio el largo enfrentamiento entre el gobierno militar y el General, que continuaba moviendo todas las fichas. Viajé varias veces. Hice cuatro viajes de varios días y dos de poco más de veinticuatro horas de estadía en Madrid. A partir de agosto, el General me propuso que ocupara la Secretaría General del movimiento, ya que las funciones que estaba cumpliendo de hecho eran esas. Yo prefería demorar esa situación, ya que requería del relevo de Jorge Gianola, un dirigente muy cercano a Cámpora y de conducta intachable.

A principios de mayo, Perón fue proclamado extraoficialmente candidato a presidente por el Partido Justicialista en una reunión que se realizó en San Andrés de Giles, la «patria chica» de Cámpora, quien en esa ocasión reiteró que el General volvería ese año a la Argentina.

Por esos días, el Gobierno anunció el calendario electoral y la voluntad de firmar un «estatuto Constitucional» que modificaría el régimen electoral y los plazos de gobierno.

El 30 de mayo, la Asamblea de la Coincidencia Nacional —que convocó además a la UCR, al MID, a la CGE y a la CGT— se reunió con la conducción peronista en el Hotel Savoy, donde rechazó la posibilidad de una reforma constitucional y exigió adelantar los plazos electorales. Unos días después, el Congreso Metropolitano del Partido Justicialista anunció que Perón era el candidato presidencial. A Lanusse le quedaba poco margen de maniobra y lo utilizó para trabar la posibilidad de que su enemigo fuera candidato.

En los primeros días de julio, la cancha ya estaba inclinada a favor de Perón. Las formaciones especiales acosaban cada vez más a la dictadura, el paladinismo había desaparecido en las filas del partido, y la CGT estaba unida bajo la conducción de Rucci. En el nuevo Consejo Directivo de la CGT, de los veinte cargos en disputa, diecinueve quedaron en manos de las leales 62 Organizaciones Peronistas.

El día 6, se lanzó formalmente el Frecilina, un antecedente del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli), pero presentado como una alianza no electoral, cívica, y no solo política. En la práctica, consistía en un armado político deliberativo permanente para organizar las bases, los cuadros y los dirigentes que tendrían un papel protagónico en los meses futuros. Desde Madrid, Perón explicaba: «Ha sido constituido por todas las fuerzas que de una u otra manera anhelan liberar el país de las desgracias que lo azotan. Es así un frente heterogéneo en su constitución, pero profundamente homogéneo en su finalidad. […] Su objetivo es imponer la normalidad institucional mediante elecciones libres, sin condicionamientos ni limitaciones irritantes».

El 7 de julio, Lanusse impuso una cláusula legal que impedía presentarse como candidato a presidente a cualquier funcionario que participara de la dictadura —incluyéndose a él, claro— y a todo aquel que no tuviera residencia permanente en el país antes del 25 de agosto de ese año, es decir, apenas un mes y medio después. Consciente de que no podía ganar la pulseada, Lanusse se concentró, entonces, en impedir que la ganara el propio Perón.

El General respondió que volvería cuando se le antojara, pero que iba a volver: «Las condiciones impuestas por Lanusse son arbitrarias e inconducentes a la pacificación nacional». Y realizó una fuerte crítica

a la forma en que conducía las Fuerzas Armadas, metiendo una cuña entre un desprestigiado Lanusse y varios sectores del Ejército, que comenzaban a creer que el único que podía frenar la avanzada de las organizaciones político-militares no era otro que el general exiliado. En esta ocasión, viajé a Madrid por un día, llevando un mensaje de un grupo numeroso de oficiales, del cual extrajo el General varias frases que incorporó a su texto.

No viene a cuento contar todos los frentes en que me moví a lo largo de esos meses, desde febrero a octubre de 1972. Solo mencionaré que, acompañando a Cámpora, participaba de todo lo que implicara trato con el gobierno militar; no así los temas de La Hora del Pueblo, en los que Cámpora era secundado, con gran eficacia, por Esteban «Bebe» Righi. También respaldé a Rodolfo Galimberti para lograr que sus enfrentamientos con otros grupos juveniles no fueran negativos para la acción de conjunto y, sobre todo, para cumplir las expresas directivas del General de intervenir para desactivar todo lo que pudiera atentar contra la unidad del movimiento. Se trató de una tarea que creo haber cumplido.

Ya en el mes de julio —en que tuvimos un encuentro importante con el General—, parecían estar dadas las condiciones para un regreso en paz. Desgraciadamente, quienes se empeñaban en el acuerdo con Lanusse (en especial, Gelbard, Coria y sus seguidores, y el Chango Funes) inventaron, o les inventaron y ellos se lo creyeron, una historia según la cual Cámpora estaba capturado por los Montoneros y otros sectores «duros» que querían propiciar el regreso del General como detonante de una gran insurrección popular. Un plan que nunca existió, a pesar de lo cual es común encontrarlo referido en distintos textos escrito sobre la época.

El 27 de julio, ante más de mil oficiales del Ejército reunidos en el Colegio Militar, Lanusse pronunció un discurso provocador: «Si Perón necesita fondos para financiar su venida, el presidente se los va a dar. Pero aquí no me corren más a mí ni voy a admitir que corran más a ningún argentino diciendo que Perón no viene porque no puede. Permitiré que digan: “Porque no quiere”. Pero en mi fuero íntimo diré: “Porque no le da el cuero para venir”».

En una entrevista realizada a Duilio Brunello por Carlos Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel para su libro *Perón, la unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción*, el que luego sería vicepresidente del Partido Justicialista relató que Perón le dijo, mientras comentaban el

discurso al día siguiente: «Lanusse se equivocó al llevar esta situación al terreno personal. Si piensa que ahora yo debería ir a Iberia a sacar un pasaje para la Argentina, debe saber que la fecha de mi regreso la voy a decidir yo. Lanusse quiere que yo produzca movimientos que alboroten a sus generales y así tener la excusa para postergar las elecciones. Pero no le voy a dar el gusto, porque si hay elecciones, ganamos. Ese es nuestro objetivo». (13)

13- Carlos A. Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel, *Perón, la unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974)*, Buenos Aires, Ediciones del Copista, 2004, p. 92.

10
Trelew

El 4 de agosto, Perón convocó a Cámpora a Puerta de Hierro y me avisó que yo también debía viajar. Después de varias jornadas de deliberaciones, Perón nos indicó que el 15 de agosto se anunciara el regreso del General para el 17 de noviembre de ese año. Al mismo tiempo, Cámpora anunciaría que él, como delegado del líder, iniciaría una campaña recorriendo todo el país como parte de los preparativos para el regreso. Cámpora cumplió con el pedido de Perón, pero ese mismo día 15 ocurrió un episodio que cambió radicalmente el mapa político de la dictadura de Lanusse.

A las 18:30, en el penal de Rawson, se produjo un masivo intento de fuga en el cual lograron su propósito solamente 6 de los 110 reclusos miembros del ERP, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros que pensaban escapar. Respecto del cerebro de la fuga, casi todas las fuentes coinciden en asegurar que el planificador y jefe del operativo fue Mario Roberto Santucho, aunque algunos afirman que también participó en el proyecto Marcos Osatinsky, de las FAR. Junto con ellos, lograron fugarse también Fernando Vaca Narvaja, Roberto Quieto, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Menna, quienes integraban el llamado Comité de Fuga.

Mientras los reclusos tomaban el penal y abrían las puertas, otro comando secuestraba un avión BAC1-11 de la empresa Austral y se dirigía hacia el aeropuerto de Trelew, donde esperaría a todos los fugados. Pero, por un error en la comunicación entre el grupo de apoyo y los presos, los autos que debían conducir a los militantes no llegaron a la puerta del penal. Además de los seis jefes, un grupo de diecinueve militantes logró llegar al aeropuerto en tres taxis, pero cuando la nave ya despegaba de la pista rumbo al Chile socialista de Salvador Allende.

Una vez fracasada la fuga, los militantes que quedaron en el

aeropuerto exigieron, en una conferencia de prensa, garantías especiales antes de rendirse ante las fuerzas militares. Una patrulla de la Marina, a cargo del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa, segundo jefe de la Base Aeronaval Almirante Zar, condujo a los prisioneros recapturados hacia esa unidad. En la mañana del 17 de agosto, el Partido Justicialista envió un telegrama al ministro del Interior, Arturo Mor Roig, con el siguiente texto: «Reclamamos respeto derechos humanos presos políticos unidad carcelaria Rawson responsabilizándolo por su integridad física amenazada por medidas de represión».

Pero, en la madrugada del 22 de agosto, en la Base Naval, los diecinueve detenidos fueron sorpresivamente arrancados de sus celdas y fusilados mientras estaban formados mirando el suelo. Luego de la primera metralla, la patrulla, a cargo del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa y del teniente Roberto Bravo, se encargó de rematar a los heridos, de los que sobrevivieron tres. Fue un crimen desalmado. Luego de 1976, los tres sobrevivientes pasarían a integrar la lista de los desaparecidos. Uno de ellos, Ricardo René Haidar, formó pareja con Soledad Martínez Agüero, nuestra muy querida amiga, y tuvieron en México dos hijos, que al igual que los dos mayores que tenía Haidar son también nuestros amigos.

Los seis prófugos llegaron a Chile, donde fueron recibidos por el Gobierno de Allende, que había quedado en una incómoda posición: era un gobierno socialista en un sistema capitalista, y las opciones eran la extradición a la Argentina o la detención en las cárceles del país trasandino. Pero el 25, luego de mucho debate interno, el Gobierno de Allende decidió darles el salvoconducto a los guerrilleros para que marcharan a Cuba. Por la noche, partieron rumbo a Cuba y llegaron al aeropuerto José Martí el 26 de agosto. En una conferencia de prensa, Santucho, Osatinsky y Vaca Narvaja fueron categóricos a la hora de decir que la masacre se trató de «una salvaje y desesperada respuesta de la dictadura» y ratificaron la consigna de que «la sangre derramada no será negociada».

Aeropuerto de Trelew, 15 de agosto de 1972. Los detenidos que serían asesinados días después.

¿Por qué Trelew cambió las reglas del juego? Porque, hasta allí, la discusión política nacional se remitía a una complicada partida entre Lanusse y Perón. Ese mano a mano había torcido varias voluntades, ya que ni el presidente ni muchos dirigentes justicialistas creían en la posibilidad real del retorno del General. Incluso, algunos sectores del peronismo parecían haber sido sometidos a un lavado de cerebro por parte de los grupos dominantes, que sugerían que Perón no se iba a animar. Hasta se especulaba con un mal estado de salud del líder y que eso le imposibilitaría el regreso. Y otros sectores, como parte del peronismo revolucionario «alternativista» y grupos ligados a Guardia de Hierro, tenían diversas teorías que consideraban imposible el regreso.

Pero Trelew cambió el clima. La noche del velatorio de los asesinados fue brutal. Mientras Montoneros y el ERP querían velar a sus muertos en el local central del Partido Justicialista de avenida La Plata, el comisario general Alberto Villar entró con una tanqueta y secuestró los cuerpos de los tres militantes asesinados.

La tanqueta avanza hacia la puerta de la sede del Partido Justicialista, donde son velados tres militantes masacrados en Trelew.

El clima del enfrentamiento cambió; se habían quebrado las reglas del juego. El Estado había masacrado a prisioneros. Muchos dicen que al propio Lanusse se le fue de la mano; otros señalan que resultó víctima de una operación política de la Marina y, una vez ejecutada, no podía echarse atrás ni condenar a los responsables. Dentro de esta segunda hipótesis, la especulación sostiene que fue la Marina la que decidió cortarse sola y frenar el proceso eleccionario abierto por el Gobierno nacional y aceptado por el peronismo. Lo cierto es que, más allá de las teorías, el sueño del GAN se había hecho añicos.

Un par de días más tarde, el Gobierno presentó el «Estatuto fundamental», que establecía «disposiciones temporarias» para el «perfeccionamiento y estabilidad» de las instituciones republicanas, fechado el 24 de agosto de 1972. En ese texto, virtual reforma constitucional de facto, se establecía, en el artículo 77, la duración de cuatro años y una reelección para el presidente y vicepresidente, y en el artículo 91, su elección directa —abolía el Colegio Electoral— y una posible segunda vuelta si ninguna de las fórmulas alcanzaba el 50 por ciento.

La primera respuesta fue el acto conocido como Asamblea de la Civilidad, que se realizó en el Hotel Savoy a instancias de Cámpora. Allí se presentó el documento «Los intentos de disociación no encajan en el peronismo», en el que se denunciaba al régimen por pretender favorecer a Balbín e intentar modificar la fecha de la primera vuelta pensada para marzo de 1973.

11
Diez puntos

Cuando todo parecía relativamente estancado, Perón movió el tablero con una jugada que semejó una oferta de acuerdo. A mediados de septiembre, dio la redacción final con intervención de Antonio Cafiero, Gelbard y el Chango Funes al documento de los «Diez puntos» de coincidencias para iniciar una normalización institucional pacífica.

Como ya mencioné, la presentación oficial la hizo Cámpora al gobierno el 4 de octubre a través de un encuentro con el secretario de la Junta de Comandantes, Ezequiel Martínez, un hombre que por algún momento apareció en las ideas de Lanusse como un posible candidato de conciliación. Martínez era un hombre sereno, exjugador de rugby, no demasiado complejo y de conversación sencilla a la hora de la negociación política. Cámpora, al que acompañé, le entregó el documento titulado «Plan de reconstrucción nacional», más conocido como «Diez puntos básicos».

Había sido redactado en una primera instancia por Carlos Funes, asesorado por Antonio Cafiero, retocado tras algún tipo de contacto entre Gelbard y el gobierno lanussista y, finalmente, aprobado por el propio Perón. El encargado de llevar el documento escrito en Madrid a Cámpora, según su propio testimonio, fue Leopoldo Frenkel, por entonces secretario general del Consejo de Planificación del movimiento.

Como expone Hernán Brienza en su documentado *El otro 17*, los «Diez puntos básicos» «eran una devolución de gentilezas de Perón a Lanusse. Es decir, el Gobierno no podía permitir que el líder exiliado le manejara los tiempos ni le impusiera su agenda, pero tampoco podía negar de plano el documento porque demostraba su falta de cooperación y de vocación acuerdista». (14)

Las «bases mínimas» eran las siguientes:

1. Inmediata ruptura de ataduras internacionales que afecten la soberanía nacional y sometan a la Nación argentina a los dictados hemisféricos del Imperialismo, tanto en el plano político como en el militar y económico.
2. Urgente modificación de la política económico-social, tomando como punto de partida el programa mínimo elaborado en forma conjunta por la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica y apoyado por los principales partidos políticos. Esta modificación se complementará con la designación de un gabinete económico-social integrado por representantes de ambas centrales y/o de los sectores políticos minoritarios.
3. Integración del Consejo Económico-Social a fin de que se aboque de inmediato a la discusión y elaboración del proyecto para la reconstrucción nacional, que será tarea principal e inexcusable del futuro gobierno constitucional.
4. Determinación explícita sobre la futura participación orgánica de las Fuerzas Armadas en el Gabinete nacional y en el Sistema Nacional de Planeamiento, así como sus responsabilidades a corto y mediano plazo en la tarea de la reconstrucción nacional.
5. Reexamen de las enmiendas o modificaciones a la Constitución Nacional y de las cláusulas limitativas introducidas unilateralmente en las reglas de juego del proceso de institucionalización.
6. Toda decisión sobre posibles amnistías, eliminación o modificación de leyes extraordinarias será responsabilidad del futuro gobierno constitucional y de los cuerpos legislativos en un todo de acuerdo con lo que establece la Constitución Nacional.
7. Designación de un oficial superior de las Fuerzas Armadas como ministro del Interior a fin de alejar toda suspicacia sobre parcialismos partidistas y garantizar a la ciudadanía la máxima limpieza del proceso de institucionalización.
8. Formación de una comisión interpartidaria que prestará asesoramiento y fiscalizará la utilización absolutamente imparcial de los medios de difusión masivos, directa e indirectamente controlados por el Estado nacional. Todos los partidos políticos reconocidos deben contar con igualdad de

oportunidades para la divulgación de sus respectivas plataformas.
9. Levantamiento del Estado de sitio, libertad de todos los presos políticos y gremiales.
10. Consulta y acuerdo con todas las fuerzas políticas para el establecimiento de la futura ley electoral y la convocatoria a elecciones.

Los «Diez puntos» eran una salida política posible y decorosa que le ofrecía Perón a Lanusse. Pero también era una maniobra distractiva: que Perón quisiera hacerle creer a Lanusse que estaba dispuesto a cooperar, cuando, en realidad, ya tenía definido su regreso.

En el desarrollo de estos acontecimientos, sobre fines de octubre, el General me instó a hacerme cargo de una vez de la Secretaría General, lo que por supuesto acepté, pero pidiéndole que solo fuera hasta concretar el regreso, el objetivo que motivaba mi participación.

Ahora que los años pasados me relevan de mayores cuidados, puedo recordar con emoción un diálogo en Puerta de Hierro con el General: «Vea, doctor: con Rucci al mando del movimiento obrero y usted al mando del movimiento político, yo voy a viajar tranquilo, confiado. Por supuesto que les encargo que se queden en el país, controlando todo y esperándome al pie del avión». Me abrazó emocionado, y no hubo más.

En octubre del 1972, Cámpora conformó con el General la Comisión del Regreso, donde me incluyó junto con Antonio Cafiero, Jorge Taiana, el capitán de navío Ricardo Anzorena, el brigadier Arturo Pons Bedoya, Lorenzo Miguel y José Ignacio Rucci. Esa comisión era la encargada de la operación que traería a Perón de regreso al país tras diecisiete años de exilio. De esta manera, comenzamos a ocuparnos de las negociaciones con el gobierno de facto de Lanusse, las alianzas con otras fuerzas políticas y los sectores sindicales.

El trabajo de la comisión consistió, en un primer momento, en recorrer todo el país anunciando la buena nueva de que Perón regresaría el 17 de noviembre. Las comitivas tenían representantes de la rama política, la femenina y la sindical. El objetivo era levantar el ánimo de la tropa y, al mismo tiempo, darle una señal a Lanusse de que el regreso estaba en marcha. Habíamos logrado infiltrar el entorno de Lanusse y sabíamos casi siempre lo que pensaba: llegaron a saber

que se reía del operativo y que estaba convencido de que Perón no iba a volver por falta de temple o, como lo había graficado él mismo, porque «no le daba el cuero».

Dice Brienza, en la obra ya citada:

> Como sea que fuere, las cosas se endurecieron y Perón redobló la apuesta: nombró a Juan Manuel Abal Medina, como secretario general del Movimiento Peronista, cargo que asumió oficialmente el 2 de noviembre. Significaba una señal inequívoca de trasvasamiento generacional, aunque también, hacia el interior del Movimiento, la oficialización del nexo que permitía la coexistencia de los jóvenes de la Tendencia con el sindicalismo. Al ponerlo en funciones en el local central de Avenida La Plata 230, junto con los nuevos consejeros superiores Jorge Taiana y Carmelo Amerise, Cámpora dijo de Abal Medina: «Su apellido despierta en el Movimiento un eco emocionado», en abierta alusión a su hermano Fernando. De todas maneras, el nombramiento de Abal Medina también podía interpretarse como un signo de moderación, por los contactos militares del nuevo secretario general y porque no elegía a un joven directamente comprometido con las organizaciones político-militares del peronismo. (15)

La consigna «Luche y Vuelve» es agitada por todo el país.

Cinco días después, Cámpora anunció que Perón regresaría al país el 17. Ese mismo día, el líder publicó en todos los diarios argentinos

una solicitada dirigida «A los compañeros peronistas», confirmando su vuelta. En ese texto, el General escribió:

> Antes de que noticias malintencionadas puedan llegar al pueblo argentino, deseo ser yo quien les informe sobre mi proyectado viaje a la patria. […]
> El Gobierno ha manifestado por boca de su presidente que está dispuesto al diálogo y que yo puedo regresar al país cuando y como lo desee, con todas las garantías. Ello me ha impulsado a retornar a la patria después de dieciocho años de ostracismo, por si mi presencia allí puede ser prenda de paz y entendimiento, factores que, según veo, no existen en la actualidad. Ya van a ser casi treinta años en que me encuentro empeñado en alcanzar tales soluciones y anhelo, si ello es posible, prestar quizá mi último servicio a la patria y a mis conciudadanos. Por eso, a pesar de mis años, un mandato interior de mi conciencia me impulsa a tomar la decisión de volver, con la mejor buena voluntad, sin rencores que en mí no han sido habituales y con la firme decisión de servir, si ello es posible. […]
> Espero, Dios mediante, estar con ustedes el día 17 de noviembre próximo. Hasta entonces, un gran abrazo sobre mi corazón.

Para que el regreso no se frustrara, fue fundamental la clara decisión del General, muy respaldado por la señora Isabel, la honestidad política del doctor Héctor Cámpora y el alineamiento del movimiento obrero en el marco de la CGT. De la misma manera, fue muy importante la decidida participación de la JP, más o menos según las zonas y los grupos vinculados a Montoneros, y con el claro liderazgo de Rodolfo Galimberti. Aunque minoritarios frente a esa irrupción no puede omitirse la participación de los grupos ya existentes, como el Comando de Organización, comprometido con el Regreso, y Guardia de Hierro, más reticente y con actuación dirigida a lo partidario.

Antonio Cafiero, que había sido una pieza central en todos estos años, y que había quedado tocado por una sucia maniobra de Lanusse, resume en sus memorias aquellas jornadas en un texto generoso que transcribo:

Antes de resolver sobre las posibles candidaturas, había que decidir cómo y cuándo Perón retornaría al país. La cuestión era extremadamente conflictiva, sus jefes más notables y los gobiernos militares habían manifestado más de una vez que bajo ningún concepto admitirían el regreso de Perón. Algunos de ellos, como Lanusse, negaban incluso que esa fuese la verdadera intención del líder exiliado o que, dado el caso, tuviera el coraje necesario («no le da el cuero»). Otros amenazaban con ejercitar la violencia extrema contra quienes se atrevieran a colaborar con el intento. Pero Perón insistía en su irreversible decisión de regresar al país y así lo hacía saber a los dirigentes y al pueblo peronista. También a los jefes militares. Ratificaba que su decisión estaba guiada por deseos de paz y unión nacional, tal como surgía de los Diez Puntos y así lo hacía saber en varios comunicados y solicitadas publicadas a toda página en los diarios.

Los dirigentes peronistas que se sentían acompañados por el fervor popular, la movilización entusiasta de la juventud que masivamente comenzaba a sumarse al peronismo y la decisión de sus cuadros orgánicos (62 Organizaciones y CGT) tomaron una decisión histórica y, a la vez, heroica: acometer el regreso de Perón con las propias fuerzas del peronismo, negociando o eventualmente desafiando el poder de las Fuerzas Armadas. En esta decisión jugaron un rol decisivo José Ignacio Rucci y Juan Manuel Abal Medina. También acompañábamos un grupo de dirigentes históricos, entre los que me encontraba.

En una de las primeras reuniones de la «Comisión del Regreso», cuando algunos de los participantes actuaban como verdaderos «abogados del diablo» buscando los posibles peligros y razones que desaconsejaban la realización del viaje, me impuse quebrando estos obstáculos y dije: «Si todo es así, si las condiciones son las expuestas y esas las exigencias, entonces ¿qué? ¿Entonces nunca será el tiempo de decidir?». (16)

A propósito de estos meses, es interesante mencionar que el primero que me habló de los «Diez puntos» fue Antonio Cafiero, pero yo empiezo a ver que hay un juego claramente manejado por alguna gente del Gobierno. Desgraciadamente, todos han muerto, y entonces me es complicado decir algunas cosas. La realidad es que Gelbard

quería que hubiera acuerdo y que llegáramos al proceso electoral con Lanusse candidato o con Perón eligiendo candidato, pero deseaba el acuerdo como tema principal. Gelbard acababa de recibir la concesión de ALUAR por parte de Lanusse y era un burgués nacional que veía una salida de conciliación.

Yo no quería saber nada de que se incluyera a Lanusse y al ejército liberal en un acuerdo. Además, eso no iba a desembocar nunca en lo que yo creía que era la Revolución Nacional. Ese acuerdo era un delirio. Sin embargo, Lanusse estaba convencido de que iba a ser él el candidato, y distintas personas le daban cuerda.

Me di cuenta de que empezó allí una especie de lucha sorda de un sector grande del sindicalismo con Coria a la cabeza, sectores paladinistas y Gelbard, que veían el regreso como la culminación de una negociación. Para fundamentar eso, comenzaron a decir que lo que pasaba era que la alternativa era el regreso como parte de una guerra civil. Hasta el día de hoy duró esa versión del «cuco», de unos locos que querían romper un pedazo del ejército antilanussista y generar una insurrección. Cuando vi eso, le pedí al Vasquito Mauriño, quien poco después regresaría a Buenos Aires, que le preguntara al General si podía ir a verlo, y Perón me contestó dos horas después que saliera hacia Madrid. Allí, con conocimiento completo de Cámpora y Galimberti, empezamos con el General a dejar que corriera esa teoría y que se vinieran.

Centralmente, ¿qué quería Lanusse? Primero que nada, para poder continuar con el proceso, la condena a la guerrilla por parte de Perón, cosa que Perón nunca iba a hacer. Había muchas cosas que se discutían, pero en definitiva el eje era este. Y todo terminaba resumiéndose en ese punto. El General no iba a aceptarlo, porque no tenía sentido, dado que una parte que hacía indispensable su regreso era que el único que podía parar en serio lo que se llamaba la «guerra civil» en Argentina era él.

14- H. Brienza, *op. cit.*, p. 80.

15- H. Brienza, *op. cit.*, pp. 84-85.

16- Antonio Cafiero, *Militancia sin tiempo, mi vida en el peronismo*, Buenos Aires, Planeta, col. Espejo de la Argentina, 2011, p. 54.

12
Desde que se fue

En definitiva, la idea era dejar rodar esa bola e ir armando el regreso de otra manera. Fue un momento a partir del cual empecé a viajar con mucha frecuencia, porque me convocaba el General todo el tiempo para reuniones. Entre todas ellas, hubo una, nada menos que el día del cumpleaños del General el 8 de octubre, en la cual dio a entender que no sabía si su regreso sería posible.

El General cumple 77 años y festeja junto a su esposa Isabel y compañeros.

Inmediatamente después de esa reunión, en la confitería del Aeropuerto de Barajas, después de que nos marcaran los pasajes, los que regresábamos a Buenos Aires esperábamos para abordar. Entre nosotros, estaba el cantor Carlos Acuña, que era amigo del General, pero también alguien a quien los sindicalistas le daban siempre algunos pesos, sobre todo Coria, que también aguardaba ahí con el Chango Funes.

Entonces Coria le hizo cantar a Acuña el tango «Caminito», una y otra vez. Y eso ocurría porque Coria volvía feliz, ya que el General le

había asegurado que no volvería. Ese era el mensaje que tenía para Lanusse.

Cuando llegaba la parte del tango en el que se dice: «Desde que se fue, nunca más volvió», Coria, el Chango Funes y Acuña cantaban a coro burlándose de nosotros. El General les había vendido un buzón. Era tan divertido ese asunto que cuando llegué a Buenos Aires ya me estaban buscando varios generales. El primero que me vio fue Pomar, que me dijo: «¿Qué te pasó? ¿Te ganaron? ¿Estás seguro de que no vuelve?».

Coria le transmitió a Lanusse: «Tranquilos, que Perón no vuelve». Entonces, ganaba Lanusse. Si Perón no volvía, probablemente hubiera seguido el proceso hacia las elecciones, pero en el marco del Gran Acuerdo Nacional. En todo caso, no exactamente así, pero íbamos a elecciones. Y nosotros, sin el regreso del General, si obteníamos el 40% de los votos, era un milagro, por lo que no teníamos cómo ganar. Sin regreso, no había victoria. Para el General, su victoria era el regreso, y yo pensaba lo mismo.

La alternativa del regreso negociado era lo que le contaban todo el tiempo a la Embajada de Estados Unidos. Existen los cables de los embajadores en los que comentan que Perón no iba a venir si no era con un acuerdo con la Junta Militar. Hasta los «Diez puntos» inicialmente forman parte de los sectores que querían el acuerdo del General con la Junta Militar antes de volver. Dentro del marco de ese acuerdo, estaba la intención de Lanusse de ser él el candidato para esa transición, y después, si eso no podía ser, al menos que el acuerdo fuera sobre la base de una condena explícita a la acción armada.

El otro carril, que es el que de alguna manera encarnan Cámpora, Rucci, Lorenzo Miguel, Galimberti y yo mismo, era el de un regreso en paz, pero como victoria del peronismo. Sin eso, iba a haber una continuidad. Porque, por la información con la que yo contaba desde adentro del sector militar, estaba claro que ellos jugaban a que pasaran los años para que el General no pudiera volver, lo que significaba que no iba a ser posible una victoria del peronismo.

Al principio, a Cámpora le disgustaban los contenidos de los «Diez puntos». Yo le decía: «Don Héctor, todo ayuda». Él afirmaba que nos desviaban del objetivo. Era muy esquemático don Héctor. No nos desviaban nada. Les enredaba la vida a los militares y a Lanusse. Porque entre los «Diez puntos» estaba la amnistía. Fue fruto de un tironeo que eso estuviera. Pero sin la amnistía el General jamás

hubiera avalado los «Diez puntos». Era perder la carta ganadora.

En 1972, el proceso era ese. Comenzamos a venderle al Gobierno la idea de que el regreso del General estaba en duda para no darle mucha oportunidad de prepararse. Mientras tanto, avanzábamos con el proceso del regreso.

Entonces Cámpora comenzó a crecer. Primero dio una aproximación de cuándo se produciría el regreso y, después, dio la fecha. Así se generó un clima de gran euforia. Yo lo acompañé a todos los lugares que pude, sin descuidar la relación con los milicos y los sindicalistas.

El sindicalismo participó dentro de lo posible. Cuando eso ocurrió, me encargué de evitar los enfrentamientos con la JP. Yo era un intocable para la JP. Si bien se sabía que yo no era montonero, era el hermano de Fernando. Era un mito, digamos. En el libro de Marcelo Larraquy y Roberto Caballero sobre Galimberti, se reproduce un diálogo que a mí me contaron varios de los que estaban allí adelante. (17) Sucedió en el bar Nebraska, de la Gran Vía de Madrid, entre Lorenzo Miguel, Rucci, Coria, López Rega y Muñiz Barreto, quienes discutían acerca de quién iba a ser el nuevo secretario general del movimiento para manejar el tema del regreso. A esa altura, el General ya tenía decidido que fuera yo. De hecho, ya lo era.

Entonces, discutían sobre ese tema. Algunos decían que el secretario general tenía que ser Santiago Díaz Ortiz, y otros, que tenía que ser Galimberti. Entonces, López Rega, sabiendo que yo ya estaba definido por Perón, dijo: «Galimberti es un hombre destructivo. Juan Manuel, en cambio, es la reencarnación de un príncipe». Esto demuestra un poco cómo era el trato conmigo en un sector muy amplio del peronismo.

En ese momento, Coria era formalmente el secretario general de las 62 Organizaciones. Entonces, tuvo una asamblea de delegados de su sindicato, una reunión enorme, con comida. Me llamó y me invitó. Su intención era mostrarme su poder sobre las bases. Lo pensé dos veces. Pensé en consultarlo con el General, porque si él me decía que fuera y todo salía mal, estaba cubierto. Pero fui directamente. Era un enorme lugar camino a Ezeiza. Llegué y vi a unas mil personas sentadas. Me anunciaron por el micrófono, y se produjo una aclamación. Coria no sabía qué hacer. Entonces, se me pegó y quedé prácticamente presidiendo el lugar.

Yo todavía no era nada. Recién dos meses después, sería secretario

general. Lo que pasaba era que para la gente peronista el tema Aramburu había sido tremendo. No paraba de asombrarme del efecto. También ahí ya se sabía que me veía con frecuencia con el General. En el movimiento, esas cosas se sabían. Entonces, ya obtenido el «éxito», saludé e inventé que llevaba un saludo especial del General.

Tendía a moverme con cierta autonomía. Eso fue haciendo que ganara puntos con el General en desmedro de otros que le consultaban todo y lo volvían loco. Quizá la diferencia que yo tenía con la gente de la política, por haber estado en contacto con el mundo militar, era que tenía conocimiento casi instintivo de la diferencia entre lo estratégico y lo táctico. Al jefe estratégico no hay que consultarle lo táctico, porque si él no ordena es que no está en condiciones de discernir sobre lo táctico. Hay que dejar que conduzca lo estratégico. Y si hay un error en lo táctico lo comete el que maneja lo táctico, no el estratega.

Juan Manuel Abal Medina en la pista hace la V de la victoria. Foto: Silvio Zuccheri.

En lo estratégico, el General nunca se confundió. Cuando lo conocí, ya la tenía clarísima. Decir que yo le agregué, como se dijo en algún momento, cierta visión de conjunto vinculada a la Juventud es una exageración. Él ya tenía, obviamente, una gran visión de conjunto, y yo coincidí con la que él tenía. Y su estrategia, en el fondo, consistía en volver; nunca dudó. El tema era si llegaba a tiempo, porque era muy consciente de sus problemas físicos. Ahora bien, con Perón en la Argentina, no podía haber un gobierno que no fuera peronista. Era absurdo. Habría tenido que ser una dictadura, pero una dictadura que quedara jaqueada a partir del mismo instante en que él regresara. Entonces, la pregunta que nos hacíamos mientras preparábamos el

regreso era quién iba a gobernar.

Era una cuestión de poder. El General era el jefe del gran movimiento nacional. Había sido dos veces presidente; jamás él o sus candidatos habían perdido una elección en democracia; había sido derrocado por la fuerza, y su movimiento había seguido peleando y creciendo. Obviamente, quería volver y ponerse otra vez el uniforme que le habían sacado. Perón era muy militar. Volver, ponerse el uniforme y ser presidente era un solo deseo. Pero, al margen de la voluntad del General, hay que recordar que el regreso fue también el resultado de una resistencia que se realizó durante los diecisiete años previos, y en la que la estructura del movimiento obrero organizado fue crucial.

En los días previos al regreso del General, Cámpora me dice: «Tenemos que ver a quién dejamos en Buenos Aires». Él descontaba que yo iba a venir en el avión, pero le dije: «Don Héctor, yo me voy a quedar acá». Me iba a perder venir con el General, pero ese no era el tema para mí. El tema era que lo pudiéramos hacer. Rucci tampoco pensaba viajar. Obviamente, él era fundamental acá, porque a la primera insinuación del gobierno militar de impedir el regreso Rucci iba a llamar al paro general con movilización, y ya se vería cómo seguiría la película.

17- Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, *Galimberti, de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Aguilar, 2010, pp. 169 y 170.

13
Volvió

Se empezó a armar la lista de los que iban a venir en el avión con el General. Había gente que se colaba en el chárter por donde pudiera, y había gente mucho más decorosa. Perón me pidió que tratara de evitar levantamientos, en referencia al aspecto militar. En esos días, se nos salió de libreto la Marina, que levantó a un grupito en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). También me pidió que tratara de evitar declaraciones duras o violentas de algunos de los sectores del movimiento.

En el país, el clima era denso, espeso, alegre, contradictorio, vivaz. El pueblo peronista no terminaba de creer en la posibilidad de que, finalmente, pudiera encontrarse con su conductor. En los ojos de millones y millones de argentinos, todavía estaban presentes los años felices del primer peronismo, con su batería de políticas populares, con redistribución de la riqueza, con su justicia social, con el pleno empleo.

Por aquellos días, millones de peronistas recordaban también los años duros de la resistencia, en los que hasta la palabra «Perón» estaba prohibida; los años de la represión, los fusilamientos, los caños, los sabotajes, las huelgas, los desencuentros, las corridas, los gases, la impotencia, la prepotencia de los dictadores, los asesinatos, la pobreza, la indignidad, las cárceles y las muertes. Para ellos, trabajadores e hijos de trabajadores, clases medias recién arribadas, el peronismo había sido una dulce realidad que en ese momento parecía volver a tener razón de ser.

Con Jorge Osinde. Horas de tensión en Ezeiza.

Ahora, su líder, su conductor, les había prometido que en apenas unos días estaría con ellos, de vuelta en el país; estaban a punto de concluir diecisiete años de ausencias y desencuentros. En unos días, se produciría la gran victoria para los peronistas: lograrían que el régimen militar tuviera que sucumbir a la presión de un pueblo y a la estrategia de un líder. Y aquí lo esperaban la vieja guardia política, la CGT, las juventudes y las mujeres para reencontrarse y ponerse al día.

Las pasiones estaban a la orden del día. Lanusse continuaba convencido de que Perón no iba a volver. El 9 de noviembre, en un acto frente a estudiantes universitarios, Galimberti aconsejaba que el 17 había que ir a Ezeiza a recibir al General de cualquier manera y que «el que tenga piedras que lleve piedras, y el que tenga algo más que lleve algo más». Salí a calmar el asunto; dije que era una expresión que se le había escapado a Rodolfo, pero que no había nada de eso.

El 14 de noviembre, con su pasaporte paraguayo en la mano, Perón, acompañado por la señora Isabel y López Rega, entre otros, se subió a un jet francés alquilado que lo depositó en Roma, donde por la tarde tuvo una entrevista con Giulio Andreotti, primer ministro y jefe de la Democracia Cristiana italiana, y se frustró una audiencia con el papa Pablo VI, que López Rega le daba por segura por sus contactos con la P2 de Licio Gelli.

Mientras tanto, en Buenos Aires, Cámpora tomó un vuelo de Alitalia con otros 154 pasajeros estrictamente seleccionados: se trataba de una corte de notables que iba a buscar a Perón para acompañarlo en su primer regreso al país.

En una pequeña parte de su bello texto sobre el regreso del general Perón, José María Castiñeira de Dios dice:

> El día de la partida hacia Madrid, desde Ezeiza, fue una verdadera fiesta. Éramos más de un centenar y medio de militantes que, cada uno en su campo de actividad, había dado sus batallas, siempre en nombre y por amor al pueblo. Nos saludábamos y nos abrazábamos como jóvenes que salían hacia una expedición largamente soñada, sin medir riesgos. Nos rodeaban y nos empujaban los periodistas, los fotógrafos y camarógrafos, pero nosotros estábamos en otra cosa: habíamos sido honrados para cumplir la misión de retornar con el Líder después de su largo destierro, no tanto por haber sido expulsado de su propia Patria, sino por haber sido separado de su pueblo que lo esperaba con los brazos abiertos.
>
> La comitiva que se trasladó en el vuelo de Alitalia para acompañar a Juan Domingo Perón en su retorno del destierro estuvo integrada por 24 presidentes provinciales del Partido Justicialista y del distrito de Capital Federal, miembros en retiro del Ejército, Marina, Fuerza Aérea, del empresariado, de la CGT, de las 62 Organizaciones, ex funcionarios, ex legisladores, intelectuales, científicos, artistas, profesionales, sacerdotes y deportistas. Eran:

[illegible]
[illegible]
[illegible]
Horacio
[illegible]
[illegible]
[illegible]
A.
[illegible]
G.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Eduardo J.
[illegible]

Cavallo, Jorge Horacio			
Cepernic, Rodolfo			
Cerrutti Costa, Luis			
Cichero, Osvaldo			
Cooke, John William			
Corvalán Nanclares, Guillermo			
Curia, Eduardo Luis			
Dagnino Pastore, Rolando			
Damianovich, Alberto			
Di Paola, Adolfo			
Díaz Bialet, Oscar			
Dickmann, Enrique			
Ferlini, Agustín Pedro			
Framini, Andrés			
Gallo, Vicente Saturnino			
García Lema, Alfredo			
Gelbard, José			
Gilimón, Jorge Antonio			
Gómez Morales, Alfredo			
Grondona, Mariano			
Guardo, Roberto			
Guevara, José			
Iturbe, Julio			
Jaunarena, Horacio Raúl			
Kelly, Carlos Alberto			
Kunkel, Carlos Hugo			
Lastiri, Raúl Alberto			
Lebensohn, Miguel			
Leloir, Luis Federico			
Licastro, Roberto Amadeo			
Llambí Campbell, Juan Carlos			
Manrique, Francisco Cabo			
Mantecón, Juan Carlos			
Mendoza, Plinio Tomás			
Mor Roig, Antonio			
Nosiglia, Julio			
Obregón Cano, Ricardo			
Otero, Alejandro			
Paladino, Jorge			
Pedrini, Rodolfo			
Pennella, Héctor Hugo			
Pérez Leirós, Francisco			
Pugliese, Roberto			
Rabanal, Arturo Mario			
Rabanal, Luis Alberto			
Rabanal, Manuel			
Rabanal, Oscar Alfredo			
Rabanal, Rodolfo Eduardo			
Rabanal, Silvia Mabel			
Rabanal, Susana Beatriz			
Rabanal, Teresa			
Rabanal, Ulises			
Rabanal, Valeria			
Rabanal, Verónica			
Rabanal, Vicente			
Rabanal, Virginia			
Rabanal, Walter			
Rabanal, Wilfredo			
Rabanal, Yolanda			
Rabanal, Zulema			
Rabanal, Zunilda			
Rabanal, Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Beatriz			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Mabel			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Noemí			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Rosa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Susana			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Teresa			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Verónica			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Virginia			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Walter			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Wilfredo			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Yolanda			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zulema			
Rabanal, Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda Zunilda

crisis política con enfrentamientos callejeros.

El militar volvió a insistir, esta vez con tono marcial, y el Petiso Rucci, con firmeza, le contestó: «Mejor que el General llegue, porque, si no, declaramos una huelga general por tiempo indeterminado». La reunión se levantó minutos después en un clima tenso. Con Rucci, habíamos hecho juntos un buen papel, nos llevábamos bien, nos complementábamos, a pesar de las diferencias, en el rol del bueno y el malo. Y ese rol lo jugamos durante las 72 horas que faltaban hasta el regreso efectivo de Perón.

LLEGO PERON

A las 11.09, Bajo una Pertinaz Lluvia, Rodeado de Garantías y sin Problemas, Descendió en Ezeiza del Avión que lo Condujo Desde Roma Junto a su Comitiva

UNICA EDICION LA RAZON

Alitalia

CORONADA

UN FUGAZ EPISODIO SE VIVIO EN LA ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA

Llegó Perón. Titular de La Razón *del 17 de noviembre.*

Ese mismo día 15, Perón escribió una solicitada en la que se dirigía «A mi Pueblo» y en la que expresaba:

> Pocos podrán imaginar la profunda emoción que embarga a mi alma ante la satisfacción de volver a ver de cerca a tantos compañeros de los viejos tiempos, como a tantos compañeros nuevos, de una juventud maravillosa que, tomando nuestras banderas, para bien de la Patria, están decididos a llevarlas al triunfo. También, como en los viejos tiempos, quiero pedir a todos los compañeros de antes y de ahora que, dando el mejor ejemplo de cordura y madurez política, nos mantengamos todos dentro del mayor orden y tranquilidad. Mi misión es de paz y no de guerra. Vuelvo al país, después de dieciocho años de exilio, producto de un revanchismo que no ha hecho sino

perjudicar gravemente a la Nación. No seamos nosotros colaboradores de tan fatídica inspiración. Nunca hemos sido tan fuertes. En consecuencia, ha llegado la hora de emplear la inteligencia y la tolerancia, porque el que se siente fuerte suele estar propicio a prescindir de la prudencia. El pueblo puede perdonar porque en él es innata la grandeza. Los hombres no solemos estar siempre a su altura moral, pero hay circunstancias en que el buen sentido ha de imponerse. La vida es lucha y renunciar a esta es renunciar a la vida; pero, en momentos como los que nuestra Patria vive, esa lucha ha de realizarse dentro de una prudente realidad. Agotemos primero los módulos pacíficos, que para la violencia siempre hay tiempo. Desde que todos somos argentinos, tratemos de arreglar nuestros pleitos en familia, porque si no, serán los de afuera los beneficiarios. Que seamos nosotros, los peronistas, los que sepamos dar el mejor ejemplo de cordura. Hasta pronto y un gran abrazo para todos.

JUAN DOMINGO PERÓN

«Le da y nos da el cuero», en la pancarta de un grupo sindical.

En la seguridad del avión del regreso, estaba el brigadier Arturo Pons Bedoya, que había sido edecán aeronáutico del General y al que este le tenía mucha confianza. Integraba la Comisión del Regreso e iba a estar dirigiendo el vuelo, junto con el capitán de navío Ricardo Anzorena, retirado en 1953, que había sido interventor en la provincia

de Santa Fe hasta 1955. Anzorena y Pons Bedoya integraban la Comisión del Regreso y quedaron a cargo de la dirección técnica del vuelo y de las comunicaciones con tierra para saber si había surgido algún problema que obligara al desvío del chárter.

Le di al General mis razones por las cuales descartaba que hubiera incidentes cuando él aterrizara, y él estuvo de acuerdo en líneas generales, pese a que había gente que hacía llegar mensajes alarmistas. Yo estaba seguro de que no iba a haber problemas, porque tenía contactos que me mantenían informado. Entretanto, Lanusse estuvo convencido hasta último momento de que Perón no volvía. Eso, pese a que generales cercanos a él ya tenían claro que el regreso era un hecho, como Tomás Sánchez de Bustamante y Manuel Haroldo Pomar. Yo tenía diálogos con ellos y con quien después, finalmente, fue el que dirigió el operativo de rodear Ezeiza, el general Arturo Amador Corbetta.

La CGT anunció paro general para el 17 de noviembre. Entonces, el Gobierno decretó feriado, y todo terminó saliéndonos bien. En ese momento, comenzamos a saber cómo iba a ser el dispositivo de seguridad. Nos dijeron: «Vamos a organizar Ezeiza», y se empezó a hablar sobre quién se iba a hacer cargo del dispositivo. En esas circunstancias, Pomar se manejó muy bien, dejando que saliera el nombre de Corbetta, con el cual había buena relación. Era un hombre decente, un hombre correcto. Más tarde, fue brevemente jefe de Policía cuando Albano Harguindeguy salió al Ministerio del Interior, en 1976. Entonces, pusieron una bomba en Coordinación Federal y Corbetta impidió que la policía enloquecida se llevara a todos los presos a fusilarlos al Obelisco, cosa que finalmente hicieron. Pero primero le dieron la baja a Corbetta. Obviamente, estaba en la lucha contra los grupos armados, pero con la ley.

Siento orgullo por cómo manejamos la seguridad el día del regreso. El General me destacó mucho que un episodio de semejante magnitud haya transcurrido sin ni siquiera un herido grave. Hubo unos pocos golpeados, pero no heridos de bala. Por supuesto, hubo controles, y a la gente se le cerraba el paso con bastones, con gases. Pero si no hubo hechos graves fue porque a los grupos fuertes y a los sindicatos les dijimos que no había movilización masiva a Ezeiza. Montoneros y la JP convocaron, pero sin instrucciones de forzar el paso. Íbamos a las unidades básicas que estaban convocando para movilizar en otro tono y desactivábamos sus planes. Durante las 48 horas previas a la llegada

del General, recorrí los puntos del Comando de Organización, en los que se hablaba de «insurrección».

Miguel Bonasso, en *El presidente que no fue*, dice:

> Perón no saludó al pasaje en su conjunto. Cada tanto alguien era llamado por el delegado, cruzaba la cortina color arcilla y se sentaba junto al jefe, que lo recibía de buen ánimo, impecablemente vestido con su traje oscuro, su camisa blanca y una corbata clara con adornos octogonales. En la solapa, aunque había dicho que ya estaba más allá del peronismo, lucía el escudito justicialista. Cuando el avión se acercó a la costa africana le sirvieron la cena, que comió con apetito: tartaleta de gruyere con alcauciles, pechuga fría al marsala y unas masitas. Bebió champagne francés y prendió un pitillo. Tomó el café y conversó muy animado con Armando Puente. (19)

Según el relato de Bonasso, «nada estaba dicho en ese momento sobre la posibilidad del retorno», a tal punto que «el comandante de la nave dispuso cargar varias decenas de toneladas de combustible extra para poder desviarse a Asunción por si la dictadura argentina decidía prohibir el descenso en Buenos Aires». Y habla de «milagro» para describir que no haya habido enfrentamientos «entre los miles de peronistas que invadían las calles y los puestos militares que impedían el acercamiento».

Hernán Brienza reconstruyó minuciosamente el viaje de regreso: «Cuando la nave alzó vuelo, Alitalia convidó a los pasajeros con una vuelta de champagne mientras que en los parlantes sonaba la Marcha Peronista, que fue coreada por la mayoría de los presentes, que le sonreían y lo vivaban al mismísimo Hugo del Carril, uno de los pasajeros del chárter».

Brienza recrea un episodio tomado del libro *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*, de Fernando Amato y Christian Boyanovsky Bazán. Durante el vuelo, el General mandó a llamar al Chacho Pietragalla, de apenas 20 años, representante de la JP e integrante de la Regional 1. Después de señalarle a Coria, para «demostrar que él sabía quién era quién», le preguntó a Pietragalla si sabía algo del capitán Sosa, responsable de la masacre de Trelew. Pietragalla le dijo que no, pero que lo iba a encontrar, «y no se nos va a escapar». Entonces, el General le pasó un dato: «Dicen que está de agregado militar en la

Embajada de Inglaterra. Ténganlo en cuenta».

Y sigue Brienza: «En medio de la charla, Perón tomó un maletín de mano que tenía al lado de su asiento y lo abrió. Tenía dos pistolas. Le dijo a Pietragalla que él sabía quiénes eran ellos, y que, en caso de problemas al llegar a Ezeiza, "una la porto yo y la otra, usted". Y agregó: "El primero que va a aparecer por la puerta del avión voy a ser yo. Si Rucci no está al pie de la escalerilla esperándonos, es que empezó la guerra"».

Se temía lo peor: que el DC-8 no pudiera descender por cuestiones ajenas a la política. Osinde y yo llegamos al Aeropuerto y pedimos hablar con el jefe militar de Ezeiza. En un breve intercambio de palabras, comprendí que Osinde le estaba proponiendo que el avión se desviara a Asunción por cuestiones de seguridad. Enseguida llegó Rucci, y le comenté las novedades.

No había motivos serios de preocupación. El general Perón debía aterrizar en Buenos Aires, porque, si no, se ponía en riesgo todo el plan. De esa manera, la llamada Opción B —desviar el avión a Carrasco o Asunción— fue abortada por la acción del líder de la CGT, que prometía huelgas generales a diestra y siniestra, y por mi opinión similar.

Ningún herido en la inmensa movilización del pueblo peronista a Ezeiza.

En Mataderos, en Ezeiza, en Monte Grande, en La Matanza, la policía continuaba dispersando a los miles de militantes que intentaban llegar de cualquier manera al aeropuerto. A las 10:30, el presidente Lanusse entró en su despacho. Diez minutos después, la torre de control informó que las condiciones climáticas habían mejorado y que el avión podía descender en la pista de aterrizaje.

La situación era incontenible. Cerca de mil personas lograron ocupar la terraza del aeropuerto para poder ver con sus propios ojos lo que hasta quince días atrás era un imposible: el momento en que Perón volviera a pisar tierra argentina después de diecisiete años. La nave de Alitalia sobrevoló tres veces el aeropuerto hasta que desde la torre de control le asignaron la pista de aterrizaje 2, es decir, la más chica y la que estaba en peores condiciones.

Cerca de las 11:10, el avión tocó suelo argentino. Adentro, los pasajeros aplaudían y coreaban «Perón, Perón», como un grito de victoria. El General, a través de Cámpora, pidió que se cantara el himno nacional. Todo era alegría y felicidad. Finalmente, el avión se detuvo a 800 metros del hall central, y la Policía Federal informó que realizaría una requisa de armas. Perón se mantuvo sentado, ensimismado, mientras su esposa Isabel se colocaba su tapado de visón.

Minutos después, el comodoro René Salas se presentó ante el General, quien burlón y chicanero lo trató de «brigadier» para obligarlo a defenestrarse a sí mismo. «Comodoro, señor», le respondió Salas. Automáticamente, le notificó: «Usted puede descender acompañado, únicamente, por tres personas. Deberá dirigirse directamente al Hotel Internacional. Puede optar también por permanecer en el avión o regresar. Le ruego manifieste cuál es su decisión». Perón lo miró con cierto desdén, se puso de pie y le dijo: «No, no, vamos a bajar. Si no, ¿para qué vinimos?».

Al pie de la escalerilla, lo estábamos esperando Rucci y yo y subimos unos escalones para abrazar al General y saludar a la señora Isabel. Cuando lo abrazamos, el General nos dijo: «¡Lo hicimos!».

Rucci abrió por primera vez su paraguas, cruzamos unas breves palabras entre los tres y el General e Isabel, a los que se sumó Cámpora, se acomodaron en el Fairlane para dirigirse al hotel. Cuando el General vio al grupo de los trescientos invitados que le habíamos avisado que teníamos, hizo parar el automóvil, «desobedeciendo» la orden militar, y se acercó saludando, allí se produjo la escena histórica del paraguas. El listado de esos trescientos compañeros lo habíamos confeccionado entre la sede del movimiento en avenida La Plata y la CGT. Entre ellos, estaban varios de mis colaboradores, encabezados por Hugo Anzorreguy y otros dirigentes del movimiento, como Lorenzo Pepe.

Era la primera de una serie de «marcadas de cancha» que Perón le

hacía al Gobierno. Él paraba a saludar a los suyos, y la prohibición trasmitida por el «brigadier» le importaba un rábano. Román Lejtman, en su libro *Perón vuelve*, describe muy bien ese momento. Habla de un Fairlane claro flanqueado por tres Torino oscuros, nueve motos de la Policía Federal y tres agentes de a pie cerrando la caravana. Detrás de Perón, Isabel y Cámpora, estábamos Rucci y yo. Habla de «marcha lenta» y «destino incierto» y de la orden del general de frenar la caravana. Y dice:

> Descendió del auto para enfrentarse con la historia, para grabar una imagen que quedará hasta que el tiempo y sus circunstancias se traguen a la Argentina. Rucci abrió el paraguas y sonrió como un niño. Perón apuntó sus brazos al cielo y agradeció. Abal Medina se acordó de su hermano Fernando, muerto por la policía. La escena quedó para siempre. (20)

En efecto, estaba pensando en Fernando. El General recordaría ese momento así:

> En la vida de todo ser humano, existen instantes trascendentes que se graban en forma indeleble por encima de todos los recuerdos de su existencia. El regreso a la Patria, luego de tantos años de ausencia, marca el punto crucial de mi Destino.

18- José María Castiñeira de Dios, *Memorias*, Buenos Aires, Universidad de Lanús, pp. 172 y ss.

19- Miguel Bonasso, *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta, col. Espejo de la Argentina, 1999, p. 309.

20- Román Lejtman, *Perón vuelve*, Buenos Aires, Planeta, col. Espejo de la Argentina, 2012, p, 301.

14
¿Detenido? ¿Secuestrado?

Lo que ocurrió tras la escena histórica del paraguas fue sencillamente que el General retomó el control de toda la operación, y nosotros nos dedicamos a seguir sus instrucciones. Hasta que llegó al Hotel Internacional, fue saludando a los manifestantes sueltos dentro del vehículo con la ventanilla baja. Las frenéticas horas que sucedieron después, las primeras de Perón en su Patria en más de diecisiete años, las he contado muchas veces.

El General bajó del coche y avanzó hacia la puerta con la Señora; lo seguimos Rucci y yo. Me llamó y me indicó que hablara por alguna radio para informar, en nombre del Movimiento, que el General había llegado bien, que se encontraba en perfecto estado y en libertad. Me dijo que sería bueno que Rucci me acompañara y que en su nombre pidiéramos a todos los peronistas que evitaran los enfrentamientos porque lo que más quería el General era una jornada en paz y que nadie saliera lastimado. Pudimos hacerlo rápidamente con dos cronistas que se acercaron veloces y que tuvieron la primicia de la llegada al hotel, porque todo lo anterior ya había sido trasmitido por Canal 7, incluida la «desobediencia» del General al parar a saludar a los 300 compañeros, que era lo que Lanusse quería evitar. Supe poco después, por uno de los informantes habituales, que Lanusse se indignó porque «esa foto va a salir en todos los diarios» y hasta en el exterior. En efecto, por eso lo hizo el General; esa foto —pasara lo que pasara después— marcaba el momento de su victoria.

El corralito en que pusieron a los 300. Se ve en el centro a Hugo Anzorreguy y otros colaboradores de Abal Medina, como Ignacio Garrido. Atrás, con gorra, Ricardo Rojo.

El General me indicó también que iba a descansar un par de horas y que ayudáramos al doctor Cámpora en la preparación de la reunión que tenía agendada para las cinco en el hotel con dirigentes políticos, entre ellos, Arturo Frondizi, Jorge Abelardo Ramos, Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo, Vicente Solano Lima y Rogelio Frigerio. Mientras eso ocurría, y el General mostraba su satisfacción por no haberse registrado hechos de violencia, Cámpora y yo estábamos reunidos en otro espacio del aeropuerto con Ezequiel Martínez, el secretario general de la Junta Militar, que intentaba conservar algo del poder que se le estaba escapando a Lanusse.

Brienza recrea ese momento, recordando que Martínez nos dijo: «Lanusse quiere verse con Perón», y nosotros le respondimos que íbamos a transmitirle su pedido al General. Continúa Brienza: «“No entienden…”, intentó decir Martínez, cuando Abal Medina lo interrumpió: “Mire, no le genere falsas expectativas a Lanusse, porque lo más probable es que el General quiera verse primero con su pueblo, y luego decida. O sea, cuando pueda, libremente, verse con la gente, tomará la determinación. Habilítennos la salida”. “No”, lo cortó Martínez: “La salida en estas condiciones es sumamente riesgosa. Demos por terminada la reunión, caballeros”».

El general Perón sale del Aeropuerto de Ezeiza después de casi veinte horas de detención.

PERON SE TRASLADA HOY A SU NUEVA RESIDENCIA

Clarín

Se Decidirá Antes de las 11 Sobre la Realización del Acto Peronista

EL FRENTE INICIO UNA REUNION DE EMERGENCIA ESTA MADRUGADA

Diario Clarín *del 18 de noviembre.*

Ezequiel Martínez viajó en helicóptero a la Casa de Gobierno y volvió dos horas después para una nueva reunión. Ahora conversamos con él, el doctor Cámpora, el coronel Osinde y yo. Lanusse estaba empeñado en que Perón, antes que nada, debía ir a la Casa de Gobierno a reunirse con él. Le dijimos que era imposible, pero insistió y pidió hablar con el General. Esperó mientras fuimos a consultarlo y trajimos la obvia respuesta de que nada podía hacerse hasta que el General pudiera tomar contacto libre con su pueblo. Volvió a irse y en otra hora regresó, ahora acompañado del secretario de Prensa de

Lanusse, Edgardo Sajón, llamó a otra reunión a Cámpora y a mí, y yo aconsejé que había que sumar al Petiso Rucci, «que sabía hacer el papel de malo», y también se sumó Osinde. Ellos nos plantearon que, si no se acordaban los pasos a seguir, era una irresponsabilidad del Estado permitir al General que saliera del hotel. Entonces, yo pregunté: «¿Esto es formal? ¿El General está detenido?». Sajón respondió que no. Entonces dije: «¿Está secuestrado?», mientras, Rucci amenazaba con parar el país por tiempo indeterminado. Volvieron a irse, y Ezequiel Martínez, conciliador por naturaleza, pidió tiempo para aflojar las tensiones.

Pero a las diez de la noche emplazaron dos ametralladoras pesadas de la Fuerza Aérea apuntando a la puerta del hotel. Perón, en un acto de verdadero coraje personal, dispuso la salida. La comitiva bajó con sus maletas. Cuando el General, con Cámpora a su lado, la Señora y López detrás y Lorenzo, Rucci y yo a los costados, salía de la habitación, un comisario de la Federal, de apellido Díaz y muy corpulento, se interpuso y, con la pistola reglamentaria en la mano, ordenó que se detuvieran, diciendo: «No me obliguen… No me obliguen…». Raudo, Lorenzo Miguel se abalanzó contra el jefe policial y lo increpó a los empujones, mientras Cámpora gritaba: “Esto es formalmente un secuestro, no puede salir. ¿Usted dice que no puede abandonar este lugar? ¿Usted lo va a impedir por la fuerza?”».

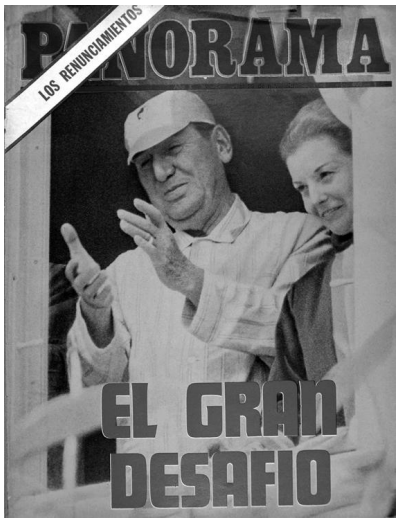
Yo grité que nos dejaran pasar y que, si eso no sucedía, había dos escribanos presentes levantando actas, y le pedí que se identificara; desconcertado por la situación dijo que solo obedecía órdenes y que era «para cuidar al General»; sí, dijo textualmente «al General», pero levantamos las actas igual, haciendo constar que Perón estaba detenido. Nos reunimos en la habitación, y López Rega le propuso desesperado y nervioso que viajara a Asunción. «¡Vámonos! ¡Vámonos!», decía. «Tenemos que irnos, ¡tenemos que irnos ya a Asunción!». La situación se calmó con el paso de los minutos, y López Rega comenzó a callarse. El líder se mantuvo silencioso y muy cansado. Minutos después de las 23:30, Martínez volvió a Ezeiza en helicóptero. Sostuvo una breve reunión con Cámpora y conmigo y nos pidió un par de horas para resolver la situación política.

Ya sin margen para más, Lanusse tuvo que ceder. Regresó Ezequiel, ya en la madrugada del 18 de noviembre, y quedamos en que nos haríamos cargo de la seguridad del General, y autorizaban la salida con el compromiso de no hacerlo durante la noche. Cámpora propuso

salir a las 6:30; Martínez «contraofertó» pidiendo que saliéramosa las 7:30.

Brienza relata que a las seis en punto de la mañana, antes de lo pactado, Perón salió con su traje oscuro del hotel. Cincuenta minutos después, arribó con la caravana de Ford Fairlane a la casa blanca de Gaspar Campos y Melo, en Vicente López. Estaba visiblemente cansado cuando entró en la casa y la recorrió junto con su pequeña comitiva: «Uh, ojalá pudiera descansar un día», dijo el General mientras revisaba los placards y comenzaba a acomodar su ropa, conversaba con Isabel, con López Rega, con Cámpora y Abal Medina. De lejos, a pesar de que el barrio todavía estaba rodeado de policías, empezó a escucharse el murmullo de cientos de personas que se iban acercando.

Unos minutos después de las ocho, yo salí de la casa y les dije a los periodistas que hacían guardia en la puerta: «El General está muy contento, aunque un tanto sorprendido por la actitud del Gobierno de tenerlo detenido anoche». A eso de las 9:30 se oyeron los gritos: «Perón al balcón, Perón al balcón». Eran los mismos periodistas, que permanecían allí. Primero Cámpora y luego Osinde, cada uno con sus modales, les explicaron que el General no iba a hablar con la prensa. Pero los periodistas insistieron, y uno de ellos gritó que hacía tres días que no dormían por cubrir el acontecimiento. Entonces, Perón se asomó, sonrió y dijo: «Perdónenme, muchachos, pero hace tres días que no me puedo sacar ni los botines».



Saludo desde la ventana de Gaspar Campos, junto a Isabel.

El General descansó unas horas, mientras la calle Gaspar Campos de Vicente López se iba cargando de manifestantes, casi todos jóvenes cantando consignas. Poco después de las 13, el General salió al balcón a saludar. En el final del relato de ese día, Brienza le da sentido histórico a lo que estábamos viviendo: «Estaba de regreso. Había cruzado el océano, había vencido al destierro. El peronismo había regresado. Había vencido a esos sectores dominantes que lo habían querido condenar al olvido. El General se reencontraba con su pueblo, con sus trabajadores y con los hijos de aquellos viejos trabajadores de los años cuarenta. Levantó los brazos y dijo: "Muchas gracias por haber venido"».

Yo me fui a descansar feliz, nada había sido en vano. Una frase originada en el General o —quizás— en Cámpora me daba vueltas en la cabeza: «El Regreso es la victoria histórica del peronismo». Era una culminación y sentí que había pagado la deuda contraída ante el cuerpo de mi hermano.

15
Una Argentina posible

En su casa de Gaspar Campos 1065, el General estaba exultante, perfecto. Subía la escalera de la sala a los dormitorios todo el tiempo. Subía y bajaba a la bohardilla para saludar a la gente. Estaba muy bien. Había regresado al país, había triunfado.

A últimas horas de esa larga jornada del 18, Perón convocó a los integrantes de La Hora del Pueblo para el día siguiente a las 19, y a Balbín a las 18, para mantener una conversación a solas. Los históricos enemigos políticos se dieron por primera vez la mano. Balbín arribó a Gaspar Campos (por la parte de atrás y saltando un cerco), pero pasadas las 19, por lo cual debió acoplarse a los demás políticos que ya habían llegado y que se encontraban hablando con el dueño de casa.

El 20 se efectuó la reunión multipartidaria en el restaurante Nino de Vicente López, y Balbín le encargó a Enrique Vanoli, que había cultivado una relación amistosa con el coronel Jorge Osinde, que procurara una reunión a solas con el General. El 21, sorpresivamente, a las nueve de la noche y burlando las guardias periodísticas, Balbín concurrió a Gaspar Campos y mantuvo, ahora sí, una larga y trascendental reunión a solas con Perón. Al salir Balbín, el General lo acompañó, y en el porche se produjo la famosa foto del abrazo.

Así quedó registrado el encuentro de Perón y Balbín el 21 de noviembre de 1972.

Luego, Balbín ofreció una conferencia de prensa y aseguró, entre otros conceptos: «Perón ha regresado con el propósito de pacificación y en pro de la institucionalización de la República. Fue una conversación de dos argentinos que olvidan su pasado y que hablaron de las perspectivas del futuro nacional. Con Perón estamos buscando puntos de coincidencia en beneficio del país. El General me confió que ya estaba amortizado como ser humano, y que quería dedicar sus últimos años a trabajar por el reencuentro de los argentinos».

El abrazo del general Perón con Ricardo Balbín ha quedado en la historia argentina como uno de sus momentos más propicios para una normalización del sistema político y —visto desde hoy— hasta para la viabilidad misma de la Argentina. Fue la culminación de un proceso de siete años de acercamiento del General hacia quienes habían sido sus más permanentes opositores y de estos hacia él. Al menos en lo que yo conozco, los movimientos que concurrieron se iniciaron durante la última parte del Gobierno de Illia. El golpe de Onganía se sabía inminente, y en el gobierno radical pensaron en la posibilidad de que el General diera algún tipo de apoyo, que detuviera a los golpistas, que ya tenían cercanía con el vandorismo.

Facundo Suárez, que entonces era presidente de YPF y hermano de Leopoldo, que era el ministro de Defensa, en mayo de 1966 le pidió a su amigo y compañero de estudios de derecho en la Universidad de La Plata, Pedro Michelini, la posibilidad de ver a Perón en Madrid con tal propósito. La gestión llegó tarde, porque el golpe se precipitó, y no sería hasta diciembre que el General, que además había visto

debilitada su posición por el apoyo a Onganía del grupo de dirigentes sindicales que respondían a Vandor, tomara la iniciativa para escribirle a Michelini:

Madrid, 17 de diciembre de 1966

Al Dr. Pedro E. Michelini

Después de la experiencia acumulada en estos once años, creo que no habrá dificultades para ponerse de acuerdo en propósitos y fines que resulten comunes a toda la civilidad argentina. Las diferencias entre radicales y peronistas no están en las ideas sino en los hombres. Errores iniciales en los que todos hemos tenido la culpa nos han ido distanciando injustificadamente; pero reconocer los errores es de sabios, sobre todo si somos capaces de confesarlos y corregirlos. Estamos a tiempo, y no perdonaría si, por cabeza dura, dejáramos pasar esta oportunidad, que la propia Providencia pone al alcance de nuestra mano. En esto no me refiero solo al Radicalismo del Pueblo, sino a todos los partidos políticos argentinos que puedan congeniar con la idea de salvar al país de la encrucijada en que lo hemos metido, precisamente, por incomprensión y falta de realidad en los procedimientos. Como quiera que sea, es tarde para lamentarse ahora; lo propio es reaccionar y buscar soluciones. De acuerdo con los términos de su carta, estoy esperando la llegada de Facundo Suárez. Si todavía no ha salido de viaje a Madrid, dele mi número de teléfono (2.361.162), para que me llame en cuanto llegue, que yo prepararé una entrevista absolutamente secreta y de la que nadie tendrá ni siquiera noticias, si eso conviene a sus planes; de la misma manera que si resuelve otra cosa. Conmigo no deben tener desconfianzas, porque ya estoy viejo para ocuparme de trampitas cuando se trata de obrar de buena fe. El último patrimonio de un caballero es su honestidad, y yo no la he perdido nunca.

Un gran abrazo

JUAN PERÓN

La transcripción de esta carta del General se justifica porque en ella, que es de 1966, ya están contenidos los principios que conservará hasta el final y que llevarán al acercamiento concreto con el

radicalismo, considerando esa unión (Perón-Balbín) el eje de la política de unidad nacional.

Nino, 20 de noviembre de 1972. Héctor Cámpora y Juan Domingo Perón en la cabecera.

Facundo Suárez conversó con Ricardo Balbín (quien aprobó el contacto reservado), viajó a Madrid y sostuvo varias reuniones con Perón. Supe de estos temas por el trato frecuente que teníamos en *Azul y Blanco* con los hermanos Suárez. Ambos, continuando en el radicalismo, tuvieron cercanía con el Movimiento de la Revolución Nacional, que presidido por el general Carlos Augusto Caro (el único jefe de cuerpo que había estado en contra del golpe de Onganía) y Marcelo Sánchez Sorondo se lanzó cuando la llamada Revolución Argentina tomó una política económica neoliberal de la mano de Adalbert Krieger Vasena.

Oscar Bidegain y Arturo Jauretche. Detrás, Italo Luder.

Poco después, a partir de 1969, en el Círculo del Plata —que habíamos iniciado con Juan Manuel Palacio y Luis Rivet, pero que luego pasó a ser conducido por Sánchez Sorondo— por primera vez radicales y peronistas se reunieron a deliberar juntos acerca de si era posible realizar en la Argentina un desarrollo con independencia. Disertaron sobre el tema Antonio Cafiero, Alfredo Gómez Morales, Roque Carranza, Aldo Ferrer y varios independientes. Facundo Suárez tomó a su cargo las cuestiones energéticas.

La concurrencia compartió las conclusiones asertivas de los ponentes. No solo era posible y compatible el pleno desarrollo económico con la independencia política, sino que además en la independencia política residía la condición básica e indispensable para que la economía de desarrollo pudiese ejercitarse. No es aventurado afirmar que este fue uno de los precedentes significativos de La Hora del Pueblo, cuyos documentos fueron remitidos por Antonio Cafiero al general Perón, que los elogió, al mismo tiempo que le mencionó, en carta de agosto de 1970, que con el doctor Facundo Suárez él había tenido profundas coincidencias.

Decía allí el General que solo sugería agregar la justicia social para crear el concepto de que en la independencia política y la justicia social residían las condiciones básicas e indispensables para que la economía de desarrollo pudiera ejercitarse. Y este concepto pasó a marcar la unidad de tendencia que amalgamaba la diversidad representativa de la acción común de radicales y peronistas.

En 1972, y por el comentario del General, corroboré la información con que ya contaba de los diversos avances que se

produjeron a partir de aquella primera visita de Suárez. Luego de la caída de Onganía, el 8 de junio de 1970, se aceleró el acercamiento político entre Perón y Balbín cuando este le transmitió a Paladino la propuesta de reunir a los partidos políticos a fin de acordar una serie de líneas democráticas comunes y emprender colectivamente negociaciones con la dictadura para la «salida política» del régimen hacia un gobierno elegido por la población. Perón apoyó la propuesta de Balbín y le escribió una carta personal, el 25 de septiembre de 1970, en la que dice:

> Estimado compatriota:
> […] Tanto la Unión Cívica Radical del Pueblo como el Movimiento Nacional Justicialista son fuerzas populares en acción política. Sus ideologías y doctrinas son similares y debían haber actuado solidariamente en sus comunes objetivos. Nosotros, los dirigentes, somos probablemente los culpables de que no haya sido así. No cometamos el error de hacer persistir un desencuentro injustificado. […] Separados podríamos ser instrumentos, juntos y solidariamente unidos, no habrá fuerza política en el país que pueda con nosotros y, ya que los demás no parecen inclinados a dar soluciones, busquémoslas entre nosotros, ya que ello sería una solución para la Patria y para el Pueblo Argentino. Es nuestro deber de argentinos y, frente a ello, nada puede ser superior a la grandeza que debemos poner en juego para cumplirlo.
>
> JUAN DOMINGO PERÓN

El 11 de noviembre de 1970, representantes de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) y los partidos peronista, Socialista Argentino, Conservador Popular y Bloquista se agruparon y emitieron un documento denominado «La Hora del Pueblo», en el que se exigían elecciones inmediatas, sin exclusiones y respetando a las minorías. Como agrupamiento, La Hora del Pueblo produjo un cambio en la historia argentina, porque fue la primera vez que el radicalismo y el peronismo actuaron políticamente juntos. En sus primeros pasos, tuvo una relación cercana con Lanusse, cuyo ministro del Interior era el radical Arturo Mor Roig, pero continuó cuando el General destituyó a Paladino y llegó a la delegación el doctor Héctor Cámpora, que acentuó el sesgo opositor y centralizó sus esfuerzos en que Perón

regresara al país y pudiera ser candidato. Con la colaboración de su asesor político, Esteban Righi, Cámpora logró mantener en pie los acuerdos con Balbín, a pesar de que los intereses inmediatos fueran muy distintos. De todo este proceso, se llegó al famoso abrazo de Perón con Balbín del 19 de noviembre de 1972, aunque el que aparece de manera habitual registrado es el de la segunda visita de Balbín, las del 21 de noviembre.

El 14 de diciembre, Perón viajó a Asunción y dijo, desde suelo paraguayo: «Tenemos un acuerdo con la Unión Cívica Radical, con el doctor Balbín de manera expresa. Si nosotros triunfamos los llevaremos a compartir el gobierno con nosotros. Si ellos ganan, tenemos la promesa de que harán lo mismo». Interrogado por la profundidad de los acuerdos, Perón contestó, definitivo: «Yo con Balbín voy a cualquier parte».

Cuando el General fue electo presidente de la república, el primero en felicitarlo fue Balbín. Perón le respondió de inmediato, instándolo a «cogobernar». Lo demás es historia conocida y culminó el 4 de julio de 1974, cuando Balbín dio su mensaje ante el cuerpo ya sin vida de su histórico adversario:

> Vengo a despedir los restos del señor Presidente de la República de los argentinos, que también con su presencia puso el sello a esta ambición nacional del encuentro definitivo, en una conciencia nueva, que nos pusiera a todos en la tarea desinteresada de servir la causa común de los argentinos. Pero guardé yo, en lo íntimo de mi ser, un secreto que tengo la obligación de exhibirlo frente al muerto. Ese diálogo amable que me honró me permitió saber que él sabía que venía a morir a la Argentina, y antes de hacerlo me dijo: «Quiero dejar por sobre todo el pasado, este nuevo símbolo integral de decir definitivamente, para los tiempos que vienen, que quedaron atrás las divergencias para comprender el mensaje nuevo de la paz de los argentinos, del encuentro en las realizaciones, de la convivencia en la discrepancia útil, pero todos enarbolando con fuerza y con vigor el sentido profundo de una Argentina postergada». Este viejo adversario despide a un amigo.

Pienso que hoy, quizá más que nunca, es imperioso dar vigencia efectiva a ese legado. Hay que levantar a esa Argentina postergada y

volver a unir a los argentinos para crear entre todos una sociedad justa, vivible, desarrollada. Una sociedad de libres e iguales.

16
Una vuelta por Buenos Aires

Volvamos a nuestro relato de lo hecho por el General en esos inolvidables días. Una de aquellas primeras tardes, creo que la del 22, ya efectuadas la Asamblea de la Civilidad en el restaurante Nino y las dos visitas de Balbín, Perón me preguntó si al día siguiente teníamos compromisos de agenda. Le dije que, por lo que yo sabía, no, y entonces me pidió que fuera temprano para dar una vuelta por Buenos Aires, la primera en diecisiete años.

Nos fuimos con Juan Esquer, el suboficial a quien Perón llamaba Chueco. Se había ganado el afecto y la confianza del General desde los lejanos años cuarenta, cuando cuidaba de sus caballos, y lo había acompañado por años en la presidencia. Él organizó al grupo de suboficiales peronistas para que fueran su custodia personal.

Dimos una larga vuelta por la ciudad de Buenos Aires. Esquer manejaba, el General iba al lado, y yo iba en el asiento de atrás de Perón. Esquer llevaba su arma y me había dado a mí una ametralladora, pero la dejé en el piso del auto porque no tenía ni la menor idea de cómo se manejaba.

Yo no había hecho el servicio militar, no era «fierrero» y no me causaba ninguna impresión ese tema, pero ¿qué podía hacer con eso? Nada. Solo la primera parte hablamos de la actualidad. En una reunión con los mandos de Ejército en Palermo, Lanusse había declarado que «el camino a las urnas pasa por un acuerdo previo». El General me preguntó si yo creía posible que se interrumpiera el proceso en marcha. Le dije que para mí imposible no era, pero que le veía poco margen a Lanusse para hacerlo. Y entonces Perón, sonriéndose, dijo: «Si quiere un acuerdo, que busque con quién hacerlo, porque conmigo no va a ser». Y ya no habló más del asunto.

Dimos una vuelta muy linda. El General quería ir a ver el edificio de la calle Posadas en el que había vivido con Eva. Pero primero

pasamos por lo que había sido la residencia presidencial, el Palacio Unzué, donde había muerto Evita, que fue mandado demoler por Aramburu, a través del decreto 14576/56. Solo se salvaron algunos árboles y el edificio donde residía el personal, que desde 1997 es la sede del Instituto Nacional «Juan Domingo Perón» de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, y donde ya estaba en construcción, quizás en un intento irónico, la nueva Biblioteca Nacional. «Son unos miserables», musitó el General.

RESIDENCIA Gral. D. Juan D. Perón
GASPAR CAMPOS 1065 VICENTE LOPEZ
El Portador Sr./a D.R. JUAN MANUEL ABAL MEDINA.
C.I./L.E./L.C. 5.252.153 Expedida por Pol. Fed.
Está autorizado/a, a ingresar a esta Residencia.
Término: 31 de Diciembre de 1972
Vicente Lopez, 24 de Noviembre de 1972.
Vº. Bº
Juan Esquer
JEFE CUSTODIA PERSONAL
Jorge M. Osinde
JEFE SEGURIDAD

Credencial de acceso a Gaspar Campos 1065, firmada por Juan Esquer y Jorge Osinde, a nombre de Juan Manuel Abal Medina.

De ahí seguimos hacia Posadas. Perón le pidió a Esquer que nos detuviéramos y me mostró el edificio en el que había vivido con Eva. Desde allí partimos hacia Plaza de Mayo y dimos una vuelta completa a la plaza. Al General le divertían estas cosas.

De paso, por el Congreso, dos señoras en un semáforo nos miraron. En esa época no había vidrios polarizados. Eran apenas un poquito oscuros. Viajábamos en un Fairlane. Podía verse el interior del auto, pero evidentemente nadie podía suponer que Perón estuviera dando vueltas por ahí.

Estuvimos casi dos horas paseando. Él hacía comentarios asombrados. Decía: «Esto está igual», o: «Qué raro esto». Después de andar por Plaza de Mayo, subimos por Avenida de Mayo hasta el Congreso otra vez. Seguimos por Rivadavia hasta Liniers. En el camino, el General quiso entrar al barrio de Flores, lugar donde había vivido un sobrino de él. Después quiso pasar por donde vivía yo en ese momento, en Callao y Quintana, y también, a pedido suyo, pasamos

por la casa de mi familia en la calle Moreno 1130, en la que habían puesto la bomba. Todavía se veían los destrozos. Cuando llegamos a Liniers, tomamos la avenida General Paz y volvimos a Vicente López.

Yo ya le había dicho al General —el 18 en Gaspar Campos— que entendía mi tarea cumplida y que no podía dirigir al movimiento en los pasos siguientes, porque mi conocimiento del peronismo era escaso y dirigir el proceso de selección de candidatos no me sería sencillo. Perón afirmó que yo tenía buen equipo y que mi imparcialidad era difícil de repetir, y que no se podía cambiar de caballo en mitad del río. Me dijo: «Yo lo quiero, como ya se lo dije, como el último secretario general del movimiento, y para eso tiene que completar el proceso, pero eso lo hablaremos en los próximos días».

17
Completar el proceso

Yo no trabajaba solo. Tenía un equipo que me acompañaba. Desde la muerte de mi hermano Fernando, fue inseparable Horacio Maldonado, que venía del nacionalismo. Era mi secretario, chofer, representante o lo que hiciera falta, un tipo de primera que murió joven. El segundo era el salteño Julio Mera Figueroa, también procedente del nacionalismo, pero que ya había sido abogado de varios sindicatos. Completaba el elenco más cercano Wenceslao Benítez Araujo, también nacionalista, que había estado preso por su pertenencia a Tacuara. A los tres los quise mucho; eran como hermanos conmigo. Cuando me hice cargo de la Secretaría General, invité a acompañarnos a Enrique Graci Susini, un querido amigo que se excusó porque no veía muy claro el proceso que se estaba dando en el peronismo. Era y es una persona muy apreciada en el nacionalismo y peronista de nacimiento.

Hugo Anzorreguy me había ayudado desde mis primeros pasos en el peronismo y luego se incorporó con su gran capacidad política, y a través de él llegaron Eduardo Setti y Armando Blasco, dos economistas formados en la escuela de Alfredo Gómez Morales. Además, Eduardo tenía una gran cercanía con Antonio Cafiero.

Ese era el equipo permanente. Se sumaban mi amigo Luis Rivet, que había sido director de *Azul y Blanco* y de una pluma de gran calidad, especialmente para redactar discursos, informes y declaraciones; Jorge Bernetti, un viejo amigo de Fernando, que si bien estaba en JAEN me acompañó como jefe de prensa del movimiento, y Mario Herrera, también de JAEN, que era un muy buen periodista y un fino analista. En determinado momento, Antonio Cafiero me hizo notar que prácticamente de ese grupo salía casi todo lo que se producía en el movimiento y en la CGT. La otra usina era la que giraba en la órbita del doctor Héctor Cámpora, encabezada por su hijo Héctor, su sobrino Mario y el Bebe Righi, a los que se sumó Miguel

Bonasso como jefe de Prensa del Frejuli.

A propósito de mi querido amigo y compañero Mario Herrera no puedo dejar de mencionar que fue asesinado por una banda militar poco después del 24 de marzo y que su mujer Marité Lodieu y su hija Lucía Herrera son como de la familia para nosotros.

Primera conferencia de prensa del general Perón en la Argentina, 25 de noviembre de 1972. Juan Manuel Abal Medina, Héctor Cámpora, Juan Domingo Perón, José López Rega y Jorge Osinde.

Aunque habíamos tomado posiciones distintas, varios de los abogados del grupo que se creó en torno al juicio por el caso Aramburu siguieron colaborando cuando los requería. Más allá de esas diferencias, Eduardo Luis Duhalde y Mario Hernández eran mis amigos personales, y muchas veces fueron asesores espontáneos, con juicios atinados. Lo mismo debo decir de Alicia Eguren, con la que me unía una ya larga amistad y tenía —más allá de su tendencia a posiciones ultras— ocurrencias que en ocasiones eran directamente geniales. Al General le causaban mucha gracia. Claro que prefería que fuera a la distancia.

También, y para evitar que algunos señalamientos puntuales que hago a lo largo de estas líneas se tomen como un juicio de conjunto, quiero destacar el papel central que cumplió el doctor Cámpora en todo el proceso que llevó al regreso, así como en la campaña electoral que culminó con las victorias del 11 de marzo y el 15 de abril de 1973.

La lealtad total al General y el notable coraje cívico que desplegó en ese proceso lo hacen más que merecedor del recuerdo emocionado que me asalta al evocarlo. Por su parte, el manejo político partidista, sobre todo a nivel de La Hora del Pueblo y del Frejuli, fue de alto

nivel. Allí fue acompañado por el excelente trabajo del Bebe Righi, juicio general que no cambio por observaciones puntuales que hago a lo largo de estas páginas.

Volviendo a esa primera conversación con el General el 18 de noviembre en Gaspar Campos, luego de desechar cualquier intento de retirarme, me encargó hablar con mi amigo Facundo Suárez, que, como ya dije, había sido el primer radical en visitarlo en Madrid con conocimiento de Ricardo Balbín, y con el que había hecho una muy buena relación. Perón quería que, en la reunión que se realizaría el 20 en el restaurante Nino, Balbín dijese algo: «No hace falta que sea un pedido de perdón, pero sí que sea algo sobre las bombas de 1953 y del 16 de junio de 1955, porque en los dos hechos hubo radicales notorios y nosotros estamos haciendo todos los acercamientos. Ayer me abracé con Balbín y no parece haber mayor reciprocidad. Prepare con Suárez dos o tres frases posibles y vea qué se puede obtener».

También me pidió que le avisara sobre las novedades antes de entrar al Nino, donde se iba a llevar a cabo la importante reunión del General con representantes de las otras fuerzas políticas, para saber con qué se iba a encontrar.

Facundo Suárez estuvo, como siempre, muy amable y cercano, pero me dijo que creía difícil que Balbín pudiera decir algo. Me explicó con lujo de detalles la interna radical, que estaba al rojo vivo, con un crecimiento inesperado de los seguidores de Raúl Alfonsín, quien capitalizaba todas las variantes gorilas que venían muy disconformes desde el inicio de La Hora del Pueblo.

Me manifestó que los más duros eran los grupos de activistas universitarios, que desde 1955 habían considerado la universidad como propia y veían con temor el crecimiento de sectores antirreformistas, encabezados por el peronismo. De todas maneras, preparamos dos o tres frases más o menos genéricas que pudiera eventualmente decir Balbín.

Pero a la mañana siguiente, el lunes 20 de noviembre, día de la reunión en Nino, Facundo me avisó que no había logrado nada, y yo pude trasmitirle la información al General poco antes de ingresar al restaurante.

Como ya dije, el domingo 19 se había producido, a partir de las siete de la tarde, la reunión Perón con Balbín, que ingresó por la casa del fondo. En el jardín lo esperaba el General, y se estrecharon en un fuerte abrazo. Luego atravesaron juntos el parque y se reunieron con

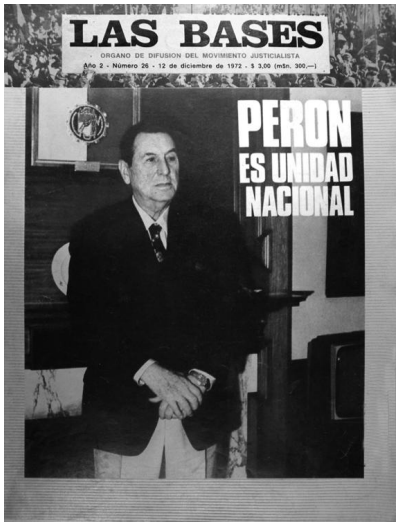
tres o cuatro dirigentes de los otros partidos de La Hora del Pueblo. En esa ocasión, el General dijo por primera vez: «Usted, doctor Balbín, y yo, representamos el ochenta por ciento del país».

El 20 a las seis de la tarde, Perón salió de su casa para trasladarse las diez cuadras que lo separaban del restaurante Nino. Fue la estrella absoluta de la reunión. Esta transcurrió dentro de los carriles que esperábamos, en el sentido de que fueron inútiles los intentos del doctor Héctor Cámpora por sacar una declaración de repudio a la cláusula proscriptiva, la reforma de facto que establecía que, para poder ser candidato, había que residir en el país desde el 25 de agosto. Pero el solo hecho de que se hiciera la reunión era políticamente positivo, y hubo un clima de gran cordialidad y trato deferente de todos hacia el General.

Al salir, pasada la medianoche y luego de haber saludado desde un balcón a los miles de militantes que lo aclamaban sobre la avenida Maipú, de manera imprevista, el General me indicó que lo acompañara en su auto para el breve recorrido hacia Gaspar Campos, y vi que también iba a ir Solano Lima. Me sentí un poco incómodo, porque esa era la reunión organizada por Cámpora, y me parecía adecuado que fuera él el distinguido por Perón. Se lo dije, pero me respondió que Cámpora nos seguiría en su auto.

El caso es que salimos con el General y Solano Lima en el asiento trasero, y yo, al lado de Juan Esquer, que conducía. Perón iba muy serio y en silencio. Comenté que la reunión había sido un éxito, y él dijo que, en efecto, era un avance, pero agregó: «Yo le encargué al amigo Solano una gestión similar a la suya y ya ven… Ni una palabra. Nosotros venimos teniendo todos los gestos de pacificación y acercamiento, hasta he abrazado a Balbín, y ellos no son capaces, por sus problemas internos o por lo que sea, de pedir perdón por las cosas atroces que han hecho contra el pueblo peronista».

Entonces, dirigiéndose a Solano Lima, le contó —sin entrar en detalles— sobre la primera reunión que habíamos tenido en Puerta de Hierro, y con las consideraciones que habíamos compartido sobre la violencia, me apretó el brazo y me dijo: «Aunque seamos tan distintos, tan distintos, seguiremos trabajando por la paz y la unión de los argentinos».



«Perón es unidad nacional», titula Las Bases *en diciembre de 1972.*

Llegamos a Gaspar Campos y estuvo muy cálido con Cámpora, al que felicitó por la reunión y por los intentos de presionar por su candidatura. Solano se sumó a la felicitación, y asimismo lo hizo de manera muy cálida la señora Isabel. Yo también lo felicité a Cámpora y, dirigiéndome al General, le dije que además Cámpora tenía un equipo de alto nivel para estas altas tratativas políticas. Mencioné al doctor Righi y a Mario Cámpora, además de a Héctor, que estaba presente y al que Perón trató con mucho afecto. El General dijo: «Llegamos hasta donde se pudo. Ahora tenemos que pensar en cómo seguir sin mi candidatura».

Cuando ya nos retirábamos, me citó para el sábado 25, a la mañana temprano. Esa reunión, que fue a solas, salvo por algunas apariciones de la señora Isabel, sería clave en los meses posteriores, porque se trató de la planificación de todos los pasos siguientes: una verdadera hoja de ruta del porvenir inmediato.

El sábado 25 a las ocho de la mañana, llegué puntual a Gaspar Campos y compartí con un café el final del desayuno del General y la señora. Dos veces se sentó López Rega y las dos veces Perón dejó de hablar y le encargó cosas menores. Luego pasamos a la zona que utilizaba como estudio, y a lo largo de dos horas me expuso, con mínimas observaciones de mi parte, cómo veía la continuación del proceso político.

Es difícil comprender desde hoy la profundidad y precisión del pensamiento del General. Estamos hablando de noviembre, cuando

Lanusse decía, ante los altos mandos, cosas como que «el proceso electoral pasa por un acuerdo previo», y todo parecía estar por jugarse. Éramos conscientes de que con el regreso habíamos obtenido una clara victoria, pero esta era todavía precaria, y no se podían cometer errores.

Perón dijo que él se iría en unas tres semanas a Paraguay, Perú y —si no se sentía cansado— también China. Mientras tanto, teníamos que cubrir todas las candidaturas, empezando por la de presidente —tema que dejó para una conversación posterior— y siguiendo con todas las demás, provincia por provincia. En esta materia, me encargó que en los siguientes quince días tuviera un informe de cada provincia y que, si era necesario, enviara a alguien de mi confianza a cada una; precisábamos tener, en lo posible, tres opciones de candidatos a gobernador y una idea clara de los grupos existentes, para tratar de no dejar a nadie afuera.

Dijo que podía utilizar la palabra «veedores», que él había empleado para esos enviados. Me alertó acerca de las maniobras que con seguridad iba a intentar el Gobierno para que no llegáramos a presentar candidatos y del peligro de los enfrentamientos internos, que también iban a ser estimulados desde afuera. Me dijo que mi falta de pertenencia a algún grupo era conocida, así como la estrecha relación que tenía con él, lo que, sumado al buen grupo de colaboradores con que yo contaba (me sorprendió el conocimiento que tenía de muchos de ellos), aseguraba el éxito de esta tarea.

Dijo que el Gobierno iba a poner todos los obstáculos posibles, y teníamos que estar prevenidos, pero que ya no veía que pudieran detener el avance. «Querido doctor, como les dije a usted y a Rucci cuando bajé del avión, nosotros ya hemos triunfado».

Cuando tuviéramos el candidato definido, había que hacer algunas precisiones, pero en general debíamos pensar en una campaña corta, con actos cortos que evitaran enfrentamientos entre sectores. Había que dar mensajes muy pacíficos de los candidatos, manteniendo la presión con la participación mía y de algunos de los compañeros de la juventud. También me dijo que le parecía importante que Galimberti participara, pero que había que cuidar que no lo procesaran, porque tenía información —que se demostró acertada— de que iban contra él.

En cuanto a los candidatos, lo que dijeran y los compromisos que asumieran, había que tomar precauciones. Él había sostenido una larga conversación con Jorge Antonio y lo vio preocupado por la

evolución que iba notando en la juventud hacia posiciones cada vez más radicalizadas en lo ideológico y cada vez más «fierreras». Me pidió que estuviera atento al fenómeno y, sobre todo, que evitara enfrentamientos con el sindicalismo, porque los dos sectores eran indispensables.

Me preguntó varias veces cómo veía este tema. Le dije —como siempre hacía— lo que realmente pensaba: había un espíritu de época que tendía a esa radicalización y la realización de acciones conjuntas de los grupos armados (en el caso de Montoneros con las FAR, era algo más profundo), en las que las posiciones marxistas se iban imponiendo sobre concepciones más imprecisas sobre compañeros de baja formación política, algo que yo percibía como un peligro concreto.

Por otra parte, lo que estaba pasando con el grupo de Galimberti —en el que cada día había alguna incorporación a Montoneros— mostraba la fuerza de atracción que ejercía sobre muchos compañeros. El General dijo que él lo veía como un peligro, pero que creía que cuando estuviera en la Argentina, y todos en la legalidad, iba a poder encausarlos. Solo me indicó, de manera muy insistente, que tenía que evitar que Galimberti fuera absorbido por los sectores más radicalizados: «Yo creo que nuestro amigo ha sido tan importante como todos los demás juntos en este proceso».

Con bastante detalle, me contó algunas providencias que había ido tomando para evitar que la cuestión se fuera de las manos y dijo: «Como se me fue con Cooke y Alicia Eguren». Y allí supe, por primera vez, de la existencia de un canal absolutamente privado y directo que mantenía con Fidel Castro. Dijo: «Un amigo de toda mi confianza, que también sé que ha hecho buena relación con usted, es mi vínculo con Cuba: Manuel Urriza. Converse con él y que le cuente de sus viajes, y dígale que yo se lo comenté». Con la relación estrecha con Fidel Castro a través de Urriza, el comercio con Cuba rompiendo el bloqueo y del cual ya había hablado con Gelbard en aquel entonces, más su ascendiente sobre los compañeros jóvenes, el General creía que se conjuraría el peligro, pero me insistió en que contuviera a Galimberti.

Manuel Urriza.

Sobre este aspecto, dijo que era muy importante ir pensando, y eso me lo encargaba, en una reorganización del movimiento, con una rama juvenil democratizada que fuera el espacio de actuación de los muchachos que estaban en la acción directa y había que darles un cauce político. De la misma manera, había que estimular su participación en el partido, mediante el proceso de afiliación masiva. Había que evitar que la rama juvenil interfiriera con la sindical y viceversa y estimular que quedara para el ámbito partidario la definición de las líneas dominantes en elecciones internas.

Me remarcó que había tomado de mí, en una conversación que habíamos tenido en Madrid en abril o mayo, que era inadecuado que la juventud llamara «traidores» a los sindicalistas, y estos, «infiltrados» a los jóvenes. Me dijo: «Es muy bueno eso que usted dice de que las diferencias tienen que quedar en el terreno político y que si se ponen esos calificativos entramos en diferencias morales que son insalvables».

De la misma manera consideró muy importante que en la reorganización del movimiento se utilizara con criterio moderno lo que había sido la Escuela Superior Peronista, para tener los márgenes flexibles, pero márgenes al fin, de la concepción justicialista. «Así se queda tranquilo su amigo Sánchez Sorondo», bromeó, recordando la «recomendación» de aquel de no inclinarse hacia la izquierda.

Yo había llevado un documento, preparado con la participación de Hugo Anzorreguy, Eduardo Setti y Luis Rivet, que le había comentado

a Antonio Cafiero, sobre la reorganización en general y sobre la Escuela Superior Peronista en particular. El General lo miró con detenimiento y lo aprobó en sus líneas generales, dejando las precisiones para más adelante.

En esa reunión, también me preguntó cómo pensaba yo que debía manejarse la posibilidad de una amnistía. Le transmití la opinión generalizada de que tendría que haber una amnistía amplia y que eso debía votarse con acuerdo de todas las fuerzas políticas. «Mi opinión —agregué— es que tiene que haber algún mecanismo de solicitud de inclusión en la ley, con algún tipo de compromiso de dejar las armas, o al menos de no participación en nuevos actos de violencia». Si nuestra posición era que «la violencia de arriba provoca la violencia de abajo», no había motivo para que no se hiciera esto. El General estuvo totalmente de acuerdo, pero agregó que veía difícil la instrumentación del asunto y que la presión iba a ser muy fuerte. Le dije que mi opinión era compartida por muchos compañeros, ya que sería absurdo dejar en libertad a personas que al día siguiente iban a volver a las mismas acciones.

Para el General, eso sería absurdo, pero me advirtió que casi todas sus informaciones eran en el sentido de que los grupos no pensaban desmovilizarse y veían las elecciones como un paso más en la lucha, no como un objetivo final. Lo que le parecía importante era que el grueso de los jóvenes se encausara, para presionar a los restantes a algún tipo de tregua. Con los peronistas, él creía que no iba a tener problemas en encauzarlos. Es indudable que, en este punto, Perón sobrestimaba sus posibilidades.

Hablamos de Gelbard. Me dijo que continuaba intentando que se reuniera con Lanusse y que tenía la información, de muy buena fuente, de que el 17 de noviembre Gelbard quiso llevar a Lanusse a Ezeiza para que lo esperara a la llegada del avión y se saludaran. Gelbard le dijo a Lanusse que era una maniobra con el 50% de posibilidades de realizarse, y Lanusse le contestó con un chiste: «Sí, 50% de posibilidades de que me maten los peronistas en Ezeiza; y otro 50% de que me maten mis camaradas cuando vuelva».

En cuanto a la Constitución, teníamos que ir midiéndolo, porque podía generar inquietudes entre militares y radicales, pero también había que pulir detalles para tenerlo listo en el momento oportuno. Desde los primeros encuentros en Madrid, yo había coincidido con el General en la idea de la absoluta nulidad de todo el entramado

constitucional montado a partir del bando militar de 1956 que derogó la Constitución Nacional, y que esta situación tenía que ser corregida.

Uno de los deseos más grandes de Perón era la devolución del grado militar, pero no de cualquier manera. Me dijo que apenas hubiera diputados y senadores nuestros entrando a las cámaras todos iban a querer presentar proyectos para que esa devolución se hiciera efectiva, pero él no quería la intervención de ninguna instancia que no fuera la militar. Otro de sus deseos era el regreso definitivo al país y una tercera presidencia. Entonces, cuando hablamos de eso, le repetí lo que le había dicho en Puerta de Hierro: «El proceso termina con usted de presidente, en el balcón y de uniforme. Esa es la unidad nacional». El General se rio.

El gran tema acerca de cómo resolver la presidencia en el regreso del peronismo lo conversé por primera vez con Perón en Puerta de Hierro, en enero de 1972. En esa ocasión, le dije que yo creía que las condiciones para su regreso se iban a completar en los próximos meses, durante ese año, pero también que, producido su regreso, se habría obtenido la victoria que abriría un proceso cuya propia dinámica lo llevaría necesariamente a la presidencia de la nación. Me parecía evidente que era impensable su regreso y permanencia en la Argentina con cualquier peronista en la presidencia que no fuese él. Luego de algunas frases generales respecto de cierto papel de su liderazgo en el proceso, aceptó que esa disociación de poder real y poder formal no era muy apropiada. Entonces volví a decirle aquello que habíamos hablado sobre su salud y cuáles podrían ser las consecuencias de asumir el liderazgo en esa Argentina atravesada por conflictos y tensiones máximas. Volví a ser crudo con él, como en la primera conversación, ya que las especulaciones de entonces se habían corroborado con creces. Perón no modificó sus argumentos, estaba decidido a saldar lo que consideraba una deuda con el pueblo argentino.

El tema no volvió a ser conversado hasta su llegada a Buenos Aires el 17 de noviembre. Pero en la preparación de la reunión del restaurante Nino apareció otra vez. Cámpora consideraba que el objetivo central de esa reunión era obtener una declaración de todos los partidos contra la cláusula prescriptiva del 26 de agosto, que establecía esa fecha como obligatoria para residir en el país si se quería ser candidato.

Yo creía que era un objetivo imposible, porque el centro del plan

de Lanusse, manejado por el ministro Arturo Mor Roig y Ricardo Balbín, era forzar a que nosotros no pudiéramos llevar la candidatura del General, con lo cual no llegaríamos al 50% de los votos, y allí se forzaría una segunda vuelta en la que el antiperonismo reunido nos derrotaría. Sobre esta ilusión se basaba el avance del proceso.

Para consolidar esta posición, hubo una larga reunión de Lanusse con todos los oficiales del Ejército con mando de tropas, que se realizó el 23 de noviembre en el comando de Palermo. Tuvimos buena información de todo lo tratado, que entregamos al General. Al terminar, Lanusse declaró que «el camino a las urnas pasa por un acuerdo previo», y reiteró que «no hay posibilidad alguna de retorno al pasado ni de restauraciones de ninguna especie».

Ese mismo día, el 25 de noviembre, el General realizó su primera conferencia de prensa en el país, fundamentalmente con la prensa extranjera, otra vez en el restaurante Nino. Lo acompañamos, a su derecha, Cámpora y yo, y a su izquierda; López Rega y Jorge Osinde, dos presencias que con esa relevancia causaron sorpresa, sobre todo para quienes desconocían la audacia sin límites de López.

Fue muy firme y ridiculizó las declaraciones de Lanusse del día anterior. «¿Qué sentido tiene un proceso electoral si tiene que pasar por un acuerdo previo?», se preguntó y se extendió en otras referencias que demostraban su conocimiento de la reunión de Lanusse. Y cerró con su conocida referencia a su condición de «ciudadano del Paraguay y general del Ejército más glorioso del continente».

Lanusse reaccionó con radiogramas muy agresivos contra Perón y, en nuevas declaraciones en los cuarteles de Mar del Plata, dijo: «Una última reflexión respecto de Perón. Ese señor podrá ser o hacer, pretender hacer cualquier cosa, menos presidente de la república».

El domingo 26 de noviembre se celebraron las elecciones internas en el radicalismo. El doctor Ricardo Balbín obtuvo 113.163 votos, mientras que el doctor Ricardo Alfonsín, 73.087, una elección exitosa para Balbín, pero que constituía un impedimento fuerte para profundizar la política de alianza con el peronismo.

Así lo analizamos esa noche, en una reunión realizada en Gaspar Campos y presidida por el General, de la que participamos Cámpora, Rucci, Lorenzo Miguel, Jorge Taiana y yo. Era evidente que el juego del radicalismo era ir a elecciones en las condiciones establecidas. Su participación en La Hora del Pueblo había sido de gran utilidad para

terminar de enterrar el GAN, que tenía como eje la candidatura de Lanusse. Cuando los hechos, sobre todo el regreso del General, hicieron imposible esa candidatura, de hecho los intereses del radicalismo coincidían con los del Gobierno; no por nada el juego era dirigido por el doctor Mor Roig. Este esquema era simple: con la cláusula del 25 de agosto, sacar del juego al General y con la necesidad de alcanzar el 50% de la votación para ser presidente, se especulaba que no llegaría a ese porcentaje ningún otro candidato, lo que llevaría a una segunda vuelta donde podría darse la unidad de todos contra el candidato peronista y hacer a Balbín presidente.

En esa reunión de dirigentes del movimiento, con el General analizamos acciones complementarias, como estimular la formación de un frente de centro-izquierda, que finalmente sería la Alianza Popular Revolucionaria, con la fórmula Alende-Sueldo. También intentaríamos sacarle votos a la candidatura de Francisco Manrique, que acababa de hacer, desde el Ministerio de Bienestar Social a su cargo, una política de actualización de haberes jubilatorios, que le había ganado la simpatía de mucha gente mayor.

Los analistas políticos cercanos al Gobierno y al radicalismo estimaban que el peronismo sin el General de candidato estaría en los alrededores del 40%, con lo que la maniobra parecía contar con buenas posibilidades de éxito. Esto era lo que difundían Lanusse y sus incondicionales en el Ejército, y en el mismo sentido informaban a sus cancillerías los expertos de la CIA acreditados en Buenos Aires. Años más tarde, estos informes se publicaron y, en el mejor momento de la campaña, le asignaban a Cámpora entre el 42 y el 46 por ciento.

18
Contener a todos

En los primeros días de diciembre, el General me manifestó su preocupación por declaraciones muy agresivas que había hecho Galimberti al salir de su casa. Lo cuento con algún detalle, porque da una idea acabada del cariño que Perón le tenía a Rodolfo. Me dijo: «Le pido que le haga ver la inconveniencia de esta actitud. Tenemos encarrilado el proceso, y cosas fuera de tono lo pueden complicar».

Como Rodolfo había estado un rato antes y no le había dicho nada, me quedé mirándolo. Y el General me dijo: «Sí, por qué no lo reto yo… ¿Sabe qué pasa?: se me cuadra y empieza a bromearme y yo termino siempre riéndome. Usted sabe que Rodolfo es una de mis debilidades». Me sonreí, quedé en hablar con Galimberti, y cuando ya me iba el General agregó: «Y por supuesto usted sabe cuál es la otra debilidad». Volví a sonreírme y le dije: «Con todo respeto, General, su otro hijo…». Ahora se rio él y dijo: «Sí, también, lo quiero a nuestro Petiso».

El General era de trato formal con todos. Solo les decía «m'hijo» a Galimberti y a Rucci, al que conmigo mencionaba como «el Petiso». También me encargó que le dijera a Rodolfo que fuera más cuidadoso con «Isabelita», lo que me extrañó, porque Galimberti era muy educado en el trato.

Beto Ahumada, Rodolfo Galimberti, Héctor Cámpora y Alberto Brito Lima

Busqué a Rodolfo, pero no estaba en ninguno de los lugares habituales. Mario Herrera me dijo que se había ido a William Morris, donde iba a haber un homenaje a Gustavo Ramús y a mi hermano Fernando. Le pregunté por qué, si no era la fecha (7 de septiembre) habitual y, además, con el General en Buenos Aires había que ser muy cuidadosos. Me dijo que, según él sabía, «los muchachos» habían insistido en hacerlo. Era el domingo 3 de diciembre y, en efecto, encabezados por Galimberti, varios cientos de compañeros se dieron cita en la esquina de la pizzería donde habían matado a Fernando. La policía reprimió; hubo corridas, gases, y un agente le tiró a corta distancia una granada de gas al joven Ramón Gerardo Cesaris, que estaba caído en el piso, y lo mató. Tenía 18 años, había egresado del Colegio Nacional de Buenos Aires, donde fundó un movimiento peronista, y estudiaba Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires.

Fui informado de estos hechos pocas horas después, y luego de avisarle al General, y en compañía de Mario Hernández y Eduardo Luis Duhalde, rescatamos el cuerpo y decidimos con la familia y la gente de Rodolfo (este se había fugado y le habían lanzado la captura) que lo veláramos en el local del movimiento en avenida La Plata.

El General personalmente ordenó el envío de una corona, hizo una dura declaración y llamó a la familia. De todas maneras, la realización de ese acto fue una imprudencia, y la falta de aviso previo, una desconsideración seria hacia mis padres y hacia mí.

Perón me preguntó acerca de quién había decidido ese acto, y no tuve más remedio que decirle la verdad. Me trató con mucho afecto,

pero, luego de darle varias vueltas al asunto, me dijo: «Tiene algo de mensaje para usted. Es indudable». Le admití esa posibilidad, pero sobre todo lamenté que tuviéramos un nuevo joven muerto.

En ese momento, tuve una percepción extraña, de una constitución compleja. Por un lado, me di cuenta de repente de qué tan importante había sido para mí el regreso. Reparé en que ese día había recuperado la alegría de vivir, una alegría serena que había perdido con la muerte de mi hermano.

Estaba por comentárselo al General cuando, como un ramalazo, me asaltó un profundo pesimismo, la idea de que con la muerte del muy joven Ramón Cesaris había perdido de nuevo esa alegría; la idea, precaria entonces pero que iría adquiriendo solidez en los días posteriores, de que iba a ingresar en años negros. No sabía si lo pensaba en un sentido personal o político o, quizás, en ambos sentidos.

Este episodio y su derivación de la orden de captura de Galimberti complicaron su participación en esos días claves. Para empezar, no pudo acompañar, como estaba previsto, al General a la Villa de Retiro el 6 de diciembre, y nadie avisó que el padre Mugica había ido a una actividad en Mar del Plata. Por lo que, el 9, Perón, acompañado por Héctor Cámpora, recibió en Gaspar Campos a Mugica y a un grupo de Sacerdotes del Tercer Mundo.

Los movimientos políticos seguían después del frustrado intento de anular la cláusula proscriptiva, por lo que se abrió el juego sobre quién sería el candidato que designaría el General en su reemplazo. Antonio Cafiero había quedado tocado por la trampa que le tendiera Lanusse, quien lo había invitado a una conversación en privado, lo había grabado y había sacado partes de esa grabación para hacerlo aparecer consintiendo juicios negativos de Lanusse contra el General. Pero era apoyado por el sindicalismo y bien visto por amplios sectores del movimiento, entre los que yo me incluía.

Otro nombre que se mencionaba era el del doctor Jorge Taiana, un muy buen candidato de un sólido prestigio profesional y una lealtad indudable. Lo promovían varios compañeros destacados y de importante actuación sobre todo en la organización del regreso, como el brigadier Arturo Pons Bedoya y el capitán de navío Ricardo Anzorena. Por último, la señora Isabel veía también con simpatía la posibilidad de que fuera el doctor Oscar Bidegain, de destacada actuación en todos esos años y que la había acompañado mucho

durante sus viajes.

El día anterior a su partida hacia Paraguay, adonde iría el 14 como primera escala de su regreso a Madrid, el General me anunció desde temprano que me iba a dar indicaciones respecto a las candidaturas y me citó para las tres de la tarde con el material reunido relacionado con todos los distritos para definir las posiciones ejecutivas y las legislativas de importancia.

Abrió la conversación preguntándome a quién veía como candidato a presidente. Le dije la verdad, que yo no creía que tuviera importancia alguna mi opinión, pero le agregué que quien fuera el elegido se iba a tratar de un presidente por un plazo muy corto, el mínimo tiempo necesario para tomar el control y abrir un proceso limpio, al cabo del cual debería renunciar para que se convocara a nuevas elecciones.

Es increíble que algunos protagonistas de aquellos hechos hayan sostenido que nada de esto estaba previsto y que la renuncia de Cámpora fue forzada, o bien por el desorden en el país y la «infiltración marxista», o bien, todo lo contrario, por el propio General, que habría usado a Cámpora y a la juventud para luego deshacerse de ellos.

Alicia Eguren en dos momentos de su vida, en 1963 (Cuba) y 1971.

Volví a darle mi opinión en el sentido de que esas nuevas elecciones podrían convocarse en simultáneo con elecciones para

constituyentes, pero este era un tema que requería un desarrollo especial y quedó diferido. De todas maneras, el General insistió en preguntarme acerca de qué nombres yo había oído mencionar, y le dije que esos nombres eran los de Cámpora, Cafiero, Taiana, y que la señora Isabel había mencionado a Bidegain, y que cualquiera de ellos (y probablemente algunos más) me parecían adecuados. El General me dijo, simplemente: «Póngalo a Cámpora», y me advirtió que iba a tener problemas con el sindicalismo. Entonces, agregó que era un buen argumento para restar dramatismo, tanto con los partidarios de Cafiero como con los de Taiana, las consideraciones que habíamos hecho sobre el futuro provisorio de la presidencia resultante.

Sacerdotes tercermundistas en Gaspar Campos, con Perón. A la derecha, Carlos Mugica y Héctor Cámpora.

Me dijo que le había pedido a Cámpora que al día siguiente lo acompañara a Paraguay y que en Asunción él le iba a hacer el ofrecimiento formal, pero que de cualquier modo yo se lo adelantara esa misma noche. En cuanto a Rucci y Lorenzo Miguel, me indicó que esperara que su avión despegara para decírselo a ambos. Sobre el final, agregó que había que pensar en tener al menos dos alternativas para un candidato a senador, por si este tenía que quedar a cargo de la presidencia de la nación en algún momento.

Con respecto a las resoluciones locales, le dije al General que la provincia de Buenos Aires la estaba manejando Alejandro Díaz Bialet y que, siendo candidato el doctor Cámpora, yo pensaba que no tenía mucho sentido mi intervención. Estuvo de acuerdo, aunque remarcó

que quedara claro que en ningún caso podía ser Manuel de Anchorena y que él creía que el indicado era Oscar Bidegain. Al tratar este tema, se sumó la señora Isabel, que iba y venía, y fue muy clara en decirme también que debía ser Bidegain, y que ella ya se lo había dicho.

Respecto de la Capital, también le pedí al General no intervenir. A cargo del distrito estaba Santiago Díaz Ortiz, y estando en el Frejuli, Marcelo Sánchez Sorondo, que como era notorio tenía conmigo una relación estrecha, mi imparcialidad estaría en cuestión. También me concedió esa dispensa y solo insistió en que estuvieran representados todos los sectores. En este caso, le dije que quizá me gustaría incluir un nombre de una persona de mi confianza y peronista de nacimiento. No alcancé a mencionarlo, porque me dijo: «Por supuesto, doctor, por supuesto…».

En todos los demás distritos, las cosas estaban más claras, porque había habido un proceso partidario y la línea general era irse por la candidatura a gobernador del que hubiera ganado el Partido Justicialista y manejar, en lo posible, a los vicegobernadores con el movimiento sindical.

Hubo otros dos vetos terminantes, además del de Anchorena en Buenos Aires, que fueron el de Carlos Juárez en Santiago del Estero y el de Sapag en Neuquén. Lo de Sapag era obvio; el General pensaba que lisa y llanamente había intentado sobornarlo. Con Juárez, no sé exactamente cuál era el motivo, pero también fue terminante: «De esos dos ni hablar, aunque nos quedemos sin candidatos, incluso aunque nos ganen…».

Había que componer las principales candidaturas nacionales en cada provincia con el candidato a gobernador y tratando de que se incluyeran a todos los sectores. De las listas de nombres que habíamos reunido con los distintos veedores que mandé a las provincias (hicieron un trabajo destacable Eduardo Setti, Armando Blasco y su hermano Alejandro, Hugo Anzorreguy, el «Demetrio» Ortiz y varios más), el General marcó a los que quería destacar, y la señora Isabel hizo lo mismo en relación con los que la habían acompañado en sus dos difíciles viajes. Por ejemplo, todas las candidaturas de Mendoza, a excepción del vicegobernador, surgieron de los que habían enfrentado al vandorismo y respaldado a la señora en 1965. Ella puso como único candidato posible a Alberto Martínez Vaca, que luego sería presentado como apoyado por la Tendencia.

La línea general que propicié y fue apoyada expresamente por el

General era priorizar la victoria nacional con el mayor porcentaje posible y, para eso, tratar de no dejar afuera a ningún grupo o dirigente relevante. Sin dudas, esto atentaba contra la posibilidad de mantener la línea general de los cuartos (rama política, rama sindical, rama femenina, juventud), a favor de políticos y sindicalistas.

Para componer este rompecabezas, recibí la confianza del General y, a mi pedido, la habilitación para llamarlo por teléfono en cada ocasión que fuera necesario. Un tema delicado era el de los dirigentes que habían acompañado a Paladino hasta el final y a los que Cámpora, y especialmente la señora, querían lejos. En algunos distritos, como San Juan, seguir esa línea era absurdo. El General me instruyó que en estos casos avanzara incorporando a todos los que se pudiera, con la sola excepción del mismo Paladino. Este tema me generó luego con Cámpora más de un disgusto. Después de esa charla con el General, me trasladé de Gaspar Campos a la casa de Benito Llambí, donde estaba atendiendo Cámpora, para referir el contenido completo del tema candidaturas. Sobre la suya a la presidencia, no quiso abundar y me dijo que ya hablaría con Perón al día siguiente, y estuvo de acuerdo en que Alejandro Díaz Bialet manejara la provincia de Buenos Aires y Santiago Díaz Ortiz, la Capital, como lo venían haciendo. Me encargó cuidar todo lo posible los preparativos para la reunión del Congreso Nacional que se haría dos días después en el Hotel Crillón. A pesar de no haber querido abundar en el tema de la presidencia, me dio un abrazo fuerte y me dijo: «Muchas gracias, mi querido doctor».

19
El candidato

Como ya se ha contado en otra parte, manejé el tema de la candidatura del doctor Cámpora en el Congreso del Crillón. Como tarea preparatoria, había hablado con José Rucci y le había dicho, tal cual me había sugerido el General, que era un candidato para una presidencia muy breve, el tiempo necesario para preparar las renuncias y el proceso para una nueva elección que llevara Perón a la presidencia. No lo disuadí, porque me expresó sus temores de que algunos sectores luego trataran de que Cámpora quedara en la presidencia. Le dije que eso era imposible y le pedí que le adelantara esto a Cafiero. Antonio había quedado fuera del juego (casi no había visto al General desde su regreso a la Argentina) por la maniobra a la que lo había sometido Lanusse, pero lo mismo le di más tarde una explicación. Con Taiana, yo no tenía entonces tanta confianza, por lo que preferí manejarme con el capitán Ricardo Anzorena, uno de sus amigos más cercanos, al que le repetí el mismo libreto.

Inmediatamente antes del inicio del Congreso del Crillón, me vi con Cámpora, recién llegado de Paraguay, en el domicilio del doctor Solano Lima, que estaba justo enfrente del hotel, en la calle Esmeralda. Cámpora me relató el ofrecimiento del General y textualmente me dijo que él le había manifestado que lo aceptaba por no haber otra posibilidad, pero al solo efecto de renunciar de inmediato para que se realizara un proceso abierto. Lo vi muy tenso. Su información era que un grupo numeroso de congresales (quizá mayoritario) iba a oponerse a su candidatura, pero le dije que yo creía que podría manejarlo.

Crucé la calle y me sumergí en ese ámbito para mí absolutamente desconocido del Congreso Justicialista. Yo no solo no era congresal, sino que además ni siquiera era afiliado al partido, porque nunca me había parecido importante cumplir esa formalidad. Como era clara mi

posición en el movimiento y todos sabían que había estado largamente conversando con el General inmediatamente antes de su partida, fui recibido con un fuerte aplauso e instado por el presidente del Congreso, el correntino Julio Romero, y por su esposa, la doctora Ema Tacta, apoderada del partido, a ocupar el centro de la mesa directiva y tomar la palabra. Hice un breve discurso en el que trasladé el abrazo para todos que enviaba el General y señalé que la tarea central era cubrir las candidaturas a presidente y vice, dejando esta última abierta a la resolución del Frejuli, que estaba reunido dos pisos arriba en el mismo hotel.

Le indiqué a don Julio, con el que nos llevábamos muy bien y era un viejo lobo en esos menesteres, que abriera la sesión y opinaran sobre el tema todos los que lo desearan. Hubo una catarata de oradores insistiendo, con todo tipo de argumentos, en la necesidad de mantener la candidatura del General.

Era claro que algunos lo hacían por «corrección peronista», pero otros fueron mucho más enfáticos y se adivinaban sus intenciones. Había en esto dos grupos definidos. Uno, el de mayor número, estaba compuesto por unos veinte congresales encabezados por Rogelio Coria y el aceitero Estanislao Rosales. Procuraban demorar el tema con distintas argumentaciones, pero era indudable y ya muy público que estaban alineados con Lanusse y sus posiciones eran de mala fe.

Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima.

El otro grupo, que encabezó Gustavo Rearte, eran compañeros peronistas duros, desde alternativistas hasta integrantes de las

primeras juventudes peronistas posteriores a 1955. Consideraba que las elecciones sin Perón constituían una claudicación y que en ningún caso se podían aceptar. La oratoria encendida y su conocida militancia le daban a Gustavo un ascendiente importante en otros congresales.

Conseguí que Romero cerrara la lista de oradores y propuse votar para ratificar la candidatura del general Perón. La moción fue aprobada por unanimidad, y en ese momento comenzó la verdadera batalla. Le encargué a Julio Mera que tratara de tranquilizar a Rearte y busqué a Lorenzo Miguel en la UOM, pero no lo encontré, porque había quedado todo el sector sindical representado por los participacionistas.

La discusión se planteó acerca de cómo comunicar al General la ratificación de su candidatura por el Congreso, si debía crearse una comisión que viajara a Asunción o Lima (según donde lo alcanzaran a Perón) para decírselo, con lo que se corría el riesgo de quedar sin candidatos, ya que el plazo vencía 72 horas después, o comunicarse por teléfono.

Se armó una discusión que amenazaba en terminar en una trifulca, así que pedí la palabra y propuse una «fórmula intermedia»: enviarle al General un télex, que parecía ser la forma que él prefería, ya que más temprano me había llamado telefónicamente dándome el télex de su hotel en Asunción y me había enviado, en papel membretado, anotado el mismo número de télex por el doctor Cámpora hijo, que acababa de llegar de Asunción. Mostré el papel membretado y escrito con la inconfundible letra del General en que estaba el número.

Coria y su gente interrumpieron a los gritos, lanzaron amenazas, lo que me dio pie a contestarle de manera cortante, y exigieron levantar la reunión. Me negué, cruzamos algunas frases un tanto agresivas; se procedió a votar, y la moción del télex fue aprobada por 92 votos contra 55. Coria se retiró con Rosales y sus congresales y declaró a *La Nación* que no había sido un congreso democrático, sino «manipulado por Abal Medina».

Gustavo Rearte también se retiró, pero sin mayores objeciones. En esas circunstancias llegó Rucci, que había quedado muy molesto con el fracaso de la candidatura de Antonio Cafiero. Pedí un cuarto intermedio y hablé largamente en el bar que había entonces en Charcas y Esmeralda y le hice entender que yo actuaba por órdenes del General. Sobre el fracaso de la candidatura de Antonio impulsada por Rucci, hay una anécdota cerca de la Navidad de 1972. Yo iba a

almorzar con Lorenzo Miguel, Rucci y Cafiero para suavizar la decepción de Antonio de no haber podido ser el candidato. Mientras iba en el auto con Lorenzo rumbo al restaurante La Raya de Boedo, que era el lugar donde se reunían los metalúrgicos, le anticipé que ya no tenía deseo de seguir siendo el secretario general del movimiento. Por lo cual, fue una coincidencia sorpresiva enterarme, en ese mismo almuerzo, de que Rucci tampoco quería continuar siendo secretario general de la CGT. Para nosotros, el regreso de Perón había sido el gran triunfo peronista, el día más alegre que recuerdan todos los peronistas.

Rucci seguía con la idea de que con Cámpora íbamos a perder y que había que insistir en que se habilitara a Perón. Llegó a ofrecer que el Congreso ratificara la candidatura del General, y en una hora el Comité Central Confederal de la CGT declaraba la huelga general hasta que Lanusse diera marcha atrás. La verdad es que esta alternativa era atractiva, pero también podía ser un salto al vacío, y contrariaríamos expresamente las órdenes de Perón. Finalmente, aunque muy a disgusto, Rucci aceptó y se retiró con su gente. Lo anterior fue la última actuación política de Coria, al que el General liquidó días después con una declaración fulminante.

De regreso al Congreso, procedimos a designar una comisión para redactar el télex y despacharlo desde las oficinas de teléfonos de la esquina de Corrientes y Maipú. En todas estas negociaciones, fue de una ayuda inestimable Ricardo Obregón Cano, a quien no conocía, pero había sido señalado por el General como el candidato necesario en Córdoba, desplazando a Julio Antún, con el que tenía buena relación. Desde esa noche hasta su muerte no tan remota, ya que vivó 99 años, nos unió con Ricardo una amistad fraterna, que se hizo aún más cercana con su absurdo e injusto encarcelamiento luego del retorno de la democracia. El télex decidido fue: «Señor General Juan Domingo Perón. Congreso Nacional Justicialista reunido en Buenos Aires en el día de la fecha, ratifica con unanimidad la candidatura a Presidencia en su persona. Patria e Historia agradecerá su gesto. Congreso reunido espera su respuesta. Un fuerte abrazo. Juan Manuel Abal Medina, Norberto Gavino, Jesús Larrauri, Carlos Palacio Deheza, Ernesto Jauretche».

El general Perón contestó de inmediato:

Agradezco infinitamente expresión de lealtad del Congreso

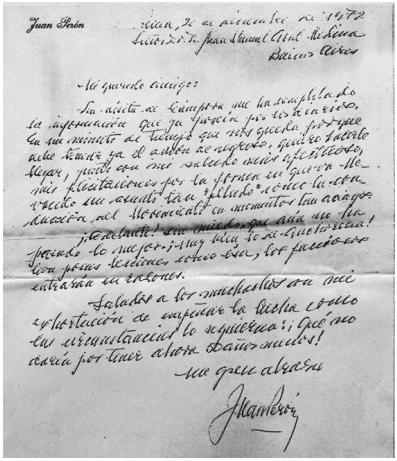
Justicialista, pero con el pensamiento colocado en el futuro de la Patria, ruego a todos los miembros del Congreso que acepten mi renuncia indeclinable a la candidatura presidencial y que en una demostración de disciplina y lealtad para con el Movimiento Nacional Justicialista escuchen la palabra del compañero Juan Manuel Abal Medina, que tiene expresas indicaciones mías para actuar en esta situación y conoce el procedimiento a seguir. Reciban un fuerte abrazo, rogando serenidad en los ánimos, comprensión en los intereses de la Patria y el pensamiento dirigido hacia un futuro de libertad y de soberanía nacional.

JUAN DOMINGO PERÓN

De inmediato le respondí: «Con gran dolor ejecutaré fielmente sus directivas. A sus órdenes, mi General. Un fuerte abrazo. Juan Manuel Abal Medina».

Con estas instrucciones, regresamos al Hotel Crillón y se procedió a reanudar la sesión del Congreso. En esa circunstancia, propuse la candidatura de Héctor Cámpora, que fue aprobada sin problemas, y se pasó a cuarto intermedio hasta que el doctor Cámpora se presentara, lo que hizo un rato después, acompañado por Lorenzo Miguel, que defenestraría poco después a Coria de las 62 Organizaciones.

Cámpora aceptó su candidatura en un breve discurso, y se pasó a cuarto intermedio para que el minicongreso del Frejuli, que aguardaba arriba, decidiera la candidatura a vicepresidente que luego debía aprobar. Participé, acompañado por Alejandro Díaz Bialet, y no hubo mayor inconveniente en designar a Vicente Solano Lima. Lo llamé a su casa, enfrente justo del hotel, y en pocos minutos llegó y aceptó la designación. Bajamos al subsuelo, donde aguardaba el Congreso del Partido Justicialista, y se consagró la fórmula pasadas las tres de la mañana.



Carta manuscrita de Juan Domingo Perón a Juan Manuel Abal Medina.

Antes de despedirnos, tuvimos una breve conversación con Cámpora y Díaz Bialet, que estaban eufóricos y muy agradecidos por el éxito del día, porque yo estaba recibiendo información compleja de la provincia de Buenos Aires, tanto por vía de Lorenzo Miguel, que me había dicho que el dirigente metalúrgico «Luis Serafín Guerrero es peligroso y no lo controlo», como por algunos amigos del nacionalismo que estaban en las filas de Manuel de Anchorena y que esa tarde le habían dicho a Horacio Maldonado que al día siguiente se elegía la fórmula encabezada por Anchorena. Como dato de color, le dijeron de parte de Anchorena que su primera resolución como gobernador iba a ser promover el traslado de los restos de Juan Manuel de Rosas a la patria y que me ofrecía encabezar la comisión que se crearía a esos efectos.

Díaz Bialet me aseguró que tenía todo bajo control y que no iba a haber dificultades, y Cámpora —que estaba eufórico con lo logrado— me tranquilizó diciendo que llevaban un año trabajando «la provincia». La realidad era que el estilo de Alejandro —por el que tenía viva simpatía— no me parecía el más adecuado para ir a manejar este asunto en Avellaneda, pero si estaban tranquilos sabrían por qué, y me fui a descansar. Llegué a casa pasadas las cinco de la mañana del 16 de diciembre. Comí algo, me tomé un vino y me fui a dormir cuando amanecía.

A las doce y media, el teléfono, insistente, me trajo la voz desesperada de Cámpora: «Es un desastre. El General se va a molestar mucho». Cuando conseguí que se calmara, me contó que el Congreso, reunido en un cine vecino a la UOM de Avellaneda (yo se los había

dicho unas horas antes), había echado con violencia a Díaz Bialet e iba a proclamar la fórmula Anchorena-Guerrero.

Me pidió que fuera a Avellaneda y parara eso. Era todo un disparate. Del peronismo de la provincia yo no sabía nada, ni siquiera tenía informes, porque era el distrito de Cámpora, y así había quedado establecido ante el General. De todas maneras, le dije que iba a ver qué podía hacer y me fui hacia Avellaneda acompañado por Horacio y Wenceslao. Pude hablar, pero ya estaba todo muy jugado. Advertí que se desacataba así a la conducción y que iba a tener consecuencias y me retiré. Apenas llegué a la puerta, comenzaron a tirarnos piedras y hubo algunos disparos.

Se exageró mucho, pero las cosas no pasaron a mayores. Cuando logré salir de Avellaneda, me fui a mi casa, llamé a Cámpora y le dije que estaba expulsando a Anchorena, a Guerrero y a los integrantes de la mesa del Congreso, pero ni sabía sus nombres. Le pedí que ubicara al doctor Antonio Benítez —el otro apoderado nacional del partido, además de Ema Tacta—, porque el lunes a primera hora teníamos que presentar la intervención del distrito por el Consejo Nacional en el Juzgado Electoral y que reuniera al Consejo del partido. El secretario general del partido era el capitán Horacio Farmache, que nunca aparecía, y no apareció; tampoco Benítez. Afortunadamente, mi amiga Ema Tacta llegó a Corrientes y, en el mismo avión, que era propiedad de ellos, se volvió y manejó los aspectos legales.

Juan Manuel Abal Medina y Héctor Cámpora acompañan al General en una conferencia de prensa.

Juan Manuel Abal Medina regresa de Córdoba, en plena campaña.

A última hora, fui a ver a Cámpora, lo tranquilicé y, al despedirme, le pedí que cuidaran la Capital, que también había quedado a su cargo. Al revisar las listas unos días después, vi que mi amigo Marcelo Sánchez Sorondo había quedado en segundo lugar de la lista de senadores, por debajo de Alejandro Díaz Bialet, que la encabezaba. Era una mala idea, porque para senadores también habían impuesto el sistema de balotaje, por lo que, si la lista no alcanzaba el 50%, se consagraba solo el primero, y el segundo pasaba a la otra vuelta.

Llamé a Marcelo y le pregunté lo que había sucedido. Me dijo que el doctor Cámpora le había ofrecido ser el tercer candidato a diputado o el segundo al Senado, y que él había preferido esta posición. Llamé a Santiago Díaz Ortiz, que estaba a cargo del distrito y ocupaba el primer lugar en la lista de diputados, y me confirmó lo anterior. Era un error tonto. En Capital, no íbamos a hacer una elección tan contundente. En realidad, nunca la hizo el peronismo, pero menos aún era posible con un candidato de las características de Marcelo.

El tema no tendría mayor importancia, salvo por una cuestión de la que luego me ocuparé. Por ello, para dejar el asunto completo, vale la pena mencionar que, al publicar sus memorias, Marcelo Sánchez Sorondo, preguntado acerca de si su candidatura había sido promovida por mí, contestó:

> No consta en modo alguno que así sea. Por su parte, nunca me lo dio a entender. En cierto modo la iniciativa me perteneció: la mesa directiva del Frejuli, que yo integraba representando al Movimiento de la Revolución Nacional, puso a mi alcance la

posibilidad de dos candidaturas parlamentarias: la de senador en segundo término, a sostener en el eventual ballotage, o bien la de diputado nacional, banca a la que accedería por simple mayoría en la primera elección y sin tropiezos. Pues bien, me resolví por la más problemática senaduría por la Capital. Para ello tuve el apoyo explícito de mis buenos amigos Eduardo Paz, Alberto Fonrouge y Benito Llambí y desde luego del doctor Cámpora, a pesar de que este hubiera preferido verme llegar a puerto en la Cámara de Diputados». (21)

Las candidaturas en los demás distritos se decidieron en todos los casos como el General había indicado. En Santiago del Estero, con Carlos Juárez vetado por el General, se lleva al doctor Francisco López Bustos, sin el membrete del Frejuli, porque Juárez controló con apoyo del Gobierno al Partido Justicialista. Lógicamente ganó Juárez. En Neuquén, Felipe Sapag —fracasado sobornador del General— se impuso sobre el doctor Ángel Nicanor Romero, presidente del Partido Justicialista. En las demás provincias, con los problemas propios de una proscripción tan prolongada, se pudo presentar candidatos sin mayores enfrentamientos y hacer buenas elecciones. Mis colaboradores en este proceso cumplieron una gran tarea, esforzada, desinteresada y leal.

Quiero destacar el trabajo de los dos Blasco, Armando y Alejandro, Eduardo Setti, Hugo Anzorreguy y algunos más, como así de otros compañeros que fueron veedores en distintos distritos y pertenecían al grupo de Guardia de Hierro y al Comando de Organización. También Néstor Ortiz, del Encuadramiento de la Juventud, conocidos como «los Demetrios», trabajó bien y lealmente.

Pocos días después, el doctor Héctor Pedro Cámpora, hijo del candidato y querido amigo, me trajo de Lima, donde había trabajado unos días con el General, la siguiente carta:

Lima, 20 de diciembre de 1972

Señor Doctor Juan Manuel Abal Medina, Buenos Aires

Mi querido amigo:

La visita de Cámpora me ha completado la información que, por otra parte, ya poseía por los diarios. En un minuto de tiempo que queda, porque debo tomar el avión, quiero hacerle llegar, junto con mi saludo más afectuoso, mis felicitaciones por

la forma en que va llevando un asunto tan «peliagudo» como la conducción del Movimiento en circunstancias tan aciagas.
¡Adelante!, que aún no ha pasado lo mejor. ¡Muy bien lo de Anchorena! Con pocas lecciones como esa los facciosos entrarán en razones. Saludos a los muchachos con mi exhortación de empeñar la lucha como las circunstancias lo requieran. ¡Qué no daría por tener ahora 50 años menos! Un gran abrazo.

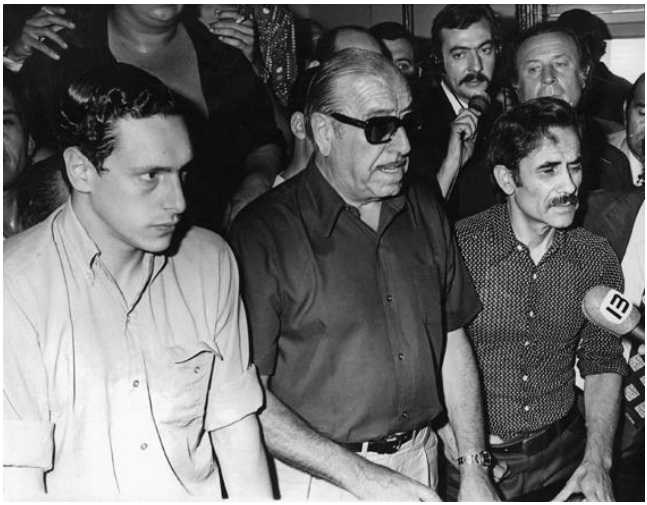
JUAN PERÓN

21- Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 204 y 205.

20
En campaña

En los últimos días de 1972 y ya desde Madrid, el General llamó varias veces a Cámpora y otras a mí para conocer en detalle lo sucedido en el Congreso del Crillón y en el de Avellaneda. Decidió que ya era tiempo de sacar a Coria de todos sus cargos y comenzó una serie de referencias periodísticas que terminaron de aislarlo. Declaró en una entrevista a Ricardo Grassi, en *Mayoría*, el 11 de enero: «¡Qué va a manejar Coria! ¡Qué va a manejar Rosales! Sabemos que van todos los días a ver al coronel Vermicelli, ¿cómo se llama? Sí, sí, Cornicelli, y sabemos hasta de lo que hablan… Por eso el manejo sindical lo hacemos por la CGT y allí estamos seguros, porque lo tenemos a Rucci, que hace lo que debe hacer».

En el mismo reportaje dijo: «Lo realmente importante del movimiento sindical lo manejamos por la CGT y lo realmente importante del partido político lo manejamos por Abal Medina, y, en otro lado, por Isabelita, en la rama femenina. El Gobierno está todo engolosinado con Coria. Pero ¿qué les va a dar Coria a ellos? Más aceite da un ladrillo que Coria…». Con respecto a la lucha interna, agregó: «Fíjese, ¡cómo van a comparar a Anchorena con Bidegain!, no debieron hacer lo que hicieron y tratar de forzar una situación con matones. Eso ya no. Entre nosotros no puede ser. Matones somos todos después de 17 años de lucha. Imagínese si nos van a ir a asustar allí con matones».



Juan Manuel Abal Medina y José Rucci, pilares político y sindical de la campaña de Héctor Cámpora.

El 18 de enero, *La Opinión* informó: «Al cabo de todo ese proceso, la propia Unión Obrera de la Construcción separó de su cargo a Coria, negándole la licencia que había solicitado, y se encuadró en la verticalidad del movimiento». Y Lorenzo Miguel completó la maniobra y, siguiendo instrucciones del movimiento, se hizo cargo de las 62 Organizaciones. Rogelio Coria quedaba fuera de todas las estructuras y se iba a vivir a Paraguay, con algún dinero seguramente mal habido. En marzo de 1974, fue asesinado al ir a Buenos Aires a una consulta médica, en un hecho tan criminal como inútil.

En definitiva, pudieron completarse casi todas las candidaturas y se inició la campaña a mediados de enero. La idea era hacer una campaña corta. Hubo una carta del General a Cámpora y otra a mí, de los días 5 y 7 de enero, con instrucciones para esa campaña. En lo esencial, decían que los ataques duros no tenían que ser de los candidatos. Ese era un papel indispensable, pero debía quedar en manos de otros. A mí me decía que graduara el tono, «subiendo o bajando la temperatura». Por otra parte, en la carta a Cámpora decía que había que criticar a «los radicales de Balbín, porque a mí nadie me convencería de que este viejo camandulero no va arreglado con Mor Roig y entendido con la dictadura. Y pensando cómo está el ambiente popular, abiertamente contra la dictadura, si alguno de nuestros oradores de combate lo acusara de tanto en tanto de "oficialista", le podría restar algunos votos».

Era indudable que el General había quedado decepcionado con

Balbín. Esperaba algo más de él en la condena a la violencia ejercida sobre el peronismo. Sin relativizar lo del abrazo, que fue muy importante, hay que considerar también, para ser exactos, cuál era la realidad del juego político de Balbín en esas circunstancias.

En entrevistas que tuvieron mucha difusión, originariamente publicadas en el diario *Mayoría* y en la revista *Nueva Plana* (era la sucesora de la clausurada *Primera Plana* y seguía dirigiéndola Manuel Urriza), el General nos daba a José Rucci y a mí mucho poder, insistiendo en que éramos los que manejábamos «lo verdaderamente importante en el frente político y el frente sindical». Por mi parte, también recibí un apoyo muy fuerte de Rucci, que en una entrevista con *Mayoría* dijo: «Juan Manuel encarna la conducción táctica más amiga del sindicalismo que ha tenido el Movimiento Peronista».

Yo dije varias cosas similares respecto de Rucci. Lo que intentábamos era ampliar el espacio de la campaña, porque Perón consideraba muy peligroso que quedara sectorizada solo en la juventud, tanto por lo estrictamente electoral (era evidente que la radicalización espantaba a algunos sectores del electorado) como por la organización posterior del gobierno y del movimiento. Este objetivo no se cumplió, y las consecuencias las veríamos después.

Sobre el fin de la campaña, más exactamente el último día de febrero, viajé a Madrid con el propósito de hablar con el General sobre la posibilidad de que se acercara a la Argentina antes de las elecciones (una alternativa era que llegara a Asunción de Paraguay, donde Julio Romero ya había hecho los arreglos). Era forma de asegurarnos una victoria en primera vuelta, de la que nos sabíamos cercanos, pero no podíamos correr el riesgo de quedar por debajo del 50% de los votos, porque podía ser peligroso.

En aquel entonces, no se hacían o directamente no existían las encuestas, pero unos informes que había diagramado Guido Di Tella nos daban una idea aproximada de cómo estábamos. En los trabajos nuestros, se había iniciado la campaña con una intención de voto del 50% y se había mantenido estable, hasta que comenzó a descender un poco. La impresión que teníamos era que la dureza que iban tomando los actos y las movilizaciones podía estar alejándonos de algún electorado moderado, por lo que tratamos de evitar las situaciones más duras.

La realidad era que tanto Cámpora como Solano Lima eran casi siempre arrastrados por la dureza propia de los actos, y se generaba

un clima que marcaba sus discursos. Solano Lima siempre terminaba hablando de su bisabuelo montonero, y Cámpora, cuando improvisaba alguna frase, también se excedía un poco. Para compensar, tuve que ir tomando un discurso más conciliador.

Revisando el número 17 de *Nueva Plana*, pude recordar el importante acto en Pergamino del domingo 11 de febrero. Allí, Cámpora tomó la palabra de esta manera: «Se dijo, en un alarde de falso machismo, que al general Perón no le daba el cuero. Él demostró, como lo hizo durante toda su vida, que es macho entre los machos. Ahora soy un convencido de que aquel a quien no le da el cuero es el que no se aguanta el segundo regreso del general Perón». Tras lo cual calificó muy duramente a las Fuerzas Armadas.

Los candidatos del Frente recorren el país.

Por mi parte, yo había dicho inmediatamente antes lo siguiente:

> Que no se confunda Lanusse y que no intente confundir: el peronismo no va a ir al gobierno con intenciones revanchistas. El pueblo no odia. Los que odian son los que tiran bombas contra él, como el 16 de junio de 1955, son los que derrocan a los gobiernos populares como el 16 de septiembre de 1955, son los asesinos de Trelew. A las Fuerzas Armadas les decimos: no queremos terminar con ellas, el que quiere hacerlo es Lanusse, que busca convertirlas en policía de su propio pueblo. Pese a él, en la mayoría de los cuadros de oficiales de las Fuerzas Armadas anidan sentimientos patrióticos. Por eso creo que el proceso se va a dar y el 25 de mayo el pueblo será poder.

Conferencia en San Luis. Juan Manuel Abal Medina, Elías Adre, candidato a gobernador, Héctor Cámpora y José Rucci. Detrás, Jorge Bernetti, jefe de prensa del Movimiento, y Segundo Palma, sustituto de Coria en el Sindicato de la Construcción.

El otro aspecto delicado era que se había generado una situación en la cual la juventud quedaba casi como única participante, ya que la dureza de sus posiciones hacía que cualquier presencia sindical desencadenara enfrentamientos, como sucedió de hecho en varios actos de la provincia de Buenos Aires. Así se produjeron dos fenómenos negativos: por un lado, perdíamos electorado moderado y, por el otro, la juventud fue considerándose a sí misma cada vez más dueña exclusiva del proceso, lo que llevó a muchas circunstancias negativas, expresadas en la disparatada consigna «Montoneros y Perón: conducción, conducción».

Los generales habían sacado un programa que, según ellos, debía cumplir el gobierno que asumiera el 25 de mayo de 1973. Se lo conoció como el Programa de los Cinco Puntos. Ahí se destacaba el rechazo a la amnistía. Vale la pena detenerse un momento para reseñar el berenjenal constitucional que armó Lanusse.

Su obsesión por derrotar al peronismo en las urnas llevó al país a un verdadero caos jurídico, que vino a sumarse a la notoria ilegalidad existente desde el bando militar («Proclama») del 27 de abril de 1956 que derogó la Constitución de 1949.

En 1971, Lanusse reunió a los líderes políticos nacionales de todas las ideologías para un acuerdo, logrando el Gran Acuerdo Nacional, una hoja de ruta para el retorno al gobierno democrático, en el que por primera vez los militares aceptaban el retorno del peronismo. El

acuerdo, sin embargo, se parecía muy poco a lo que se había discutido y, en cambio, propuso el poder de veto virtual para las Fuerzas Armadas sobre la mayoría de las futuras políticas nacionales y extranjeras. Esta condición evidentemente inaceptable llevó a la mayoría de las figuras políticas a descartar el acuerdo.

Un año después, ante la insostenible situación del régimen militar, Lanusse convocó a elecciones generales «sin proscripciones» para el 11 de marzo de 1973. Dictó también el Estatuto de Partidos Políticos, en el que se prohibió que un partido tuviera su denominación basándose en un nombre propio, forzando así el cambio del nombre del Partido Peronista al Partido Justicialista, que ostenta hasta la actualidad.

Del mismo modo, se ordenó la disolución de la Unión Cívica Radical del Pueblo y la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), separadas desde 1957, entregando la Justicia el nombre de Unión Cívica Radical a un único partido. La UCRP se convirtió en la única UCR, mientras que la UCRI se renombró como Partido Intransigente, aunque denunció la ilegalidad del acto. Otros partidos que empleaban el nombre Unión Cívica Radical hasta entonces, como el bloquismo sanjuanino, debieron renombrarse o disolverse, fundándose en este caso concreto el Partido Bloquista de San Juan.

Las reglas electorales fundamentales que rigieron la elección presidencial fueron establecidas en el texto constitucional entonces vigente (la llamada «Reforma constitucional» de 1957, realizada durante la dictadura de la «Revolución Libertadora»), y el «Estatuto Fundamental» temporario de 1972.

Se establecía voto directo en un solo distrito abarcando todo el país, segunda vuelta electoral entre los candidatos que obtuviesen más del 15% de los votos, en caso de que ninguna fuerza obtuviera la mayoría absoluta en la primera vuelta. Esto regía tanto para el presidente como para los gobernadores e, incluso, para los senadores que dejaban de ser los tradicionales dos por provincia y la Capital Federal, electos de manera indirecta, para pasar a ser tres por cada provincia y la Capital Federal, electos por votación directa, correspondiéndole a la lista más votada, y el restante, a la segunda.

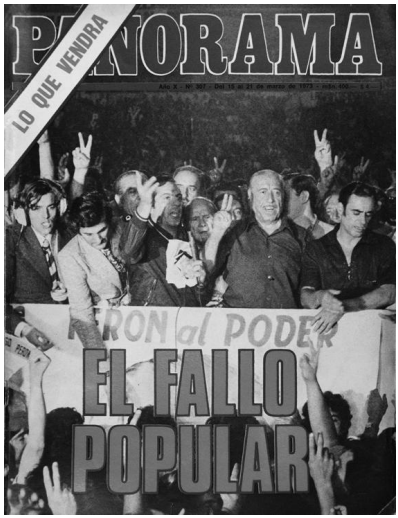
De no obtener ninguna lista el 50% en la primera vuelta, era electo el primer candidato de cada una de las dos listas más votadas, pasando los segundos de cada una de ellas a disputar la tercera banca en la segunda vuelta. En cuanto al mandato presidencial, era de cuatro años con posibilidad de una reelección inmediata.

La dictadura de Lanusse impuso también, el 27 de julio de 1972, un plazo de un mes, con vencimiento el 25 de agosto de 1972, para que todos los candidatos establecieran su domicilio en Argentina, imposibilitando así la candidatura de Juan Domingo Perón, que estaba exiliado desde 1955.

En reunión de la Junta de Comandantes del 24 de enero de 1973, se emitió una declaración —conocida luego como «Los cinco puntos»— donde resolvieron:

La CGT en apoyo de la candidatura del Frente. Juan Manuel Abal Medina, Héctor Cámpora, José Rucci y Adelino Romero. A la izquierda, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú.

> 1. Asegurar la continuidad del proceso y acatar el pronunciamiento de las urnas; 2. Respaldar en el futuro la total vigencia de las instituciones republicanas; 3. Asegurar la independencia e inamovilidad del Poder Judicial; 4. Descartar la aplicación de amnistías indiscriminadas para quienes se encuentran bajo proceso o condenados por delitos vinculados con la subversión y el terrorismo; 5. Compartir las responsabilidades dentro del gobierno que surja de la voluntad popular, como integrantes del Gabinete nacional, según la competencia que fijan las leyes y demás disposiciones, en especial en lo que hace a la seguridad interna y externa, respetando las atribuciones constitucionales para las designaciones de los ministros militares por parte del futuro presidente, de conformidad con la legislación vigente al 25 de mayo de 1973.



Perón al poder. Tapa de Panorama*, marzo de 1973.*

En esos días, todos los diarios informaron que el Gobierno había prohibido la transmisión por televisión o radio de comentarios efectuados por el general Perón y que se le había iniciado querella criminal por incitación a la violencia. Se informó también que se había dictado orden de captura contra Rodolfo Galimberti, por el mismo motivo.

La injerencia de las Fuerzas Armadas durante la campaña electoral fue muy alta. El 28 de enero, el fiscal general Gervasio Colombres solicitó al Tribunal Electoral la disolución del Frejuli, provocando una condena casi unánime de todos los partidos políticos. El 5 de febrero, la Junta de Comandantes solicitó ante la Justicia la disolución del Frejuli, por considerar subversivo el lema «Cámpora al gobierno, Perón al poder». El 6 de febrero, Lanusse dictó un decreto por el cual quedaba prohibido el regreso de Juan Perón a la Argentina hasta la asunción del mando del nuevo gobierno.

A mediados de febrero, en uno de los momentos críticos con el frente militar, Lanusse reiteró en una reunión de generales, que se hizo trascender, que él aseguraba que el señor Perón nunca iba a volver a ser presidente de la Argentina. En este clima, viajé a Madrid.

21
El sinuoso camino al triunfo

En Barajas, me estaban esperando la señora Isabel y José López Rega, que me dijeron que el General estaba recuperándose de una gripe y que lo viera a la tarde porque estaba descansando. Durante el tiempo de espera, me invitaron a almorzar. Fue una situación muy rara. Era la primera vez que hablaba de algo importante con López Rega, quien ni bien nos sentamos en el restaurante se largó a decir pestes de Cámpora.

Fue el 1º de marzo de 1973. Lo primero que afirmó fue que a Cámpora lo habían puesto ellos (en referencia a él y a la señora Isabel) de delegado, lo mismo que a Galimberti en el Consejo Superior. De mí no dijo nada, pero me pidió que los ayudara a terminar con Cámpora, porque los estaba traicionando. Yo miraba a la señora, que no decía nada, y finalmente empecé a preguntarle a qué se refería con lo de traición, porque veía a Cámpora cumpliendo con mucha lealtad la encomienda del General.

Me dijo: «No es así. Sabemos que usted actúa de buena fe, pero se ha armado alrededor de Cámpora un grupo extraño con su sobrino, Mario, que solo piensa en negocios, y con Righi, que es gorila». Y agregó lo que luego sería repetido muchas veces: «¿Qué será de nosotros, que hemos hecho todo, si al General le pasara algo? Cámpora nos dejaría en la calle».

11 de marzo de 1973. Vota Alejandro Agustín Lanusse.

Esto, dicho una y otra vez, fue el tono de aquello en lo que insistía López Rega. Yo intentaba poner algo de sensatez, y la señora hacía comentarios intrascendentes, pero López Rega me exigía que le dijera al General cómo lo estaba traicionando Cámpora. Hice las cosas lo más cortas posible y me despedí con el compromiso de estar a las cinco en Puerta de Hierro.

Me fui al hotel a pensar en qué estaba pasando y a esperar la hora del encuentro con el General para ver mejor el panorama. Era portador de varias cartas para Perón, en las que muchos lo felicitaban de antemano. Entre ellas, iba una de Sánchez Sorondo que yo le había pedido para explicar de primera mano la situación militar, ya que él había tenido una larga reunión con el general Alcides López Aufranc. Pero no revisé esa carta (en la primera parte, Sánchez Sorondo hacía un elogio desmesurado de Cámpora y de la juventud), y eso fue un grave error.

En Puerta de Hierro, me encontré con un Perón muy distinto al que había partido de Buenos Aires en diciembre. Estaba claramente desmejorado y tenía un hablar mucho menos vivaz. Me contó que habían tenido que sacarle otros pólipos de la próstata y que esta vez había quedado muy dolorido e incómodo y muy dependiente de la medicación. Por primera vez, tuvo una expresión favorable sobre López Rega, que recuerdo muy bien: «Qué suerte que tengo conmigo a este loco, que es capaz de no dormir para cuidarme».

Con este cuadro, comentarle al General lo hablado en el almuerzo me pareció imprudente y dejé que él llevara la conversación por los temas que deseara tocar. Me contó con detalle sobre la reunión en

Asunción, cuando le dijo a Cámpora que sería el candidato, y la respuesta de este: «Mi general, solo acepto porque hemos fracasado en el objetivo de limpiar esta elección, pero solo seré presidente para plantear de inmediato la inconstitucionalidad de la proscripción y renunciar para que puedan realizarse elecciones de verdad libres».

Le comenté que así me lo había relatado Cámpora al llegar de Asunción a Buenos Aires, en el departamento de Solano Lima, pero a solas. Dijo que él le había indicado a Cámpora que me lo comentara y me preguntó si este lo había comentado luego con Solano Lima, a lo que contesté que lo ignoraba. Al General le interesaba conocer el desarrollo de la campaña y me expresó su preocupación por la excesiva dureza del tono de los actos. Tal cual yo temía, Perón estimaba que seguramente estábamos perdiendo votos moderados.

Por supuesto, entré de lleno en el tema central, que era su posible acercamiento al país, como forma de definir con seguridad la elección a nuestro favor. El General me dijo que desgraciadamente no se sentía en condiciones de viajar y que él creía que sacaríamos las cosas adelante. El resto de la conversación fue introductoria a la cuestión que le preocupaba: la reorganización del movimiento, que por algunos comentarios que le habían llegado creía más importante que nunca.

En el pequeño grabador que guardaba en el cajón, me hizo escuchar (no sin antes haber cerrado la puerta del despacho con llave) una cinta que le había hecho llegar Jorge Antonio y que no conocían, me advirtió, ni la señora Isabel ni López Rega. Eran partes de dos o tres actos, con algunas palabras de Cámpora y de Solano Lima, donde se escuchaba el reiterado canto de «Montoneros y Perón: conducción, conducción». Me dijo que estas ideas podían complicar las cosas luego de las elecciones. Se lo notaba cansado, y le propuse que continuáramos al día siguiente para grabar los mensajes que iba a enviar para el cierre de campaña.

El tema de la consigna «Montoneros y Perón: conducción, conducción», que era la culminación del monopolio de la campaña que iba tomando la juventud, generaba la situación absurda de que solo movilizaban ellos. Sin duda, porque hacían el esfuerzo, pero también porque excluían a los otros sectores. Caso contrario, se armaba despelote. Y, como parecían ser cada vez más, se sentían más dueños de todo.

¿Qué hubiera pasado si, por ejemplo, hubiera concurrido el sindicalismo con consignas del mismo tipo: «¡CGT y Perón:

conducción, conducción!»? En definitiva, la de la juventud era una consigna peligrosa no solo porque excluía a los otros y pretendía ponerse en pie de igualdad con Perón, sino también porque el peronismo quedaba totalmente reducido a quienes aceptaran esa conducción bicéfala. Y está claro que la gran masa del peronismo no era eso. Lo hablé con Galimberti, que prometió actuar, pero siempre estaba el problema de que, como tenía pedido de captura, no aparecía, y las cosas continuaban complicándose.

Roberto Perdía, en su libro *Montoneros*, señala:

> Esta consigna no expresaba una posición unívoca ni formalmente asumida [...] Visto desde ahora, aparece como uno de los componentes más conflictivos de la relación con Perón. Debo suponer que, para el viejo General, aquí estuvo nuestro «pecado capital» y no hubo agua del Jordán que lo pudiera redimir. (22)

Es un acto sincero decir que en Rosario, que había quedado a su cargo, no llegaban a reunir a los «veinte compañeros orgánicos» al momento del regreso de Perón, pero que en un acto de diciembre de 1972 habían convocado entre cinco y seis mil compañeros, aunque entre los oradores no había ni uno solo que fuera miembro de la organización. Con lo que toma una posición clara respecto a cuál era la verdadera fuerza de la organización durante la campaña del «Luche y Vuelve».

Sobre esta cuestión, tengo un recuerdo preciso. En los primeros días de febrero de 1973, en un acto en La Plata, escuché por primera vez la consigna de «Montoneros y Perón: conducción, conducción». Provenía de un sector relativamente poco numeroso, pero ubicado frente al palco. Me corrí del centro del escenario y estuve observando al grupo junto con Mario Herrera, que me hizo varios comentarios.

Al final del acto, de regreso en Buenos Aires, fuimos a comer algo en casa; llegué con Mario, Horacio Maldonado y Julio Mera, y se sumaron Manuel Urriza y otros compañeros. Mario Herrera señaló que era la tercera vez que él escuchaba la consigna y que eso significaba un cambio con lo sucedido hasta entonces. Dijo que se había pasado del festivo: «Duro, duro, duro, estos son los montoneros que mataron a Aramburu», a esta consigna, y que el cambio iba de la mano, según su observación, de una modificación en la característica del público. Algo

que iba de la presencia casi anárquica de compañeros que llegaban durante el «Luche y Vuelve», con un componente social con predominio de sectores populares, a una cierta organización de grupos que claramente eran estudiantes de clase media y llegaban más o menos organizados.

En La Plata, eso resultó claro, y Manuel Urriza compartió la apreciación. A algunos compañeros que él conocía, se habían sumado grupos que venían del FEN y otros sectores de izquierda que, en general, habían desarrollado teorías conspirativas sobre la captura y muerte de Aramburu y no habían creído en el regreso del General. Urriza tenía conocimiento de que se estaban incorporando estos grupos. En el transcurso de la campaña, presté atención a esos comentarios de Mario Herrera, y su precisión me resultó evidente. Es decir, se estaba produciendo un vaciamiento de otras estructuras que habían contenido a grupos provenientes de los grupos de izquierda universitaria y ahora iban hacia la Tendencia.

A la mañana siguiente de ese día en el que el General me hizo escuchar en Madrid la consigna: «¡Montoneros y Perón: conducción, conducción!», el encuentro fue solo social. Me dijo que seguía muy incómodo y que prefería grabar al día siguiente. Así lo hicimos, por lo que el 5 de marzo salió para Buenos Aires con los mensajes grabados mi colaborador Horacio Maldonado, y yo postergué el regreso para recibir las instrucciones necesarias destinadas a iniciar de inmediato la reorganización del movimiento.

Fueron dos días de trabajo intenso. El General había tomado notas que iba desarrollando con su habitual erudición, poniendo ejemplos históricos siempre pertinentes y profundos. La idea era reorganizar las cuatro ramas de manera democrática, pero con límites precisos, que resumía en diversas consignas: «Ni Juventud Sindical, ni Juventud Trabajadora Peronista»; «ni burócratas traidores, ni infiltrados».

Festejo de la militancia en la sede del Frente, en la esquina de Oro y Santa Fe.

La organización de la rama sindical se tenía que manejar con José Ignacio Rucci como única cabeza. La JP, con Rodolfo Galimberti en el mismo papel. La rama femenina, con Isabel, y la rama política debía ser el campo donde se procesaran las distintas diferencias y tendencias para llegar a una dirección colegiada por elecciones, con dos representantes de la mayoría y uno de la minoría.

De manera simultánea, se crearía la Escuela de Conducción Política, que utilizaría como textos principales *La comunidad organizada* y *Conducción política*, del General. La organización de la escuela estaría a cargo de una comisión que integrarían Eduardo Setti, Luis Rivet y Hugo Anzorreguy. Todo el proceso debía conducirlo yo, tratando de evitar los enfrentamientos y excluyendo a los que promovieran la descalificación de otros compañeros.

Mis notas sobre lo conversado ocuparon doce hojas que conservo hasta hoy. Estas ideas las mantuvo el General hasta su muerte, que lo sorprendió en medio de una postrera negociación con la juventud llevada adelante por Duilio Brunello, interventor en Córdoba y vicepresidente segundo del Partido Justicialista, y por el Chango Funes. Esto ha quedado documentado en dos libros del Chango Funes y en cartas de Duilio Brunello, Roberto Perdía y Juan Carlos Dante Gullo. (23)

El General grabó un breve mensaje adicional, diciendo que el 11 de marzo festejaría junto con todo el pueblo peronista y llamando a votar masivamente para romper las trampas de la cláusula proscriptiva y el balotaje. Me despedí de Perón, y ya de salida, con el pretexto de ayudarme para la partida, se me pegó López Rega, quien

insistió en las acusaciones contra Cámpora y me advirtió en que yo sería la primera víctima de los «manejos turbios de esa banda». De diferentes formas, algunas muy delirantes, afirmaba que Cámpora sabía bien que había sido delegado y luego candidato por los manejos de ellos, y que tenía que actuar en consecuencia. El «nosotros» en nombre del que siempre hablaba incluía a la señora, y la verdad es que en dos ocasiones lo hizo en presencia de ella, que lo dejó hacer. No le hice caso y me lo saqué de encima lo más rápido posible.

Llegando a Buenos Aires, desde Ezeiza, llamé a Héctor Cámpora para decirle que necesitaba hablar urgente con su padre. Le pedí reserva. Me dijo que fuera para el departamento de Melo.

Llegué a la casa de Cámpora, y me esperaba afortunadamente solo. Lo saludé y felicité por la marcha de la campaña, de la que me habían informado Julio Mera y Mario Herrera (que había ido a esperarme a Ezeiza enviado por Galimberti), y le referí el estado de salud en que había encontrado al General. Cámpora se conmovió con la noticia, aunque me dijo que algo había notado en la voz de Perón en las dos últimas conversaciones telefónicas. No pude darle mayores precisiones, porque no las tenía, y pasé a referirle con exactitud los dos encuentros con la señora Isabel y López Rega, y las reiteradas afirmaciones en su contra de este último. Me preguntó si había hablado algo de eso con el General, y le dije que había pensado hacerlo, pero que en su estado me pareció desaconsejable. Se quedó serio, pensando, y dijo: «Creo que los he descuidado», y agregó que «ellos sienten que yo les debo todo, y algo de eso hay».

Hubo un largo silencio, y luego me dijo que no hablara ninguno de esos temas con nadie, «absolutamente con nadie», y agregó algo así como «yo lo voy a arreglar». Le dije a Cámpora que me parecía que el tema era grave y que a mi juicio tenía que ser afrontado de manera decidida, antes de que el malestar creciera. Me pidió que le hiciera alguna sugerencia, y yo le dije, palabra más, palabra menos, que ya el proceso estaba consolidado y no veía forma de que los sectores más reaccionarios de las Fuerzas Armadas pudieran interrumpirlo.

Le conté sobre la reunión de Sánchez Sorondo con López Aufranc (que él ya conocía) y le dije que me parecía que podía empezar a superarse ese problema y, al mismo tiempo, consolidar la votación para llegar con seguridad al 50% de los votos. Para eso, era necesario hacer un anuncio espectacular esa misma noche, en el cierre de campaña en la cancha de Independiente. De una vez, le solté la idea

que venía madurando en Madrid y en el viaje de regreso: «Creo, doctor, que usted debe hacer pública la forma en que aceptó la decisión de Perón de designarlo candidato, y decir que asumirá la presidencia al solo efecto de limpiar el proceso, renunciar y hacer posible la elección libre y sin proscripciones para que el general Perón sea presidente. Por supuesto, el doctor Solano Lima debe decir que lo acompañará en esa decisión».

Cámpora reaccionó de inmediato. Dijo que era muy peligrosa la maniobra que yo le sugería, que podía estropear todo el proceso y que él no podía tomar esa responsabilidad sin una orden expresa del General. Y agregó: «Además, nunca he hablado nada de esto con Solano Lima». Le expresé mi asombro por esto último, ya que la noche del 15 de diciembre de 1972 en el Hotel Crillón, en la casa de Solano Lima, él me había contado su diálogo con el General en Asunción en ese sentido.

No hubo manera de convencerlo. Se mantuvo en su punto de vista y, además, me dijo que de alguna manera el diálogo de Asunción había sido una formalidad, pero que desde entonces (habían pasado poco más de dos meses) no se había vuelto a hablar del asunto, y que él, incluso, por prudencia ni siquiera lo había hablado con su equipo. Le dije: «Doctor, creo entender que usted piensa que va a ser presidente por cuatro años, y que vamos a dejar este proceso así, como lo armó Lanusse». Me contestó: «No, doctor, pero lo vamos a modificar cuando el General lo indique». Yo le dije que Perón no lo iba a indicar de manera directa, que —como él sabía mucho mejor que yo— eso no estaba en su estilo de conducción, y le pregunté si él pensaba ser presidente con el General en Gaspar Campos.

Insistió en que era un tema para hablar después. Me pidió que no hablara del tema absolutamente con nadie y me volvió a decir que era muy importante mi discurso de esa noche, que debía llevar tranquilidad a las Fuerzas Armadas, como venía haciéndolo en mis últimas intervenciones.

Al señalar errores de otros, no quisiera esquivar mis propias responsabilidades. Una de ellas es de tipo personal. Mi intención de dar por terminada mi participación en ese proceso con el regreso del General había sido muy sincera y sentida de manera muy profunda. Pero eso no fue posible, y nos internamos en el proceso de selección de candidatos y, luego, en el comienzo de la campaña.

Los abogados Julio Mera, Eduardo Duhalde, Diego Muñiz Barreto, Roberto Vidaña y Rody Vittar, entre otros, reclaman por los presos políticos en Trelew, abril de 1973.

Me resultó claro que el General, tanto en cartas que se hicieron públicas como en otras privadas y en diversas entrevistas, me alentaba a continuar y, con sus conceptos, me daba cada vez más poder para que pudiera cumplir sus encargos. Veía que lo mismo sucedía con José Rucci, al que apoyaba ostensiblemente y con el que habíamos comentado la sensación compartida de haber ya cumplido nuestra tarea con el regreso de Perón.

Pero el sesgo que fue tomando la campaña, el endurecimiento de los discursos y las consignas, lo de «ni un minuto de gobierno peronista con presos políticos» sin hacer mayores distinciones, el retraimiento de sectores tradicionales del movimiento, en fin, todo lo que se condensaba en esa absurda consigna de «Montoneros y Perón: conducción, conducción», me fue llevando cada vez más a pensar que ingresábamos en un período negro, de consecuencias impredecibles. Y yo sentía que también en lo personal avanzaba hacia una etapa negra, de difícil manejo, con hijos muy chicos y sin posibilidades de continuar con mi trabajo y una vida más o menos normal.

El viaje a Madrid, los comentarios de Isabel y López Rega y, ahora, esta actitud de Cámpora confirmaban mis peores augurios. Sentí —casi podría decir que vi— que también en lo personal ingresaba en años negros. No es una excusa, pero creo que la pérdida de la alegría que había recuperado el 17 de noviembre (siempre me dijeron que en las fotos de ese día aparezco demasiado serio, adusto, decía Norma), y que había comenzado a desaparecer muy poco después, con la muerte de Ramón Cesaris, y esta sensación que me acompañaría desde entonces me quitaron capacidad de análisis, de imaginación y

de fuerza para enfrentar desafíos que cada día se hacían más complejos.

El viernes 9 de marzo de 1973, Lanusse jugó sus últimas cartas, dando un mensaje que se repite todo ese día y el sábado advirtiendo que «del sufragio también puede resultar que la República pierda y se sumerja en la anarquía, la obsecuencia, la delación, la corrupción, el engaño, el mesianismo, el envilecimiento de las instituciones, el cercenamiento de las libertades, la implantación del terror y la tiranía o la subordinación a la voluntad omnívora de un hombre». Luego de mi encuentro con Cámpora en su casa, ocurrió el gran acto de cierre de campaña en Independiente, y después vino la elección y todo lo que se cuenta en otras partes. Yo no podía festejar realmente, porque no lograba sacarme de la cabeza la certeza de que se estaba avanzando sin resolver una cuestión de fondo, que quedaba enterrada, como un foco de infección. Insistí con Cámpora en que viajara a la brevedad, y siempre me contestó que primero quería tener la certificación formal de la victoria para ir a llevársela a Perón.

Las elecciones se realizaron sin problemas el 11 de marzo, y Cámpora, que necesitaba el 50% de los votos para ser elegido en primera vuelta, recibió el 49,53%, a menos de medio punto porcentual de obtener un triunfo absoluto. Balbín quedó en segundo lugar, muy atrás, con el 21,29% de los votos, y luego Manrique obtuvo el 14,91%, a tan solo 0,09 puntos de acceder también a un balotaje junto a los otros dos candidatos más votados.

22- Roberto Perdía, *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona*, Planeta, Buenos Aires, col. Espejo de la Argentina, 2013, p. 240.

23- Carlos «Chango» Funes, *Perón y la guerra sucia*, Buenos Aires, Catálogos, 1996, pp. 195 y ss.

22
Se complican las cosas

Finalmente, Cámpora, su señora y sus dos hijos viajaron a Roma el 25 de marzo. Allí los esperaba el General, en compañía de la señora Isabel y de López Rega. Por su parte, y en un viaje armado por Rodolfo Galimberti y Héctor «el Vasquito» Mauriño, viajaron a Roma Mario Eduardo Firmenich, Roberto Perdía y el Negro Quieto. Antes de la partida, hablé de nuevo con Cámpora para reiterarle la mala situación con la que se iba a encontrar.

Para esas fechas, Rucci me había comentado que Alberto Manuel Campos, candidato a intendente de San Martín, de regreso de un viaje a Madrid, en el que solo se había visto con la señora Isabel y López Rega, le había dicho: «La señora está muy molesta con Cámpora». José Rucci había ido tomando cada vez más distancia de Cámpora. Fue él quien me contó de una frase de Cámpora: «Yo siempre fui un señor de las señoras», haciendo referencia a su estrecha relación con Eva Perón y ahora con Isabel.

Le comenté esta nueva referencia a Cámpora y le agregué que tenía que tener mucho cuidado con Santiago de Estrada, que era el embajador ante la Santa Sede, porque sabía que había estado averiguando datos sobre él. De Estrada era del grupo del Ateneo de la República, escindido de Azul y Blanco, y ahora de nuevo cercanos. El encuentro de Cámpora con el General fue muy cálido, pero, como era obvio, ya en Fiumicino estaba De Estrada para saludar al presidente electo y ofrecer sus buenos oficios para solicitar una audiencia con el papa Paulo VI.

Se le dijo que la audiencia debía incluir al general Perón y al doctor Cámpora, y el embajador partió con su encargo. Recién el 28 de marzo el Vaticano anunció la audiencia para Cámpora y su familia. Perón quedó excluido. Cámpora consideró esto «una catástrofe», pero el General pensó que podía ser prudente no desairar a Su Santidad. La

audiencia sería a la mañana siguiente. Sánchez Sorondo me avisó —yo lo había puesto en alerta— sobre cómo iba a ser la audiencia, e intenté comunicarme con Cámpora, que me eludió. Di con su hijo Héctor, al que le dije —sin que pareciera entender nada— que era importante que su padre presentara en la mañana un cuadro de muy fuerte gripe, con alta temperatura, y no fuera a la entrevista. Fue un diálogo de sordos. Finalmente, fueron a la audiencia y avanzaron otro paso más hacia la «catástrofe».

Mientras tanto, se había producido el primer encuentro de los dirigentes montoneros con el General. Llegó primero el Vasquito, que fue recibido por López Rega, quien de inmediato cargó contra Cámpora diciéndole que los estaba traicionando, que el General estaba mal de salud y que Cámpora quería cortarse solo, pero que ellos no lo iban a permitir. Cuando llegaron Firmenich, Perdía y Quieto y, mientras avanzaban hacia la suite de Perón, López Rega fue repitiendo los mismos ataques contra Cámpora, diciéndoles que tenían que unirse para evitar la traición. Esto me lo contó al día siguiente Galimberti, a quien había llamado el Vasquito para informarle.

En el tomo II de *Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte*, (24) cuenta Galasso, tomando declaraciones publicadas en la revista *Noticias* del 21 de febrero de 2004, que Firmenich dijo:

> Lo conocí a Perón en Roma en abril de 1973. Yo estaba con el Negro Roberto Quieto y Roberto Perdía. Era la primera vez que Perón veía a Cámpora después de que hubiera sido electo. Desde que José López Rega nos recibe en la puerta, nos fue hablando pestes de Cámpora y diciendo: «Nosotros tenemos que decirle todo esto al General, en presencia de Cámpora». Supongo que pensaría que éramos más tontos que lo que parecíamos.

Héctor Cámpora parte hacia Roma. Lo despide Juan Manuel Abal Medina.

De manera similar, Perdía dijo que «Perón no ocultaba su preocupación por la necesaria reconversión de nuestra fuerza, y nos reseñó sucesos históricos para ejemplificar las dificultades para el reintegro a la vida civil por parte de quienes venían de protagonizar una resistencia que incluía actividades militares». (25)

En *Montoneros*, (26) Roberto Perdía cuenta que, el último día en Madrid, López Rega los invitó a tomar un café en el Hotel Monte Real, cercano a la casa del General. Allí «desplegó su teoría sobre el futuro apelando a la metáfora del guitarrista de Gardel». Lo que les dijo López Rega fue lo siguiente: «El más eximio de esos guitarristas de Gardel murió con él en el accidente de Medellín.

El otro, menos habilidoso, había quedado en Buenos Aires, para reducir los costos de la gira. Eso fue lo que lo salvó. Pero, a la muerte de Gardel y de su mejor guitarrista, este, el menos habilidoso, se ganaría la vida suplantando su menor calidad con la fuerza de su título de El Guitarrista de Gardel». Y cerró la anécdota diciendo que ese era su futuro. Que el General sería presidente y que, a su muerte, lo sucedería Isabel. Entonces, llegaría su momento, porque ejercería el poder a través de Isabel, que era su discípula. Remarcó que, como aquel «guitarrista malo», él suplantaría sus deficiencias con el título de «secretario de Perón».

Finalmente, Perdía reflexiona: «Nosotros no asignamos a esas y otras anécdotas e ideas ninguna significación y valor más que los de

sueños de un delirante. Con el tiempo, comprenderíamos cómo nos habíamos equivocado». En esas reuniones, los dirigentes montoneros entregaron las carpetas con sus trescientas propuestas para los cargos públicos y los vetos, que incluían a Antonio Cafiero, lo que no pude dejar de considerar una nueva desconsideración hacia mí, ya que mi amistad con Cafiero era muy conocida. El General, en una comunicación telefónica en la que no se cuidó en los temas que trataba, me comentó que había visto las carpetas de las que ya habíamos hablado (yo lo había informado de inmediato al conocer su existencia), que a mí me ponían como único candidato a ministro del Interior.

Me dijo que iba a ser quizás un poco menos fácil controlar a los muchachos, pero que lo que me encargaba era que no lo soltara a Rodolfo, que impidiera de cualquier manera que lo «encuadraran». Como hablaba sin reservas, le dije la dificultad que veía: Rodolfo no quería quedar subordinado a la «orga», pero había entrado en una especie de competencia, haciéndose cada vez más el duro, por lo que no soltarlo me obligaba a endurecerme yo también, poniendo en peligro la unidad del movimiento.

Es interesante conocer todo esto, porque demuestra el origen de los manejos de López Rega contra Cámpora. No parece haber habido inicialmente una motivación ideológica, sino exclusivamente personal, en su deseo de debilitarlo. Su plan fue siempre llegar a que el General fuera presidente y la Señora, vice. Cuando la salud de Perón se deterioró a partir de febrero, temió que el tiempo no alcanzara y quería quemar etapas. Pero, además, la primera alianza que buscaba era conmigo y con la Tendencia.

Cámpora regresó a Buenos Aires, y lanzamos la gira para la segunda vuelta, viajando a todos los distritos donde no se había llegado al 50%. Antes de viajar, tuvimos una reunión en su casa, de la que participamos Cámpora, Galimberti y yo. Con Galimberti, le dimos una información completa de lo que estaba pasando en los alrededores del General, y le destaqué el gravísimo error de la audiencia con el papa. Cámpora dijo que mi llamada a Roma había sido una imprudencia, que podía haber sido registrada por cualquier servicio, y que lo que no podíamos tener era un problema con la Iglesia. No hubo caso de hacerlo entrar en razones acerca de lo que iba a suceder.

El día que Cámpora estaba viajando hacia Buenos Aires, había recibido muy temprano en mi casa la inesperada visita de Raúl Lastiri,

que luego de pedirme una reserva absoluta me dijo que su suegro, nada menos que López Rega, se había vuelto loco, pero que estaba armando, al parecer con apoyo de la señora Isabel, una intriga para voltear a Cámpora. Me dijo también que él veía complicada la elección en Capital y que le preocupaba, porque era muy injusto que me cargaran a mí el asunto, por la candidatura de Sánchez Sorondo.

Él sabía que yo no había tenido nada que ver y que todo en Capital lo había manejado Santiago Díaz Ortiz con Alejandro Díaz Bialet. Yo únicamente le había ofrecido a Enrique Graci Susini la segunda candidatura a diputado, luego de Díaz Ortiz, para lo que había pedido la autorización del General. Mi amigo Enrique, que no compartía muchos matices del proceso, tuvo la hidalguía de no aceptarla. Lastiri me mostró un boceto de un afiche que le habían llevado para que se pegara luego del 15 de abril si, como se pensaba, el peronismo salía derrotado: «¿Quién puso al piantavotos?», en relación a Sánchez Sorondo. Ese era todo el contenido. No me dijo (y me pidió que no le preguntara) quién le había llevado ese diagrama, que era una clara agresión en mi contra.

La candidatura de Marcelo Sánchez Sorondo y toda la cuestión de la candidatura de Anchorena en la provincia de Buenos Aires merecen un párrafo. En Gaspar Campos, con el General, y luego en casa de Llambí con Cámpora, reiterado dos días después en lo de Solano Lima, quedó claro que yo no intervendría para nada en esos dos procesos, por ser los distritos del candidato y de sus colaboradores más cercanos. Lo de Sánchez Sorondo, a su vez, fue un claro error político, ya que se lo candidateaba en la única posición, segundo lugar para el Senado, que iba a tener que disputar una segunda vuelta en la Capital. Si la ciudad de Buenos Aires nunca fue un distrito muy proclive al peronismo, menos lo sería para alguien con el perfil de Marcelo. De haber ocupado cualquier otra candidatura, fuera a disputado o a primer senador, nos hubiéramos ahorrado un disgusto. Pero prevaleció el interés de los armadores de la lista de ocupar ellos los primeros lugares.

Lo mismo, palabra más, palabra menos, me había dicho el día anterior Norma Kennedy, que pidió verme de urgencia. Dijo que la estaban «reclutando» en una conspiración, aunque ella prefería negociar, pero que Galimberti tenía que entrar en razones y debíamos despegarnos del Tío Cámpora, porque «ya no tiene arreglo».

Juramento de Antonio Cafiero (1953). Un peronista de Perón, desde y hasta siempre.

Acordé que viniera al día siguiente a las ocho de la mañana a casa, porque salíamos para Córdoba a las once, y apreté a Galimberti para que fuera. Empezaron insultándose, pero acabaron en un cierto acuerdo de continuar hablando. Yo los había dejado solos, con Wenceslao Benítez a cargo, y fui a una cita que había armado por otro canal con Alberto Brito Lima, que no quería verse con Galimberti sin ciertas garantías. Más o menos me contó las mismas cosas que Norma Kennedy, y quedé en llamarlo.

En el viaje a Córdoba, conseguí aislarme con Cámpora y volví a insistirle, agregando los nuevos datos (no dije lo de Lastiri, porque podía generarle un lío serio). Dijo que él estaba manejando toda la situación, que la señora Isabel había estado sumamente afectuosa con él y que, para consolidar la relación, iba a enviar a su sobrino, Mario Cámpora, con su mujer, Magdalena Díaz Bialet, para acompañar al General y señora en París, que conocían muy bien, y donde podían serles muy útiles a Perón. Insistió en que Mario iba a convencer al General para que viniera el 25 de mayo, día de la asunción presidencial, y con el papel absolutamente central que el General tendría entonces se acabarían las intrigas. No hubo manera de hacerle entender lo equivocado que estaba, y se me salía del tema diciendo siempre que yo no entendía el manejo de «la Corte».

En *El presidente que no fue*, Miguel Bonasso cuenta:

> El 7 de abril, cuando partieron de gira para la campaña de la segunda vuelta, Abal Medina habló largamente con el Presidente electo. Le comentó que el ambiente se estaba

> enrareciendo en la quinta y le propuso viajar a Madrid para frenar la intriga. Cámpora pensaba que Abal manejaba mal la corte de España y les restó importancia a los avisos. (27)

Debo aclarar que todo esto es parte de la versión que de esta época le da Mario Cámpora a Bonasso, a quien sigo citando:

> Durante la vertiginosa gira que abarcó Neuquén, Santiago del Estero, Mendoza, San Luis, San Juan, Paraná, Santa Fe y Córdoba, Norma Kennedy envió varios mensajes a Galimberti y a Abal Medina exigiéndoles que entablaran inmediatas negociaciones. […] El 11 de abril en Córdoba, el dirigente de la JP y el secretario general se reunieron a puertas cerradas con el Tío, insistiendo en la necesidad del viaje a Madrid.

Pero Cámpora se volvió a negar. A todo esto, Galimberti ya me había contado en detalle lo sucedido en Roma y en Madrid, tanto con los Cámpora como con Firmenich, Perdía y Quieto. Coincidimos con Rodolfo en que, al no haber encontrado aliados ni de ellos ni míos, López Rega estaría ya reclutando disconformes, como lo demostraba el acercamiento de Norma Kennedy. Por otra parte, las reuniones con los jefes montoneros deben haber resultado por lo menos complicadas para el General.

Tal como me había anunciado el doctor Cámpora para estas fechas, Mario Cámpora y Magdalena viajaron a París, donde se encontraba el General, para reunirse con el presidente mexicano, Luis Echeverría. El viaje fue un desastre. Perón dejó a Mario largamente a solas con López Rega, que se despachó con todo tipo de acusaciones contra su tío, para culminar afirmando que «Cámpora cree que el poder es de él, pero el poder no es de él».

Luego de eso, cenaron con el General, que no pareció interesado en ninguno de los comentarios de Mario y lo trató con gran frialdad. Al despedirse, le ratificó que no iba a ir a Buenos Aires para el 25 de mayo: «No voy a ir para no robarle el show al doctor Cámpora. Yo iré después y entonces el balcón será para mí». (28)

Antes de ese viaje, López Rega, con sus contactos con Licio Gelli y Giancarlo Elia Valori, le había montado una trampa a Mario Cámpora, para hacerlo aparecer ante el General como intentando negocios usando desde ya las influencias políticas y presentarlo como un

corrupto. Se valió para eso de un personaje turbio de nombre Alejandro Ferreira, que había llegado por Buenos Aires y se había presentado al doctor Cámpora como enviado del ministro de Agricultura italiano, Lorenzo Natali, al que Cámpora había conocido en su reciente viaje.

Una llamada, supuestamente desde Roma, acreditaba a este personaje que, además, citó a López Rega como su contacto. Cámpora verificó con López, quien le confirmó la seriedad del asunto y lo mandó con Mario. Su sobrino, a pedido de Ferreira, le dio unas líneas de saludo para Natali, con las que Ferreira se fue a Roma, entrevistó a Natali como supuesto enviado de los Cámpora, y sobre esa base armaron el escándalo que llegó hasta el General, antes del viaje de Mario y Magdalena a París.Mario volvió de inmediato a Buenos Aires e informó a su tío. Su conclusión era que evidentemente Perón quería ser presidente. Cámpora respondió: «Bueno, acá se hará lo que el General quiera. Nosotros estamos para cumplir su voluntad». Pero Bonasso, en su libro, cuenta que Cámpora, embarcado en la segunda vuelta, tampoco tomó tan en serio como hubiera debido esa advertencia. (29) No solo eso; en su entorno más íntimo, se continuó pensando que Cámpora podía seguir siendo presidente con el general Perón en el país. Esteban Righi le dijo a Marcelo Larraquy, el 13 de diciembre de 2016:

> Si tengo que estar a lo que le dijo a Cámpora, Perón no quería ser presidente. Pero dicho «a lo Perón», que era un gran ambiguo. A cada uno le decía una cosa distinta. No estaba claro si Cámpora pensaba ser presidente por cuatro años, pero su renuncia no estaba pactada. Creo que la renuncia de Cámpora, en cambio, Perón la tenía en mente desde el principio, porque siempre quiso ser presidente. O bien la adquirió por influencia de su núcleo más íntimo, o por cómo se fueron dando los hechos. Perón tenía, a mi juicio, la imagen vieja de la Argentina. Veinte años provocan una distorsión enorme de cómo está el país. Él creía que volvía y todo se tranquilizaba. No tengo la experiencia del «Perón seductor», sino la del Perón mañero, complicado. Lo que le reclamábamos era que fuera claro. Que dijera: «Acepto ser presidente». (30)

El 15 de abril, el frente se impuso ampliamente, pero las derrotas

de Santiago y Neuquén, y en especial la de la Capital, donde De la Rúa se consagró senador, descartando a Sánchez Sorondo, comenzaron a cargármelas. Ya empezaba a ser bombardeado desde Madrid, claramente por López Rega.

De inmediato tuve la solidaridad de Rucci, Lorenzo Miguel y Galimberti, que emitieron un comunicado conjunto muy fuerte, denunciando a sectores minoritarios y al «frigerismo», el sector desarrollista liderado por Rogelio Frigerio, que manejaba *Clarín*, como los responsables. Rucci fue especialmente duro en sus declaraciones, y se produjo una comida que fue difundida por la prensa, organizada por Cafiero, a la que además concurrieron Rucci, Lorenzo y Galimberti, que me propusieron viajar de inmediato a Madrid para aclarar todos los temas. Esto fue el 17 de abril, cuando me comuniqué con el General, que me dijo que esperáramos unos días, porque estaba muy cansado, y me insistió en que no «soltara» a Galimberti. El 18, en un acto en el Sindicato del Calzado, donde se hizo el lanzamiento de la Unión de Estudiantes Secundarios, Rodolfo Galimberti anunció la creación de «una milicia de la juventud argentina para la reconstrucción nacional». Yo estaba a su lado y lo respaldé, siguiendo la línea de no soltarlo. Creo que fue un error, porque el asunto, de inmediato, fue manejado por la prensa como la creación de milicias populares. Las aclaraciones posteriores de poco sirvieron.

Enseguida, y vía Cámpora, llegó una indicación de «no innovar» respecto a la reorganización del movimiento. La verdad es que yo estaba muy fastidiado de todo este juego ridículo y sin ninguna motivación para intentar aclarar nada ni defender una posición que hacía rato había dejado de interesarme. Si había continuado, era por la expresa orden del General, y si a su lado aparecían estos cuestionamientos no pensaba permanecer un minuto más. Se lo dije a Cámpora, con quien ya estaba francamente fastidiado, porque no se hacía cargo de ninguno de los problemas que él había generado, como los de la Capital, la provincia de Buenos Aires y el enfrentamiento en «la Corte».

Fuimos convocados a Madrid. El viernes 27 de abril, llegamos Cámpora, Galimberti y yo a Puerta de Hierro, donde se había reunido un exótico grupo de dirigentes menores, con Norma Kennedy llevando la voz cantante contra Galimberti y rehuyendo incluso mirarme. El caso es que yo solo dije que Galimberti había usado un lenguaje poco adecuado, pero era algo que se había aclarado. El escándalo fue

generado por *Clarín*, y una versión de lo dicho manejada por Enrique Vanoli y su amigo, Jorge Osinde. Ese último, que estaba presente en Madrid y se puso pálido, intentó desmentir el hecho sin lograrlo.

«Las patas en la fuente», mural que estuvo durante años en la quinta de Antonio Cafiero y que a su muerte fue donado a la Universidad Nacional de Lanús, que se encargó de su restauración.

Se vinieron en mi contra Jorge Osinde, Víctor Damiano y Alberto Campos. Sacaron a relucir el caso de Neuquén, donde Sapag nos había derrotado con claridad, y el General dijo que fueron instrucciones suyas. López Rega intentó argumentar que «las maneras no fueron las adecuadas», pero Perón lo mandó callar. Pasaron a hablar de Santiago del Estero, donde Carlos Juárez nos había derrotado, y les fue peor.

Luego mencionaron que el mal manejo de la provincia nos había dejado sin candidatos en unos siete distritos, con la pérdida de votos que eso significaba. El General me defendió diciendo que yo no había manejado la provincia, que solo había intervenido para frenar a Anchorena. Entonces, salieron con la Capital, donde según ellos «Abal Medina puso a un piantavotos». El General me miró, y yo esperé la aclaración de Cámpora, que se puso rojo, pero no dijo nada. Mi fastidio era muy grande y, pidiéndole disculpas al General, les dije: «Ese piantavotos es mi amigo, es mucho mejor argentino que cualquiera de ustedes y es un político más importante que todos ustedes juntos». Nadie se animó a decir nada.

Reiteré mi pedido de disculpas a Perón por lo que iba a decir, pero le pedí que me relevara del cargo, como se lo había pedido ya cuatro veces, que enumeré. El General dijo: «No, doctor, de ninguna manera podemos cambiar de caballo en mitad del río». Ahí saltó López Rega diciendo que Galimberti tenía que ser cesado, que él ya lo había anunciado. Todos coincidieron, y el General le dijo: «Rodolfo, con el afecto que siempre te he tenido, te pido des un breve paso al costado». Rodolfo se cuadró y le dijo al General que por supuesto. Perón empezó a levantar la reunión, pero antes insistió en decirme, adelante de todos, que yo continuaba a cargo y que, tal como me lo había dicho

otras veces, yo iba a ser el último secretario general del peronismo.

Al despedirme el General en voz fuerte, para que todos lo escucharan, dijo que me esperaba a almorzar al día siguiente a las 12:30. Cada uno se fue por su lado; yo llevé a Rodolfo para tranquilizarlo y ver cómo seguíamos. Al llegar al hotel, Cámpora nos estaba esperando y, delante de Galimberti, me agradeció que no lo hubiera mencionado en ninguno de los temas. La verdad es que yo estaba muy molesto y le dije que no se preocupara, pero que aclarara con el General lo de Capital.

Más tarde, nuevamente Cámpora me buscó para hablar a solas y me dijo que «nunca había visto a nadie hablar así delante del General» y que había estado a punto de interrumpirme, pero que tuvo temor de que «la emprendiera también conmigo». Me hizo gracia, me reí y, palmeándolo, le volví a expresar mi afecto.

Al día siguiente, el General me recibió solo. La Señora se acercó en varias ocasiones, pero el General guardaba silencio, y yo, por supuesto, me paraba hasta que ella salía. El General estaba muy molesto con todo. Hizo un resumen de las reuniones con Firmenich, Perdía y Quieto y opinó que estaban convencidos de que todo se debía a ellos. La realidad es que sobrellevé la conversación sin ir a fondo en ningún tema. Al despedirlo, le dije que cumpliría las tareas formales que fueran necesarias, pero que había quedado sin autoridad para la conducción del movimiento y que realmente quería retirarme. Insistió en que no se podía y me citó para la mañana siguiente. Le dije que Rodolfo esperaba saludarlo, y me dijo que lo llevara.

Al día siguiente, llegamos con Rodolfo a las 10:30 en punto. El General estuvo extremadamente cordial con Rodolfo y le dijo que me había dado instrucciones para que lo colocáramos en la reestructuración del movimiento. Le dije: «Perdón, General, pero la reestructuración está detenida», a lo que él contestó: «No, no, esas son cosas de López». Le dijo a Galimberti que lo invitaba a cenar y se quedó hablando conmigo en el estudio, que cerró con llave. Al rato, se levantó despacio, siguió hablando y me hizo una seña para que hiciera silencio, abrió la puerta bruscamente, y López casi se cae de boca adentro del estudio. El general le dijo: «Vaya a hacer las compras y no ande de chismoso». Me reí abiertamente. López me miró con odio, pero no me sostuvo la mirada.

Le pregunté al General qué era lo que íbamos a hacer, confesándole que estaba desconcertado y que había muchos heridos

que se cobraban conmigo. Le dije que eso a mí no me importaba, pero que evidentemente me quitaba el poder que había tenido y hacía difícil avanzar en la estrategia diseñada. Le pedí disculpas, pero necesitaba hacerle algunas preguntas concretas. «Adelante, adelante, siempre hemos hablado así», me dijo el General.

Entonces, empecé: «General, ¿cómo seguimos con el movimiento? Primero: ¿vamos adelante con su llegada a la presidencia?». Me dijo: «No vamos a tener más remedio, porque es difícil que Cámpora pueda controlar las cosas», y le contesté: «Él no parece tenerlo claro». Me pidió que no me preocupara, y yo seguí preguntando: «¿Cómo vamos a manejar el tema de las organizaciones armadas y la reorganización del movimiento? ¿Qué tipo de amnistía va a ser? ¿Soltamos a todos, ERP incluido?». En fin, el plan general ¿en qué quedaba? Y, al final, le hablé de una cuestión que me resultaba difícil comentar, pero inevitable: «¿Qué va a hacer con este payaso?», en alusión a López Rega,

Finalmente, toqué los dos temas más delicados, porque implicaban decisiones difíciles y que habría que continuar con mucho conocimiento y diálogos adecuados. Me refiero, por un lado, a la determinación de la constitución vigente y la convocatoria a una asamblea constituyente, que iba a ser indispensable, y, por otro, a la definición de fondo sobre la cuestión militar. Junto con la reestructuración del movimiento, estos eran los temas de fondo que me había encargado el General, y yo tenía gente seria trabajando en ellos.

Respecto al tema constitucional, no había problema en hacer una pausa, sobre todo si podía ser un obstáculo para la política de Unión Nacional que el General ponía en el centro de sus preocupaciones, pero respecto a la cuestión militar la cosa era distinta. Desde que se había logrado rescatar y evitar que fueran sancionados varios de los oficiales comprometidos con el levantamiento conocido como de Azul y Olavarría, pero más definidamente desde enero de 1972, el plan de fondo en la cuestión militar era asegurar la masa crítica interna que hiciera posible la salida electoral y avanzar en ganar nuevas adhesiones que facilitaran una real renovación de los cuadros superiores de la fuerza. En esta tarea, fueron adquiriendo relevancia dos figuras: los coroneles Horacio Ballester y Fernando de Baldrich. Yo era portador de una carta de este último que le entregué al General.

Para esas fechas ya sabía que Osinde, sintiéndose desplazado,

estaba intrigando, diciendo que su trabajo era dificultado por las interferencias de personas ligadas a Galimberti. Esto no era cierto, y el General lo sabía bien, porque esas personas habían quedado desactivadas desde enero.

Pero Osinde complicaba las cosas. La carta de Baldrich, en lo esencial, decía:

> El partido con la camarilla militar hay que librarlo hasta que la victoria sea total. Sería nefasto que se quisiera negociar dándoles posibilidades de insurrección. Así le fue a Frondizi, al margen de sus propias claudicaciones. Todo debe ser hecho desde el primer día o, mejor dicho, lo fundamental, que es cortar la pirámide a nivel de coronel, sin perjuicio de las purgas que deben hacerse, después en todas las jerarquías. Hay que acabar con el ejército mitrista y de una vez para siempre.∫ (31)

Mi impresión clara es que, a esas alturas, el General se sentía sobrepasado por estos temas centrales y prefería ir tomando soluciones de compromiso, por lo que no insistí.

Perón no me dio respuestas claras a ninguna de las preguntas. Era evidente que estaba cansado y que no se sentía acompañado por su entorno. «Usted no lo suelte a Rodolfo, no lo suelte», me insistió. Me dio un fuerte abrazo y me dijo: «Le mando un abrazo fuerte a sus padres y mis respetos a su señora. Hasta pronto».

24- Norberto Galasso, *Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte*, t. II, Buenos Aires, Colihue, 2005, p. 1166.

25- Roberto C. Perdía, *La otra historia*, Buenos Aires, Ágora, 1997, pp. 139 y 140.

26- *Ibid.*, p. 144.

27- M. Bonasso, *op. cit.*, p. 425.

28- *Ibid.*, p. 426.

29- *Ibid.*

30- Marcelo Larraquy, *Primavera sangrienta*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017, p. 214.

31- N. Galasso, *op. cit.*, p. 1186.

23
Frente abierto

El 29 de abril, el grupo del ERP 22 de Agosto (disidencia conducida por Víctor Fernández Palmeiro) emboscó y mató al almirante Hermes Quijada. El malestar militar creció, y hubo voces —incluso públicas— de altos mandos que dijeron que en esas condiciones no podía entregarse el Gobierno. El General, considerando también los cambios en la situación mundial, decidió moderar las acciones y ordenó que ningún peronista participara de ningún tipo de acción violenta.

Esto, en principio, fue acatado por Montoneros, que sin embargo había lanzado el 28 de abril la Juventud Trabajadora Peronista (JTP). Lo hizo en un acto en la Federación de Box con más de cinco mil asistentes que corearon consignas contra la burocracia sindical y a favor de «la guerra popular de la clase obrera». Era obvio que el conflicto con el sindicalismo escalaba, y ya nada de lo planeado por el General parecía posible de realizarse.

A mi regreso a Buenos Aires, tuve actividad restringida unos días mientras pensaba cómo salir de esta situación. Antonio Cafiero promovió una comida con Lorenzo Miguel y Rucci, quienes tuvieron conmigo, en esos feos días, una conducta de fuerte amistad. Me presentaron a Ricardo Otero, que sería el ministro de Trabajo y con el que forjé una amistad que me enorgullece. Otero entró y salió de la función pública con el mismo patrimonio: una humilde casa en Valentín Alsina, que fue su hogar durante toda su vida activa. Bajo su gestión, se promulgó la Ley Integral de Contrato de Trabajo. (32)

Para describir cómo eran algunas relaciones en esa época, es interesante transcribir un párrafo de la colorida entrevista que le hicieron a Arnaldo Goenaga, un militante vinculado al Sindicato del Tabaco, que me acompañaba por entonces, en *Página/12* del 9 de febrero de 2012:

El flaco Mera Figueroa venía del nacionalismo también, no era peronista. Pero tenía contacto con Juan Manuel Abal Medina, un gran tipo que también venía del nacionalismo. Perón lo consideraba capaz de encarrilar una estrategia para el peronismo. Abal Medina, un tipo valiente, tenía muchas amenazas y pidió una custodia. Si se la pedía a la UOM, sería de la patria metalúrgica; si no, sería de la patria montonera, y así. Decidió pedirles a los gremios en el peronismo combativo y me llamaron… Si se sacan las cosas de contexto, parecemos «cowboys» o algo así. Pero vivíamos en una etapa de preguerra y se puede ilustrar con estas anécdotas. Además de las armas, la época permitía situaciones que hoy parecen descabelladas. Lorenzo Miguel una vuelta le facilitó un coche blindado a Rodolfo Galimberti, de JP y Montoneros. Galimberti, que era un desbordado en todo, salió por primera vez en el coche y metió el acelerador a fondo. No lo pudo frenar, por el peso del blindaje, y lo hizo bolsa en la primera salida. No sé qué habrá dicho Lorenzo. Una noche, después que el Tío Cámpora había ganado las elecciones de abril de 1973, ya estábamos en mayo, Abal Medina tenía que ir a una reunión. Sacamos los Fiat. Manejaba el flaco Mera Figueroa. Adelante iba Abal Medina, con un .38 corto o un .357. Atrás iba un policía que nos habían puesto como custodia, con ametralladora Halcón y una pistola Browning, y estaba yo con mi Mauser. Fuimos a un restaurante en la calle Chile, creo, en San Telmo. Era un local grande. En la puerta estaba la custodia de [José Ignacio] Rucci, que andaban en Torinos. Estaban armados con fusiles y qué sé yo qué más. Parecía exagerado, pero ese año Rucci fue asesinado. Alguno estaba tirado debajo del Torino. Adentro del local había algunos metalúrgicos de la custodia y me senté a comer con ellos. Abal Medina, Rucci y Lorenzo Miguel comieron en el fondo. Cuando nos fuimos, ya en el coche, Abal Medina sacó un paquete que le había regalado Rucci. Era un revólver .38 Smith & Wesson nuevo. Se lo pedí, «si te sobra, dámelo», para poder largar el Mauser, pero no. A los dos días, yo en la puerta del hotel de Luz y Fuerza en la Avenida Callao donde paraba Abal Medina, vino un emisario de la UOM con un paquete que mandaba Lorenzo Miguel. Aunque conocíamos al tipo, igual llevamos el paquete a la cocina y lo abrimos. Era una carabina

con caño recortado y peso compensado para Abal Medina. Lorenzo Miguel se había quedado mal porque Rucci había hecho un regalo y él no. Mire lo que eran los regalos de la época.

Al comenzar mayo, me contó Mario Hernández, muy alarmado, que Righi descreía totalmente de que, «como decía Mario Cámpora», Perón quisiera ser presidente. «No sé qué piensan hacer, Juan, pero estamos entrando a una zona explosiva». A su vez, por todos lados nos llegaba información en el sentido de que el 25 de mayo iba a ser un día complejo. Los sectores de la Tendencia y todo tipo de grupos de izquierda preparaban movilizaciones hacia las cárceles para «liberar esa misma tarde a los presos políticos». Por otra parte, compañeros de todos los colores se autoconvocaban para tomar dependencias públicas y «asegurar su traslado al pueblo». Y no había mayor idea de quién estaba tomando alguna providencia al respecto.

Entrevisté a Cámpora. No le mencioné la cuestión de la presidencia, ya demasiado hablada, pero le expresé, sí, mi alarma por lo que pudiera suceder tanto en los penales como en otras dependencias públicas y, por supuesto, en la Plaza de Mayo el día de su asunción. Dijo que lo iba a ver y me pidió que parara a los diputados que ya estaban elaborando proyectos de ley para la devolución del grado al General. Convoqué a Ferdinando Pedrini, que ya era presidente del bloque, y le expliqué la situación y le encargué que armara una reunión de bloque. A los dos o tres días, tuvimos una buena reunión en el Congreso, con todos nuestros diputados, y todos se comprometieron a no presentar proyectos sobre el tema y esperar directivas superiores.

En los demás frentes, seguía teniendo información alarmante que trasmití al presidente electo a través de su hijo Héctor. Finalmente, con la acumulación de señales de alarma y sin ninguna respuesta de parte de Cámpora, le pedí a su hijo Héctor que nos reuniéramos (sería el 6 o 7 de mayo), le entregué un punteo de temas que veía fuera de control y —por primera vez— le comenté todo lo sucedido en torno a la presidencia, pidiéndole que a este respecto fuera discreto con su padre.

Héctor no me podía creer. Ignoraba totalmente lo sucedido en Madrid a principios de marzo y ni siquiera sabía con exactitud lo hablado por su padre con el General en Asunción. Tampoco tenía idea

del silencio de su padre cuando, frente al General, fui acusado en su presencia de los descuidos electorales en la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal, y se manifestó desolado por eso.

Héctor Cámpora, presidente.

Le dije a Héctor que eso ahora no tenía importancia. Lo que sí resultaba grave era lo que a mí me parecía una total desaprensión respecto a lo que podía pasar el 25 de mayo y los días posteriores en materia de orden público, más todo lo vinculado con la amnistía. Le di datos puntuales de la información que llegaba por todos lados acerca de que se iba a forzar la salida de los presos y se iban a tomar dependencias públicas.

También se sabía que algunos grupos estaban promoviendo distintos avances sobre la Casa de Gobierno, para que «el pueblo lo invista a Cámpora», y cosas por el estilo. Héctor me dijo que todos esos temas los veía Righi con su padre y que lo que yo le decía le parecía muy alarmista. Al día siguiente, me llamó, volvimos a encontrarnos, y me dijo que su padre iba a tomar cartas en el asunto y que, cuando le bajara un poco la presión de trabajo que traía, quería conversar conmigo tranquilos y ofrecer alguna disculpa por lo sucedido en Madrid.

Quede muy preocupado, porque iba recibiendo comentarios de que Cámpora ocupaba la mayor parte de sus horas en ensayar el muy largo discurso que pensaba pronunciar en la Asamblea Legislativa. Esperé unos días y, como seguía con noticias cada vez más alarmantes, preparé un breve informe con la colaboración de Luis Rivet e intenté comunicarme con el General por teléfono. Lo logré después de un día

de soportar a López Rega diciendo tonterías, hasta que finalmente Perón tomó el teléfono, y le dije que tenía que hacerle llegar un documento delicado y urgente y que esa tarde salía para Madrid una persona de mi total confianza para entregárselo en mano y esperar su respuesta.

Me preguntó: «¿Tan grave es, doctor?». Le dije que sí, y entonces me pidió que lo llamara en dos horas. Lo hice; atendió él directamente y me dijo que le comentara, que no había problema de confidencialidad, porque tenía «un mezclador conectado en la línea», lo que impedía que escucharan terceros. Era un cuento de López Rega, seguramente, pero tuve que contarle sobre las alarmas que estaba recibiendo, y que, sintéticamente, eran las siguientes:

1. Iban a producirse desórdenes que podían ser graves en la Plaza de Mayo; con seguridad, se iba a impedir el desfile y la llegada de algunos invitados, como los de Estados Unidos; sería peligrosa. Las fuentes de esta información eran diversas, pero en especial tenían que ver con Galimberti.
2. Desde el 24, se iban a amotinar los presos políticos en varias cárceles, con seguridad en Devoto, y agrupaciones de izquierda iban a intentar tomar los penales.
3. Todos los proyectos de amnistía que estaban circulando eran totalmente indiscriminados, es decir que se postulaba que quedaran en libertad todos los presos que hubieran actuado con un móvil político, aunque proclamaran que iban a continuar en la acción.
4. A partir del mismo 25, o en algunos casos desde unos días antes, iban a ser tomadas por distintos grupos numerosas dependencias públicas. Le dije, lo que era verdad, que yo no estaba en condiciones de controlar las cosas, porque no tenía poder.

El General me preguntó si había informado a Cámpora de todo esto, y le dije que sí, a través de su hijo. Me dijo: «No me extraña que tenga temor de verlo, luego de lo que vimos aquí», y me encargó que no dejáramos que la izquierda se quedara con el mérito de las libertades. Y agregó: «Haga lo que sea necesario para que quede claro que son obra del peronismo. Por lo demás, no se preocupe, que yo le voy a dar indicaciones a Cámpora». Y me dijo que lo llamara todas las

veces que lo creyera necesario, salvo que yo quisiera darme «una vueltita» por Madrid. Le dije que, si él lo estimaba conveniente, yo viajaba de inmediato, pero me respondió que primero dejáramos actuar a Cámpora y luego veríamos.

Esa conversación con el General acredita las precauciones que tuve antes de hechos posteriores graves. Nunca hice alusión a ella, porque solo conservé parte del texto corregido por Luis Rivet. Pero recientemente una investigadora del Colegio de México me hizo llegar copia de diversos papeles del General en los que se me menciona y que todavía no están clasificados en el Archivo Hoover, que la Hoover Institution compró a un intermediario argentino en 1989. La mayor parte no tiene importancia, pero aparecen unas anotaciones manuscritas de Perón que coinciden con el borrador que yo conservé, y es por eso que ahora lo comento. En este clima transcurrieron mis últimos días previos al 25 de mayo. Mi ánimo no era el mejor, pero quería cerrar con cuidado mi etapa política y volver tranquilo a trabajar en mi estudio. De hecho, toda la semana previa al 25 fui varias horas por día por el estudio de la calle Reconquista, a ver los pendientes del año y medio que tuve todo abandonado.

El doctor Cámpora, mientras tanto, realizó el 22 de mayo la Asamblea Multipartidaria en el restaurante Nino, con la presencia de más de treinta partidos y organizaciones políticas. Fue el mejor momento de don Héctor, un éxito político que aislaba a la camarilla militar de Lanusse y consolidaba un clima de unanimidad cívica de frente a la llegada del nuevo gobierno. En su realización, fue muy importante la tarea desarrollada por Bebe Righi y Héctor Pedro Cámpora.

El 25 de mayo, a partir de las 8:15, el doctor Cámpora juró ante la Asamblea Legislativa y luego pronunció un discurso sumamente emotivo y cargado de significados. Fue un gran discurso, brillante podría decirse, solo que omitió la que debió ser su principal referencia, que el proceso debía limpiarse para que el pueblo pudiera votar a su verdadero candidato, el General Perón. Por otra parte, lo exhaustivo del texto parecía un programa para varios años.

25 de mayo de 1973.

El discurso fue largo, de más de tres horas, mientras en las calles aumentaba el descontrol. Era lógico que así sucediera, con las presiones acumuladas en tantos años de proscripciones y represión. Pero el programa planeado por el Gobierno de Lanusse debió levantarse, y hubo desórdenes que dejaron un saldo de por lo menos dos muertos y algunas delegaciones importantes, como la del presidente de Uruguay y la del secretario de Estado de Estados Unidos, que no pudieron ingresar a la Casa de Gobierno.

Asistí al Congreso y a la Casa de Gobierno, donde saludé y felicité a Cámpora, a su señora, a sus hijos y a varios de sus ministros. Luego me fui a casa con la intención de desconectarme, ya que no podía hacer nada, pese a tener confirmado que habría desórdenes en varias cárceles.

A las ocho de la noche, el teléfono sonó de manera insistente y finalmente atendí. Era el General, en persona. Me dijo: «Doctor, ¿qué está pasando?». Le dije que había desórdenes, pero que no tenía más información fuera de la pública. Perón me dijo que, según le comentaba López Rega, había muchos muertos en la Plaza de Mayo. Le respondí que eso no era cierto, pero sí era cierto que se habían escuchado algunos disparos aislados. «Hubo que suspender el desfile, escupieron e insultaron a las tropas», me dijo el General, levantando mucho la voz. Insistí con mi comentario: «Mi General, yo no estoy a cargo, ni tengo siquiera información». Me contestó: «Esto es un desastre. Dígale a Cámpora que me llame de inmediato». Le dije que trataría de comunicarme con él, y el General insistió: «Búsquelo y quédese con él mientras hablamos».

Estábamos por despedirnos cuando me dijo, muy nervioso (se escuchaban varias voces de fondo; una era la de la señora Isabel): «No, doctor, espere, espere… Mejor deje eso y ocúpese de la cárcel de Devoto, que me dicen que ya está tomada por el ERP». Le contesté: «A sus órdenes, mi General. Me ocupo», y él me dijo: «A los presos los liberamos nosotros, que eso quede claro». Le pregunté si debía hacerlo sin esperar la amnistía o, al menos, el indulto. Me contestó: «Libérelos de una vez». Dije: «¿A todos, mi General?». «A todos, a todos… No podemos hacer otra cosa», me contestó.

Le aseguré que cumpliría de inmediato sus órdenes. Ya salía para Devoto cuando me llamó Julio Mera Figueroa, ahora diputado, precisamente desde Devoto; estaba con un grupo de diputados (Santiago Díaz Ortiz, Roberto Vidaña, Aníbal Iturrieta, Armando Croatto, Héctor Sandler y Rodolfo Vittar) y me dijo que los presos habían tomado los pabellones y afuera había una multitud que reclamaba la inmediata liberación y amenazaba con tirar el portón con un camión o un poste de alumbrado que habían sacado. Salimos para allí con Horacio Maldonado y Wenceslao Benítez Araujo y llegamos en tiempo récord.

Juan Manuel Abal Medina ordena la liberación de los presos políticos cumpliendo la expresa orden de Perón.

La situación en Devoto era realmente caótica. El ERP, encabezado por Pedro Cazes Camarero, tenía el control de la calle, y adentro Cazes dirigía las negociaciones. Hablaba por teléfono con Righi, que le pedía tiempo. Traté de demorar las cosas al máximo, pero aquello explotaba, y finalmente decidí ordenar que los presos salieran. No me gustaba

aquello, pero lo contrario habría sido una batalla campal con quién sabe cuántos muertos. Yo no tenía ninguna autoridad formal, pero mi posición en el movimiento y el ser conocido en el mundo político que siempre actuaba siguiendo las directivas del General me daban margen para hacerlo.

Consigna Marcelo Larraquy, en su libro *Primavera sangrienta*, el siguiente testimonio de Cazes Camarero:

> Después de hablar por teléfono con Righi, volví a la pasarela y empecé a hablar con la movilización por segunda vez: «Me piden que ustedes se vayan». «Nooo…», decía la gente. «Creo que deberían quedarse porque son la garantía de la libertad». Y enseguida, no sé de dónde salió, se abrió el cielo y apareció Abal Medina. Llegó a la pasarela y me pidió el megáfono. Venía con un rollo de papel blanco en la mano y empezó a hablarles a las masas de la historia argentina, el rosismo, la resistencia peronista, Frondizi… Y Mario Hernández, el abogado, se le acercó y le susurró, sin darse cuenta de que salía por micrófono: «Ay, Abal, Abal, por ese camino vas mal». Y Abal cortó bruscamente y dijo: «Por todo lo dicho, quedan en libertad». Me enteré cuando él lo dijo. La movilización lo aplaudió. Y Abal seguía con el papel blanco. Yo pensaba que era el del indulto. Cuando bajamos por las escalinatas, el jefe de la guardia del penal me gritó: «Cazes, Cazes ¿dónde está la lista?». Y le dije a Abal: «Dame el papelito». Me da el papelito. Lo abro: en blanco. Era una hoja tamaño A4. Además, con el énfasis del discurso estaba toda arrugada. «Nos vamos igual», me dice. Y les dije a los compañeros: «Salen». (33)

No tengo un recuerdo alegre de esa noche; todo lo contrario. Ver salir a los miembros del ERP, formados y saludando con el puño en alto, de manera evidente a seguir la «guerra revolucionaria», era el cumplimiento de la pesadilla que había imaginado desde el comienzo de la campaña electoral.

Con el apoyo de varios sindicatos que mandaron ómnibus, trasladamos a todos los presos que quisieron al local del movimiento peronista de avenida La Plata. A pesar de que en Madrid era ya muy tarde, llamé al General, y al disculparme por la hora dijo que estaba esperando mi llamado. Le referí lo sucedido cumpliendo sus órdenes,

incluida la salida militar del ERP, y me dijo que estaba bien, que cualquier otra acción hubiera sido peor, que el Gobierno era «una calamidad», que no me preocupara y que ya se encaminarían las cosas. Agregó que, contrariamente a lo que yo le había dicho de Plaza de Mayo, él sabía que había por lo menos cinco muertos y setenta heridos de bala. Lo saludé con afecto, y fue muy cálido conmigo.

Los días posteriores al 25, se aprobó en el Congreso Nacional, de manera unánime, la Ley de Amnistía sin ninguna distinción y de ejecución inmediata, por lo que fueron liberados los pocos detenidos políticos que aún permanecían en prisión. La ratificación que esto implicaba a lo hecho el 25 en la noche no cambiaba mi juicio negativo de conjunto, respecto a que debió haberse tomado alguna providencia en relación con quienes proclamaban abiertamente la continuidad de sus acciones. Hoy, esto puede parecer antipático, pero era entonces mi convicción y continúa siéndola hoy.

La movilización frente al penal de Devoto la noche del 25 de mayo.

Era sencillamente absurdo liberar a quienes proclamaban que iban a continuar en la «guerra revolucionaria». En el caso del ERP, el absurdo llegó hasta el extremo de que proclamara que no iba a ser blanco de sus ataques el gobierno electo, pero sí las Fuerzas Armadas y las empresas del capitalismo concentrado.

El 30 de mayo, en el Plaza Hotel se hizo la fiesta del casamiento de Silvia Gelbard. Su padre, el ministro de Economía, José Ber Gelbard, me llamó en los días previos y ese mismo día para asegurarse de que asistiera. Era conocido que yo no participaba de muchos eventos sociales. En este caso, decidí ir, porque Gelbard requería todo el apoyo posible para poder llevar adelante su política de acuerdos, diseñada

por el General.

Según la prensa, era un nuevo intento del padre de la novia en su política tendiente a «integrar y buscar coincidencias», aunque el Plaza Hotel fuera un «ambiente totalmente distinto». La recepción ofrecida por Gelbard y su esposa, Dina Haskel, tuvo 1.500 invitados, y el ministro recibió a cada uno acompañado de su custodia. Cuando llegué, Gelbard estaba en la puerta saludando y me retuvo con él; lo mismo hizo cuando llegó José Rucci. Entre los invitados, estuvieron el vicepresidente Solano Lima, López Rega, Emilio Hardoy, Alfredo Gómez Morales, Alejandro Romay, Carlos Sylvestre Begnis, Dardo Cúneo, Aldo Ferrer, Horacio Thedy, Santos Lipesker, Julio Broner, Julio Korn, Enrique Silberstein, el embajador de Estados Unidos, Marta Lynch y casi todo el Gabinete de ministros.

No pudimos separarnos de Gelbard en toda la noche, y se difundieron mucho las fotografías que «muestran a Gelbard entre dos sonrientes Abal Medina y Rucci». López Rega se acercó varias veces intentando conversar conmigo y haciéndose el amigo; contesté a sus tonterías con el mínimo de educación. Gelbard nos retuvo toda la noche a Rucci y a mí a su lado y en dos ocasiones quiso convencernos de que incorporáramos al grupo a López Rega, lo que tomamos en broma. En un momento, dijo: «No le creen problemas al General en su frente interno», frase a la que en ese momento no le dimos importancia y que reaparecería en circunstancias menos sociales.

El 4 de junio, el ministro Righi dio su discurso ante oficiales de la Policía Federal en el Departamento Central, acompañado por el jefe, general (R) Heraclio Ferrazzano, señalando que no habría más persecuciones y que de las armas policiales no saldrían más las soluciones de los conflictos: «En la Argentina, nadie será perseguido por razones políticas. Nadie será sometido a castigos o humillaciones adicionales a la pena que la justicia le imponga». Respecto a la violencia, dijo: «Ha sido una constante en el país en los últimos años, porque el mal ejemplo vino de arriba». Al final, agregó que «el pueblo ya no es el enemigo, sino el gran protagonista». Fue un discurso impecable desde el punto de vista político y jurídico, pero muy mal recibido por los mandos policiales, que incluso iniciaron un abucheo cuando Righi iba saliendo.

En unos pocos casos desde los días previos al 25 de mayo, y en muchos otros en los posteriores, se desencadenó una verdadera ola de

ocupaciones de dependencias públicas por grupos de todos los sectores del peronismo y algunos de la izquierda. Visité primero al Bebe Righi y luego al doctor Cámpora, para decirles que con seguridad esa situación estaba siendo exagerada y usada con el General para incrementar su animosidad contra el Gobierno. Righi volvió a decirme que mi óptica era muy alarmista y que no había nada concreto que le indicara que el General tuviera intenciones de acceder a la presidencia.

El presidente Héctor Cámpora informa sobre su primer mes de gobierno. Detrás, miembros de su gabinete, el gobernador Oscar Bidegain y Juan Manuel Abal Medina, entre otros.

Me pareció muy grave esto, ya que el Bebe no solo era el ministro del Interior, sino también el principal operador político de Cámpora, por lo que le pedí que extendiéramos la reunión para contarle todo lo que yo sabía del tema. El Bebe canceló las dos citas que tenía concertadas y me invitó a quedarme a almorzar en el ministerio.

Le relaté con detalle todo lo que yo sabía del tema, empezando por mis primeras reuniones con el General, siguiendo con lo dicho por Perón en Gaspar Campos y por lo que tanto Cámpora como el General me contaron que había sido la aceptación de la candidatura por parte del primero. Le pedí que escuchara todo antes de discutir el tema y le referí las reuniones en Madrid a principios de marzo, mis conversaciones con Cámpora al regreso y en los días posteriores, las reuniones y los encuentros con el General a fin de marzo, el tema de la audiencia con el papa, el viaje de Mario Cámpora a París y su encuentro con el General y finalmente las instrucciones y los

comentarios de este el 25 de mayo por teléfono. Le agregué el razonamiento central: ¿cómo imaginaba él que, estando Perón en la Argentina, podría haber otro presidente peronista?

Ante mi asombro, Righi me afirmó que muchas de las cosas que le contaba no podían haber sido así, que Cámpora nunca le había dicho que fueran a ser un gobierno provisorio, que estaba claro que Mario no tenía esa impresión, porque se lo habría dicho, y que si el General quería ser presidente tenía que decirlo con claridad. Me agregó que sin duda iba a ser extraña la situación con Perón en Gaspar Campos y Cámpora en la Rosada, pero que era público que el General no estaba en condiciones de salud para ser presidente. No pude sacarlo de estos razonamientos y también fracasé en el intento de que el Gobierno hiciera algo para frenar el tema ocupaciones.

Mi conversación con Cámpora, al día siguiente, acerca de la cuestión de su renuncia fue más o menos igual. No negó que hubiera algún ruido contra él, pero insistió en que era una cuestión muy delicada, que todavía se podía tener algún problema con los mandos militares y que cuando el General quisiera ser presidente bastaría con que se lo dijera. Y volvió a decirme que yo no entendía el manejo en «la Corte» de Perón.

Los dos principales asesores y operadores de Cámpora, su sobrino Mario y Righi, no contaban con la simpatía del General. Tampoco ellos tenían por él mayor estima. En una entrevista concedida a Osvaldo Tcherkaski en febrero de 2016, incluida en su libro *Las vueltas de Perón. Crónica de los años que gestaron la Argentina de hoy*, Righi dice: «La relación de Montoneros y Perón era una relación de tahúres, a ver quién engañaba a quien […] yo no tengo una gran admiración por el personaje Juan Perón, ni tampoco me parece que el peronismo sea una maravilla». (34) Antes, había definido al General como «un manipulador».

32- Son muy interesantes las notas publicadas por Facundo Giampaolo sobre Ricardo Otero y otros importantes dirigentes del sindicalismo.

33- M. Larraquy, *op. cit.*, p. 258.

34- Osvaldo Tcherkaski, *Las vueltas de Perón. Crónica de los años que gestaron la Argentina de hoy*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016, p. 276.

24
La Argentina es un caos

El jueves 14 de junio en la mañana muy temprano, recibí una llamada muy dura del General. Tras un breve y seco saludo, dio paso a una afirmación contundente: «La Argentina es un caos». Entre otras voces que se oían alrededor, una de ellas claramente era la de la señora Isabel. Me afirmó que había «miles de lugares tomados» y que de inmediato ordenara desde el movimiento, y con el apoyo de la CGT y las 62 Organizaciones, la rama femenina y la JP, la desocupación en absoluto orden. Y me encargó que lo hiciera sin consultar al Gobierno, ya que estaba claro «que no sirve para nada».

En *El último Perón*, el doctor Jorge Taiana cuenta que, justo una semana después, el 21 de junio, ya en Gaspar Campos, un General ostensiblemente nervioso y de mal humor arremetió: «El Estado no puede permitir que los edificios y bienes privados sean ocupados o depredados por turbas anónimas, pero menos aún puede tolerar la ocupación de sus propias instalaciones. Para eso está la policía y, si no es suficiente, debe echarse mano de las Fuerzas Armadas y mandar a los intrusos a la comisaría o a la cárcel. Para salvar a la Nación hay que estar dispuesto a sacrificar y quemar a sus propios hijos». (35) Lo escuchaban, además de Taiana, el presidente Cámpora, los ministros Gelbard, Otero, Benítez y López Rega, y el edecán teniente coronel Carlos Corral. De inmediato luego de recibir la orden del General, cité a mi domicilio, para dos horas después, a José Rucci, Lorenzo Miguel y Silvana Roth y busqué, sin encontrar, a algún representante de la juventud. Mientras tanto, con Luis Rivet convocado de urgencia, preparamos una declaración al respecto. Les trasmití las instrucciones del General, y todos estuvieron de acuerdo en sacar una solicitada en los diarios y en que yo leyera un mensaje por la cadena nacional, acompañado por todos ellos, llamando a la inmediata desocupación de las dependencias ocupadas. A través de su hijo Héctor, le avisé al

doctor Cámpora lo que iba a hacer por órdenes de Perón, y al rato se comunicó conmigo José María Castiñeira para coordinar la difusión del mensaje del movimiento.

A las diez de la noche de ese mismo día, por la cadena nacional de radio y televisión, leí el mensaje acompañado por los sindicalistas y demás autoridades del movimiento. Al día siguiente, 15 de junio, la tapa de *Mayoría* tituló: «Mensaje de Juan Manuel Abal Medina: Desalojar lo ocupado enseguida y en orden». La bajada decía: «Controlar los bienes de la Nación, que son ahora del pueblo». Una solicitada a página entera se publicó en la edición mencionada de *Mayoría* y en los demás diarios con el título: «Perón y su pueblo. Mensaje del Movimiento Nacional Justicialista».

El eje de la declaración era que se desocuparan los edificios públicos ocupados, aunque «sabemos qué noble y desinteresado es el espíritu que anima a los compañeros peronistas que participan de estas "ocupaciones", sobre todo porque son actitudes espontáneas. Sin embargo, debemos advertir que estos gestos, si están desprovistos de conducción y organicidad, desgajados de la estrategia de conjunto, ofrecen cobertura a la provocación que busca el régimen y sus aliados a través de la prensa oligárquica para formar un clima de inquietud colectiva a cuyo amparo se nutre la reacción continuista». Firmaban: Movimiento Nacional Peronista, Juan Manuel Abal Medina; Mesa Nacional de las 62 Organizaciones, Lorenzo Miguel; CGT, José Rucci; Partido Justicialista, Rama Femenina, Silvana Roth; y JP.

Ese mismo día, fueron desalojados muchos lugares, y a otros comenzamos a ir y conseguimos en casi todos los casos que fueran abandonados. Siempre fui acompañado por Rucci y Lorenzo Miguel, y los demás se turnaban. Gelbard, en las dependencias de Economía, envió para apoyarme al doctor Duilio Brunello y al Chango Funes.

Esa tarde circuló, de manera muy insistente, y fue dada por cierta en varias radios, la versión de que yo había sufrido un atentado. De hecho, Radio Rivadavia confirmó que me habían matado. Nada de eso era cierto, pero el propósito intimidatorio era obvio y también la intención de que se adjudicara la autoría a la juventud.

El editorial del diario *Mayoría* del 16 de junio fue muy elogioso del mensaje que yo había leído, ya que «ha venido a poner muchas cosas en su punto justo». En esa nota se decía:

> Perón es un río poderoso, en el que confluyen toda clase de corrientes menores y que también arrastra limo y restos orgánicos de la más variada condición […] por una parte, son inevitables las manifestaciones de exasperación, vindicta y otras motivaciones, a que se refiere el mensaje que comentamos. Las verdaderas revoluciones tienen un período inicial de democracia turbulenta o tumultuosa; la de 1789 duró cerca de 15 años, como la nuestra de Mayo puede decirse que solo terminó con el Gobierno de Rosas, que la consolidó juntamente con el orden social permanente, lo mismo que hizo Napoleón con la Revolución Francesa.

Mayoría, trazando un paralelo con lo que ocurría apenas tres semanas después de la asunción de Cámpora, pedía paciencia:

> «Hay que aceptar, por tanto, que el lapso inicial de fermentación dure aquí algunas semanas, y hasta algunos meses. Por otra parte es necesario, sin embargo, que no se produzca un vacío de poder susceptible de facilitar al desorden. Si bien no se le puede pedir permiso al establishment para hacer la revolución en contra de él, tampoco se puede estar dejando que la revolución la haga cualquiera, y no los representantes elegidos con tal objeto por el pueblo.

Tras esto, advertía y marcaba diferencias:

> Ahora gobierna el Movimiento Nacional, y Perón en manera alguna va a tolerar que le pretendan hacer pasar acciones de piquetes bien adiestrados por desprendimientos de la voluntad popular. Que la calle lo desborde al general Lanusse es una cosa; pero que quiera desbordarlo al doctor Cámpora —no digamos a Perón— es otra muy distinta.

Y agregaba:

> Perón tiene una inextirpable personalidad de tipo militar, y lo que más perturba a un militar es la imagen de la indisciplina […]. Es asimismo un político y un estadista, o sea, un constructor de naciones y el instaurador de un orden.

Finalmente, *Mayoría* se planteaba que era hora de definir posiciones:

> Los grupos o piquetes que carecen de una definida identificación justicialista, vale decir, «nacional y popular, revolucionaria, cristiana y humanista», es posible que trabajen en la calle por una revolución; pero qué revolución, deben ponerlo en claro sin generalizaciones y subterfugios.

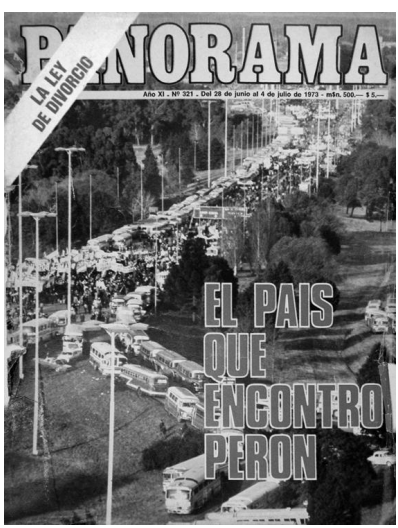
A esta caracterización se la rubricaba con un análisis cuya conclusión era:

> […] hasta el triunfo electoral el peronismo tenía un solo enemigo y enfrente de él: el Sistema Liberal o como quiera llamárselo, con sus grandes diarios, sus apoyos económicos multinacionales y su «cúpula militar». Ahora le han salido, y no enfrente de él, sino dentro de él, otros dos, que no sabemos si calificar como enemigos, o simplemente como males congénitos de todo movimiento moderno de masas. Los designaremos con nombres de extracción netamente popular: el «chanterío» y la «zurdería». Los «chantas» son los antiguos charlatanes y palanganas, también denominados «guitarreros». Asumen frívolamente las más importantes empresas, y no solo las hunden por su ineptitud esencial, sino que por añadidura dejan

> tal estela de daños y decepciones, que hay que encarpetar aquellas y pensar en otra cosa. Los «zurdos», en cambio, son los que juegan permanentemente a la revolución sin ánimo de realizarla nunca, porque se acabaría el juego, o que se comprometen en una u otra revolución siempre que sea a contramano del país. Tienen los pies y la cabeza en cualquier parte, menos en su propia nación y su propio pueblo. Constituyen dos géneros distintos de individuos, sin duda, pero se unen para revolver las cosas y perturbar todo proceso dirigido a establecer un orden.

El interés de este texto es que *Mayoría*, en sus editoriales importantes, recibía línea directa del General. Ahora, varias frases tenían su impronta.

The Buenos Aires Herald, que venía en los días previos informando con mucha alarma de las ocupaciones, señaló editorialmente el 15 de junio: «En el momento justo, el Secretario General, doctor Abal Medina, requirió ayer que se ponga fin a las ocupaciones», señalando que «Abal Medina escogió muy bien sus palabras. Un orador menos cuidadoso podría haber citado los múltiples peligros del poder en manos de la masa, ya que el Secretario General aclaró que los militantes no están actuando de acuerdo a ningún plan preconcebido u orden del partido mismo».



Columnas se dirigen a Ezeiza. Panorama*, junio de 1973.*

Los demás diarios, aunque con cierta reticencia, también elogiaron

la acción del movimiento peronista. *La Nación* señaló que «se cuidó no dañar la autoridad del Gobierno» y «reforzarla». De los lugares recorridos en esos días, nos quedó la clara información, y así la hicimos llegar al General, de que había gente de todas las tendencias del movimiento y de todo tipo de grupos ajenos involucrados. En algunos casos, era evidente la intención de crear una imagen de desorden generalizado para adjudicárselo al Gobierno, que tuvo reacciones lentas. Righi tardó tres días en hacer un mensaje oficial en el mismo sentido; el día anterior, ya se había pronunciado el radicalismo.

En paralelo con el tema de las ocupaciones, tuvimos toda la cuestión de los preparativos para la llegada del General, prevista para el 20 de junio de 1973. Cámpora hizo un tibio intento ante Perón para que el lugar del acto de regreso fuera la Plaza de Mayo o la avenida 9 de Julio, mencionando que también se había propuesto la autopista a Ezeiza en su cruce con la ruta 205. El General contestó que se hiciera en el lugar que fuera más sencillo de acceder y salir, y Cámpora dio por cerrado el tema.

Insistí durante dos días en que el Estado debía manejar todo el asunto y con sus recursos. Lo contrario era avanzar hacia un enfrentamiento de proporciones. Volví a plantear eso en el único encuentro que tuvimos en la supuesta comisión organizadora, al que solo concurrieron Osinde y Norma Kennedy. Rucci y Lorenzo Miguel mandaron en su representación al Chango Funes, que lo mismo representaba a Gelbard que al sindicalismo, que coincidió en mi propuesta de hacer el acto en las instalaciones del Autódromo de Buenos Aires y con la seguridad a cargo de la Policía Federal.

Por su parte, Osinde enseñó un télex recibido de Madrid donde López Rega, en nombre del «Comando Superior», le asignaba a él la responsabilidad de decidir el lugar y los elementos encargados de la seguridad. Le dije a Osinde, apoyado por el Chango y con Norma Kennedy en silencio, que eso era una locura e iba a terminar muy mal. Esto está contado con detalle en la investigación que hizo la Policía de la provincia de Buenos Aires, y también lo incluye en su libro el Chango Funes. (36)Hice un último intento con Cámpora y sus principales asesores, su sobrino Mario y Bebe Righi. Me acompañó Rodolfo Galimberti. Les explicamos la inevitabilidad del enfrentamiento en esas condiciones. Era el 15 de junio, y Cámpora viajaba a Madrid a buscar al General a las pocas horas. Insistió en que

no podía hacer nada y que Perón había descartado sus alternativas. Volví a argumentar que las alternativas que había propuesto (Plaza de Mayo y 9 de Julio) eran malas, pero podía insistirse con el Autódromo; en todo caso, si no había más remedio que conservar el escenario elegido por Osinde —él mismo me lo había dicho— y apoyado por López Rega, había que manejar la seguridad con las policías Federal y de la provincia de Buenos Aires. Galimberti dijo que estábamos en condiciones de garantizar que la policía no sería agredida por las columnas de la JP. No hubo caso, Cámpora viajó dejando todo en manos de Osinde.

Hicimos un último intento sobre Bebe Righi, explicándole que el enfrentamiento a balazos era inevitable. Los Montoneros iban a movilizar por lo menos 200.000 compañeros y llevarían sus banderas y consignas. El sindicalismo, me lo decían Rucci y Lorenzo, podría mover organizadamente para estar frente al palco unos 50.000 compañeros como mucho. Los Montoneros iban a presionar para acercarse al palco, y ahí el grupo estrafalario armado por Osinde se iba a enloquecer y a empezar a los tiros.

Yo conocía a varios de los reclutados; de hecho, a tres o cuatro me los había encontrado en la oficina que había habilitado supuestamente la comisión, pero era de Osinde. Uno de ellos, Roberto Sclocco, era un ex Guardia Restauradora, separado por las locuras que decía. Me dijo que él se encargaría de cuidarme, porque, según lo que contó como información segura, «los bolches te van a matar en Ezeiza», para después «matar a Perón».

En esa ocasión, Osinde me dijo que de muy buena fuente sabía que había un plan en marcha para matarme, y que eran los del ERP. Por supuesto, lo decía para echarles la culpa a ellos y se inspiraba en las hipótesis del loco Sclocco. Había también dos franceses que habían sido cercanos a la Organización del Ejército Secreto (OAS, por sus siglas en francés), pero que habían huido a la Argentina y trabajaban con el padre George Grasset en la revista *Verbo*, de la Ciudad Católica, capítulo argentino de La Cité Catholique. Esta es una organización católica tradicionalista creada en 1946 por Jean Ousset, originalmente seguidor de Charles Maurras y luego dedicado a los temas de contrainsurgencia, por lo que quedó vinculada a la OAS, que luchó contra la independencia de Argelia y que tenía sus oficinas en la avenida Córdoba 679. Su director, Roberto Gorostiaga, era conocido de los grupos nacionalistas que giraban en torno de Azul y Blanco.

Estos dos franceses hacían tareas de limpieza de las oficinas y mandados. A mí me decían «jefe» y se cuadraban. Osinde me aseguró que sus reclutados eran todos amigos míos. Yo le previne que no eran precisamente seguros para cuidar al General y que iban a generar problemas.

También había gente del Comando de Organización, de Alberto Brito Lima, que había quedado muy enfrentado con la Tendencia después de formar parte del Consejo Provisorio de la Juventud Peronista y haber sido excluido tontamente por Rodolfo Galimberti. Eran pesados. Ellos también me querían, porque los había defendido de la policía en varias ocasiones. De hecho, a los hermanos Eduardo y Gustavo Aguilera, que eran de los segundos de Alberto Brito, los había rescatado de la policía, que los había detenido el 12 de marzo a la noche, en los enfrentamientos en Oro y Santa Fe, en los festejos, frente a la sede del Frejuli, de la victoria electoral. A Eduardo le habían dado un brutal palazo en la cabeza y lo llevaron varios compañeros del grupo de Galimberti al Hospital Fernández, donde quedó internado por unos días.

El menor, Gustavo, resultaría gravemente herido el 20 en el palco y estuvo más de un mes internado en el Hospital de Ezeiza. Es cierto que quedaron enfrentados en un determinado momento José Luis Nell y el capitán Roberto Chavarri, pero se reconocieron —habían sido muy amigos en el nacionalismo— y quisieron evitarse. Horacio Simona, el Beto, un joven que iba con Nell, le tiró a Chavarri y lo mató; Nell fue herido gravemente. José Luis Nell, originario de Tacuara, que había pasado por los Tupamaros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), y había llegado a Montoneros, tenía 34 años; quedó cuadripléjico y en septiembre del año siguiente se suicidó.

Palco de Ezeiza. Subida del compañero de la Juventud Sindical que registraron todas las cámaras.

Los sindicatos habían aportado también grupos de «pesados» a las fuerzas de Osinde. Estaba «el Sopa», un gordo de la gente de Rucci, pero los principales escoltas buscaron, en los días posteriores, a Horacio Maldonado y Julio Mera, con los que tenían relación, para aclarar que no habían participado.

El 19 de junio a la noche, hice un último intento de reunir a gente de Montoneros (a través de Galimberti) para pactar con los sindicatos algún acuerdo e imponérselo a Osinde, pero no tuve eco. Todo estaba ya jugado y avanzamos hacia el conflicto de manera inexorable. El 20 a las diez de la mañana, hicimos un balance con mi escasa tropa, que había tomado contacto con todos los posibles actores, y confirmamos que se avanzaba hacia el enfrentamiento. Lo puse en conocimiento del Bebe Righi, que como de costumbre me dijo que yo exageraba, y del doctor Solano Lima, que estaba a cargo de la presidencia.

Al mediodía, ya tenía noticias de algunos enfrentamientos, pero lo mismo fuimos al Aeropuerto de Ezeiza, a la espera de los acontecimientos y para aguardar, si se producía un milagro, la llegada del avión con el general Perón. Arribaron Solano Lima, el Bebe Righi y otros funcionarios que, al comenzar a aparecer las noticias de los enfrentamientos, en su mayoría se retiraron. Finalmente, Solano Lima logró comunicarse con el avión, informó la situación y se dispuso desviar el vuelo a Morón, hacia donde se trasladó. Yo permanecí en las instalaciones de Ezeiza, logrando parar algunos enfrentamientos derivados de los conflictos del palco.

Ya no había nada que hacer, y nos volvimos a Buenos Aires con mis acompañantes. De mí, que era considerado una especie de blanco privilegiado, no se separaron en toda la jornada mis segundos Horacio Maldonado, Julio Mera Figueroa y Wenceslao Benítez Araujo, todos ya fallecidos, y dos jóvenes oficiales de la Policía Federal que tenía asignados a mi custodia: el principal Francisco Abreu, ya fallecido, y Carlos Etulain. El principal Carlos Etulain tuvo una carrera impecable en la policía, se retiró como comisario y es mi amigo muy querido hasta el día de hoy. Los acompañaba el inspector Horacio Pacheco, que era retirado y ya falleció..

Apenas llegados a mi casa de Callao, recibimos una llamada en la que nos avisaban de manera anónima que Norma Arrostito —dijeron solo Norma— estaba herida de bala e internada en el Hospital de Ezeiza, y que con ella también estaba Anunciata Argentina Galli, a la que llamaban Nunci, que había sido la novia del cordobés Carlos Soratti Martínez. Soratti había sido parte del grupo fundador de Montoneros en Córdoba, junto a Emilio Maza e Ignacio Vélez.

Por supuesto, lo de Norma me preocupó mucho, y partimos de inmediato a buscarla con Horacio, Julio y Wences. Afortunadamente, solo tenían heridas menores en las piernas. La gente del Comando de Organización que tenía tomado el hospital se me puso a las órdenes, y no tuvimos ningún inconveniente. Las cargamos y las llevamos a Callao, donde Pipo Natielo, un médico que era el marido de Antonia Canizzo, verificó las curaciones. Luego las mandé con él, Horacio y Julio a la casa de ellos, donde se quedaron unos días para recuperarse.

Otro huésped imprevisto que tuvimos esa noche fue Leonardo Favio. Asustado por su participación en el palco de Ezeiza, tenía miedo de todo el mundo y se le ocurrió que mi casa era un refugio seguro. No teníamos dónde meterlo, por lo que le pusimos una colchoneta en el cuarto donde estaban mis hijos, todos muy chicos.

Yo tenía una tarea urgente que había decidido intentar, para tratar de mitigar el incendio que se venía. Busqué primero a Lorenzo Miguel, que coincidió conmigo en que era importante desescalar el conflicto, para lo cual le proponía juntarnos esa misma noche con un representante de Montoneros. Aceptó y emprendió camino hacia el Hotel de Luz y Fuerza, vecino de mi domicilio, donde quedó a la espera.

Luego de varios intentos, conseguí hablar con Roberto Perdía. Le expliqué mi propuesta, garanticé su seguridad, y me pidió media hora

para confirmar. Aceptó y, de inmediato, busqué a Lorenzo, con el que comimos mientras planeábamos algo. Lorenzo me contó que de su gente no había habido nadie en el palco, pero sí tres o cuatro de Rucci, encabezados por el Sopa. Que todo había sido responsabilidad de Osinde, que se había manejado siempre con López Rega. Me dio también información, que confirmaba lo que me habían adelantado, acerca de la llegada del General a Morón. Estaba bien de salud, pero indignado por lo sucedido. Me informaron que había maltratado a Righi y había aceptado a regañadientes ser trasladado a Olivos. Lorenzo me dijo: «Juan, tenemos que hacer pronto lo de la renuncia y las nuevas elecciones, porque si no va a complicarse todo».

Cuando Perdía llegó, sostuvimos una larga y por momentos tensa reunión, que terminó bien. En lo esencial, se acordó sacar del medio a Osinde, y Lorenzo me garantizó que no defenderían a López Rega si el Gobierno o el movimiento iban sobre sus responsabilidades. Lorenzo Miguel y Roberto Perdía establecieron, a mi instancia, una mesa permanente de consulta para evitar futuros enfrentamientos. El designado por Lorenzo Miguel fue el compañero Carlos Gallo, y la mesa funcionó varios meses. Lo cuenta Roberto Perdía en su libro *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona.* (37)Para dar una idea del caos que fue todo el asunto de Ezeiza, baste mencionar que, por muchos años, se presentó como imagen más difundida de la agresión de la derecha la fotografía de un joven siendo izado desde los pelos al palco por la gente de Osinde, donde —se decía— lo mataron. Pues bien, Enrique Arrosagaray, un compañero escritor y periodista autor de varios libros muy interesantes sobre la época, investigó el asunto y logró ubicar al supuesto masacrado. El compañero se llama Juan José Rincón, tiene 69 años y es del Dock Sud; ahora es mucho más corpulento que en 1973, está casado y tiene un hijo. Fue a Ezeiza en una columna de la Juventud Sindical.

Perón es trasladado en helicóptero desde el Aeropuerto de Morón.

Resumiendo, lo de Ezeiza fue un enfrentamiento caótico entre sectores del movimiento, donde intervino, coordinado con López Rega, el coronel Osinde y una banda que reclutó al efecto. Si se hubiera hecho el acto en otro lugar y con seguridad oficial, nada de esto hubiera sucedido, pero nadie se animó a contradecir las órdenes de López Rega, y fuimos al desastre. Desde ese día, a mí me ha quedado el cargo de conciencia de no haber hecho más para evitar la catástrofe. De hecho, intenté viajar a Madrid desde una semana antes, pero no logré que el General me autorizara. Quise ir al palco, pero mis colaboradores me lo impidieron, porque lo consideraban «un suicidio». ¿Quién sabe?… Hubiera preferido haberlo intentado.

El 21 de junio, el presidente Cámpora citó para horas de la noche a una reunión de Gabinete, más la comisión teóricamente encargada del acto, más varios dirigentes sindicales y los jefes de la Policía de la provincia, pero no incluyó —a pesar de mi pedido— a los jefes de la Policía Federal. Allí tuve un duelo verbal con Osinde, que quedó totalmente en evidencia y no fue defendido por nadie. López Rega rehuía mirarme, y yo, en tres ocasiones, dije que Osinde argumentaba instrucciones recibidas desde Puerta de Hierro y que, era evidente, no eran del general Perón.

El doctor Taiana por fin me preguntó quién habría enviado los mensajes, y yo dije que no tenía dudas de que era López Rega. El Brujo no contestó y evitó mirarme. Cámpora levantó la reunión, me hizo pasar a su despacho, y de inmediato le dije que teníamos que

detener a López Rega, que era el responsable de las muertes. El presidente Cámpora me contestó: «Está loco, doctor. Si hacemos eso, el General se vuelve a España y se cae todo». No hubo argumento que lo convenciera. Al salir, me encontré con Galimberti, al que le había pedido que convenciera a la conducción de Montoneros para apoyar la detención de López Rega. Galimberti me dijo que tenía órdenes de decirme que no había podido trasmitir mi pedido.

Poco después, cuando ya «se caía todo», en la noche del 12 de julio, a pedido del presidente Cámpora, junté en mi domicilio a Firmenich y a Perdía, los jefes montoneros, con su hijo, Héctor Pedro Cámpora. Según escuché entonces, y cuenta Roberto Perdía en su libro, (38) propusieron «meterlo preso a López Rega por su comprobada responsabilidad en la preparación y ejecución de la masacre de Ezeiza».

35- Jorge Taiana, *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo*, Buenos Aires, Planeta, 2000, p. 103.

36- C. «Chango» Funes, *op. cit.*, p. 132.

37- R. Perdía, *Montoneros*, *op. cit.*, pp. 271 y ss.

38- *Ibid.*, p. 284.

25
General y presidente

Desde el 22 de junio y hasta el 12 de julio, es decir, durante veinte días, dimos un espectáculo lamentable. Diversas áreas del Gobierno trabajaban muy bien en lo suyo, pero el país estaba en suspenso, con el presidente concurriendo todos los días a Gaspar Campos, a veces hasta tres veces en la jornada, y la situación sin definir. Le insistí al doctor Cámpora para que de una vez definiera las circunstancias con su renuncia, y me dijo que antes quería dejar resuelta la devolución del grado al General y esperar que este le transmitiera que aceptaba. En esos veinte días, no busqué ver a Perón; concurrí a Gaspar Campos las dos veces en que el General me citó, a través de Juan Esquer, jefe de custodia.

En la primera de esas ocasiones, el General estaba engripado y muy caído, y no toqué ningún tema de importancia. En la segunda, el 9 de julio, me dijo que Cámpora iba a renunciar y habría elecciones. Le comenté que circulaba la versión de que sería interino Raúl Lastiri, y que eso no me parecía conveniente por una cuestión de seriedad, dado que se salteaban a Alejandro Díaz Bialet, al que le tocaba suceder a Solano Lima como presidente del Senado. El General me hizo una seña genérica, como señalándome a la casa, y me dijo: «Lo quieren hacer así, y a mí no me importa». Le dije que por favor se cuidara más que nunca, que todos lo necesitábamos mucho y que esperaba sus instrucciones para actuar. El 11 de julio, a través del decreto 503, el Poder Ejecutivo finalmente resolvió restituir el uso del grado y el uniforme al teniente general Juan Perón, y por el decreto 504 se declaró extinguida de pleno derecho la resolución del Tribunal Superior de Honor del 27 de octubre de 1955, aprobada por el decreto 2034 del día 31 de igual mes y año. Ambas medidas fueron informadas por el propio presidente Héctor J. Cámpora, al general Perón, en su domicilio de Vicente López, y habían sido previamente

acordadas con el comandante en jefe del Ejército, general Jorge Raúl Carcagno.

La restitución del uniforme militar. Un viejo anhelo.

El 12 de julio a la mañana, muy temprano, me llamó Juan Esquer y, hablando muy bajo, me pasó al General, que también en tono muy bajo me indicó que anunciara desde el movimiento la renuncia de Cámpora y enalteciera su conducta. Me dijo que le trasmitiera a Rucci la misma indicación y que no hiciera caso de otros mensajes que pudiera recibir, porque «no serán realmente míos». Agregó: «El interino va a ser Lastiri; no tuve más remedio». Le dije que no se preocupara, que lo importante era que él fuera de una vez presidente y que se cuidara mucho. Al cortar, me di cuenta, por primera vez, de que llevaba ya dos meses cerrando mis contactos con el General pidiéndole que se cuidara. Una fórmula que había ya reemplazado el tradicional: «A sus órdenes, mi general».

Llamé a Rucci, quien me contó que tenía varias llamadas de López Rega insistiéndole en que Cámpora no quería renunciar y que había que exigir su renuncia. Quedamos en que desapareciera y que, cuando hablara, dijera lo que yo le estaba trasmitiendo. José Rucci, una vez más, cumplió: recién habló el 14 de julio, después de que Victorio Calabró y otros dirigentes gremiales se expresaran contra Cámpora y la «infiltración», y calificó a Cámpora y a Solano Lima como «eminentes ciudadanos». Además, agregó: «Esta actitud fue adoptada

sin presiones de ninguna naturaleza, espontáneamente, con toma de conciencia cabal de lo que el pueblo aspiraba para desenvolver este proceso y darle autenticidad total». Por mi parte, convoqué a una conferencia de prensa esa misma noche del 12 de julio en la sede partidaria de avenida La Plata. Dije:

> He convocado a esta reunión para decirles sencillamente, y con toda la alegría del mundo, que el general Perón será presidente de los argentinos. Les aseguró que será por la voluntad unánime, auscultada a través de distintos viajes por todo el territorio de la república […]. El general Perón hace lo que el pueblo quiere. Por eso sé que será presidente. Que llegue a la presidencia es una resultante lógica de ese proceso que vivió el país, luego de dieciocho años de lucha. Su significado adquiere un carácter netamente revolucionario.

En el mismo sentido, señalé:

> Se trata de un proceso de victoria que culminará con Perón en la presidencia, lo que significará la pacificación en la Argentina; el logro de la liberación; la unidad nacional y el encausamiento definitivo de la reconstrucción nacional. Esta actitud no menoscaba en absoluto la imagen del doctor Cámpora, del que tengo el honor de ser amigo, pieza fundamental de este proceso […]. Quienes lanzan torpes agravios a quien fue conductor táctico de este proceso solo tratan de aprovechar la coyuntura.

Luego, dirigiéndome al movimiento, agregué: «Les digo que habremos de alcanzar nuestro objetivo estratégico, pero les pido que hechos anormales no empañen una fiesta, como creo que lógicamente será. Les pido que sigan las consignas que emitiremos por los canales de organización».

Finalmente aproveché para decir que cuando Perón fuera presidente seguramente habría cambios ministeriales y también en el movimiento, y que yo consideraba que ya había cumplido con mis compromisos políticos y volvería a la actividad privada.

El 13 de julio se dieron las renuncias anunciadas de Cámpora y Solano Lima. Ese día hubo un mensaje del general Perón. Lastiri, presidente provisional, ante la absurda licencia de Díaz Bialet por su

designación como embajador en misión especial, habló al país desde Gaspar Campos para anunciar la convocatoria a elecciones para presidente y vicepresidente y aclaró que se realizarían sin estado de sitio ni proscripciones. El General señaló «el gesto de los extraordinarios ciudadanos argentinos, don Héctor J. Cámpora y don Vicente Solano Lima, que han dado al país el ejemplo más preclaro y más honroso que un ciudadano puede dar», y agregó que «cuando salí de aquí y regresé nuevamente al exterior, el doctor Cámpora me siguió a Paraguay. Con mucha resistencia, el doctor Cámpora aceptó el cargo, haciéndome presente que si él llegaba a ser presidente, a través de esa elección, plantearía de inmediato la inconstitucionalidad de la proscripción, renunciaría y sometería al Congreso la decisión de esa instancia, para que el pueblo pudiera elegir fehaciente y genuinamente al candidato que fuera de su elección».

Así concluyó este episodio, que debió ser de fiesta y quedó tironeado, y no fue en modo alguno ajeno a lo sucedido en esos días de tensión. Las responsabilidades surgen claramente de mi relato, y no creo necesario personalizarlas más. Con lo dicho, queda claro también que de modo alguno comparto el juicio de quienes ven en esos cuarenta y tantos días una «primavera camporista».

El viernes 20 de julio, Lastiri anunció las elecciones para el 23 de septiembre. El 21 de julio, la JP se movilizó desde Puente Saavedra hacia Gaspar Campos para apoyar la candidatura de Perón. Su conducción, representada por Juan Carlos Añón, Miguel Lizaso, Roberto Ahumada y Dante Gullo, fue recibida por Perón, Lastiri, López Rega y Juan Esquer. Poco después, se informó que sería López Rega el que se reuniría con los representantes juveniles «todos los jueves de 9 a 11», lo cual motivó muchas versiones contradictorias.

El 22 de julio, coroné con éxito la última gestión como secretario del movimiento encomendada por el General, al reunir en mi casa a Atilio López, vicegobernador y titular de una de las dos 62 Organizaciones de Córdoba, con José Rucci. Con ellos, llegamos a coincidencias que tuvieron comienzo de ejecución al unificarse las 62 Organizaciones de Córdoba el 27 de julio.

El 24 de julio, Raúl Lastiri me buscó y me invitó a comer esa noche en la Casa de Gobierno. Por supuesto, acepté. Era el presidente provisional, y además siempre habíamos tenido buena relación.

Estuvimos reunidos tres horas, en las que me comentó, por encargo del General, que se iba a renovar el Consejo Superior del movimiento y que, con Perón en el país, no tenían sentido los cargos de delegado y secretario general. Por esa razón, el movimiento sería conducido directamente por el General y una comisión de cuatro dirigentes, uno por cada rama. Me dijo que el General mandaba a decirme que había cumplido su promesa de que yo fuera el último secretario general del movimiento.

Me confió que Rucci sería el representante gremial, Silvana Roth, la de la rama femenina, y Julio Yessi, el de la juventud, y que el General quería saber si yo aceptaría la representación de la rama política. Le dije a Lastiri lo que ya le había dicho varias veces al general Perón: yo quería volver a mi vida normal, pero agradecía mucho el ofrecimiento y me parecía exagerado que se sintiera obligado en lo más mínimo a convocarme. Intentó convencerme con muchos argumentos, destacando que estaba autorizado a decir que lo natural sería que de esa posición pasara, cuando el General fuera presidente, al Ministerio del Interior.

Le dije que creía que tenía que haber un manejo distinto de la juventud y que Yessi, al que habían puesto como representante, era un empleado de López Rega, que no representaba a nadie, pero que yo ya no estaba en condiciones de armar una política alternativa. Obligado por la decencia que Lastiri siempre había tenido en el trato conmigo, le dije que López Rega me resultaba indigerible y no quería crearle al General problemas domésticos. Me preguntó quién me parecía adecuado para la rama política si yo no aceptaba, y le respondí que creía que podía ser alguno de los jefes de bloque del Congreso: el senador José Humberto Martiarena o el diputado Ferdinando Pedrini.

Me insistió hasta último momento y me acompañó hasta el auto, donde se puso a conversar con Horacio Maldonado, con el que se llevaba muy bien. Había dos periodistas que intentaron que Lastiri o yo dijéramos algo sobre lo conversado y nos sacaron fotos que salieron en *Crónica*, donde se hablaba, en su estilo, de una reunión de más de cinco horas.

El 26 de julio, se publicó en *Mayoría* la noticia de una reunión nocturna entre López Rega y yo en Gaspar Campos, lo que no fue cierto. Lo que ocurrió fue que habían llamado a mi casa de parte de López, que intentaba ubicarme, pero no me reporté.

El viernes 27, el General me citó, a través de Lastiri, a la casa de

Gaspar Campos para una reunión a la que también asistieron Gelbard y el ministro de Trabajo Ricardo Otero. No estaba López Rega. Perón explicó que yo prefería retirarme por un tiempo, pero que tanto Gelbard como el sindicalismo creían que mi presencia en el movimiento era importante. Les agradecí muy cálidamente al General y a los otros presentes, pero ratifiqué mi pedido a Perón de que me permitiera volver a la vida privada.

Estuvo muy cálido y mostró dos fotos que sacó del bolsillo interior del saco: una lo mostraba en la histórica escena en que abraza a Eva Perón en el balcón de la Casa de Gobierno; la otra era del regreso de 1972, y en ella estábamos solo él, Rucci y yo. Les dijo a todos que Rucci y yo habíamos sido como una extensión de él y que esos instantes los recordaría mientras viviera.

Luego, tomándome del brazo y mirándome fijo, emocionado, me dijo: «Mi querido doctor, sepa que yo estoy seguro de que el pueblo peronista tampoco lo olvidará nunca». Me abrazó y me despidió con un hasta pronto, y yo pude, de nuevo, despedirme con el tradicional: «A sus órdenes, mi general». El diario *Crónica* dio cuenta de la reunión, señalando la ausencia de López Rega.

El 29 de julio, tras una reunión en Gaspar Campos, se anunció una reorganización en la conducción peronista. *Clarín* tituló: «Reorganización en el Justicialismo. Perón reemplazó a los miembros del Consejo Superior». El 30 de julio, señala:

> Luego de una reunión realizada en la casa del jefe del Movimiento Justicialista —a la que asistieron el Presidente y los ministros del Gobierno Nacional, numerosos legisladores y la cúpula sindical— se anunció que Perón dispuso el reemplazo de los miembros del Consejo Superior. La secretaría general, que hasta ayer desempeñaba Juan M. Abal Medina, ha sido sustituida por una mesa ejecutiva integrada por el senador José Humberto Martiarena (sector político), José Rucci (sector sindical), la señora Silvana Roth (sector femenino) y Julio Yessi (sector juvenil). Perón visitará hoy la CGT.

Crónica, en sus ediciones de ese día, dispuso como su título principal: «Relevos de fondo en el peronismo. Caducaron autoridades en el Movimiento Peronista». Quien se comunicó con los periodistas fue López Rega, para presentar a Martiarena, que dijo:

Se ha venido trabajando en un nuevo comando de conducción en el Movimiento Nacional Justicialista, quedando caducas las anteriores autoridades. Abal Medina deja el cargo de Secretario General.

Por la rama política lo integran Ferdinando Pedrini, Juan Manuel Camus, Francisco Julián Licastro y José Humberto Martiarena. Por la rama gremial: José Rucci, Lorenzo Miguel, Casildo Herreras y Rodolfo Medina. Por la rama femenina: Silvana Roth, Hilda Castineira, Dolores Ayerbe de Moreno y Patricia Romero Gómez. Por la rama juvenil: Julio Yessi, Ana María Solá, José Luis Pirraglia y Humberto Romero. Además de la notoria salida de Abal Medina, el sector sindical avanza, pero respecto a la Rama Juvenil era claro el respaldo para sectores cercanos a lo que fue el intento de otra JP, la JPRA apadrinada por López Rega. Se conformó una Mesa Ejecutiva con un integrante por cada rama del Movimiento: Martiarena, Rucci, Roth y Yessi.

Al mediodía, se comunicó por teléfono a mi casa José Humberto Martiarena para decirme que quería conversar conmigo, por indicación del General y por su propio deseo, y que José Rucci quería acompañarlo. Llegaron poco después, y tuvimos una larga conversación en la que me expresaron su afecto, se pusieron a mis órdenes y me consultaron sobre mi parecer acerca de los problemas más urgentes. Quedamos en conversar más extenso unos días después. Rucci reiteró expresamente su conocida declaración en el sentido de que yo había encarnado la conducción táctica del peronismo más cercana y consustanciada con el movimiento obrero organizado.

La realidad es que todos esos días estuvieron cargados de versiones contradictorias respecto a la candidatura a vicepresidente. En dos ocasiones, concurrí a Gaspar Campos llamado por el General. En la primera de esas reuniones, me preguntó si yo creía que llevando a Cámpora de candidato a vice se tranquilizarían los jóvenes y se alinearían. Le dije, como hice siempre, lo que creía: mi impresión era que tenía que haber un alineamiento explícito dentro de las estructuras del movimiento, tal como habíamos planeado inicialmente, y una clara definición ideológica en torno al eje de que el socialismo nacional en la Argentina era el justicialismo. También le dije que las presencias de Martiarena, Rucci y la señora Roth estaban

bien, pero que Yessi era inadecuado. Perón me contó que al día siguiente iba a tocar en la CGT el tema de las distintas líneas ideológicas y bajar el tono a la polémica. Quedó en convocarme en unos días para continuar cambiando ideas y me preguntó si ya estaba instalado en mi estudio, lo que todavía no había logrado hacer, pero no demoraría.

Al día siguiente, 30 de julio, Perón realizó su visita a la CGT y dio un discurso cuyo eje se centró en las disputas entre los dos imperialismos dominantes en el mundo: el estadounidense y el soviético, y en el tercermundismo como respuesta. El General reflexionó sobre «esa aparente controversia que parece haberse producido en algunos sectores del peronismo: la lucha que aparentemente ha sido planteada como acusación a una burocracia sindical, por un lado, y a los troskos, por el otro. Indudablemente en movimientos como el peronismo, de una amplitud tan grande, y de un proceso cuantitativo tan numeroso, tiene que haber de todo, en cuanto a ideología se refiere». Y agregó:

> Yo siempre he manejado el movimiento peronista con la mayor tolerancia en ese sentido, porque creo que los que se afilian y viven dentro de un movimiento multitudinario como el nuestro deben tener absoluta libertad para pensar, para sentir y para obrar en beneficio de ese mismo movimiento. Es indudable que en todo movimiento revolucionario existen tres clases de enfoques: los apresurados, que creen que todo anda despacio, que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gente; los retardatarios, que quieren que no se haga nada y hacen todo lo posible para que la revolución no se realice; y, entre estos dos extremos perniciosos, existe un enfoque que es el equilibrio y que conforma la acción de una política, lo cual es el arte de hacer lo posible, ni ir más allá ni quedarse más acá, pero hacer lo posible en beneficio de las masas, que son las que más merecen y por las que debemos trabajar todos los argentinos. Es probable que la revolución sea tan vieja como el mundo, y quizá los inventores hayan sido los griegos. Pero la Grecia de ese tiempo, antes de hacer la revolución, colocó en el frontispicio de todas sus universidades una frase que indica lo que la revolución debe ser: «Todo en su medida y armoniosamente». Y enfatizó que el peronismo siempre había

rechazado la violencia: «El que tiene la verdad no necesita la violencia».

El martes 31 de julio, respondiendo a una invitación que me había hecho Rucci en la visita a casa, el Consejo Directivo de la CGT me ofreció un almuerzo en la sede de Azopardo. Rucci reiteró su afecto personal y político, y me entregaron una plaqueta realmente emotiva que, como tantas otras cosas, me fue robada la noche del 23 de marzo de 1976 por los alzados.

El mismo 31 por la mañana, Perón recibió a Balbín y crecían las especulaciones sobre una fórmula compartida. Esa mañana, Cámpora visitó muy brevemente Gaspar Campos, pero dijo que no se había reunido con el General y que desconocía que estuviera Balbín, al tiempo que descartó acompañar a Perón en la fórmula para las elecciones de septiembre. Por la tarde, trascendió que el Consejo Superior nombrado poco antes ya había aprobado la fórmula Juan Domingo Perón-María Estela Martínez de Perón.

Por esos días, el encargado de negocios de Estados Unidos, Max Vince Krebs, envió al Departamento de Estado un informe muy crítico acerca de la política económica del Gobierno argentino. Al mismo tiempo, remitió una carta al ministro de Economía, en la que formulaba críticas a los proyectos de ley y, con tono amenazante, exigía no llevarlos a cabo, porque perjudicarían las relaciones argentino-estadounidenses, provocando una ola de protestas y una reclamación diplomática. Se refería al proyecto de impuesto a la renta potencial de la tierra, que ya tenía dictamen favorable en Diputados. También se anunció el ingreso de la Argentina al Movimiento de Países No alineados y se anunció el otorgamiento del crédito a Cuba por 200 millones de dólares.

En los primeros días de agosto, la revista *Time* publicó un supuesto diálogo entre los doctores Jorge Taiana y Pedro Cossio con Perón respecto al delicado estado de salud de este último. Según esa versión, los médicos le habrían recomendado no asumir la presidencia, porque eso reduciría claramente su perspectiva de vida. La nota fue desmentida por los nombrados, quienes el 7 de agosto emitieron un informe que decía:

Consultados sobre la salud del teniente general Juan Domingo Perón y su capacidad para asumir la primera magistratura del

país declaramos: 1) El teniente general Juan Domingo Perón se encuentra restablecido de la afección comprobada el 16 de junio del presente año; 2) La actividad futura debe contemplar y ajustarse a la situación física vinculada a la edad y a la afección padecida. Firman: Pedro Cossio, Jorge Taiana. (39)

La atención política de esos días seguía centrada en el tema de la candidatura a vicepresidente. La realidad es que la eventualidad de que fuera Ricardo Balbín nunca obtuvo apoyo importante en el peronismo, y creo que tampoco en el radicalismo. La JP propuso al doctor Cámpora, lo que era imposible, por todo lo que había sucedido en las últimas semanas. Respecto a la señora Isabel, el General parecía haberse opuesto inicialmente, pero ante la falta de alternativas y, sin dudas, la presión doméstica, terminó por acceder, por lo que el Congreso del Partido Justicialista, reunido en el Teatro Cervantes, proclamó la fórmula el 18 de agosto.

El 22 de agosto, la JP hizo un acto en el estadio de Atlanta, en recordación del renunciamiento de Eva Perón y en homenaje a los mártires de Trelew, con una masiva concurrencia. Entre los presentes, estaban varios de los dirigentes históricos del sindicalismo, como Sebastián Borro, Armando Cabo, Avelino Fernández, Andrés Framini y Dante Viel. Hablaron dirigentes de los frentes de la JP y cerró Mario Firmenich, quien afirmó: «[Estamos] en esta lucha del enfrentamiento antiimperialista hacia la constitución definitiva del socialismo». Firmenich dijo compartir la estrategia de Perón de un frente antiimperialista, pero señaló que ese frente debía ser conducido por la clase trabajadora, pues de no ser así no tendría sentido. Sin repetirlas, aprobó las consignas más coreadas por las decenas de miles de asistentes: «La clase obrera tiene la batuta, para que bailen los hijos de puta»; «Rucci, traidor, a vos de va a pasar lo que le pasó a Vandor». A lo que Firmenich comentó: «El punto en cuestión es que todavía la clase trabajadora no está debidamente organizada y representada y por lo tanto no tiene la batuta». Luego, refiriéndose a la candidatura de la señora Isabel, dijo que «a nosotros nos desconcertó. Primero porque creemos que crea fuerzas que pueden llegar a impedir la unidad contra el imperialismo, y porque pensamos que no es lo más representativo de estos dieciocho años de lucha». Entonces, se generalizó la consigna: «No rompan más las bolas. / Evita hay una sola». (40)

El 26 de agosto, el sacerdote Carlos Mugica renunció a su cargo de asesor en el Ministerio de Bienestar Social y formuló serios cargos a la política municipal de vivienda y a la que se llevaba en el propio ministerio. Lo hizo durante un acto de la Comisión Unificadora Villera Peronista, realizado en la Federación Argentina de Box, pero aclaró que si Perón asumía el Gobierno no iba a dejar de colaborar con él.

El 31 de agosto, por cerca de ocho horas, desfilaron ante la CGT, en cuyo balcón saludaba el general Perón, contingentes sindicales y de la juventud sin que se produjera ningún desorden. *La Nación* señaló: «Perón necesitaba demostrar que su presencia sería suficiente para suspender, siquiera por un momento, el enfrentamiento entre sindicalistas y líderes de la JP. Lo consiguió». Y agregó: «Hay que acreditarle este triunfo personal».

También destacó la magnitud del desfile —que calculó en cerca de ochocientas mil personas— y el hecho de que «lo objetivamente indiscutido es que solo Perón pudo haberlas reunido», para concluir: «Dicho sea en forma más o menos figurada, el asesino y el hombre que va a morir desfilaron juntos por las calles de Buenos Aires. Solo la extraordinaria jefatura de Perón sobre un movimiento de masas pudo compaginar de tal manera la marcha conjunta».

La noche del lunes 3 de septiembre, Perón fue entrevistado para Canal 13 por los periodistas Jacobo Timerman, Roberto Maidana y Sergio Villarruel, reportaje que apareció en *La Opinión* el día 5, con el título «Diálogo con Perón». Allí dijo que «aún no es el momento de la juventud, que es maravillosa, pero no hay que decírselo todos los días». Luego de conversar de la necesaria institucionalización del movimiento (en la versión televisada, dijo en dos ocasiones que «la preparamos con Abal Medina hace más de un año»; en la versión de *La Opinión*, la frase, como muchas otras, quedó suprimida) que «vamos a retomar pronto», uno de los periodistas le comentó: «Usted no desconocerá que durante dieciocho años mucha gente estuvo deseando su desaparición física y hoy no quieren que usted ni siquiera se resfríe». Perón respondió: «Sí, algo de eso me ha llegado. Es precisamente cuando me voy a morir, han esperado mucho». Le preguntaron: «Y después de Perón, ¿qué?», y el General contestó: «Una institución o una disociación peligrosa, que es lo que tenemos que evitar».

Entrevistan a Perón los periodistas Roberto Maidana, Jacobo Timerman y Sergio Villarruel.

Otra de las intervenciones de los periodistas apuntó a la experiencia de 1945-1955. Le preguntaron si estaba dispuesto a respetar a las minorías, cuestión fundamental de la democracia. Perón los miró sonriente y contestó: «Sí, por supuesto. Cuando respetamos a las minorías, esperamos que estas empiecen a respetar a las mayorías. Las mayorías son las que tienen que estar preocupadas, porque en todos estos años las minorías nunca las han respetado».

Los días 4 y 5 de septiembre, la Argentina formalizó su ingreso al Movimiento de Países No Alineados en la Conferencia de Argel. El canciller Alberto Vignes pronunció el discurso oficial y López Rega leyó un documento del general Perón sumamente interesante, que concluyó diciendo: «Para sintetizar nuestra Tercera Posición justicialista, diremos que en el orden político implica poner la soberanía de las naciones al servicio de la humanidad, en un sistema de gobierno mundial donde nadie es más que nadie, pero tampoco menos que nadie». El mismo 5 de septiembre, el general Perón —aprovechando la ausencia de López Rega— recibió a Mario Firmenich y a Roberto Quieto y les encargó que organizaran una reunión con todas las juventudes para el día 7.

En la madrugada del 6 de septiembre, el ERP tomó el Comando de Sanidad Militar en el centro sur de la ciudad de Buenos Aires. Efectivos del Regimiento de Patricios rodearon el lugar y, luego de un breve combate, los guerrilleros se rindieron, pero dejando herido gravemente al teniente coronel Raúl Juan Duarte Hardoy, quien murió poco después. Roberto Perdía entendió que «este copamiento era la contracara de nuestra política y lo condenamos explícitamente. Además, le restaba sustento al intento del general Jorge Carcagno de reformular la doctrina militar colocando el eje en la defensa de la

soberanía nacional».

El general Perón condenó enérgicamente el copamiento y dijo: «Se trata de un delito común. Han asaltado ese lugar con la finalidad de sacar algunos elementos: armas, drogas, informes. Es un hecho delictivo y policial que debe ser resuelto dentro de lo que impone el Código Penal».

El 7 de septiembre, en el tercer aniversario de sus muertes, Mugica ofició una misa en homenaje a Jorge Ramus y a mi hermano Fernando en su capilla de Cristo Obrero: «Yo, que los conocí de adentro, puedo asegurarles que fue su fe cristiana, su amor al pueblo, su militancia peronista los que los impulsaron». Pero pidió que las armas fueran dejadas de lado: «Este es el tiempo de dejar las armas y tomar los arados, como dice la Biblia». En el oficio, Mugica leyó el poema de Luis Alberto Murray titulado «Fernando Abal Medina».

El 8 de septiembre se realizó la reunión del General con todos los sectores de la JP, incluidos FAR y Montoneros. Perón advirtió entonces sobre los apresuramientos y llamó la atención sobre lo que estaba pasando en Chile; pensaba que iba a terminar con el derrocamiento de Salvador Allende. Además, descartó las críticas a la fórmula electoral y explicó la acción de los dirigentes sindicales, advirtiendo que no debían ser atacados, porque lo primero que había que hacer era cuidar a sus organizaciones. Añadió: «No hay que olvidarse, muchachos, de que la juventud hizo el 17 de octubre, pero fue la juventud de los sindicatos. La otra juventud estaba contra nosotros, salían todos los días a tirar piedras contra nosotros». Y llamó a realizar un congreso con participación de todos los sectores para que, por métodos democráticos, se eligiera la conducción: una mayoría que condujera y una minoría que acompañase.

El domingo 9 de septiembre me citó para la tarde en Gaspar Campos. Llamó Juan Esquer y me dijo que fuera a las cuatro. Me extrañó, porque era muy temprano para los hábitos del General, pero Esquer insistió con que lo hacía a propósito para que no me bloquearan. Perón estaba molesto con el rechazo a la candidatura de Isabel.

Me dijo:

> Vea, doctor, está muy bien que ellos hayan peleado, pero no llevan ni tres años en el movimiento. Isabel no es una intelectual, ni una dirigente de actuación importante, pero lleva

más de quince años acompañándome, y las misiones que le he encargado, como usted sabe, las ha cumplido muy bien y con gran valentía. Pero, además, ¿a quién poníamos que no lo impugnara algún sector? Lo de poner a Isabelita es como lo que hicimos poniendo a Cámpora. La reunión de ayer con la juventud fue buena, pero no veo que las cosas se encaminen. Mire lo que está diciendo este Firmenich, que ahora se las da de intelectual. Lo conocí hace pocos meses y ya casi me está tratando de enemigo en reuniones que tiene por ahí.

Y me dio un largo papel que más tarde Perdía reconoció como auténtico y que formulaba críticas fuertes al General. Ese día, Perón me encargó que tratara de que Galimberti volviera a tener influencia en la JP y me preguntó si estaba integrado en Montoneros o había quedado solo. Le dije lo que sabía y pensaba del asunto: que para la época de su salida del Consejo Superior, ya casi todos sus seguidores se habían integrado a Montoneros, y que yo creía que él había hecho lo mismo. El General dijo: «Nosotros nos equivocamos. Busque a Rodolfo y tráigamelo». Le informé que yo veía todo muy difícil, que la presencia de López Rega hacía todo muy complicado y que, por otra parte, el proceso de integración de las FAR a Montoneros había consolidado una tendencia que ya existía, y que cuando compartieron cárceles esa influencia había crecido.

«Rodolfo de marxista no tiene nada», comentó el General. A lo que contesté: «Por supuesto, General, pero la acción lo atrae como un imán». Me preguntó por Norma Arrostito, a la que no había visto, y me dijo que le mandara sus saludos; luego me preguntó por Fernando Vaca Narvaja, porque en esos días iba a ir a visitarlo su padre, el doctor Miguel Hugo Vaca Narvaja —exministro de Arturo Frondizi y expresidente del Banco de Córdoba, que luego sería secuestrado de su casa en la madrugada del 10 de marzo de 1976, por orden de Luciano Benjamín Menéndez—, llevado por sus amigos Horacio Rodríguez Larreta e Hipólito «Tuco» Paz, que había sido el canciller en nuestro primer gobierno.

La conversación apuntaba a ponerse muy interesante, pero apareció la señora Isabel y me dijo: «Doctor, no me ha acompañado a ningún acto». Le dije que ella indicara adónde tenía que acompañarla y yo estaría allí con mucho gusto. «No sabía que iba a venir, y creo que Daniel tampoco», dijo ella. Puse cara de sorpresa, como si no

supiera qué era eso de Daniel, y el General me dijo: «Daniel es como le dicen todos a López». Y dirigiéndose a la señora Isabel, le comunicó: «Ya estábamos terminando, voy a acompañar al doctor». Lo saludé y no lo dejé bajar. La señora Isabel sí bajó conmigo y me dijo: «Déjese ver. Al General le hace bien hablar con usted».

Tras salir de Gaspar Campos, comencé a buscar a Rodolfo Galimberti, sin lograrlo, y más tarde tuve contacto con Roberto Perdía, que pasó a verme. Le mostré los papeles que me había dado el General con críticas a él y los comentarios que hizo. Perdía reconoció que se trataba del contenido de una de las charlas que Firmenich daba a los distintos frentes y que no creía que se tratara de «enemigo» al General, pero que sin dudas había claras diferencias ideológicas.

Muchos años después, en una entrevista con la revista *Noticias* del 21 de febrero de 2004, Mario Firmenich dijo: «En septiembre de 1973 yo di charlas a los frentes, una de las cuales se desgrabó y se distribuyó como boletín interno muy profusamente. Yo planteé los ejes de las contradicciones que teníamos con Perón. A raíz del boletín interno Nº 2, Perón citó a Juan Manuel Abal Medina, lo puso en conocimiento de esto y le dijo: "Lea usted esto, donde me están tratando a mí como enemigo". Nosotros no lo tratábamos a Perón como enemigo, sino que él nos trataba como enemigos a nosotros». La realidad es que ese fue un tema más de la reunión que acabo de contar.

El 11 de septiembre, tal como venía anunciando el general Perón desde varios meses atrás, se produjo el golpe de Pinochet en Chile. Salvador Allende murió, y fueron detenidos millares de dirigentes. Muchos lograron salir hacia la Argentina o ingresaron en embajadas. El Gobierno argentino decretó tres días de duelo, y se produjo una enorme manifestación de repudio en Buenos Aires, encabezada por la JP.

Las campañas llegaron a su fin, y el general Perón concluyó la del Frejuli con un mensaje que se difundió por televisión el viernes 21 de septiembre por la noche. El miércoles y el jueves, había recibido a suboficiales enviados por Juan Esquer con breves listas de temas propuestos a la sociedad, para preparar unas líneas. En eso habíamos quedado con el General desde el último encuentro, y la señora Isabel me lo recordó telefónicamente. Tuve el apoyo de Luis Rivet esos dos días y, por las dudas, también estuvo pendiente de ese asunto el viernes. En cada tema solicitado, mandamos tres, cuatro y hasta cinco

opciones, en textos más firmes, más flexibles y de extensiones diversas. Varios fueron utilizados, lo que nos llenó de alegría por haber podido serle útiles al General y sintonizar con bastante cercanía su pensamiento. Por supuesto que no comentamos con nadie el asunto, dada su naturaleza reservada. Ahora puedo mencionarlo y lo hago con gran satisfacción y orgullo.

Fue un mensaje sumamente emotivo y, al mismo tiempo, moderado. Los llamados a la unidad del movimiento y a la unidad nacional, así como las garantías de trato justo hacia los partidos minoritarios, marcaron la tónica en un texto que expresaba de manera fiel la idea patriótica que llevó a Perón al sacrificio que este paso significaba.

El 23 de septiembre, la fórmula Perón-Perón obtuvo casi 7.300.000 votos, más del 62% del total. La fórmula Balbín-De la Rúa obtuvo 2.800.000 votos, el 25%. El manriquismo (el partido conservador liderado por Francisco Manrique) alcanzó 1.440.000 votos. Con esos resultados, el Frejuli ganó en los veinticuatro distritos del país. Balbín saludó de inmediato al General, y este le contestó con calidez. La unidad nacional no era un sueño. Por única vez en esta relación intensa con el General, tomé la iniciativa de marcar el teléfono cuando la radio trasmitió que había llegado a la casa de Gaspar Campos. Hablé con Juan Esquer y dos minutos después tuve a Perón en la línea. Casi no alcancé a felicitarlo. Él habló primero y quiso enviarme un abrazo fuerte. En esa comunicación cálida, terminó para mí esa noche maravillosa.

El lunes 24 fue de festejos. El General recibió llamadas, telegramas, esquelas. Se acercaron algunos colaboradores que eran prudentes y solo saludaban y se ponían a las órdenes. Tuve los comentarios de Juan Esquer y, por la tarde, del doctor Jorge Taiana: el General estaba muy bien, feliz y agradecido con la vida. Debió haber sido uno de sus días más plenos: de nuevo en la Patria, con su pueblo, con su uniforme y plebiscitado en la presidencia. Se fue a descansar, y yo me volví a la casaquinta de Parque Leloir, en Castelar, que me había prestado Eduardo Setti, donde estábamos descansando con mi familia por unos días.

39- N. Galasso, *op. cit.*, p.1226.

40- *Ibid.*, p. 1229.

26
El golpe mortal

La mañana del martes 25, me levanté tarde. No tenía actividades previstas más que coordinar un almuerzo que habíamos pactado para el miércoles o jueves con Cafiero, Rucci y Lorenzo Miguel. Había sido una iniciativa de Antonio para celebrar la victoria del General y ayudar a pulir algunas diferencias que habían surgido entre Rucci y Lorenzo, que no tenían la entidad que se les adjudicaba.

Cerca de las once, busqué a Antonio, pero todavía no había llegado a su despacho de la Caja de Ahorros. Encontré a Lorenzo en la UOM y le dije que mejor nos viéramos el jueves, así todos teníamos más tiempo para confirmar. Me dijo que estaba de acuerdo, pero que a Rucci se lo dijéramos nosotros (Antonio y yo). Le pregunté dónde podía hallarlo, y me dijo que sabía que a la tarde iba a estar en la CGT.

Como no tenía otro tema pendiente, me quedé a comer en Castelar. Estábamos empezando cuando llamó Julio Mera Figueroa desde el Congreso y me dio la terrible noticia: Rucci había sido emboscado y estaba, según me dijo, muy mal herido. Encendimos la televisión y ya estaban dando la noticia. Minutos más tarde, confirmaron que estaba muerto, que había recibido —eso es lo que dijeron en ese momento— más de cinco disparos.

La noticia me demolió. Yo era muy amigo del Petiso Rucci; habíamos estado juntos en momentos muy bravos, y apreciaba mucho su lealtad y su manera de ir al frente. Fue fundamental para el regreso del General, y su apoyo fue también clave para que yo pudiera manejar el movimiento como Perón quería. Tardé en reaccionar, y entonces me dio mucho temor el efecto que la noticia estuviera teniendo sobre el General. Yo sabía cómo lo quería. Llamé a Gaspar Campos, y me atendió la señora Isabel. Me dijo que el General estaba demudado, que nunca lo había visto así. Me permití aconsejarle que

estuviera por allí alguno de los médicos principales; la Señora me agradeció, pero escuché a López Rega gritando que no hacía falta que nadie les explicara a ellos lo que había que hacer.

Me vestí y salí hacia la CGT, donde no había nadie conocido, y seguí hasta la UOM, donde estaba Lorenzo, también muy golpeado. Le comenté que en la última conversación que había tenido con el General, pocos días antes de las elecciones, convocado por Juan Esquer, Perón me había insistido en que buscara a Galimberti y ayudara a parar la locura de las amenazas a Rucci, que aparecían en todos los actos de la Tendencia. El «Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor» era inadmisible para el General. Era una instigación a matar. Él se preguntaba: «¿Traidor a qué? ¿Quiénes son ellos para decirlo?».

Estaba buscando a Cafiero y justo entró su llamada; acordamos encontrarnos un rato después en la Caja de Ahorro y esperar a ver cómo se preparaban las cosas y en qué podíamos ayudar a la familia. Al rato, salí y caminé solo. Necesitaba pensar y prever. No llegaba a ninguna conclusión. Pensé que no podían haber sido los Montoneros, pero la duda me paralizaba. Estuve buscando por teléfono alguna información. Nadie sabía nada, pero en la gente cercana a la Tendencia las negativas eran muy débiles.

Un muy dolorido Perón despide a José Rucci en la Chacarita.

Me comuniqué nuevamente a Gaspar Campos, y un López Rega muy amable me dijo que el General me esperaba. Fui de inmediato y me abrió López Rega, que me abrazó y me hizo pasar. Luego me abrazó la señora Isabel y, de inmediato, Perón. Tenía los ojos

nublados. Nos dejaron solos, y lo primero que dijo fue: «Me mataron a mí… Peor: mataron a mi hijo». Y con un repentino endurecimiento de sus facciones agregó: «Son unos criminales, unos criminales…». «Sí, mi general. Eso son», le respondí. Y él me preguntó: «Usted ¿piensa lo mismo que yo?». Le contesté que no quería ni pensarlo, pero no podía sacarme la idea de la cabeza.

Hubo un largo silencio. Se recompuso y me dijo que había información confusa, pero que del gobierno de la provincia de Buenos Aires llegaban señales de que habían sido Montoneros «nuevos». Y agregó: «Supongo que se refieren a los que se les sumaron, los de Quieto…». Le dije que él tenía que descansar y dejarse cuidar por los médicos. Me contestó que estaba por llegar el doctor Taiana y que haría caso. También me dijo que iba a ir al velorio, que sería el día siguiente desde muy temprano, en la CGT. Le dije que también iba a ir y me despedí. Con un abrazo, me aconsejó: «Cuídese, doctor. Por favor, no ande solo», y llamó a la señora Isabel, que, igual de cálida, me dijo que me cuidara, me acompañó y despidió con un abrazo. López Rega me abrazó también. Desde la calle, nos sacaban fotos.Tuve contactos diversos, sin poder confirmar la autoría del crimen. Me fui a mi casa de avenida Callao, a intentar dormir algo y estar temprano al día siguiente en la CGT. Eran casi las doce cuando me llamó Wenceslao Benítez Araujo. Llegó unos minutos después. «Fueron los Montoneros», me dijo. Nunca tuve claro de dónde había sacado la información, pero Wences era muy serio, y no dudé. No tuve información más concreta y a las siete me fui a la CGT, donde iba a ser el velatorio.

Preferí ir solo. Entrar a ese lugar tan familiar, donde siempre había sido recibido como un compañero y un amigo, me resultó extraño, porque se hizo un silencio impresionante. Pasé al lado de gente que me conocía y que apenas contestaba mi saludo. Estaba claro: yo era como una persona de dos mundos. Algunos me consideraban más cerca de la Tendencia; otros me ubicaban en el medio. Solo el círculo de dirigentes y compañeros más cercanos a Rucci sabía de nuestra amistad y de nuestra identidad política.

Cuando llegué al lado del féretro, me abracé largamente con Coca, la mujer de Rucci. Luego se reanudaron las conversaciones, y pude saludarme con muchos compañeros. En ese lugar, todo el mundo daba por seguro que habían sido «los montos». Permanecí unas dos horas y, cuando avisaron que estaban en camino el General con la señora

Isabel, me retiré, por discreción.

El asesinato de Rucci fue para mí un punto de no retorno en mi relación con Montoneros. La falsedad histórica de atribuirse un protagonismo excluyente en el «Luche y Vuelve», como la tontería de pretender compartir la conducción con el General, eran hechos corregibles. Lo mismo los balbuceos marxistas del documento que me había pasado Perón, que si bien me alejaba de sus autores entendía que eran consecuencia del proceso de unidad con las FAR, y que esa inclinación podía revertirse. El asesinato de Rucci, en cambio, no tenía para mí regreso posible.

Dejé de verlos. El que insistía en encontrarnos era Roberto Perdía. No quise recibirlo en mi casa, y nos vimos en el bar de la esquina. Fue sincero, pero dijo que se les había ido de las manos. Le pregunté por qué no habían intentado parar, como les había pedido por indicación del General, los cantos amenazantes hacia Rucci, y me dijo que no habían tenido eco en los frentes, sobre todo en el universitario.

Le describí mi juicio político, ideológico y moral sobre todo el asunto y rematé diciéndole que era ridículo que les pusieran la línea los que habían sido gorilas hasta hacía muy poco. En realidad, no había de qué hablar, y ya no tuve más contactos que los que el General me indicó expresamente tener. Solo se mantuvo la relación personal con Norma y alguna otra. Volví a verlos al llegar a México, después de seis años en la embajada, en 1982. Estaban diezmados y tratando de continuar la lucha contra la dictadura, una situación que restableció algunas relaciones personales.

Sobre Perón, el asesinato tuvo un efecto demoledor, y no dudo en afirmar que colaboró con el deterioro de su salud. Fue mi impresión desde el mismo momento en que lo vi, y me lo corroboró en esos días el doctor Jorge Taiana. El General quería mucho a Rucci. Pero, además, Rucci había sido inflexible en su verticalidad y clave para garantizar su regreso.

Me es difícil seguir escribiendo sobre este tema, me hace demasiado daño. Pero debo hacer la consideración política del asesinato y prefiero tomarla tal cual de Norberto Galasso, porque comparto su interpretación. Dice, sobre el final del tema en el tomo dos de su obra ya citada:

> En la base militante de Jotapé y en los combatientes de Montoneros circula hoy, como verdad incontratable, que «la

orga» ajustició al sindicalista, ya fuese por su participación en la masacre de Ezeiza o por la condición de burócrata que frenaba la combatividad de los trabajadores. En esos sectores, después de la confusión de los primeros días, prevaleció la tesis de que Montoneros realizó el operativo. Incluso con lamentable humor negro, en los centros políticos de «la tendencia» se bautizó como «Traviata» (la galletita) al cadáver del dirigente sindical por «los veinte agujeritos». (41)

En otro momento, Galasso dice:

También Juan [Perón] está convencido de esa autoría. En su criterio, después de haber colaborado en la campaña electoral y sintiéndose parte del triunfo, ahora, los jóvenes «le han tirado un muerto sobre la mesa» para probarle su poderío y obligarlo a negociar áreas de poder. De ahí que su profunda tristeza —por tratarse de uno de sus hombres «más leales»— alterna, por momentos, con fuertes raptos de indignación.

La lectura de Galasso de este hecho es que «las consecuencias del grave error político son irreparables», y cita una declaración mía de 1983 sobre el tema:

Para Perón, atacarlo a Rucci era como atacarlo a él. Reaccionaba con violencia. Creo que la muerte de Rucci es lo que hace ya imposible cualquier política unitaria dentro del movimiento. Perón decide ahí mismo que va a terminar con esos sectores. (42)

Luego, Galasso toma el testimonio de Perdía: «Las balas que segaron la vida de Rucci pudieron haber partido desde diferentes trincheras. Pero la mayor parte de las miradas apuntaron hacia nosotros. Más allá de quién haya sido el ejecutor material de este hecho, nosotros pagamos su costo político. Perón nos declaró la guerra en la reunión del 1º de octubre».

Sigue Galasso:

El General se convence que la conducción pendular no pueda abarcar a estos jóvenes. De manera tal que el espacio logrado últimamente —con el acto frente a la CGT, del 31 de agosto—

> se pierde ahora. Y más aún, como señala Perdía, Perón les declara la guerra. […] Así el operativo no solo empaña el triunfo electoral —ya a partir de ese martes, nadie hablará más de las elecciones del domingo sino de la muerte de Rucci— sino que, además, separa con un charco de sangre el camino del líder respecto de quienes habían sido para él, tiempo atrás, la «juventud maravillosa».

El miércoles 26, el General me citó a través de Juan Esquer. Tuvimos una conversación tranquila, sin que el tiempo apremiara. Habló de José Rucci. Dijo cosas muy lindas que he atesorado en mis recuerdos y que me han ayudado a sobrepasar momentos difíciles. Me confió, por segunda vez, que «ese 17 de noviembre, cuando los vi a ustedes dos y nos abrazamos, fue el día más feliz de mi vida». Pidió que le contara acerca de la conversación con Rucci del fin de ese año, donde resultó que los dos —Rucci y yo— habíamos pensado en esos días lo mismo: que nuestra misión estaba cumplida y que podíamos dejar las dos secretarías. A él se la había comentado Héctor Cámpora hijo, y yo se la relaté con detalle, por supuesto que mencionando a Antonio Cafiero y a Lorenzo Miguel, que estaban presentes en aquella reunión. Perón evocó el salto de Lorenzo Miguel frente al policía (era el comisario inspector Díaz) que había sacado su pistola y le apuntó cuando salía esa madrugada en el Hotel de Ezeiza. Recordaba todo con detalles y se complacía recordando y comentando.

Había pasado ya un rato largo y le pregunté si no deseaba descansar, que era lo que aconsejaban los médicos. Con un gesto, descartó la idea y me dijo: «El cuerpo ahora lo tengo bien, lo que tengo mal es el alma». Era evidente que el asesinato de Rucci le había hecho mucho daño, y sentí que el General estaba muy solo, que su tristeza tenía un componente quizá ya demasiado largo de soledad. No pude evitar ponerme también muy triste y pensar en lo injusta que puede a veces ser la vida. Por única vez yo hacia él, le apreté el brazo como si fuera un abrazo con todo el cuerpo.

Tras un silencio, el General pareció recomponerse y me dijo: «Creo que es imposible que estos locos se alineen. Así que hay que extirparlos del movimiento, y eso es lo que voy a hacer. Quería decírselo, porque no lo voy a poner en el compromiso de participar en esta etapa, porque para usted sería muy difícil». Se lo agradecí, y llamó a la señora Isabel para que me acompañara a salir. En presencia

de ella y de López Rega, que apareció como siempre por su cuenta, me dio un texto que, me dijo, iba a usar para hablar ese viernes en Olivos en una reunión de dirigentes, funcionarios y legisladores. Me despidió cálidamente y dijo que no dejara de buscarlo. La señora Isabel también estuvo cálida; les pedí que cuidaran al General y les reiteré —ya se lo había dicho el martes— la necesidad de que tuviera una guardia médica permanente, como me había indicado el doctor Taiana.

Ese viernes 26, en la reunión en la residencia presidencial, el General leyó el texto que me había adelantado. Uno de sus párrafos, dice:

> El asesinato de Rucci es un ataque alevoso al peronismo y al país todo. Es necesario trabajar en todas las organizaciones del movimiento, en todas las ramas y en todos los niveles, para cumplir una tarea de depuración ideológica. Los dirigentes y afiliados deben definirse públicamente y con claridad, para que se sepa quiénes son peronistas y quiénes no lo son. No hay manera de eludir una definición; esta debe producirse en términos que no admiten ambigüedad: «Yo soy peronista, por lo tanto, no soy marxista».

El 3 de octubre, ante todos los gobernadores, el General expuso conceptos similares:

> El asesinato del secretario general de la CGT no es sino la culminación de un estado de descomposición política que los hechos han venido acumulando a lo largo de una enconada lucha, que influenció a algunos sectores de nuestra juventud, quizás en momentos justificada, pero que hoy amenaza con tomar caminos que divergen totalmente de los intereses esenciales de la república.

Y confirmó que la Argentina debía realizar una política reivindicadora de la soberanía nacional, frente a la presión de Estados Unidos, y al mismo tiempo una política destinada a controlar o disgregar a la ultraizquierda, que el General veía al servicio «del otro imperialismo».

El 4 de octubre, en el Teatro Cervantes y en una asamblea de

entidades empresarias convocada por la CGE, ratificó la línea económica iniciada el 25 de mayo. Destacó que desde esa fecha el salario real y la ocupación habían crecido, se había logrado detener la inflación y «han dejado de aplicarse los consejos del FMI como en los últimos dieciocho años».

El 12 de octubre a media mañana, en Asamblea Legislativa presidida por el democristiano José Antonio Allende, juraron el general Perón y la señora Isabel como «presidente y vicepresidente de la Nación Argentina», y poco antes de las trece, ya en la Casa de Gobierno, Raúl Lastiri le colocó la banda presidencial al General, que tomó la jura de los ministros.

Lastiri tuvo conmigo un gesto amistoso al llamarme el 10 de octubre a la mañana para confirmar mi asistencia. Le comenté que había hablado con el General y que le agradecía mucho, pero prefería no ir. Entonces se me ocurrió, y le pedí, si sería tan amable de entregarle a Perón una breve esquela de felicitación. Me dijo que por supuesto, y se la hice llegar poco después. Supe que la había entregado al descender del estrado y dirigirse al balcón. Solo le había escrito: «General, con profunda emoción, de nuevo en su presidencia, en su uniforme, en su balcón y ante su pueblo. Un fuerte abrazo de su soldado».

Perón salió al balcón y un mar de pueblo lo aclamó. El «¡Perón! ¡Perón!» era ensordecedor. Parecía salir —quizás así fuera— de la tierra. Su «¡Compañeros!» incrementaba la marejada. No le debió haber sido fácil a mi tan querido jefe empezar a hablar, pero lo hizo en esa comunión única que solo él supo establecer con su pueblo.

Entonces, dijo:

> Hay circunstancias en la vida de los hombres, en las cuales uno se siente muy vecino de la Providencia. Para mí, esas circunstancias se presentan cada vez que tengo la inmensa satisfacción de contemplar al pueblo. La presente circunstancia en que estoy frente a ese pueblo que siento tan profundamente en mi corazón es un acicate que me lleva a dedicarle hasta el último aliento para servirle y pedirle que me ayude. Que me ayude a defender esa responsabilidad manteniéndose en paz, unido y solidario, cumpliendo cada argentino con la misión que significa construir la grandeza de la patria y la felicidad del pueblo.

Luego, hizo un llamado y una convocatoria:

> Siguiendo la vieja costumbre peronista, los días 1º de mayo de cada año he de presentarme en este mismo lugar para preguntar al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos. Les agradezco a todos los compañeros. Pueden estar persuadidos de que para mí no existe una satisfacción y una gloria mayor que contemplar la cara de este pueblo, que es lo único que labra la grandeza de la Patria.

Luego de ese glorioso día, comenzó el tercer gobierno del General. No me propongo hacer una crónica de esos difíciles meses, que han sido narrados por muy diversos participantes, periodistas e historiadores. Creo que lo que puedo aportar son las referencias a los asuntos en los que tuve algo que ver o en los que estuve al tanto por indicación de Perón.

Tomo una consideración general de lo dicho entonces, escrita luego por Carlos «el Chango» Funes (uno de los redactores del programa de los diez puntos de 1972 y colaborador del General en diversos momentos) en su libro *Perón y la guerra sucia*. (43) Allí, Funes dice que la desmedida ambición del general Lanusse, la locura de creerse predestinado para derrotar a Perón y ser él presidente constitucional, proyecto al que en su época le dieron el pomposo nombre de Gran Acuerdo Nacional (GAN), culminó la serie de proyectos políticos gorilas destinados a especular con la edad y sobre todo con la salud del general Perón para «normalizar» institucionalmente el país.

Como cuenta, entre otros, Antonio Cafiero en sus memorias, la primitiva idea en este sentido puede rastrearse ya en 1962, protagonizada por Aramburu como cabeza política del sector liberal del Ejército. Frente a ese proyecto que, con diversas variantes, intentaba suprimir la presencia de Perón en la política argentina, el General jugó con muy diversos instrumentos y aliados más o menos coyunturales, pero no es descartable la idea de que ya por entonces, antes incluso del Gobierno de Arturo Illia, Perón pensara que la unidad nacional indispensable para hacer viable a la Argentina debía tener como eje el entendimiento del peronismo y el radicalismo (por entonces, UCR del Pueblo). Esa política finalmente llevó a la victoria con su regreso en 1972. Si la ceguera del ejército liberal no lo hubiera

llevado a intentar una y otra vez esta miserable alquimia, el General podría haber llegado a su tercera presidencia mucho antes, y la Argentina se habría ahorrado, seguramente, muchos años de retroceso nacional y violencia política. La Argentina perdió años preciosos de la vida de su líder, que llegó finalmente a gobernar muy pocos meses y cuando ya la ilegitimidad política permanente había generado fracturas profundas del tejido social.

41- *Ibid.*, p. 1247.

42- *Ibid.*, p. 1248.

43- C. «Chango» Funes, *op. cit.*, pp.179 y ss.

27
Un sacrificio patriótico

En los días posteriores al 12 de octubre de 1973, recibí una llamada del ministro Gelbard, con el que teníamos un trato amable, pero por entonces nada más, invitándome a almorzar en el ministerio al día siguiente. Acepté, por supuesto, y me dijo que íbamos a ser tres. Le pregunté por el tercero, y me contestó: «Viene Daniel», es decir, López Rega. Ante mi sorpresa, me contó que era una indicación del presidente. Le dije a Gelbard que yo no tenía diálogo político alguno con López Rega, empezando porque no lo llamaba «Daniel», y Gelbard me dijo que «Daniel» le había contado que nos habíamos abrazado y que volvíamos a ser amigos. En un primer momento, lo negué, pero recordé enseguida la visita al General el día del asesinato de Rucci. Le aclaré a Gelbard cómo había sido ese hecho e insistí en desistir del encuentro. Entonces, él me dijo: «Dice su amigo que no le cree problemas en su frente interno».

Era la segunda o tercera vez que oía esa frase, y siempre estaba referida a López Rega. No tuve más remedio que aceptar, y me pidió que estuviera al día siguiente a las 12:30 en el Ministerio de Economía. Allí llegué, pasé de inmediato, y Gelbard me dijo que en media hora llegaba López Rega y que él quería contarme y mantenerme al tanto, por indicación del General, de los contactos que tenía con Montoneros. Le aclaré que yo no tenía contacto alguno en ese momento, y me dijo que lo sabía. Luego me refirió tres encuentros del Gobierno con Montoneros y me dijo que veía difícil conciliar posiciones.

Llegó López Rega. Avanzó como para abrazarme, pero yo le di la mano y lo frené. La conversación comenzó dificultosamente, pero él intentó un relato según el cual, desde que nos habíamos abrazado circunstancialmente el día de la muerte de Rucci, me estaba «protegiendo» de problemas de salud muy delicados que había notado

que yo tenía y que, él creía, podría «seguir controlando».

Siguió diciendo tonterías del mismo tipo y, finalmente, dijo que el General, en realidad, ya estaba muerto, que vivía una parte de su propia vida que se le iba consumiendo, pero que no sabía cuánto podría aguantar. El que no aguantó más fui yo y le dije: «Déjese de decir imbecilidades». Gelbard se quedó helado, y López tartamudeó algo y lloriqueó: «Nosotros te queremos mucho, Juan Manuel, tenemos que estar juntos». Lo miré fijo, no me aguantó la mirada, y me puse a hablar con Gelbard haciéndole una pregunta detrás de otra para no dejarle espacio a ese mamarracho de meter una frase.

López emitía como gemiditos y miraba su plato, que no tocó. Yo comí tranquilo y ni lo miré. Al rato, dijo que tenía una reunión y debía irse, pero que en eso quedábamos, en que «teníamos que estar juntos». Quiso abrazarme, y volví a frenarlo extendiendo la mano. Por fin se fue. Gelbard me dijo que era un personaje muy peligroso, que tenía mafiosos muy pesados a sus órdenes y varias cosas por el estilo.

Con Gelbard quedamos en vernos, en principio cada quince días, para que fuera una especie de asesor político suyo, y que iba a manejar mi designación como jefe de asesores o algo así. Le agradecí, pero le dije que yo había vuelto a mi estudio y no podía ser funcionario y llevar juicios. No me parecía ético. Con Gelbard sí nos abrazamos, y a los cuatro o cinco días me llamó para que fuéramos a almorzar a la Costanera. Me contó acerca de las novedades económicas, algunos problemitas de salud del General, y me dijo que López Rega les había dicho a varias personas, Duilio Brunello entre ellas, que se había ido rápido del almuerzo porque había «percibido» que yo estaba pensando en tirarlo por la ventana.

A los pocos días, la señora Isabel me citó en el despacho que utilizaba en Casa de Gobierno, me habló de varios temas y luego insistió en decirme que «Daniel» me quería mucho y que era un muy buen amigo, «indispensable» para el General. Le dije que agradecía sus comentarios y que los tendría en cuenta y me despedí con el respeto que me merecía por ser la esposa de mi jefe y el afecto que siempre le tuve.

«Yo salvé la vida a Perón.» El médico Julio Luqui Lagleyze publica el relato en Todo es Historia. *En la foto, el autor entre Juan Esquer y Perón.*

En esos días de finales de octubre, conocí partes de una carta que Perón le había enviado a Jorge Antonio y que me parece interesante mencionar aquí:

> Tengo la obligación de unir a todos los argentinos, pero algunos insensatos no lo entienden y las ambiciones y puñeterías de los apresurados me llenan de amargura. Gelbard anda bien, pero lo tenemos muy controlado. López Rega, enloquecido, me crea cualquier cantidad de problemas, así le irá.

No dudo de que el General hizo que yo conociera esta carta. Con Jorge Antonio, no teníamos un trato que justificara que me hiciera conocer lo que le decía su amigo. Mi impresión fue que Perón me mandaba dos mensajes: por un lado, la insistencia de Gelbard en comentarme la marcha de la economía encontraba ahora su explicación; por el otro, lo de López Rega era una señal tranquilizadora, aunque no me hacía ilusiones, ya que era evidente la dependencia que el General tenía con ese sujeto en su cotidianeidad de anciano y enfermo. Mi preocupación en este tema era siempre la misma: ¿no estaría López Rega manejando, para bien y para mal, la salud del General de acuerdo a sus intereses? Alguien capaz de decirme: «El General ya está muerto» ¿de qué no era capaz?

Como luego haría en otras ocasiones, le conté mis preocupaciones al doctor Jorge Taiana, quien me dijo que las compartía, pero que veía muy difícil hacer algo, sobre todo por la confianza que la señora Isabel

le tenía a López Rega. Me comentó: «El General ha vivido mucho tiempo acompañado solo por ellos dos. Usted es joven, sus padres son jóvenes, y es difícil que pueda entender hasta qué punto alguien mayor y enfermo depende de sus cercanos». Sí, querido Jorge, los años me lo hicieron entender.

Entre los infinitos problemas que le creaba López Rega al General, no fue menor el de Licio Gelli, el «Venerable» de la Propaganda Dos (la P2), al que con el apoyo del canciller Alberto Vignes hizo condecorar con la máxima distinción de la República Argentina. El tema se lo dieron armado al General, que no pudo o no supo evitar su consentimiento. De inmediato, Gelli y su P2 pretendieron manejar todo el comercio exterior de la Argentina, y Vignes aconsejaba entregárselo, según decían, para pagar los favores hechos con Estados Unidos, el Vaticano y varios países europeos que facilitaron el regreso del General a la Argentina. Pero el General los mandó al diablo, y Gelli juró venganza. Este hecho no sería ajeno a la profanación, años después, del cuerpo de Perón: en una extraña operación en la que forzaron el ataúd, le cortaron y robaron las manos, lo que se mencionó como una venganza mafiosa.

En el frente de la economía, se alcanzaban logros indudables, aunque inferiores a los que se habían imaginado, debido a los cambios negativos en la situación internacional. Al respecto, es de interés el trabajo de Carlos Leyba, uno de los principales colaboradores del ministro Gelbard, llamado *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*. (44) En esos días, Gelbard me convocaba a almorzar al Ministerio de Economía para contarme sobre la marcha de sus asuntos. Reuniones a las que incorporé a Luis Rivet, con más conocimientos en la materia que yo, y quien preparaba un informe de cada encuentro que le hacíamos llegar al General.

El 21 de noviembre, a las dos de la mañana, Perón se despertó sin poder respirar. Apenas si consiguió levantarse para solicitar ayuda. Llegó López Rega y le conectó un tubo de oxígeno portátil, pero siguió respirando muy mal. No había ningún médico, y la señora Isabel, López y Juan Esquer no encontraron al doctor Taiana ni al doctor Cossio. Uno de los custodios tomó la iniciativa de traer al doctor Julio A. Luqui Lagleyze, vecino de la casa de Gaspar Campos.

Actuando rápida y enérgicamente, consiguió sacar de la crisis al General. En realidad, me dirá luego el doctor Taiana, que llegó poco después, inmediatamente precedido por el doctor Cossio, Luqui

Lagleyze le salvó la vida. Sin embargo, para no preocupar a la población, se informó que Perón había presentado una afección bronquial y se recuperaba con rapidez. El episodio confirmó a Cossio y Taiana sus sombríos pronósticos de que le quedaban meses de vida.

En diciembre, el General tuvo que resolver la difícil cuestión planteada por la conducción del Ejército. La abierta rebeldía de la cúpula de Montoneros y su clara alianza con el general Carcagno le quitaron a este la posibilidad de una conducción autónoma, y debió solicitar su pase a retiro al no ser recibido por Perón. El sucesor de Carcagno fue el general Leandro Anaya, un «profesionalista». Era un tema discutible. Yo fui partidario de haber reincorporado en actividad a los muy prestigiosos coroneles Fernando Amadeo de Baldrich y Florentino Díaz Losa, que encabezaron los movimientos de Azul y Olavarría, con el claro propósito de convocar a elecciones sin ningún tipo de proscripción en un máximo de seis meses, lo que hubiera llevado al General a la presidencia en los primeros meses de 1972.

Como dijo Baldrich en la carta al General de la que fui portador, también se hubiera logrado limpiar al Ejército del mitrismo para que fuera una fuerza realmente nacional. Perón, muy condicionado por su poco resto físico y con información sectorizada, prefirió generales que él estimaba, ya sin mayor apoyo interno y más fáciles de conducir, que coroneles que pudieran convertirse en caudillos militares.

En los primeros días de enero, el General dejó la casa de Gaspar Campos y se trasladó a la Quinta de Olivos. Por esos días, Taiana me comentó que desde el 1º de enero la salud de Perón había vuelto a complicarse, y con el doctor Cossio decidieron ponerlo en conocimiento del Gabinete. Se reunieron en el piso del canciller Vignes el viernes 11 de enero al mediodía e informaron de la gravedad del estado y de un pronóstico fatal a mediano plazo.

Lo que me contó Taiana y luego recogió en su libro *El último Perón* es que, ante el asombro de todos los presentes, «López Rega interrumpe para formular diversas necedades, como que: “El faraón ya está muerto y quiere volver a la pirámide”; “ya no existe, está muerto, está vacío y yo le pongo, poco a poco, las ideas necesarias, lo alimento…”; “él necesita de mi fuerza, de mi flujo de ideas y esta tarea es mi tremenda responsabilidad”». (45) Los ministros no hacen caso de los dichos de López y preguntan cuál es el pronóstico, y Taiana dice que «la vida del General no se prolongará más allá de seis u ocho meses». López Rega insistió en sus sandeces, y varios lo

pararon diciéndole que se «deje de joder».

El jueves 17 de enero me llamó Lorenzo Miguel y me invitó a almorzar al sindicato, donde iba a estar el ministro de Trabajo, Ricardo Otero. Prácticamente no comimos, por la angustia que el relato de Otero nos causó, no solo por el estado de salud del General, sino también por la negativa sistemática de López Rega, apoyado por la señora Isabel, de que hubiera una guardia médica permanente en Olivos.

A las opiniones de Taiana y Cossio, se habían sumado las de dos médicos españoles, de vieja relación con Perón, Francisco Flórez Tascón y Antonio Puigvert, quienes habían llegado en esos días. Ellos señalaron que el deterioro de la salud del General desde diciembre de 1972 había sido «abrupto, con orígenes poco claros». Con Lorenzo fuimos a ver a Taiana, y este nos confirmó la necesidad de que el General tuviera asistencia permanente y las negativas de López Rega a cubrir esa necesidad. En esa conversación, como recuerda Taiana en su libro, Lorenzo me dijo: «Qué razón tenías cuando quisiste que lo volteáramos de cualquier manera», en relación con López Rega. Taiana no sabía a qué se refería Lorenzo, pero era a la reunión que habíamos tenido en mi casa la noche de Ezeiza, el 20 de junio.

Taiana dijo que él ya había hecho muchos intentos en vano y que probáramos nosotros, a ver si conseguíamos algo. Lorenzo pidió, a través de una secretaria que él había recomendado y se había hecho cercana a la señora Isabel, entrevistar a la vicepresidenta. Al rato lo comunicaron con ella. Lorenzo le dijo que estaba conmigo y que necesitábamos verla unos minutos. La señora se encontraba en la Casa de Gobierno, preparando su traslado a Olivos, donde el General descansaba luego del ajetreo de los tres días previos con la visita oficial del panameño Omar Torrijos.

Nos dijo que fuéramos para allá. Nos recibió de inmediato, estuvo muy cálida con los dos, y yo le planteé el tema de la necesidad de una presencia médica en Olivos. Pero fue imposible convencerla. Dijo que López Rega se oponía y que él era realmente el que había logrado que el General estuviera todavía vivo. Si se ponía una guardia, él se iría. Ya se lo había dicho, y en el caso de que se fuera, ella no sabría qué hacer. Fueron inútiles los argumentos. Agradeció nuestros deseos y dio por terminada la reunión.

Lorenzo me alcanzó a mi casa de avenida Callao, porque yo estaba sin auto, y lo invité a tomar un café. Tuvimos una reunión con la

confianza de siempre y, ahora, con la enorme angustia de la locura en que tenían inmerso al General. La falta de alternativas de futuro llevó a repasar cómo habíamos llegado a semejante situación, cómo tal demente había tomado ese poder. Lorenzo, que no era muy expresivo pero tenía una sagacidad notable, opinó que había muchos responsables de haber hecho crecer a López.

Dijo que, en el sindicalismo, eso se daba en menor medida, pero que todos los políticos lo habían buscado y habían hecho alianzas con él. Puso como ejemplo lo sucedido con los delegados. Me dijo: «Ellos» apoyaron a Paladino. Cuando Paladino creció y creyó no necesitarlos, lo deterioraron hasta voltearlo, y tuvieron mucho que ver con la llegada de Cámpora. Cuando pensaron que Cámpora se les iba a cortar solo, comenzaron a golpearlo y les volvieron a dar juego a varios paladinistas. Esto último era para mí una novedad, que Lorenzo amplió diciendo que, en primera fila, jugaron a favor de loquitos sueltos que daban manija con la «infiltración». Pero, por detrás, estaban los paladinistas que querían voltear a Cámpora. No agregaría nada a la historia haciendo nombres, pero por otras fuentes pude comprobar la exactitud de lo que me dijo Lorenzo ese día negro.

Varias veces he escrito sobre mis responsabilidades en lo que pasó y nunca he logrado tranquilidad al respecto. Pero, en este punto, sí tengo tranquilidad de conciencia. Nunca, absolutamente nunca, tuve algo que ver con este demente sobre el que sigo pensando que alguna responsabilidad tuvo —por sus locuras o, quizás, a designio— respecto del deterioro acelerado de la salud del General.

No hubo tiempo de pensar mucho más. El domingo 20 de enero de 1974, a la medianoche, se produjo el asalto del Regimiento de Caballería Blindada de Azul, el mismo que encabezó el intento de levantamiento nacional-peronista de octubre de 1971, esta vez por parte del ERP. El golpe fracasó, pero los combates duraron unas doce horas. En ellos murieron el coronel Camilo Arturo Gay, su esposa y el soldado conscripto Daniel González, y quedaron gravemente heridos varios oficiales, mientras que el teniente coronel José Francisco Ibarzabal fue secuestrado. El general Perón tomó esta acción como lo que fue: un hecho terrorista y claramente dirigido contra él. Esa noche, leyó un breve y muy duro mensaje:

> El Gobierno nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes

para atacar el mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizando todos los medios necesarios.

Para ello, reclamó el apoyo de todos los argentinos:

> Yo he aceptado el gobierno como un sacrificio patriótico, porque he pensado que podría ser útil a la República. Si un día llegara a persuadirme de que el pueblo argentino no me acompaña en ese sacrificio, no permaneceré un solo día en el gobierno. Entre las pruebas que he de imponer al pueblo está esta lucha. Será, pues, la actitud de todos lo que impondrá mi futura conducta. Ha pasado la hora de gritar ¡Perón! ¡Ha llegado la hora de defenderlo!

Y agregó:

> Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires, ante la evidente desaprensión de las autoridades.

No era arbitrario el General al responsabilizar a las autoridades de la provincia. Él no dudada sobre la persona del gobernador, Oscar Bidegain, pero le habían llegado —y me las había comentado— múltiples referencias de funcionarios provinciales que habían tenido, al menos, una actitud poco comprometida en el asesinato de Rucci.

Cuando me hizo estos comentarios, se los trasladé de inmediato a Manuel Urriza, que era el ministro de Gobierno e incondicional del General, y con él tuvimos un encuentro con el gobernador Oscar Bidegain, de cuya lealtad tampoco yo tenía dudas, pero que no hacía nada con los funcionarios sospechados. Así, para Perón, el golpe del 20 de enero era una continuidad del asesinato de Rucci, de modo que actuó en consecuencia, provocando la renuncia de Bidegain. Por otra parte, el golpe de Azul incidió directamente sobre las reformas al Código Penal que estaban en el Congreso, agravando aún más las penas previstas y simplificando aspectos procesales. Al grupo de diputados que se oponían, los citó a una audiencia para el 22 de enero, en la cual el propio General les exigió el acatamiento a sus directivas y, de hecho, puso en la misma línea el asesinato de Rucci

con el ataque de Azul.

Ocho de los trece diputados disidentes renunciaron a sus bancas. Al margen de detalles que no cambian la historia, lo que demostró el empeño de Perón por reformar el Código Penal fue su decisión de mantener la represión dentro de los cauces legales, otro elemento que desmiente su presunta participación o tolerancia con la Triple A.

Sin embargo, los atentados de la Triple A se multiplicaban. Eran centralmente ataques a locales de la Tendencia y sus frentes de masas. Montoneros contestó algunos de esos ataques, y lo hizo sobre el «vandorismo», reponiendo la fractura que habíamos superado para llegar a la victoria. Fue un proceso desgraciado, con múltiples responsabilidades.

Como en esos días se sintió un poco recuperado, el General trabajó de más, según me comentó el doctor Taiana. Pero el 21 de febrero se registraron tres episodios graves de arritmias. Los consejos médicos fueron, en principio, atendidos por el General, pero López Rega se burló de las previsiones e hizo imposible una atención correcta.

Mientras tanto, se produjo un conflicto en Córdoba, donde el jefe de Policía, teniente coronel Antonio Navarro, desacató la orden del gobernador Ricardo Obregón Cano de renunciar en la tarde del 27 de febrero. Esa noche, Navarro ocupó la Casa de Gobierno y detuvo a Obregón Cano y al vicegobernador Atilio López. Al día siguiente, se hizo cargo del Poder Ejecutivo el presidente de la Cámara de Diputados de Córdoba, Mario Agudino. En Buenos Aires, el General estaba en reposo absoluto, y la situación era manejada por el Gabinete, presidido por la señora Isabel. Actuó el doctor Balbín, y el Congreso designó interventor en Córdoba a Duilio Brunello, un viejo peronista que ahora trabajaba en las cercanías de Gelbard y que el General había utilizado para evitar que López Rega destrozara el Ministerio de Bienestar Social, nombrándolo administrador. Esta designación de Brunello en Córdoba dio inicio a un nuevo intento de Perón por alinear la Tendencia.

En esos días regresó a la Argentina de su viaje a Cuba el ministro José Gelbard, quien declaró: «El primer ministro cubano Fidel Castro siente verdadera admiración por el general Perón, y por lo que dimos en llamar revolución pacífica de la Argentina». Gelbard me invitó a comer y me contó en detalle las conversaciones con Fidel Castro y los consejos que quería hacerles llegar a los jóvenes de la Tendencia. El propio Gelbard había tenido contacto asiduo con ellos, pero no había

mayores avances. Ante su pregunta de qué podía hacer yo, le dije la verdad. Desde el asesinato de Rucci, yo no quería saber nada con ellos, y llegamos a la conclusión de que su amigo, Duilio Brunello, recién designado en Córdoba, podía ser un buen conducto. Entonces, Gelbard le indicó al Chango Funes que se sumara al equipo de Brunello, con el especial encargo de buscar acercamientos con la Tendencia.

El general Perón me citó a fines de febrero y, entre otros temas, me comentó que ya estaban listas las decisiones para avanzar en el comercio con Cuba, rompiendo el bloqueo establecido desde 1961. Por la parte cubana, actuó Emilio Aragonés, un dirigente cercano a Fidel Castro que había visitado al General en Madrid. Fue designado embajador en la Argentina y finalmente se cerró un acuerdo por un total de 1.000 millones de dólares, a gastarse en partidas anuales de 200 millones de dólares en productos vitales para la economía cubana. La noche del 11 de marzo, la Tendencia juntó en un acto en Atlanta a 45.000 personas. Hablaron Ricardo Paneta (de la Regional III), Enrique Juárez (por la Juventud Trabajadora Peronista —JTP—), Rodolfo Galimberti, y cerró la lista de oradores Mario Firmenich, que sostuvo que el Gobierno «desde el 20 de junio ha caído en manos de los traidores desplazando a los leales a Perón», por lo que llamó a «recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón».

El 26 de marzo, los delegados de los trabajadores a la Gran Paritaria Nacional concurrieron a Olivos, donde conversaron con Perón. Adelino Romero, por entonces al frente de la CGT, resumió las inquietudes de los trabajadores en tres cuestiones: «Un salario más o menos adecuado, un seguro de vida obligatorio para todos los trabajadores y una real garantía para el nivel de precios». El General coincidió con la justicia de los reclamos, pero advirtió que en la situación de ese momento había que ser moderados. Adelino Romero contestó: «Anoche me lo preguntó un periodista, y yo le dije que el movimiento obrero prefería perder con usted y no ganar con otro».

Este diálogo, dice Norberto Galasso, adquirió un hondo dramatismo en la historia del movimiento peronista. (46) Por un lado, expresó la consecuencia de los trabajadores hacia Perón, ese hombre junto al cual lograron las conquistas más importantes de su historia, es decir, un profundo reconocimiento a quien facilitó su incorporación al escenario político argentino y les abrió nuevos caminos, no solo de progreso material, sino también de dignificación como seres humanos.

Por otro, significó incluso decirle a ese mismo jefe político que no se estaban encontrando los caminos para que los trabajadores reconquistaran lo perdido en la última década.

Dice Galasso: «Ellos —la columna vertebral del movimiento— sentían que estaban "perdiendo" y aunque aceptaran esa política porque él era el presidente, no era esa la expectativa que tenían cuando lo llevaron a la victoria en las urnas, en septiembre pasado». Pero, al confiar en seguir con Perón, sabían que era el mejor camino para logarlo; no había «otro» que pudiera hacerlo.

Y ese «otro», dice Galasso, «tampoco puede ser la Juventud Peronista, por mejores que sean sus intenciones. Firmenich dirá luego: "Creo que la Patria Socialista era inviable por la voluntad social. Además, Perón no era socialista"». «Lo cual es cierto», acota Galasso, «pero también es cierto que los jóvenes tampoco eran socialistas, sino más bien nacionalistas revolucionarios, pues la historia argentina del 46 en adelante pesaba sobre la sociedad, sobre Perón y sobre ellos mismos, mostrando al peronismo como la mayor expresión antiimperialista y a la izquierda como una frustración —o peor aún— en la política concreta».

Finalmente, el 27 de marzo se firmó la Gran Paritaria Nacional y Perón dio a conocer lo acordado: «Se ha resuelto elevar el salario mínimo en un 30%, aumentar los sueldos $240 sobre la base de un aumento general del 13%, incrementar las asignaciones familiares en 30%, y establecer un seguro de vida obligatorio para todos los trabajadores a cargo del empleador por un monto de un millón de pesos».

Al mismo tiempo que en sus ratos hábiles el General iba avanzando en su gobierno, la declinación de su salud no se detenía, lo que aumentó su dependencia. Dijo Taiana, en un testimonio que recoge Galasso:

> La vejez entraña una serie de limitaciones. La vista disminuye, el pulso se torna tembloroso, no se anima uno a manejar el automóvil, empieza a salir menos, no oye bien, teme a la calle. El hombre se enclaustra, pierde movilidad, desplazamiento, autonomía. Se va quedando en un rincón. Entonces, al no valerse por sí mismo, empieza a valerse por otro, necesita del valet, es decir de alguien que le sirva de valimiento. Ahí aparece el papel importante de los secretarios, herederos,

sobrinos, etc. Personajes que cumplen esas pequeñas pero fundamentales misiones. Y puede acontecer el aprovechamiento innoble de aquellos que tienen la oportunidad de cumplir esa misión. Hay algo de sustitución y hurto en todas esas cosas. (47)

Esto es lo que fue pasando con López Rega, relataba Jorge Antonio: «Lo odiaba, lo despreciaba, pero le era cada vez más indispensable, en la medida que sus fuerzas eran menores». En su gran soledad, el anciano líder quedó preso de quien lo desbordaba con sus maniobras, manejaba su agenda, se imponía a los médicos, decidía horarios…

El 15 de abril, el General, que se sentía mejor, volvió a ir a la Casa Rosada y a Olivos. La constante presión de los médicos terminó por convencer a la señora Isabel, y López Rega no tuvo más remedio que aceptar la instalación de una guardia médica permanente. El mismo 15, Perón me citó para el día siguiente, martes 16, a la Casa de Gobierno, adonde llegué a las 10:30. Luego de esperar unos minutos, conversé con el General por espacio de una hora. Me comentó que tanto a través de Gelbard como de Brunello había establecido contactos con «los jóvenes» y esperaba propuestas de encuadramiento, ya que «de eso se trata».

De todas maneras, también me dijo que habían publicado solicitadas de tono muy crítico a la marcha del Gobierno, por lo que no tenía demasiadas expectativas. Me comentó que el 1º de mayo, en el Congreso Nacional, iba a anunciar los trabajos del Modelo Argentino y la intención de comenzar los pasos para la reforma constitucional, y me encargó algunas ideas que me pidió que le hiciera llegar por escrito, a través —si no podía verlo a él— del coronel Vicente Damasco, ideas que en algunos casos vi luego utilizadas.

El 18 de abril, en el Centro Cultural General San Martín, Perón inauguró el Primer Curso de Doctrina Justicialista del Movimiento, con la idea de crear las estructuras que habíamos previsto en la reorganización del movimiento. El 25 de abril, se anunció la creación de la Comisión de Reforma Constitucional, que inició consultas con los partidos políticos y representantes de diversas actividades. Ese mismo 25, recibió a las agrupaciones juveniles, incluyendo representantes de la JP y los otros frentes de la Tendencia.

El 1º de mayo por la mañana, el General dio un importante discurso, inaugurando el período legislativo:

Las masas del Tercer Mundo se han puesto de pie y las naciones y pueblos, hasta ahora postergados, pasan a un primer plano. Nuestra Argentina está pacificada, aunque todavía no vivimos totalmente en paz. Heredamos del pasado un vendaval de conflictos y de enfrentamientos. Hubo y hay todavía sangre entre nosotros. Nosotros hemos encarado la reconstrucción nacional. Entre sus más importantes objetivos está el reconstruir nuestra paz. Lo lograremos… Superaremos también esta violencia, sea cual fuere su origen. Superaremos la subversión. Aislaremos a los violentos y a los inadaptados. Triunfaremos, pero no en el limitado campo de una victoria material contra la subversión y sus agentes, sino en el de la consolidación de los procesos fundamentales que nos conducen a la liberación nacional y social del pueblo argentino. Las fuerzas del orden —pero del orden nuevo, del orden revolucionario, del orden del cambio en profundidad— han de imponerse sobre las fuerzas del desorden, entre las que se incluyen, por cierto, la del viejo orden de la explotación de las naciones por el imperialismo y de la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos y debieran comportarse como tales. Ha comenzado, de este modo, el tiempo en que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino.

Continúa el general Perón:

Latinoamérica es de los latinoamericanos. Nuestra tarea es la liberación, en lo político, en lo económico y en lo socio cultural. La lucha por la liberación es también por los recursos y la preservación ecológica. En lo científico-tecnológico se reconoce el núcleo del problema de la liberación. Sin base científico-tecnológica propia y suficiente, la liberación se hace también imposible. Estas concepciones, que vienen fortificando nuestra acción presente y que constituyen nuestro programa grande para el futuro, configuran el contenido básico del Modelo Argentino que en breve ofreceremos a la consideración del país. El Modelo Argentino precisa la naturaleza de la democracia a la cual aspiramos, concibiendo a nuestra Argentina como una democracia plena de justicia social. El ciudadano se expresará a través de los partidos políticos. Pero

también a través de su condición de trabajador, intelectual, empresario, militar, sacerdotes, etc. Esclarezcamos nuestras discrepancias y para hacerlo, no transportemos al diálogo social institucionalizado nuestras propias confusiones. Limpiemos por dentro nuestras ideas, primero, para construir en el diálogo social, después.

El Modelo Argentino, el documento que el General llegó a preparar, fue conocido después de su muerte. El coronel Vicente Damasco conservó su ejemplar original.

44- Carlos Leyba, *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 89.

45- J. Taiana, *op. cit.*, pp. 138-141.

46- N. Galasso, *op. cit.*, pp. 1294 y 1295.

47- N. Galasso, *op. cit.*, pp. 1300 y 1301.

28
Días amargos

En la tarde del 1º de mayo, se efectuó la concentración en la Plaza de Mayo. Montoneros y todos sus frentes hicieron un gran esfuerzo de movilización y ocuparon, aproximadamente, entre un tercio y la mitad de la plaza. Sorteando la directiva originada en el General de no llevar carteles con identificación de los grupos, los llevaron escondidos dentro de grandes bombos. Al iniciarse el acto con un festival artístico conducido por Antonio Carrizo, se impuso la consigna: «No queremos carnaval, asamblea popular». Luego, y siguiendo la tradición de los actos del primer peronismo, intervino la señora Isabel para coronar a la Reina del Trabajo. En ese momento, desde ese sector se interrumpió con un reiterado: «No rompan más las bolas, Evita hay una sola», y algunos gritos desconsiderados hacia la esposa de Perón.

Alrededor de las cinco de la tarde, al disponerse a iniciar su discurso, el General fue interpelado con dos consignas muy claras: «Qué pasa, que pasa, que pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular»; y: «Perón, el pueblo te lo pide, queremos la cabeza de Villar y Margaride». El General comenzó a hablar recordando el último acto: «Compañeros: hace hoy diecinueve años que en este mismo balcón y con un día luminoso como este, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Fue entonces cuando les recomendé que ajustasen sus organizaciones, porque venían días difíciles. No me equivoqué, ni en la apreciación de los días que venían, ni en la calidad de la organización sindical». En ese momento, fue interrumpido por los jóvenes, que reiteraron sus estribillos agresivos. Perón fue perdiendo la paciencia y rindió homenaje a las organizaciones sindicales que «han visto caer asesinados a sus dirigentes sin que todavía haya tronado el escarmiento». De inmediato, y por un plazo largo, atruena el: «Rucci, traidor, saludos a Vandor».

El General fue herido en sus principales afectos. No conformes con

las agresiones estúpidas a la señora Isabel, festejaron el asesinato de Rucci. Perón descalificó a ese sector que, en una buena proporción, le dio la espalda y emprendió la retirada, cantando: «Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va». En algunos grupos, el repertorio gorila cantaba: «Vea, vea, vea, que manga de boludos, votamos una muerta, una puta y un cornudo», que fue acallado, pero llegó a escucharse. Luego, la retirada de ese sector fue completada con una consigna unificadora: «Contentos, contentos, contentos, General, contentos los gorilas, el pueblo va a luchar».

Esa noche, Perón conversó telefónicamente con Jorge Antonio, quien se hallaba en Madrid. Perdía contó que «el General se lamenta de lo sucedido, reconociendo las dificultades para entenderse con nosotros». «Cuando ocurrió lo de Plaza de Mayo», dijo Jorge Antonio a la revista *Gente* en 1983, «ese día fue probablemente el más amargo de toda la vida de Perón. Lo entristeció muchísimo, decayó y creo que, después de eso, solo quería morir». Comparto el señalamiento de Jorge Antonio, aunque creo que el peor día del General fue el 23 de septiembre, el día del asesinato de Rucci.

Conversé con Perón unos días después. Me convocó a Olivos, pero tuvieron que cambiar tres veces la fecha por maniobras de López Rega. Finalmente lo vi el 10 de mayo. Me dijo que pensaba reorganizar el Partido Justicialista y me preguntó si no quería ocupar alguna posición. Me adelantó que la vicepresidencia segunda, o sea, el principal cargo luego de él y de la señora Isabel, sería para Duilio Brunello. Me preguntó si había conversado con él, y le dije que sí, pero en términos muy generales. Me dijo que Brunello, con la colaboración del Chango Funes, estaba haciendo algún acercamiento a «estos jóvenes» y que les diría que me mantuvieran informado.

El 11 de mayo murió ametrallado por dos secuaces de López Rega el padre Carlos Mugica, a la salida de la iglesia de San Francisco Solano, en el barrio de Floresta. El hecho golpeó otra vez muy fuerte al General, al que llamé por sugerencia de Brunello, quien se había comunicado conmigo horas antes por indicación de Perón.

1º de mayo de 1974.

El General me dijo que iba a concurrir al velorio y al entierro y que ya había mandado una ofrenda floral. Pero luego no concurrió, según comentarios de Juan Esquer, por insistencia de López Rega, que consideraba peligrosa su presencia en ese acto.

El 24 de mayo se realizó el Congreso del Partido Justicialista, donde se eligieron los miembros del Consejo Nacional. Presidente: Juan Perón; vicepresidente: María Estela Martínez de Perón; vicepresidente segundo: Duilio Brunello; secretario general: Jorge Manuel Camus, y doce vocales provenientes de las ramas femenina, masculina y gremial. Eran: Antonio Ruiz Villanueva, Guillermo Hermida, Adolfo Vázquez Peña, Demetrio Vázquez, Esther Fadul de Sobrino, Norma Kennedy, Haydee Ferraro de Prado, Magdalena Álvarez de Seminario, Néstor Carrasco, Alfredo Maldonado, Antelo Hugo Poggio y Felipe Mascaldi.

En ese congreso partidario, el General dijo: «Los sectarismos son para los partidos, pero no para los movimientos nacionales. Pero todo tiene su límite. Es indudable que no es suficiente con que yo diga que soy peronista para que todos crean que lo soy, porque en este sentido lo que uno dice no tiene el valor de lo que uno hace y pensamos que dentro de nuestro movimiento, desde siempre, para conocer a un cojo, lo mejor es dejarlo andar».

Refiriéndose a que no había representación de la juventud, dijo que «la juventud es bienvenida, pero naturalmente no queremos que después de ser bienvenida nos hagan un bochinche dentro del movimiento. Es preciso que, al incorporarla, no pretenda tomar la

dirección y conducción del mismo. En nuestro movimiento, nadie es peronista por derecho propio. Es peronista el que siente la ideología y la doctrina del peronismo». Y aconsejó: «A todos los que se dicen peronistas y desvarían ideológica o doctrinariamente, debemos comentarles que lean *La comunidad organizada*, la *Doctrina peronista* y *Conducción peronista».*

Una acotación muy personal, al pasar. Algunos historiadores que han escrito sobre la época consideran a Jorge Camus como «el último secretario general del peronismo» designado por Perón. No fue así. Jorge Camus fue secretario general del Partido Justicialista. Tal cual me había dicho el General al designarme, y me lo hizo recordar en varias ocasiones, fui yo el último secretario general del Movimiento Nacional Peronista. Cuando fui relevado, en julio de 1973, y como ya he comentado, no hubo más secretaría general, sino una comisión integrada por Humberto Martiarena, José Ignacio Rucci, Silvana Roth y Julio Yessi, que solo difundió el «documento reservado» del 25 de julio de 1973, llamando a la «depuración ideológica», y luego cumplió apenas funciones administrativas.

En la madrugada del 25 de mayo de 1974 murió Arturo Jauretche. Fue mi amigo y mi maestro, lo quise mucho y lo aproveché a fondo. En su etapa final, dirigía la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). En los meses previos a su muerte, estaba triste por la derivación que iban tomando los sectores de la Tendencia y, en especial, de Montoneros. Lo vi tres o cuatro veces en esos días y puedo dar fe de cuál era su pensamiento. «Ni Perón ni el pueblo peronista son marxistas. ¿Qué quieren inventar?»; y en una frase que recordaré siempre, me dijo: «Si Fernando viviera, no pasaría nada de esto. Fernando no era marxista, pero, sobre todo, no era soberbio».

El recuerdo de su sólida y cálida presencia en el velorio de Fernando y las palabras que entonces dijo sobre el cuadro de *El fusilamiento de Dorrego* volvieron a mí, en una memoria agradecida y en un par de preguntas a las que hasta hoy no les encuentro una respuesta que me deje tranquilo: ¿qué le pasó a esa parte de nuestra generación? ¿Cuánta responsabilidad tengo en la siniestra derivación que esa pérdida del rumbo hizo posible?

El 30 de mayo me llamaron de Olivos. Fui y esperé el regreso del General, que había ido con la señora Isabel a presidir el desfile por el Día del Ejército en el Colegio Militar. Verlo llegar con su uniforme y con una gran satisfacción en el rostro me emocionó. Tuvimos una

reunión muy agradable, de buena parte de la cual participó la señora Isabel, y me comentó que al día siguiente expondría las líneas generales del «Modelo Argentino». En una breve referencia, a solas, me confirmó lo que yo ya sabía por Solano Lima, en el sentido de que estaba tratando de acotar las funciones de López Rega y que pensaba tener nuevamente como secretario a Ramón Landajo, que había sido su colaborador en Panamá y otros lugares de su largo destierro y al que había enviado a Japón para una gestión económica importante.

Me entregó una copia de lo que iba a decir al día siguiente, y nos despedimos cálidamente. Creo que todo el propósito de la invitación del General había sido darme la satisfacción de verlo con su uniforme y en buen estado de salud. En lo que hacía a López Rega, más allá de las intenciones de Perón, yo veía improbable que pudiera prescindir de él en lo cotidiano.

El viernes 31 de mayo en reunión de Gabinete en la Casa de Gobierno, el General expuso las pautas del «Modelo Argentino» y formuló diversas consideraciones respecto a la consulta para la reforma constitucional, que deseaba llevar adelante consciente de que podía ser un tema difícil con el radicalismo, pero que creía indispensable. Era evidente que estos dos temas, muy conectados, estaban en el centro de sus preocupaciones.

En esa reunión, según me comentó el doctor Taiana, Dolores Ayerbe, una conocida compañera de la rama femenina que ya estaba en la secretaría de la señora Isabel, estaba teniendo mucho protagonismo no solo en los alrededores de la Señora, sino también en los del General, que le pedía la confección de distintos documentos. Era indudable que, tal como le dijera días antes a Jorge Antonio en una carta que luego se difundió, Perón estaba intentando al menos acotar las funciones de López Rega.

29
Mi pueblo, mi pueblo…

En los primeros días de junio, el General volvió a sentirse muy cansado, pero recibió en Olivos a cincuenta delegados argentinos y extranjeros que habían participado en el X Congreso de Jóvenes Comunistas, que se realizó en el Teatro Cervantes. Perón cautivó a los jóvenes visitantes extranjeros, que quedaron fascinados con su personalidad.

El 2 o 3 de junio fue a verme Carlos «el Chango» Funes. Me dijo que había ido con Duilio Brunello a la intervención en Córdoba y que tenía el encargo del General de intentar nuevamente el encuadramiento de la juventud, ahora en la estructura partidaria. Hay que considerar que Brunello era por entonces, luego de Perón y la señora Isabel, la principal autoridad del Partido Justicialista.

El Chango Funes me contó que, por encargo del General, tanto Brunello como él mismo me iban a mantener informado de sus gestiones y de las que realizaban por su parte el coronel Damasco y el doctor Solano Lima. No tienen mayor interés los detalles de esas gestiones, pero sí mencionar que por la Tendencia participaron Roberto Perdía y Juan Carlos Dante Gullo, y que luego de varios encuentros con Brunello y el Chango Funes se llegó al acuerdo (desgraciadamente, hacia fines de junio) de iniciar la integración a través de la rama de juventud que había quedado acéfala en el partido, mediante un proceso de afiliación y posteriores elecciones, con tres consejeros para la mayoría y uno por la minoría. El General había orientado estas gestiones, pero nunca llegó a saber su resultado. Sobre todo esto, hay testimonios fehacientes en el libro *Perón y la guerra sucia*, de Carlos «el Chango» Funes, que incluye cartas muy explícitas de Duilio Brunello, Roberto Perdía y Dante Gullo.

El 6 de junio, el General estaba muy cansado y pensaba en llamar al general Alfredo Stroessner para postergar el viaje. Pero Isabel y

López Rega lo convencieron de que ya estaba todo preparado, y él —según me relató el coronel Vicente Damasco— cedió y dijo: «Esa gente mía me espera hace muchos años, y si no es ahora quizá no sea nunca».

El caso es que el General viajó por vía aérea a Formosa y desde allí a bordo del barreminas *Neuquén* por vía fluvial a Asunción. La larga ceremonia de recibimiento sucedió en cubierta, bajo una intensa lluvia. La emoción del General era evidente, y la cañonera *Humaitá*, la misma que lo había refugiado el 19 de septiembre de 1955, descargó la salva de los veintiún cañonazos. El General improvisó un segundo discurso y rindió un especial homenaje a la heroica Humaitá, que en la guerra de la Triple Alianza resistió heroicamente por más de dos años el asedio del enorme ejército brasileño y sus auxiliares mitristas y colorados uruguayos.

Todo este largo ceremonial que el General encabezó con una intensa satisfacción se realizó bajo la lluvia, y con una temperatura siempre por debajo de los 10 grados. Su tercer discurso, cargado de cariño por el Paraguay, lo hizo al recibir la principal condecoración, evocativa del mariscal Francisco Solano López.

En la dura tarde invernal de ese 7 de junio, esperaban a Perón en Aeroparque todos sus ministros y los médicos. El doctor Jorge Taiana señaló: «Lo vimos disneico, pálido, ojeroso, demacrado, al borde de un grave colapso. Al acercarse a saludarme, Cossio me dijo: "Conducen al General a las puertas de la muerte"». Por su parte, el doctor Raúl Matera dijo: «El General traía un cuadro gripal con complicación cardiaco-pulmonar».

A pesar de esta situación de salud y por la insistencia del canciller Vignes, aguijoneado por López Rega, el 10 de junio el General pronunció los dos discursos previstos en la VI Conferencia de la Cuenca del Plata. Fueron exposiciones brillantes, sobre uno de sus temas preferidos, pero quedó notoriamente agotado. Yo estaba citado en Olivos y allí esperé su llegada; lo vi muy golpeado, y solo me dijo que le habían designado jefe de Policía a Alberto Villar y que no era una buena idea, pero no había podido evitarlo.

Juan Domingo Perón despide a su esposa Isabel, que inicia una gira por Europa, 1974.

Me lo dijo hablando alto, lo que lo hacía esforzarse, en presencia de varios de los oficiales militares y con López Rega, que merodeaba a su alrededor con su estilo lamentable. En el mano a mano de la despedida, me insistió con que ayudara a Brunello, pero no tuve una indicación concreta de lo que debía hacer.

Por esos días había empezado a producirse un creciente desabastecimiento en todo tipo de productos, en lo que se interpretó como un intento de forzar aumentos de precios. El 11 de junio, la CGT emitió un enérgico comunicado reclamando «el normal aprovisionamiento del mercado y el cumplimiento de los precios máximos», mientras circulaban versiones de que Gelbard renunciaría al Ministerio de Economía.

El 12 de junio, a pesar del estado gripal que se le había incrementado, el General dirigió un mensaje al país por la cadena oficial de radio y televisión. Dijo: «Como ha sido mi costumbre, hoy deseo hablar al pueblo argentino sin eufemismos y sin reservas mentales. La información, como mi sentido de la realidad, me dicen que en el país está sucediendo algo anormal». Se refería a las perturbaciones económicas que estaba sufriendo el pacto social.

Luego agregó:

> Yo nunca engañé a este pueblo, por quien siento un entrañable cariño. Yo vine al país para unir a los argentinos y no para fomentar su desunión. Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia. Pero

hay pequeñas sectas, perfectamente identificadas, con las que hasta el momento fuimos tolerantes y que se empeñan en destruir nuestro proceso. Son las que están saboteando nuestra independencia y nuestra independencia política exterior, son quienes intentan socavar las bases del acuerdo social forjado para lanzar la reconstrucción nacional. La unidad que propusimos tenía fines muy distintos de los que suponen estas mezquindades, fue para concretar la liberación nacional y no para darles coraje a los enemigos de nuestra patria. Pareciera que algunos grandes firmantes de la gran paritaria están empeñados en no cumplir con el acuerdo y desean arrastrar al conjunto a que haga lo mismo. Yo califico a quienes están en esa posición de minorías irresponsables y los acuso de sabotear la reconstrucción nacional.

Su discurso continuó en escalada:

Algunos diarios oligarcas están insistiendo, por ejemplo, en el problema de la escasez y del mercado negro. Siempre que la economía está creciendo y se mejoran los ingresos del pueblo, como sucede ahora, hay escasez de productos y aparece el mercado negro.

Una multitud en la Plaza del 12 de junio de 1974.

Y añadió:

No hay que olvidar que los enemigos están preocupados por nuestras conquistas, no por nuestros problemas. Ellos se dan

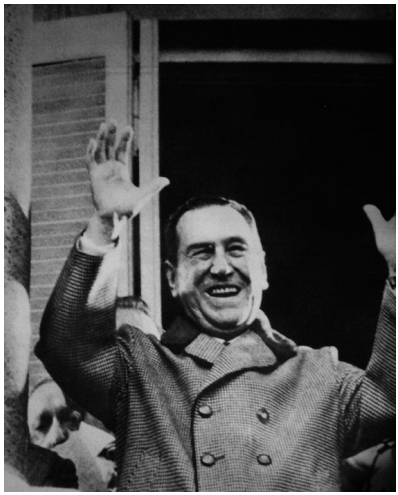
> cuenta de que hemos nacionalizado los factores básicos de la economía y que seguiremos en esa tarea, sin xenofobia, pero hasta no dejar ningún engranaje decisivo en manos extranjeras. […] En un año de gobierno mejoramos el salario real de los trabajadores, bajamos drásticamente la desocupación y aumentamos las reservas del país.

El General señaló luego el sacrificio que había hecho para servir al país y concluyó: «Ya pasaron los días de exclamar "¡La vida por Perón!". Defeccionar en estos momentos significaría renunciar a todo lo conquistado, para volver a ser una republiqueta sin dignidad y sin grandeza». Hubo una reacción popular inmediata: la CGT declaró paro general y convocó a la Plaza de Mayo. La mayor parte de los partidos, incluida la UCR, dieron su apoyo.

Después del mediodía, la Plaza de Mayo se fue llenando de trabajadores, empleados y estudiantes provenientes de todos los barrios y de la provincia de Buenos Aires. Una multitud cubrió la plaza y sus adyacencias. Se anunció que el Gabinete entero había renunciado para que el General tuviera las manos libres.

A las 17:30, el General apareció en el balcón de la Casa Rosada y las aclamaciones le impidieron hablar por varios minutos. Cada «¡Compañeros!» provocó olas de entusiasmo. Entonces, pronunció su último gran discurso:

> Retempla mi espíritu estar en presencia de este pueblo que toma en sus manos la responsabilidad de defender a la patria. Yo sé que hay muchos que quieren desviarnos en una o en otra dirección, pero nosotros conocemos perfectamente bien nuestros objetivos y marcharemos directamente hacia ellos, sin dejarnos influir por lo que dirán desde la derecha o lo que dirán desde la izquierda. El gobierno del pueblo es manso y es tolerante, pero nuestros enemigos deben saber que tampoco somos tontos. […]



Último contacto del líder con su pueblo.

> Ni los que pretenden desviarnos, ni los especuladores, ni los aprovechados de todo orden podrán en estas circunstancias medrar con la desgracia del pueblo. Por eso aprovecho para pedirle a cada uno de ustedes que se transforme en un vigilante observador de todos estos hechos. Compañeros, esta concentración popular me da el respaldo y la contestación a cuanto dije esta mañana. Por eso deseo agradecerles la molestia que se han tomado de llegar hasta esta plaza. Quiero hacer llegar a todo el pueblo nuestro deseo de seguir trabajando para construir nuestro país y para liberarlo. Esas consignas que más que mías son del pueblo argentino las defenderemos hasta el último aliento. Para finalizar, deseo que Dios derrame sobre ustedes todas las venturas y la felicidad que merecen. Les agradezco profundamente el que se hayan llegado hasta esta histórica Plaza de Mayo. Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que para mí es la palabra del pueblo argentino.

Estos días de junio de intenso trabajo volvieron a hacer mella en la salud del General. De todas maneras, insistió en que la señora Isabel, acompañada de López Rega, viajara el 15 con destino a Ginebra, donde ella hablaría en la Organización Internacional del Trabajo, y luego seguiría su gira por España, Suiza e Italia, y en el Vaticano la recibiría el papa Pablo VI.

Al anochecer de ese mismo día, Perón sintió dolores precordiales. Sin embargo, con el descanso del domingo inició el lunes 17 una semana de trabajo con importantes reuniones. Esa mañana, recibió a la CGT para tratar el desequilibrio producido entre precios y salarios, fundamentalmente por la especulación. El General dijo: «El perjuicio ha sido para el pueblo, para la clase trabajadora. Lo justo es resarcir a esa masa de los perjuicios que le han ocasionado el agio, la especulación, el mercado negro, y resarcirla, en la medida posible, sin alterar el equilibrio fundamental que debemos mantener hasta 1975, de acuerdo a lo pactado. Por eso la decisión es pagar un aguinaldo completo en el mes de junio, y si viene un reajuste de precios, habrá que estudiarlo».

Luego felicitó a los sindicatos que habían decidido adelantar sus elecciones internas. En cuanto al pedido de la CGT de contar con el diario *Democracia*, que había sido propiedad de la señora Eva Perón y del que él era único heredero, indicó que se iniciaran los trámites con la escribanía respectiva para que pasara a manos de la central obrera. También hizo un comentario: «Esto tiene importancia, porque en los medios masivos de información hay un proceso de deformación de la verdad para suscitar problemas. No hay día que en un diario no aparezca una cosa catastrófica en primera plana». La reunión fue más breve de lo habitual. El General salió hacia Olivos, pero en el camino pidió que lo llevaran al domicilio del doctor Cossio, en Las Heras y Pueyrredón. Cossio le realizó un examen completo e insistió en acompañarlo a Olivos. Le dijo que debía bajar el trabajo, y esta vez, según relataría luego, Perón admitió que tenía razón y decidió quedarse en Olivos. En la tarde, me hizo buscar telefónicamente, pero yo no estaba ubicable y recién me enteré de eso al día siguiente.

Cuando llamé (era el martes 18), me dijeron que el General estaba reunido con varios representantes de la JP. Uno de los oficiales de su confianza me indicó, poco después, que estuviera en contacto con Duilio Brunello. Hablé por teléfono a Córdoba y me contó que había avances en el diálogo con la JP, y que Funes, que ya estaba de vuelva en Buenos Aires, me iba a informar en detalle.

El 19, Taiana me contó que el General había vuelto a tener un pequeño infarto cardíaco, acompañado de cierto «encharcamiento pulmonar», tos y expectoración. Me dijo que era incomprensible que la señora Isabel y López Rega lo estuvieran dejando solo en estas circunstancias. Taiana y Cossio se comunicaron al día siguiente con

ellos, y el 20 de junio llegó López Rega, diciendo que lo que estaban haciendo era alarmismo, que el General estaba bien y que ha firmado el decreto aceptando la renuncia de Cámpora a la Embajada en México. Ese mismo día, Isabel fue recibida en audiencia privada por el papa Paulo VI.

En esos días, y hasta sus últimos momentos, al General lo acompañó «Zulema», de la que pocos saben algo. A pedido mío, Elena Castiñeira de Dios (hija de José María Castiñeira de Dios, el más cercano amigo de Leopoldo Marechal y destacado peronista) escribió una breve semblanza que se incluye como anexo. (48) En la mañana del 21 de junio, recibí una llamada urgente del coronel Damasco que me indicaba que el General quería verme urgente, porque López Rega había salido por dos horas y había que aprovechar el tiempo. Llegué volando. Damasco me introdujo muy rápido al dormitorio de Perón, que estaba acostado y muy demacrado. Me dijo que esperaba reponerse en unos días, pero quería que lo ayudara a poner en marcha la reorganización del Partido Justicialista y tratar de apoyar a Brunello y Funes en ese tema.

Me insistió en que no pusiera pretextos ideológicos, que eso se arreglaría sobre la marcha si los jóvenes aceptaban someterse a la disciplina partidaria, y que luego veríamos lo que surgiera de una reunión que él pensaba que se haría en esos días entre los jefes montoneros y Brunello.

También me dijo que Cámpora había renunciado a la Embajada de México por un malentendido. Tuvo que aceptarlo, porque se lo dieron ya hecho y no quería problemas adicionales. El General estaba cada vez más cansado, y acorté todo lo que pude la reunión y me despedí con el habitual: «A sus órdenes, mi general». Eran las 12:30 del viernes 21 de junio de 1974. Fue la última vez que lo vi.

Teniente general Juan Domingo Perón. Foto: César Cichero.

Los días posteriores, Perón permaneció en cama en su residencia, mostrando cierta mejoría. Sin embargo, el 26 de junio volvió a aquejarlo el fuerte dolor en el pecho. La arritmia no cedió durante todo el día siguiente. El viernes 28 de junio a las catorce horas, le sobrevino un edema agudo de pulmón. El doctor Taiana, apoyado por el doctor Carlos Seara, lo atendió, pero no consiguió estabilizarlo, por lo que más tarde hizo un nuevo infarto cardíaco.

A esas horas, y por órdenes del General, el comandante en jefe del Ejército, general Leandro Anaya, entregó la mitad del total del pago que le correspondió percibir por los salarios militares no abonados desde 1955 al Hospital de Niños, y la otra mitad, al Hogar de Ancianos Virgen de Luján, de la localidad de Burzaco. Por la noche, se conoció un parte médico que inundó de tristeza al país: «El excelentísimo señor presidente de la nación, teniente general Juan Domingo Perón, padece desde hace doce días una broncopatía infecciosa que por su intensidad ha repercutido sobre su antigua afección circulatoria central. Se aconseja proseguir con reposo absoluto y asistencia médica, a fin de cubrir cualquier eventualidad. Firmado: doctor Pedro Cossio, doctor Jorge A. Taiana».

Esa misma tarde, la señora Isabel regresó de su viaje. López Rega, desde el día anterior, había vuelto a decir que los médicos exageraban, que no entendían nada, y tranquilizó a la señora Isabel. Desde la audiencia con el papa, había pasado más de una semana en el exterior. Era incomprensible. El doctor Taiana contó que, «después de

cenar en Olivos, la señora Isabel nos enseñó el álbum de las fotografías en colores que había obtenido durante el viaje. Cossio y yo resolvimos quedarnos toda la noche en la residencia».

Al día siguiente, 29 de junio, a las 11:50, el General delegó el mando en la vicepresidenta, lo que se informó en un comunicado. El estado de Perón permaneció estacionario, y lo mismo sucedió a lo largo del domingo 30 de junio.

A la larde de ese domingo, estaba de arrimado en el departamento de Julio Mera, en la calle Posadas, esperando las noticias que no podían ser sino malas. A las cinco de la tarde, entró la llamada: el doctor Taiana me decía que todo era cuestión de horas; nos abrazamos a la distancia. La noche tan temida desde el día de la muerte de Ramón Cesaris en Williams Morris ya nos había alcanzado, y era más negra aún que lo imaginado. Sin saber bien qué hacía, salí a la calle y caminé, sin reparar en nada… De repente, me di cuenta de que iba rezando; rezaba por Perón, rezaba por Fernando, rezaba por el pibe Cesaris, rezaba por el Petiso Rucci, rezaba por nuestra gente, por nuestro pueblo peronista, rezaba por mis hijos, rezaba por mí…

A la 1:30 del lunes 1º de julio, en los aparatos conectados al General «aparecen en las pantallas extrasístoles ventriculares aislados y en salvas», lo que denota el agravamiento del enfermo.

Para ese lunes en la mañana, la vicepresidenta había citado a reunión de Gabinete en Olivos, de la que participaba el doctor Taiana, cuando a las 10:25 la señora Zulema lo llamó desesperada desde el primer piso. El General había sufrido un nuevo infarto. A pesar de todos los esfuerzos médicos, a las 13:15 el General murió.

Dijo Taiana: «Subí la escalera de a dos y tres peldaños. El General estaba semiincorporado en la cama, cianótico, disneico. Con voz ronca, susurrante, me dijo: “Doctor, me voy de esta vida. Esto se acaba. Mi pueblo, mi pueblo…”». (49)

48- Ver el anexo 7 de Elena Castiñeira de Dios, acerca de Zulema Gioia de Fernández.

49- J. Taiana, *op. cit.*, p. 135.

Anexo 1
Mensaje al pueblo argentino

Juan Perón

MENSAJE AL PUEBLO ARGENTINO

En la vida de todo ser humano, existen instantes trascendentes que se graban en forma indeleble por encima de todos los recuerdos de su existencia. Mi regreso a la Patria, luego de tantos años de ausencia, marca el punto crucial de mi Destino.

Para que este regreso pudiera materializarse, hubieron de conjugarse sentimientos afines, como lo son, el afecto popular y su espíritu patriótico.

El Pueblo Argentino luchó en todo momento y en todos los terrenos, durante estos diecisiete años de ostracismo, demostrando su fe en la Causa Nacional y su lealtad inconmovible para con mi persona. Mi profunda confianza en ese Pueblo maravilloso y mi vocación de servicio a la Patria, fueron juntamente con el esfuerzo de todos los Compañeros del Movimiento, el motor que hizo posible mi retorno al país.

He regresado a la Patria con el solo propósito de servir al Pueblo, tal como lo hice durante toda mi vida. Anhelo contribuir al reencuentro de todos los argentinos, procurar la paz y la reconstrucción nacional, finalizando con las antinomias, que tanto perjuicio ocasionaron al país.

En estos días de trabajo intenso he tomado contacto con los dirigentes políticos más destacados, con las esferas sociales y económicas, buscando coincidencias que nos permitan marchar unidos hacia un destino común, para que renazcan los años de paz y de abundancia que permitan afianzar la fe en el porvenir de la Patria y donde cada uno de los habitantes, pleno de conciencia nacional, se sienta orgulloso de ser un Argentino en esta tierra de promisión, donde toda está por hacerse.

La Doctrina Justicialista, a la que se reconoce como esencialmente humanista y cristiana, cuenta con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo argentino, más aún en la época presente, en que nuestra fuerza política se ve acompañada por importantes agrupaciones que orientan la opinión mayoritaria del país y que, en un acto de grandeza patriótica, han permitido la conformación del "FRENTE JUSTICIALISTA DE LIBERACION".

Estos dirigentes, que en cumplimiento del mandato emanado de sus respectivas organizaciones, han asumido ante la Historia la responsabilidad de establecer las bases de pacificación y reconstrucción del país permitirá terminar definitivamente con el oprobio de una dependencia que nos esclaviza vilmente y que afecta profundamente la soberanía nacional.

En los próximos días iniciaré una gira por diversos países amigos de la AMERICA LATINA, EUROPA y ASIA, donde procuraré mancomunar esfuerzos de identificación con ese Tercer Mundo, que lucha por su liberación contra la opresión imperialista en sus más diversas manifestaciones.

En muchas oportunidades he dicho que el año Dos Mil nos encontrará a los Latinoamericanos: UNIDOS O DOMINADOS, de manera que es preciso intensificar el contacto con sus dirigentes populares y elaborar fórmulas de cooperación que permitan clarificar el futuro Continental.

Cumplida esa gira, que considero de suma importancia para recobrar la posición internacional que nuestro país tuvo siempre, volveré en el mes de enero para continuar con mi labor de pacificación y contribuir en la medida de mis posibilidades a que el Pueblo Argentino recobre el ejercicio de sus derechos.

Se muy bien que el Movimiento Nacional Justicialista, cuya vigencia en la vida nacional nada ni nadie podrá disminuir, continuará sin descanso y con la mayor grandeza y patriotismo la tarea de consagrar los derechos del Pueblo y la defensa de los intereses nacionales, manteniendo la verticalidad del Movimiento, estrechamente unido por la conducción de las distintas ramas del mismo, haciendo realidad la esperanza de alcanzar una Patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

El FRENTE JUSTICIALISTA DE LIBERACION ha tenido a bien proclamar mi candidatura a la Presidencia de la Nación. Los representantes de estas fuerzas políticas extremaron su gentileza al hacerlo personalmente, lo que obliga a mi gratitud y profundo respeto.

Sin embargo, frente a la situación existente en el país, me veo en la obligación de declinarla en beneficio de soluciones que permitan terminar con la dictadura militar, que con sus desaciertos ha llevado al país a su triste estado actual.

La situación argentina no tiene solución dentro de un juego de facciones o pasiones. O entre todos los argentinos unidos y solidarios encauzamos sus problemas o esta situación queda sin arreglo posible.

Un partido político, ni aun un conglomerado de ellos, con una oposición sistemática de los otros, podrá salir adelante en esta encrucijada y sus peligrosas acechanzas.

Este es un llamado a la ciudadanía argentina, al que han respondido las más importantes fuerzas políticas organizadas. Es preciso ahora hacer efectiva esta concepción en los hechos políticos del futuro inmediato contra las maniobras de un oficialismo dictatorial que no cesa de esfuerzo en procura de una transpa, y sólo en nuestras manos puede estar su neutralización.

Las cartas están echadas: dependencia o liberación; Pueblo o fuerzas oscuras de la traición. Los argentinos deben elegir. Quiera DIOS iluminarnos a todos.

Buenos Aires, 14 de diciembre de 1972.

16 • NUEVA PLANA Nº 9 • 19/XII/72

Juan Perón, "Mensaje al pueblo argentino", 14 de diciembre de 1972.

Anexo 2
La tarde del 15 de abril de 1953

Por ANTONIO CAFIERO para *La Nación*
3 de junio de 2003, lanacionar

El 15 de abril último se publicó en *La Nación* un artículo de Hugo Gambini titulado «Cuando Perón hizo tronar el escarmiento», en el cual se recuerdan trágicos sucesos ocurridos en la tarde del 15 de abril de 1953. El mismo autor, en su libro *Historia del peronismo* (página 217), había manifestado: «Ese 15 de abril de 1953 fue una de las jornadas más estremecedoras y sombrías de la época historiada. Los inocentes que murieron como consecuencia de las bombas colocadas por un grupo terrorista de la oposición y la actitud vengativa de los incendiarios demostraban hasta qué punto el enfrentamiento político se había convertido en una batalla cada vez más feroz».

Comparto esta apreciación, pero no la interpretación de Gambini. Máxime, porque fui testigo presencial de aquellos episodios y puedo dar cuenta de sus orígenes y consecuencias.

Considero indispensable visualizar primero el contexto histórico en el que sucedieron los hechos. La principal preocupación del Gobierno de Perón era entonces cómo superar las dificultades económicas que se manifestaban desde 1949. Se hacía necesario un nuevo plan que Perón anunció en febrero de 1952, a cuyo frente designó al doctor Alfredo Gómez Morales y a quien escribe en la cartera de Comercio Exterior.

El plan, en orden al combate de la inflación, se basaba en un acuerdo social entre trabajadores y empresarios que disponía el congelamiento de precios y salarios. Se logró así reducir rápida y drásticamente los niveles de inflación. Pero comenzó a haber desabastecimiento (en especial de carne, principal consumo popular), violaciones en el nivel de precios acordado por parte de los empresarios y algún deslizamiento salarial por obra de la presión sindical. A ello se sumaron, a principios de 1953, las acusaciones de corrupción, que introdujeron un factor de confusión, antagonismos y acusaciones cruzadas aun dentro de las propias esferas oficiales.

«¡Leña, leña!»

Para facilitar el éxito del nuevo plan, el Gobierno entendió que era necesario profundizar los esfuerzos para pacificar políticamente al país, los que habían encontrado eco en destacados dirigentes de la oposición. Lamentablemente, estos propósitos fueron interpretados como síntomas de debilidad y, paradójicamente, alentaron a otros sectores a endurecer sus posiciones y a los grupos más duros a emplear la violencia. Allí radicó el porqué de los atentados terroristas.

Las bombas colocadas en la Plaza de Mayo produjeron siete muertos y cerca de un centenar de heridos. Los terroristas también habían colocado bombas sobre la azotea del edificio del Banco de la Nación, con la intención de que la mampostería se desplomara sobre la multitud apiñada en sus cercanías. Afortunadamente, estas bombas no estallaron. De lo contrario, el número de víctimas hubiera sido infernal.

Gambini pasa por alto la gravedad de esas circunstancias y se dedica a resaltar la tan criticada expresión de Perón, inmediata al estallido de las bombas, en respuesta al griterío de la muchedumbre que reclamaba «¡Leña! ¡Leña!»: «Eso de la leña que me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla?» Esta reacción debe ser también ubicada en su correcto contexto. Es psicológicamente entendible, aunque no políticamente justificable, que ello produjera expresiones indignadas e instintivas.

Sin embargo, Perón atemperó inmediatamente su discurso: «Aunque parezca ingenuo que yo haga el último llamado a los opositores para que se pongan a trabajar en favor de la República, a pesar de las bombas, a pesar de los rumores, les vamos a perdonar todas las hechas»; «a estos bandidos los vamos a vencer produciendo. Por eso hoy, como siempre, la consigna de los trabajadores ha de ser «producir, producir, producir». […] Les agradezco esta maravillosa concentración y les ruego que se retiren tranquilos». ¿Era ésta una forma de incitar a la multitud, como dice Gambini, para que hiciese «tronar el escarmiento»?

Rescato de mi memoria algunas pinceladas de aquella jornada que era de fiesta y terminó en drama. Hay imágenes que todavía conservo intactas. Era una tarde cálida. La multitud se manifestaba de modo pacífico, con sus cánticos de siempre. Perón se aprestaba a explicar por qué no era posible decretar la libertad de los precios, cuando se

vio interrumpido por dos explosiones estremecedoras y el aleteo desordenado de las palomas que escapaban del horror. La gente no se movió de su sitio. Un griterío ensordecedor inundó la plaza: «¡La vida por Perón, la vida por Perón!» Se sucedieron las imprecaciones y los gritos, el aire se cargó con la densidad de la tragedia. Finalmente, la multitud, repuesta de la sorpresa, comenzó a desconcentrarse pacíficamente, respondiendo a las exhortaciones tranquilizadoras del presidente.

Los vandálicos sucesos que protagonizaron al anochecer algunos grupos que quemaron la biblioteca de La Vanguardia y el edificio del Jockey Club, y atacaron la Casa Radical fueron por cierto execrables. La versión de las autoridades policiales era que se trataba de grupos extremistas que actuaron espontáneamente, algunos de los cuales ni siquiera habían participado de la convocatoria popular.

La ansiada reconciliación

Con el tiempo, todos los terroristas responsables de los atentados de la Plaza de Mayo, jóvenes profesionales y universitarios pertenecientes a familias de clase media alta, fueron detenidos y procesados por la Justicia ante los jueces competentes, con todas las garantías de la Constitución y de la ley. Nadie sufrió agravio o condena otra que la dispuesta por la Justicia. Entre ellos hubo algunos que desempeñarían elevadas funciones en el Gobierno de Arturo Illia (1963-1966). A pesar de estos hechos, el Gobierno continuó con su política de pacificación y en el mes de julio de 1953 se sancionó una ley de amnistía. El 28 de agosto, Perón declararía: «Hemos terminado la lucha contra los enemigos de adentro y de afuera. Nuestras banderas no son ya de lucha, sino de tranquilidad, de paz y de trabajo. No hemos de ser insensibles a los deseos de pacificación de toda la República».

Empero, los atentados terroristas de aquella infausta tarde marcaron el comienzo de una etapa de violencia, dolor y muerte que habría de extenderse durante treinta años de historia argentina.

Aquellos vientos sembrados en la tarde del 15 de abril trajeron estas tempestades posteriores. Debo decirlo: fueron los peronistas los que pagaron el tributo más alto a esta ordalía. Porque la violencia tuvo dos caras. La del peronismo, durante la época de la proscripción y del exilio (1955-1973), se caracterizó por una suerte de jactancias verbales y el ataque a bienes físicos simbólicos, por cierto muy valiosos y respetables. En cambio, la del antiperonismo se caracterizó

por el terrorismo brutal y el desprecio al valor de la vida humana. Los peronistas fueron insolentes. Pero el antiperonismo rezumaba odio. Los peronistas alardeaban: los antiperonistas fusilaban.

Hubo que esperar veinte años para alcanzar la reconciliación de peronistas y antiperonistas que nos legaron Perón y Balbín. Invitado a un aniversario del Partido Socialista, aproveché la ocasión y pedí perdón en nombre del peronismo histórico por aquellas agresiones físicas del 15 de abril de 1953. Puesto que no creo en la patología destructiva de los odios que anidan en los pliegos marginales de la política, aún aguardo que de algún sector del antiperonismo surja alguna voz similar para enterrar definitivamente este pasado ominoso. Empezando por el propio Gambini.

© LA NACION
El autor es senador de la Nación (PJ, Buenos Aires)

Anexo 3
Extracto de *Seis décadas, seis generaciones*

Editado por la Asociación Cooperadora Amadeo Jacques, Colegio Nacional de Buenos Aires

Rafael Mariano Manovil: Yo ingresé en el 56, en aquel entonces era un colegio de varones y fue el primer año en el que se incorporaron profesoras mujeres. En el 59 entraron las primeras alumnas, 11 o 12 chicas en todo el colegio, en el turno mañana. Mirándolo en retrospectiva, ellas y sus padres fueron muy valientes por mandarlas a un ámbito que podía ser absolutamente hostil. Antes de que se aprobara el ingreso de mujeres al colegio, hubo mucho debate con los profesores y entre nosotros. Podía ser una invasión a nuestra libertad, además de temas prácticos, como que los baños no estaban preparados, por ejemplo. Fue un debate que hoy puede parecer incomprensible, pero una vez que ingresaron no hubo clima de hostilidad.

Con respecto a la disciplina, en el colegio la conducta era muy rígida, había mucho respeto por los profesores y cualquier desorden o falta de respeto eran castigados. La formación académica no tenía punto de comparación con el resto de los colegios, privados o públicos. En aquella época el colegio público era de excelencia y —salvo algunas excepciones—, mirábamos a los alumnos de los colegios privados hasta con desdén intelectual. Un 90% de los profesores también lo eran en la universidad. Yo tuve en geografía y en historia a (Horacio) Difrieri, que después fue decano de Filosofía y Letras. El profesor de física de quinto año (Cattáneo) era simultáneamente decano de la Facultad de Ingeniería. Lo que más recuerdo es el nivel académico: nos enseñaban a investigar, a pensar, a ir a la biblioteca y buscar los libros. Los de mi generación no podemos sino ver el lado positivo de nuestro paso por el colegio, más allá de las dificultades con las que pudimos haber tropezado. Era escasa la atención que se le prestaba a la contención del alumno, pero aún la dureza fue formativa.

Soy argentino de primera generación, y en el primario fui a un

colegio alemán. Este colegio me hizo argentino. Nos integraba con toda clase de gente, el alumnado era muy mixto, en su origen social, en su origen geográfico (de los distintos barrios de la ciudad). Por supuesto que había diferencias ideológicas, pero aprendimos a convivir y creamos una sólida unidad, que perdura hasta hoy.

Rafael Manovil: Yo empecé a cursar en el 56, cinco meses después de la Revolución Libertadora. La sensación generalizada era que el primer peronismo había sido una dictadura cerrada, sin libertad de expresión, con persecución a los opositores. No había nadie entre los alumnos que se confesara peronista o que defendiera ese modelo. Vivimos con mucha conciencia —a pesar de la corta edad— la Convención Constituyente de 1957 y, por supuesto, la elección de Frondizi con el apoyo y la orden de Perón de votarlo.

La división importante se produjo durante el debate entre laica o libre, que significó un mes de huelga en la universidad y en los colegios universitarios, con grandes manifestaciones en torno al Congreso. El problema se planteó cuando se sancionó una ley que autorizaba la creación de universidades privadas con facultad de expedir títulos, cuando hasta ese momento solo las universidades nacionales públicas podían hacerlo. Como las primeras universidades privadas fueron confesionales, los católicos practicantes apoyaban la enseñanza «libre» promovida por la Iglesia, mientras los liberales —en el aspecto religioso—, que no veían la necesidad de que hubiera universidades privadas y menos las confesionales, se llamaron «laicos». La mayoría de nosotros estaba a favor de la enseñanza laica. Pero esa antinomia fue una mala definición de cuál era el conflicto. A 60 años de esa discusión, tenemos universidades públicas de excelencia y privadas de excelencia, y hay pésimas y mediocres de ambos grupos.

Tuvimos una toma de colegio cuando Risieri Frondizi fue designado Rector de la Universidad porque algunos alumnos de sectores nacionalistas lo veían como una expresión de la izquierda y no querían que tuviera influencia en el Nacional. Durante el acto de entrega de diplomas de egresados de aquella época, Risieri estaba presente y se tuvo que ir porque hubo discursos encendidos y lo agredieron de mala manera.

Disponible en línea: <https://www.cooperadora-cnba.org.ar/notas/seis-decadas-seis-generaciones/>.

Anexo 4
Fragmento de «El poeta depuesto»

Por LEOPOLDO MARECHAL

José María, en *La Nación* del 17 de noviembre de 1963, H. A. Murena, objetando polémicamente al crítico uruguayo Rodríguez Monegal ciertas apreciaciones de su libro *Narradores de esta América*, dice, refiriéndose a mí: «Marechal constituye un caso remoto por la doble razón de ser argentino y de que, a causa de su militancia peronista, se hallaba excluido de la comunidad intelectual argentina».

Ciertamente, y como sabes, yo venía registrando en mí, desde 1948 en que apareció mi *Adán Buenosayres*, los efectos de tal «exclusión», operada, según la triste característica de nuestros medios intelectuales, con el recurso fácil de los silencios y los olvidos prefabricados. La declaración de Murena fue un acto de valentía intelectual, como lo fueron las de Sabato repetidas en numerosas instancias. Y su confirmación de lo que yo había experimentado en carne propia me llevo a estas dos conclusiones: 1ª, la «barbarie» que Sarmiento denunciara en las clases populares de su época se había trasladado paradójicamente a la clase intelectual de hoy, ya que solo barbaros (¡oh, muy lujosos!) podían excluir de su comunidad a un poeta que hasta entonces llamaban hermano, por el solo delito de haber seguido tres banderas que creyó y cree inalienables; y 2ª, desde 1955 no solo tuvo nuestro país un Gobernante Depuesto, sino también un Abogado Depuesto, un Médico Depuesto, un Militar Depuesto, un Cura Depuesto y (tal es mi caso) un Poeta Depuesto. Cierto es que las «deposiciones» de muchos contrarrevolucionarios de aquel Partido Socialista, en su brega parlamentaria, logro victorias que merecen el recuerdo y la gratitud de los que conocimos en tiempo y lugar el desamparo de los humildes. Pese a los afanes de la literatura en que se vio envuelta mi vida, lo seguí votando reiteradamente. Por aquel entonces el radicalismo, a la sombra de Hipólito Yrigoyen, se convertía en otro polo atrayente de las masas: es indudable que Yrigoyen era un conductor nato, de los que suscitan casi mágicamente la fe y la esperanza de una multitud. Los pueblos, en su íntima

«substancialidad», han encarnado siempre y encarnaran en un hombre al Poder abstracto que ha de redimirlos, ya sea un monarca, un presidente o un líder. Si bien se mira, todas las gestas de la historia se han resuelto por un caudillo «esencial» que obra sobre un pueblo «substancial», así coma la «forma» (en el sentido aristotélico) actúa sobre la «materia». De tal modo, la democracia se hace visible y audible en un multitudinario «asentimiento»; rico en energías creadoras; y tal asentimiento es la vox populi y la vox Dei, origen del Poder que la democracia reconoce en el «pueblo soberano». Ahora bien, si la democracia se despersonaliza, entra en la deshumanización de un Poder que se da como la fría respuesta de una computadora electrónica: el gobernante se convierte así en un robot humano, el Gobierno se trueca en una «administración», y los pueblos caen en la inercia o en el vacío de su «potencialidad» vacante. Retornando a Yrigoyen, obtuvo sin duda el asentimiento de una gran mayoría; pero solo fue un asentimiento de cuño sentimental, y como «en potencia» de los «actos» que debía cumplir el líder con ella y que nunca se dieron. Desde Francia seguí yo en 1930 el epilogo de aquella historia: el derrumbe de un conductor fantasmal, inmóvil e invisible como un ídolo en su isla de la calle Brasil; y el derrumbe de un régimen que vegetaba merced a un asentimiento popular ya; estéril al no recibir ninguna respuesta. En aquellos días una gran crisis espiritual me lleve al reencuentro del cristianismo. Dije «reencuentro» solo en atención a la fe cristiana de mi linaje que yo había olvidado más que perdido. En realidad, se dio en mí una toma de conciencia del Evangelio, vivida y fecunda por encima de tantas piedades maquinales. Y, naturalmente, en su aplicación al orden económico social (el único que atañe aquí al Poeta Depuesto), se me impuso la doble y complementaria lección crística del amor fraternal, y la condenación del «rico» en tanto que su pasión acumulativa trastorna el «orden en la distribución» asignado tan admirablemente a la Providencia Divina en el Sermón de la Montana. Por aquellos años, en los Cursos de Cultura Católica y en las reuniones del Convivio que gobernaba con alegre teología el inolvidable Cesar E. Pico, fui conociendo a los jóvenes nacionalistas que se agrupaban ya en torno de flamantes banderas. Eran hombres puros, de inteligencia desvelada, sin otros intereses que los de la Nación misma, y de una honestidad insobornable.

Los conocí a todos, y no daré sus nombres en el temor de omitir alguno: me limitare a sintetizarlos en Marcelo Sánchez Sorondo, que

todavía hoy agita su bandera, ofreciendo la imagen de un combatiente solitario y bello en la medida de su obstinación militante. Pero el nacionalismo argentino, en razón de su intelectualidad, no llego a construir más que un «Parnaso teórico» de ideas y soluciones que, sin embargo, contribuyo no poco a la formación de una conciencia nacional que pasaría luego al orden práctico de las realidades. No hace mucho, hablando con Marcelo Sánchez, le sugerí que nos escribiese una Historia de las Ideas Políticas en nuestro país, donde, merced a la rica documentación existente, se demostrase cómo y en qué medida el acervo teórico del nacionalismo había preparado los acontecimientos subsiguientes. A mi entender, si el nacionalismo no salió de su órbita especulativa, fue porque le falto el conocimiento de «lo popular». El conocimiento precede al amor, dice la vieja fórmula: nadie ama lo que no conoce previamente. Y el amor al pueblo se logra cuando se lo conoce. Un pueblo, al saberse conocido y amado, se rinde a las empresas que lo solicitan. Por lo contrario, la ignorancia engendra el temor, y el que no conoce al pueblo lo teme como a una entidad peligrosa en su misterio substancial.

Llegamos así al Justicialismo, esbozado como doctrina revolucionaria desde 1943 a 1945 por un Líder cuyo nombre también fue silenciado por decreto. La revolución justicialista se nos presentaba como una «síntesis en acto» de las viejas aspiraciones nacionales tantas veces frustradas; y lo hacía enarbolando tres banderas igualmente caras a los argentinos: la soberanía de la Nación, su independencia económica y su justicia social.

No es extraño, pues, que el 17 de octubre de 1945 se diera la única revolución verdaderamente «popular» que registra nuestra historia, y que se diera en una expresión de masas reunidas, no por el sentimentalismo ni por el resentimiento, sino por una conciencia doctrinaria que les dio unidad y fuerza creativa. Y sostengo ahora que la gran obra del justicialismo fue la de convertir una «masa numeral» en un «pueblo esencial» o esencializado, hecho asombroso que muchos no entienden aún, y cuya intelección será indispensable a los que deseen explicar el justicialismo en sus ulterioridades inmediatas (las de los últimos diez años) y las que fatalmente se darán en el futuro argentino, ya sea por la continuación de la doctrina, ya por su muerte simple y llana y su substitución por otra de colores más temibles.

Anexo 5
Carta al general Aramburu
por JUAN PERÓN

República de Panamá, 8 de marzo de 1956
Al general Aramburu. Buenos Aires

He leído en un reportaje, que Ud. se ha permitido decir que soy un cobarde porque ordené la suspensión de una lucha en la que tenía todas las probabilidades de vencer. Usted no podrá comprender jamás cuánto carácter y cuánto valor hay que tener para producir gestos semejantes. Para usted, hacer matar a los demás, en defensa de la propia persona y de las propias ambiciones, es una acción distinguida de valor.

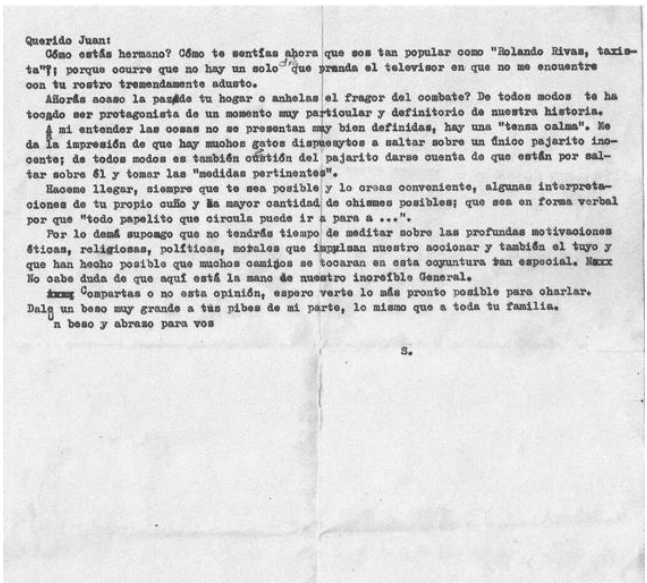
Para mí, el valor no consiste —ni consistirá nunca— en hacer matar a los otros. Esa idea solo puede pertenecer a los egoístas y a los ignorantes como usted. Tampoco el valor está en hacer asesinar a obreros inocentes o indefensos, como lo han hecho ustedes en Buenos Aires, Rosario, Avellaneda, Berisso, etc. Esa clase de valor pertenece a los asesinos y a los bandidos cuando cuentan con la impunidad. No es valor atropellar los hogares humildes argentinos, vejando mujeres y humillando ancianos, escudados en una banda de asaltantes y sicarios asalariados, detrás de la cual ustedes esconden su propio miedo.

Si tiene dudas sobre mi valor personal, que no consiste como usted supone en hacer que se maten los demás, el País tiene muchas fronteras; lo esperaré en cualquiera de ellas para que me demuestre que usted es más valiente que yo. Lleve sus armas, porque el valor a que me refiero, solo se demuestra frente a otro hombre y no utilizando las armas de la Patria para hacer asesinar a sus hermanos. Y sepa para siempre que el valor se demuestra personalmente y que, por ser una virtud, no puede delegarse. Hágalo, solo así me podría probar que no es la gallina que siempre conocí.

Si usted no lo hace y el pueblo no lo cuelga, como merece y espero, por salvaje, por bruto y por ignorante, algún día nos encontraremos. Allí, le haré tragar su lengua de irresponsable.

JUAN PERÓN, general
Comando Nacional del Partido Peronista

Anexo 6
Carta de Norma Arrostito



Querido Juan:

Cómo estás hermano? Cómo te sentías ahora que sos tan popular como "Rolando Rivas, taxista"?; porque ocurre que no hay un solo canal que prenda el televisor en que no me encuentre con tu rostro tremendamente adusto.

Añorás acaso la paz de tu hogar o anhelas el fragor del combate? De todos modos te ha tocado ser protagonista de un momento muy particular y definitorio de nuestra historia.

A mi entender las cosas no se presentan muy bien definidas, hay una "tensa calma". Me da la impresión de que hay muchos gatos dispuestos a saltar sobre un único pajarito inocente; de todos modos es también cuestión del pajarito darse cuenta de que están por saltar sobre él y tomar las "medidas pertinentes".

Haceme llegar, siempre que te sea posible y lo creas conveniente, algunas interpretaciones de tu propio cuño y la mayor cantidad de chismes posibles; que sea en forma verbal por que "todo papelito que circula puede ir a para a ...".

Por lo demá supongo que no tendrás tiempo de meditar sobre las profundas motivaciones éticas, religiosas, políticas, morales que impulsan nuestro accionar y también el tuyo y que han hecho posible que muchos caminos se tocaran en esta coyuntura tan especial. No cabe duda de que aquí está la mano de nuestro increíble General.

Compartas o no esta opinión, espero verte lo más pronto posible para charlar.

Dale un beso muy grande a tus pibes de mi parte, lo mismo que a toda tu familia.

Un beso y abrazo para vos

S.

Anexo 7
Acerca de Zulema Gioia de Fernández

Por ELENA CASTIÑEIRA DE DIOS

Zulema Gioia de Fernández fue la señora que, según mi papá, «le mató la soledad a Perón».

Papá la conoció como empleada en una fábrica de camisas, Sasson y Cía., de la que él era gerente de Marketing y ella, empleada. Ella se presentó como «compañera». Tenían largas charlas políticas. Ella había sido una militante fabriquera de toda la vida.

Zulema estaba casada con un metalúrgico amigo de Lorenzo Miguel. Cuando el regreso del general a la patria, Lorenzo Miguel le había pedido a su amigo una persona de confianza extrema para ser ama de llaves en Gaspar Campos, y Fernández le había ofrecido a su esposa, Zulema. Así llegó ella a la vida de Perón, y él la trataba como a una hija.

Ya siendo Perón presidente, se mudaron a la casa de Olivos. A Perón no le gustaba, añoraba Gaspar Campos.

Pasados los años, estando en el Instituto Perón, recién asumido como secretario general Manuel Urriza, papá le pidió trabajo para Zulema, que pasaba apretones económicos, y así la conocí. Ella me quería, porque yo era la hija de mi papá, y yo a ella por lo que me había contado de su vida.

Era una mujer bajita, de cara redonda, muy enérgica y de sonrisa fácil. Habría sido capaz, en esa época en la que ya era mayor, de manejar a cincuenta personas con una mano. Muy eficiente y meticulosa.

Un día en el que había reunión de comisión en el instituto, ella venía trayendo el café cuando Andrés Framini la vio. Se paró y le dijo: «Qué honor volver a verla, compañera». Después me contó Andrés que, durante la resistencia, Zulema trabajaba en un hospital y juntaba en una bolsa estuches de supositorio, y Andrés era el que recogía la bolsa, rellenaba los estuches con pólvora y los ponían en los rieles de los trenes, esa resistencia con honda y con piedras.

Le pedí, le rogué que nos diera un testimonio de sus años con el General. Se negó rotundamente. Decía que no correspondía que ella

contara intimidades. Alguna cosita se le escapaba, como que una vez le había llevado un frasco de colonia al General por el Día del Padre y que él se había emocionado, o que le decía: «Hija, cuando esto termine nos vamos a ir a esa casita linda que me regalaron los muchachos y vamos a hacer jardinería y a estar tranquilos».

Me contó que estaba sentada al lado del General, él acostado, y que de pronto él se incorporó y dijo: «¡Hija, me voy!». Ella bajó corriendo las escaleras para buscar al Dr. Jorge Taiana, que estaba en reunión de Gabinete en la planta baja, y que, al subir, ya no pudieron hacer nada.

También me contó que un día en el que había discutido con Isabel, le dijo: «Esta mujer tiene un carácter indomable». Pero esto es harina de otro costal.

ELENA CASTIÑEIRA DE DIOS

Grupo Planeta

¡Seguinos!